

MARIO REY

Falsas memorias del paraíso

o verdadera novela de la muy real
y muy falsa vida de un cualquiera



Falsas memorias del paraíso
o verdadera novela de la muy real
y muy falsa vida de un cualquiera

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Tania Hogla Rodríguez Mora
RECTORA

Fernando Francisco Félix y Valenzuela
COORDINADOR DE DIFUSIÓN CULTURAL Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

José Ángel Leyva
RESPONSABLE DE PUBLICACIONES

Falsas memorias del paraíso
o verdadera novela de la muy real
y muy falsa vida de un cualquiera

Mario Rey

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno



COLECCIÓN NARRATIVA

Rey Perico, Mario Enrique, autor.

Falsas memorias del paraíso o verdadera novela de la muy real y muy falsa vida de un cualquiera/ Mario Rey. — Primera edición. -- México : Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2022

399 páginas; 21 cm. -- (Narrativa)

ISBN 978-607-8840-50-2

1. Novela colombiana. -- 2. Autores colombianos — Siglo XX. -- 3. Literatura colombiana — Siglo XX. --- I. t.

LC PQ8179.R4

Dewey

CO863

*Falsas memorias del paraíso o verdadera novela de la muy real
y muy falsa vida de un cualquiera*

Primera edición, 2022

D.R. © Mario Rey

D.R. © Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Dr. García Diego, núm. 168,
col. Doctores, alcaldía Cuauhtémoc,
06720, México, Ciudad de México

ISBN (impreso): 978-607-8840-50-2

ISBN (ePub):

Imagen en forro: Marcos Límenes, *El día después*,
óleo/madera, 20 × 30 cm, 2017

publicaciones.uacm.edu.mx

Esta obra se sometió al sistema de evaluación por pares doble ciego y fue aprobada para su publicación por el Consejo Editorial de la UACM.

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, archivada o transmitida, en cualquier sistema —electrónico, mecánico, de fotorreproducción, de almacenamiento en memoria o cualquier otro—, sin hacerse acreedor a las sanciones establecidas en las leyes, salvo con el permiso expreso del titular del *copyright*. Las características tipográficas, de composición, diseño, formato, corrección son propiedad del editor.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

A Beatrice, que iluminó mi ser y mis pasos por los
encantadores, oscuros, difíciles, artificiosos y placenteros
caminos de estas historias, en un constante ir y venir entre la
realidad y la ficción, el infierno, el purgatorio y el paraíso...

A mi valiente Sherezada, que me impulsa a contar y cantar,
para seguir viviendo hasta la última línea...

A Rosa Jimena y Karina, mis hijas.

A Ernestina y Pablo Enrique, mis padres.

A Rosalbina y Pedro Pablo, mis abuelos, y a Marco Antonio,
mi abuelo putativo.

A Magnolia, Orlando y Paolo, mis hermanos, y a mis
«medio» hermanos y familiares.

A Fanny, Pedro Nel, Germán, Armando, Jorge, Alberto,
Elvira, Pedro Ángel, Azucena y todos mis tíos.

A mis amigos y camaradas.

A Pedro Nel Rey, Antonio Alatorre, Eduardo Serrano,
Fabienne Bradu, Fernando Cruz, Fernando Vallejo, José
Bazán, Lúdivik Osterc y a todos mis maestros y alumnos.

A mis amores, María, Yoloxóchitl, Rosa, Adelita, Penélope,
Anna, Sherezada, Doniazada, Ximena, Beatrice, Úrsula,
Zoraida, Yocasta, Celia, Nidia, Cio-Cio San, Chantal, Petra,
Olympe, Deborah, Lola, Quetzalli, Edith, Safo, Fanny, Pilar,
Flor, Walkiria, Francesca, Gina, Helena, Inés, Irene, Ondina,
Irene, Khalila, Isabel, Charlotte, Teresa, Juana, La Maga,
Laura, Patricia, Emma, Malintzin, Ñasaindy, Magdalena,
Simone, Valentina, Yemayá..., que me han descubierto
múltiples rincones y caminos del alma y el paraíso...

A Perrault, Grimm, Andersen, Homero, Boccaccio, Chaucer,
Cervantes, Dostoievski, Pasternak, Chéjov, Solzhenitsin,
Balzac, Stendhal, Víctor Hugo, Maupassant, Flaubert,
Proust, Kafka, Camus, Sandor Marai, Poe, Melville, Twain,
London, Salinger, Miller, Steinbeck, Faulkner, Hemingway,
Roth, Morrison, Auster, Isaacs, García Márquez, Mutis,
Zapata Olivella, Vallejo, Caicedo, Rulfo, Fuentes, Poniatwska,
Vargas Llosa, Machado de Asís, Guimarães Rosa, Jorge
Amado, los narradores populares, los vecinos, los conductores
y mis amigas, entre tantos grandes narradores, reconocidos
o anónimos, que me atrapan con sus historias, me distraen,
me conmueven y me enseñan, en la tensa línea floja entre la
realidad y la ficción, la verdad y la mentira...

Camino al paraíso original, deambulo por los inciertos, caprichosos y conmovedores senderos de mi memoria, principio y fin del paraíso que añoro, reconstruyo e invento con mis recuerdos, mis olvidos, mis deseos y mis quimeras, principio y fin de mi ficción y mi realidad, principio y fin de mi pasado y mi presente, principio y fin de mi efímero futuro, frágil y pasajero invento rasgable e inflamable, vano y vacuo artificio, inasible castillo de palabras que me da vida quitándosela a los vibrantes y coloridos árboles que manan oxígeno, negro sobre blanco de evanescentes ideales, ilusiones y sueños manchados de roja sangre roja, salobres y cristalinos líquidos y muy húmedas y pesadas paladas de tierra negra pintada de rojo con brillos de lágrimas, en ansiosa búsqueda del refrescante aire del atardecer que ahora desvían las arrogantes torres de babel implantadas en los verdes cerros, valles y mesetas, tras el rumor puro y sonoro de las aguas del río que fluye a borbotones entre las piedras y el vacío, abrazado por los gozosos gritos, gorjeos, trinos y chirrear de chicharras, vaivén de ceibas, guaduales y palmeras, platanares, maizales y cafetos, rosas, orquídeas y veraneras, buganvillas, tules y jacarandas, cactus, pinos, olivos y baobabs, transportado por las cautivadoras y sabias palabras de los mayores hechas imágenes, música y gestos, volutas y hojas danzarinas, el fuego en la boca y el alma, al suave ritmo de las perezosas y las hamacas, en el fugaz equilibrio de las sillas reclinadas contra las fachadas de bahareque o la desvaneciente solidez de los bancos y la tierra, con el rítmico rasgar de las plumas, el tumtum de los tambores y el tac tac de las teclas, cantos y cuentos, rezos y pregones, en pos de los carromatos y los cestos de caña, frutas

y verduras, alegres, coloridos, bulliciosos o sobrios y silentes danzarines de aire, agua, tierra y madera, manos al sol esparciendo semillas, dibujos de azadones, machetes y hoces, tizas, lápices, martillos, bisturís, tintas y colores, celebración y luto, risa y llanto, pañuelos al aire, muñecos de trapo y papel maché, calaveritas de azúcar y sombreros de paja y pulpa de coco, blancas, negras y vistosas telas, camioncitos de madera y lata, embriagantes olores de trigo, arroz y maíz en cocción, maíz, agave, trigo, cebada, caña y uva en fermento o destilación, tras la cálida, orgullosa y sonriente mano de mi madre, los fuertes y hacendosos brazos de mi abuela, la tierna, cantarina y sanadora voz de mi tía, la sonrisa que me arropó y el gesto que me cubrirá, las manos de mi abuelo extrayendo del bolsillo del pantalón el reloj con su plateada locomotora humeante y la moneda para los dulces, las curtidas manos del abuelo putativo, diarias viajeras desde el torno, las fresas y los duros metales a los dulces y refrescantes jugos de caña, pasteles y helados, la mano fuerte y firme de mi padre que me extiende una copa de licor, la esperanza y la confianza de mis hermanos en mí, sus temerosas manitas y sus expectantes rostros, perdidos en el oscuro bosque, los vistosos, dulces y jugosos frutos del eterno huerto bíblico, el fascinante embrujo de los talleres, las fábricas y los almacenes, los cafés, los cines, los parques, los prostíbulos y las canchas de tejo del barrio de mi niñez, la primera brisa y el primer murmullo del mar en mi rostro inmerso en la fascinante visión de una wayuu flotando en telas naranjas, las confesiones de mi padre con un trago de aguardiente, el largo e intenso diálogo y caminar con mi tío, la masculina, tierna y melodiosa voz del tío ciego entonando el *Cantar de los Cantares* en el templo, las invitaciones a comer y las historias de agente viajero, jugador y cirquero de mi tío y padrino, mis primeras palabras en un salón de clases, un escenario o una tribuna, la siempre renovada ilusión y el goce del salario, los siempre vivos e inalcanzables sueños de la Edad de Oro, el embrujo y el placer del cuerpo y el alma femeninos, la ilusión, el éxtasis y la nostalgia de la comunión en amor, la conciencia

de los músculos, los tendones, los huesos y la sangre en tensión y movimiento, una mirada de ilusión, un agradecimiento, el llanto, el pataleo y la sonrisa de los frágiles y tiernos cuerpecitos de mis hijas recién nacidas, su crecimiento y su caminar, el gesto de satisfacción de sus madres, el descubrimiento y el placer de la necesidad de contar y cantar, la alegría por el primer verso y el primer párrafo, la satisfacción por mi primer texto brotando de la imprenta y la creciente ilusión de escribir y ser leído...



Pero, ¡ay!, el camino al paraíso, así sea apenas una imagen, es sólo un frágil y delicado hilo dorado entre los tortuosos, laberínticos y espinosos senderos oscuros que debe recorrer nuestra muy breve existencia desde la brutal expulsión del cálido nido al que deseamos regresar toda la vida y la muy fría, oscura, silenciosa, húmeda y carcomiente cuna que nos espera inexorable anunciándose en el insoportable e inexplicable pase mágico que hace desaparecer el halo vital del volátil y sonoro canto del gorrión que se posaba en las mañanas junto al sol naciente en nuestro ser; en la dolorosa y triste mirada del vital perro jugueteón que nos acompañaba en nuestros primeros pasos y echado sucumbe por el veneno de una mano infame o inconsciente; en la flacidez del delicado velo del rojo pececillo fascinante que nos absorbía en su danza y se sacude en estertores por la falta de oxígeno; en los juguetes detenidos por la ausencia del pequeño que les daba vida; en la formación en gala en el patio del colegio con el enorme hueco en la fila del niño que ocupa un blanco cajón de madera rodeado de rosas, claveles, gladiolas y nardos blancos; en el eterno tiempo de la espera de los resultados de la prueba del COVID; en la angustiada esperanza en la recuperación del contagiado; en el infinito dolor y soledad de quienes hemos quedado huérfanos de padres, hermanos, hijos, amigos y conocidos por el COVID; en la inocencia perdida de los pequeños desnudos corriendo en pánico entre las llamas de Napalm y horror que los soldados disparan a izquierda y derecha; en la conciencia de los millones de últimos alientos elevándose al cielo mientras los cuerpos se descomponen en las tierras de la guerra o tras las rejas o hacinados en campos

de concentración o desarraigados, errabundos y solitarios en las tierras del destierro, del exilio o del desplazamiento; en los lacerados pies de los migrantes perseguidos que cargan sin fin sus sueños, sus muertos y su hambre sin ser recibidos en parte alguna; en el solitario e inerte cuerpo muerto del niño tirado en la playa del país que sus padres y él soñaron largamente como el paraíso; en los centenares de seres humanos asesinados por asfixia, calor y sed, ambición, corrupción e indiferencia en los cajones de los tráiler en los que se embarcan tras el sueño de un trabajo y una vida digna en los países del norte; en los miles de seres humanos asesinados en las fronteras y sangrientos muros de cemento, agua o arena del inhumano mundo que habitamos; en los más de nueve mil niños que mueren cada día de hambre; en los más de seis millones de niños que mueren al año por causas prevenibles; en los más de 330 millones de seres humanos que padecen hambre y en los más de ciento cincuenta millones que están a un paso de sufrirla —dolorosas cantidades que se han incrementado con la pinche pandemia—; en la mendicante mano infantil sólo protegida por la mirada lastimera de su madre derrotada y humillada; en una niña y un niño acosados o abusados sexualmente en su propio hogar, en el colegio, en la calle y en la iglesia; en la prostitución infantil; en la mujer golpeada, violada y humillada en su propia casa, en la vía pública, en el trabajo, en la escuela y en el juzgado; en el hermano negro George Floyd muriendo asfixiado en Estados Unidos con la rodilla de un policía en el cuello durante ocho minutos, y en los millones de seres humanos asesinados como él por el racismo, la violencia policial y la impunidad, y en el joven Ánderson Andrés Arboleda Montaña, en el paraíso, y en el joven João Pedro Pinto y el niño Miguel Otávio, en otro rincón del paraíso, y Giovanni López y Victoria Esperanza en mi nuevo paraíso, y Rayshard Brooks, en Estados Unidos, y tantos y tantos más, en tantas partes, por tanto tiempo por la misma causa...

Camino al paraíso, fría, oscura, silenciosa, húmeda y carcomida cuna de tierra que nos espera inexorable anunciándose en

estos muy largos días largos de incertidumbre y miedo en los que la cuarentena por el coronavirus me permite corregir y actualizar mis falsas memorias de mi muy verdadera novela con más de 547 millones de personas contagiadas y seis millones trescientos cuarenta mil muertas por el COVID en el mundo, acelerada danza mortal que encontró a nuestro planeta sin mascarillas protectoras ni pruebas ni respiradores ni medicinas ni sedantes suficientes, a pesar de las trompetas inhumanamente silenciadas que lo anunciaban desde hace mucho tiempo, pues los virus y las epidemias aparecen una y otra vez, y se transforman y vuelven y vuelven y vuelven y volverán siempre; anunciándose en macabra danza en un mundo donde la inversión en la ciencia y en la salud decrece, donde los estados y los gobiernos disminuyen la inversión pública en salud y la dejan como negocio a la iniciativa privada, desprotegiendo a la gran mayoría de los ciudadanos y en cambio incrementan los gastos para la guerra —que hoy agrega un infame capítulo en Ucrania—, con permiso para matar masiva e impunemente, en un mundo donde el 1% de los individuos acumula el 82% de la riqueza mundial, donde ocho individuos tienen más de la mitad de la riqueza del planeta, donde veinte de los más ricos terminaron el fatídico y mortal 2020 siendo 24% más ricos que el año anterior...

Fría, oscura, silenciosa, húmeda y carcomienta cuna de tierra que nos espera inexorable anunciándose en los millones de pulmones estrujados que se encogen y se hacen inerte y duro puño, a la espera de un simple respirador mientras millones de complejos, lujosos y valiosísimos coches, yates y aviones contaminan sin límite el aire y la tierra; anunciándose en los millones de ancianos condenados a morir porque ya no producen; en los centenares de adultos mayores muertos por abandono y falta de atención en los ancianatos; en los millones y millones de pobres condenados a escoger si mueren por el virus o por el hambre; en los hambrientos hermanos africanos tratados como conejillos de indias; en las familias indígenas, en las familias negras, en las familias migrantes

y en las familias pobres hacinadas y expulsadas de sus muy pequeños y pobrísimos cuartos porque no tienen con qué pagar la renta; en los millones de personas que esperan que se haga la voluntad de sus impotentes dioses, porque no tienen ni agua ni luz ni servicios médicos; en los centenares de cadáveres apiñados en sótanos, bodegas, frigoríficos y camiones; en los centenares de cadáveres tirados en las calles; en las enormes fosas donde arrojan los muertos sin dolientes; en los cada vez más lastimados cuerpos y almas de las mujeres y los niños que tienen que encerrarse en sus casas con sus golpeadores...

Camino al paraíso, cuna de tierra que nos espera inexorable anunciándose en los miles de voces acalladas, asesinadas y desaparecidas porque se han atrevido a alzarse contra la frenética danza del hambre, la enfermedad, la desigualdad, la violencia y la injusticia que siempre se ceba en la vida de los más pobres, los más débiles y los más desprotegidos, decido montar un altar de muertos para seguir conviviendo cotidianamente con mis muertos.

Y mientras monto mi altar, escucho el «Réquiem» de Mozart y deambulo rumbo al paraíso por los inciertos, caprichosos y conmovedores senderos de mi memoria, principio y fin del paraíso que añoro, reconstruyo e invento con mis recuerdos, mis olvidos, las plantas que siembro y cuido en mi balcón, mi alma y mis deseos, principio y fin de mi ficción y mi realidad...

Pero, ¡ay!, el camino al paraíso, así sea apenas una imagen, es sólo un frágil y delicado hilo dorado entre los tortuosos, laberínticos y espinosos senderos oscuros que debe recorrer nuestra muy breve existencia desde la brutal expulsión del cálido nido al que deseamos regresar toda la vida y la muy fría, oscura, silenciosa, húmeda y carcomiente cuna que nos espera inexorable anunciándose más cercana la media noche de un sábado, cuando murió mi vecina Perla, Pearl, pues era francesa, una judía francesa que siempre mantuvo orgullosamente su acento y su identidad franceses, a pesar de haber vivido durante décadas en varias partes del

paraíso. Mientras deposito su foto en mi altar, pienso en su vida y su muerte, en el pequeño fragmento de su vida que conozco.

Más que el toque de la muerte, siempre en latencia, me impactó sobremanera la muerte de Perla, su muerte, la muerte, la flácida piel inerte y cerosa pegada a los huesos, la desaparición de los músculos, el cuerpo hecho un manojo de huesos, piel y pelos, la falta de respuesta a los masajes cardiovasculares que la joven e inexperta empleada le daba tratando infructuosamente de que regresara la vida, la inexistencia del aliento, la fuga del aliento vital y el enorme vacío que dejaba, el muy enorme vacío que deja la muerte...

¿Cómo la vida puede dejar de ser de un momento a otro y convertirnos en un simple bulto de huesos, músculos, piel, pelos, uñas y líquidos que muy pronto empiezan a descomponerse?

Me impactó la ausencia de la vida, y me sigue impactando su ausencia, la ausencia de su voz dándole instrucciones en voz alta a sus «sirvientas» o llamando a gritos al «portero», o a medio volumen, interrogante, quejosa, reclamante, a punto de las lágrimas quién sabe cuánto tiempo reprimidas, preguntándose por qué estaba sola, por qué su única hija no venía a verla, pidiendo indirecta, pero imperiosamente que alguien se ocupara de ella y de sus asuntos... Me impactó asimismo su oculta ilusión cuando pensó viajar con su hija a Europa... Y la ausencia de emociones en su rostro y la urgencia de pasar a otro tema cuando le pregunté por el viaje y me contó muy rápidamente que no se había podido hacer... Me impactó la definitiva ausencia de su voz, de su mirada y de su inteligencia alegre, coqueta y ambiciosa cuando recordaba sus historias de amor en Casablanca, París, Nueva York, Bogotá, Río, México..., o sus triunfos en los casinos, en las mesas de *bridge* y en los negocios, ufanándose de sus conocimientos y de su saber hacer dinero... Me impacta la ausencia de su voz y sus ruidos en las mañanas, cuando solía regar sus plantas...

Pero lo que más me ha impactado, lo que más me impacta, un abrumador sentimiento *in crescendo* que estalló cuando la vi tirada

en el piso semidesnuda, ausente la mirada, ausente el aliento, ausente la vida, ausente su hija, sin ningún familiar al lado, rodeada de sus empleadas y enfermeras, y de los camilleros y de algún médico de la comunidad judía, es su soledad, su soledad en los muchos últimos días y meses y años de sus más de noventa años...

En la sala el oloroso blanco nardo blanco rodeado de rojas margaritas con coronas y pintas amarillas, los morados crisantemos y los blancos geranios que le había llevado tres días antes, cuando fui a visitarla y no quise verla porque no estaba consciente... En mi mesa había puesto un ramo idéntico, pues al comprar las flores pedí que me prepararan dos iguales... ¿Se habrá dado cuenta de que le llevé flores? Espero, deseo que sí, me hago la ilusión de que se dio cuenta, y escucho varios réquiems, y pienso en la muerte, y siento la muerte, y continúo montando mi altar de muertos, amarillas flores de cempasúchil...

¿De qué murió? No sé; su hija me dijo desde Estados Unidos que por las consecuencias de una embolia, pero las empleadas me describieron los duros, desgarradores, lastimosos y angustiantes bramidos y ronquidos tratando de inhalar oxígeno... Y entonces me pregunté, y me sigo preguntando, si no tenía coronavirus y no se dieron cuenta, si no hizo parte del millón de contagiados y los cincuenta mil muertos que el COVID-19 había cobrado hasta fines de marzo; o si, simplemente, de acuerdo con los protocolos y la ética en boga en el momento, la mandaron a morir a su casa, pues ya era vieja, porque el puto bicho este lo que ha puesto en evidencia es el absurdo e inhumano sistema en que vivimos: un sistema que nos ha puesto a discutir tontamente si fueron los chinos o los estadounidenses quienes crearon el virus, si la crisis beneficia a los unos o a los otros, si se ha debido declarar la pandemia o la cuarentena antes, si se debe sacrificar a una gran parte de la población reabriendo la economía antes de que pase el peligro, si una gran parte de la humanidad debe morir por el tal bicho o de hambre, si un gobierno o un país u otro respondió mejor, más rápido o más lentamente, si la izquierda o la derecha lo hicieron

mejor, si los gobiernos deben apoyar a las grandes empresas o a las personas más pobres, si se salvan los viejos o los más jóvenes, y en cuánto se van a endeudar los gobiernos del mundo ante la «generosa» banca mundial, cuando, en realidad, lo que tendríamos que estar viendo es que nuestros gobiernos y nuestros políticos y nuestros empresarios y el sistema económico no quisieron dedicar parte del dinero generado por la humanidad a crear las condiciones sanitarias, educativas, culturales, hospitalarias y médicas para afrontar un bicho, una pandemia y una crisis que estaban anunciados desde hace ya mucho tiempo, una crónica de millones de muertes anunciadas, pues los virus y las bacterias son un fenómeno natural, un peligro natural para el ser humano, un peligro mortal que surge cada tanto tiempo, sin una periodicidad precisa, sí, pero inexorablemente, como han brotado la peste de Justiniano, la peste negra, la peste de Yunnan, la peste bubónica, la peste neumónica, la gripe española, la influenza, y como surgirán otras tantas más, mientras llega la múltiple veces anunciada, negada y temida y cada vez más cercana catástrofe ecológica mundial, si no pensamos y no actuamos distinto...

Porque, en realidad, el puto bicho este lo que ha puesto en evidencia es el absurdo e inhumano sistema en que vivimos, y que tendríamos que dedicarnos a ver —y a pensar y a cambiar— el infame hecho de que el dinero y la riqueza generados por el trabajo de la humanidad —más de la mitad en pobreza— no se ha invertido ni en investigación ni en alimentos ni en salud ni en educación, ¡y en cambio se ha gastado «en defensa», en armamento para matar, para asesinar, pues la inversión mundial en armas superó en 2019 los 1.9 billones de dólares, y los dos billones en 2021, marcando un nuevo récord por quinto año consecutivo... En el 2019, por ejemplo, Estados Unidos invirtió 732 mil millones de dólares, el 3,4% de su producción en armas; China, 261 mil millones, el 1,9%; India, 71 mil millones, el 2,4%; Rusia, 65 mil millones, el 3,9%; Arabia Saudí, 62 mil millones, el 8%; Francia, 50 mil millones, el 1,9%; Alemania, 49 mil millones, el 1,3%; Reino

Unido, 49 mil millones, el 1,7%; Japón, 48 mil millones, el 1%; Corea del Sur, 44 mil millones, el 2,7%; Brasil, 27 mil millones, el 1,5%; Italia, 27 mil millones, el 1,4%; Australia, 26 mil millones, el 1,9%; Canadá, 22 mil millones, el 1,3%; Israel, 20,5 mil millones, el 5,3%; Turquía, 20 mil millones, el 1%; España, 17 mil millones, el 1,2%!...

Este puto bicho ha puesto en evidencia lo absurdo e inhumano del sistema en que vivimos, repito, sí, repito, un sistema donde, en las peores semanas de la pandemia, con cerca de dos millones y medio de contagiados y trescientos mil muertos, se anuncia impúdicamente que Bugatti ya tiene listo un súper coche de cinco millones de euros, que pronto 17 pasajeros surcarán los cielos «a todo lujo» en un avión privado de 101 millones de euros y que ya hay listas de clientes para entrar a comprar, una vez que se levante la cuarentena, en las más famosas tiendas del gran supermercado-jaula en que vivimos esclavizados y exhibidos por el consumo... Un absurdo e inhumano sistema en el que muchos gobiernos estimularon que los animales consumidores en que nos hemos convertido saliéramos de compras los viernes negros, el buen fin, el día sin impuestos, en navidades o en el día de reyes, sin importar que las enormes aglomeraciones de compradores incrementarían dolorosamente una semana después el número de contagiados y muertos... Un injusto sistema en el que, en plena pandemia, con millones de personas hambrientas y miles de niños muriéndose de hambre, dos de los hombres más ricos del mundo jugaron a ser astronautas y se gastaron millones de dólares por un brevísimo viaje de minutos al espacio, mientras otros preparan el suyo... Un miserable e inhumano sistema en el que los países más ricos compraron vacunas de más, mientras las naciones más pobres no tienen vacunas... Un miserable sistema inhumano que se apresta a volver a la normalidad por razones económicas sin que importen los muertos por venir, que —ya han calculado exactamente— no pondrán en peligro el consumo ni las ganancias...

Un miserable sistema inhumano que se apresta a volver a la normalidad sin haber resuelto ninguno de los grandes problemas que el coronavirus desnudó...

Aun así, en la penumbra y en la catástrofe, los trinos y los gorjeos que anuncian la llegada del sol pintando el mundo de colores me ponen de nuevo en marcha al paraíso, con luces, flor y canto...



Después de varios dolorosos y tristes meses y páginas regreso a las líneas iniciales de mi novela, que, sin proponérmelo ni darme cuenta, hila en gran medida alrededor de la manera como he vivido o me ha tocado vivir la enfermedad y la muerte, y pongo en el altar, con un martini extra seco —síntesis de las recetas de Álvaro Mutis y Luis Buñuel—, las *Empresas y tribulaciones*, la *Summa de Magroll el Gaviero* y un retrato del amigo.

Con el tercer martini —rompiendo las normas de don Luis y don Álvaro—, el vago recuerdo de mi vida alzó el vuelo y llegaron las palabras del médico: «Tenemos que operar...». Recuerdo que muy pronto dejé de escuchar sus explicaciones y tomé cuerpo la imagen vital de Álvaro Mutis, el poeta y amigo muerto días atrás, mientras musitaba que la vida es un eterno viaje hacia la muerte y que hay que vivirla hasta el último momento, como si fuéramos eternos:

Que te acoja la muerte
con todos tus sueños intactos (...)
La muerte se confundirá con tus sueños
y en ellos reconocerá los signos
que antaño fuera dejando,
como un cazador que a su regreso
reconoce sus marcas en la brecha.

La muerte, la omnipresente y temida muerte que hila la vida sin pausa. Apenas quince días atrás lo había visto, entre verdes y blancas hojas, en el silencio que precede a un gran concierto, llevarse

a la boca la almojábana que transportó su espíritu vaya a saber adónde, ante la amorosa mirada de su numen, ¿al espacio y tiempos pasados, al incierto porvenir, a la nada? Entonces no soporté el vacío: «Maestro, espero que la próxima vez que nos veamos esté mejor y nos tomemos un whisky»... Entonces su rostro se iluminó y me contestó muy serio: «¿Pero por qué uno, Marius?». Ansioso, salí saboreando el líquido vital y su pícara sonrisa.

Ahora el dolor de la impotencia y la rabia confunden y diluyen su imagen entre los rostros de mis cada vez más numerosos muertos y caigo en la cuenta de que el costo de seguir vivos es el aplastante peso de la ausencia y el recuerdo de los seres perdidos, el niño que flota en mi memoria en el triciclo rojo que deambula en los meandros del parque sobre las aguas del río y la muy brillante pelota que heredé y nunca más pude volver a patear; mi joven tío derrotado por la larga cadena de infecciones causadas por su pene cercenado por un perro cuando era niño y andaba desnudo y olvidado por los mayores; mi primer hermano y el descuidado aneurisma que le dejara una supuesta pelea callejera por haber cortado una rosa para regalársela a su novia, ¿o quizá la compra de la lista de armas para la guerrilla que descubrí en su agenda?; mi segundo hermano, lentamente diluido por el sida; mis camaradas asesinados, desaparecidos o muertos en la ley de su guerra; mis amigos perdidos por el inexorable paso de eso que llamamos el tiempo y la fragilidad del cuerpo; mis cuates derrotados por la desesperanza, el desamor, el alcohol o las drogas; los personajes que me han acompañado y me han marcado; la sonrisa de mi madre desvaneciéndose en la falta de oxígeno...

¿Cuántos más, quiénes, cómo y cuándo? ¿Qué será de la vida de los sobrevivientes? ¡Ay, cómo me muero en la muerte de cada uno de ellos! ¡Ay, cómo me voy muriendo en el tiempo!

Antes de mi operación y de los análisis clínicos para detectar o descartar el mal, decidí entonces regresar a mi paraíso original para vivir la fiesta del reencuentro con las tierras, las aguas y el aire de mi niñez, con el sabor y las texturas de las comidas y las

bebidas, con los sonidos de las músicas y los ritmos de las danzas, con los escenarios, los sueños y los personajes de mi juventud, con las mujeres deseadas, con las mujeres admiradas, con las mujeres amadas, con las mujeres deseadas, admiradas y amadas, con mis siempre recordadas mujeres, mis amigas, con mis entrañables amigos, con sus historias, nuestras historias, mis historias, con nuestros triunfos y fracasos, nuestros dolores y alegrías; para encontrarme conmigo mismo, porque yo no sólo soy yo y mis recuerdos, yo soy las imágenes y los recuerdos de las personas que he conocido, yo soy mis seres queridos, yo soy sus vidas, yo soy sus recuerdos, yo soy en sus recuerdos, yo soy en sus vidas, y yo soy mis recuerdos y mis imágenes, mis deseos, mis sueños y mis fantasías, y mis palabras, y necesito armar mi propio rompecabezas para verme mejor.

Han pasado casi cuatro décadas desde mi expulsión del paraíso, y aunque he regresado en varias oportunidades, y a pesar de que, en realidad vivo en él en la fiesta interminable del recuerdo, ahora regresaré, pienso, para reconocirme y reencontrarme en mi memoria, regresaré para tratar de darle forma a mis múltiples fragmentos e imágenes, para forjarme en el espejo de las vidas y las historias de los míos, para identificarme en el eco del caminar de sus pasos y los míos, reales o imaginarios, para adelantármele a la muerte.



Continúo mi vuelo al paraíso en la memoria, el papel y mi altar de muertos, sin olvidar verter la cristalina agua en las macetas de las violetas, los anturios y la cuna de moisés: cuando el avión supera la cima de la cordillera, deja de temblar y desciende planeando sobre el verde y blanco tapete de algodón, caña de azúcar y arroz del terrenal paraíso, cultivado con sudor, sangre, cantos y danzas por negros y mestizos, me relajo, serpenteo en el agua del río, siento el refrescante aire del atardecer, el vaivén de la hamaca y me propongo visitar los enormes quioscos de bambú y palma donde solíamos amanecer en la ribera, la luna vibrando en el agua, la luna sumergiéndose y reapareciendo, uno, dos, uno, dos, con guaracha y guaguancó, mambo y rumba, son montuno y chachachá, bolero y cumbia, porro y merengue, pasillo y joropo, *reggae*, tango y *bossa nova*...

¿Bailas?

El taxi se detiene en un lugar silencioso y oscuro; sólo se puede ver el viejo neón, dos o tres sombras y las lucecitas del equipo de sonido.

¿Dónde están los centenares de parejas de antaño, dónde las sonrisas moviéndose al ritmo de las percusiones, dónde los cuerpos en la comunión de la fiesta? Quizás es muy temprano, quiero creer, necesito creer... Pido un aguardiente y varias canciones, pero sólo llegan los recuerdos. Me levanto, «¡que salgan las bestias!, ¡uhh!, ¡agúzate!, siento una voz que me dice: ‘agúzate que te están velando, agáchate que te están tirando, cabo e, cabo e, cabo e, cabo e, jala jala, que jala jala pa’ vacilar, el jala jala pa’ vacilar, el jala jala para gozar, mamá yo quiero saber de dónde son los

cantantes, que loj encuentro muy galante y loj quiero conocer, con su trova fascinante, que me la quiero aprender», en un solo torbellino infinito entre el pasado y el presente...

Cuando yo abandoné el paraíso apenas estaba dando los primeros pasos en las pistas de baile y sentía unos deseos enormes de moverme con la música; mi cuerpo y mi alma se estremecían y desaparecían en la luz, el brillo y el sonido, el movimiento, los olores y el sudor. En ese entonces ya no podía quedarme indiferente ante el rítmico vibrar sonoro y seductor, y recordaba con una sonrisa avergonzada mis celos infantiles al ver bailar a mi madre. Encuentro una foto suya con mi padre bailando, felices, ya mayores; la coloco en mi altar, y preciso: no sentía celos cuando mi madre bailaba con mi padre, no, sólo cuando bailaba con cualquier otro hifueputa.

Aquí, en el refugio que he aprendido a querer haciéndolo mío a medida que construyo mi bohío y me moldeo, en una especie de adolescencia tardía, fui echando a un lado mi cervical miedo infantil a hacer las cosas mal, empezando por el baile... Cerraba los ojos y escuchaba una y otra vez la voz de Úrsula susurrándome en los oídos: «Como lo sientas, Marius». Y me movía recordando las lecciones de mi madre: «Pones los dos pies juntos, mueves uno hacia adelante, y lo regresas; el otro, hacia atrás, y vuelta al centro; ahora, uno a la izquierda, y de nuevo al centro; el otro a la derecha, y al centro; siempre se regresa al centro...» La memoria del cuerpo me repetía en susurrante voz baja las palabras de Úrsula en el oído: «Oye la clave, siente la clave, sigue la clave, marca la clave con el pie», mientras metía lenta y delicadamente su muslo entre los míos. Y entonces se iban liberando los pequeños círculos de los hombros y las caderas. Así, poco a poco, me fui atreviendo a desplazarme por la pista y el papel... «Oye, cierra los ojos. Mira hacia arriba. Disfruta las cosas buenas que tiene la vida...».



No existe un amarillento papel que registre imágenes de otro día en que me perdí del seno materno, o me escapé, o fui olvidado, ¿qué más da?, para no volver a decir plañideramente el día en que fui abandonado de nuevo; y ahora trato de dibujarlo con la combinación de escasísimas tres decenas de letras: en un descuido de mi madre —mi padre ausente, claro—, dejé el cuarto de inquilinato que habitábamos cuando aún no reconocía las líneas con que ahora intento trazar la escena; curioso, atravesé el patio de la vieja casona y recorrí entre ligeras sombras el zaguán tras la luz que la puerta abierta que lo presidía dejaba vislumbrar hacia un prometedor mundo por explorar, enigmático y colorido universo por descubrir.

No recuerdo qué encontré; sólo creo ver, o me contaron, que una mujer de blanco traje me llevó de su tierna, suave y delicada mano a casa; creo que mi rostro reprimía las lágrimas y esbozaba una sonrisa; creo que aún había sol; creo ver y sentir la transparencia, el perfume, el brillo y el calor de las manos, los ojos y el alma femenina y la blancura de las paredes, y el murmullo de las palabras agradecidas y apenadas de mi madre, y su gran enojo conmigo.

Quizás ese día intuí por vez primera la brillante ilusión y el placer del descubrimiento, más allá del pánico de la pérdida; quizás en esa ocasión empecé a tratar de controlar o compensar la angustia de la separación con el gusto del encuentro; quizás esa tarde comencé a tomar conciencia de que la separación no sólo significaba pérdida y temor cervical sino expectativa y gozo; pero me ha costado mucho tiempo y dolor recordarlo, reconocerlo y asumirlo, y gozarlo cada vez que me siento irremediablemente perdido.

Y no puedo olvidar ni dejar de recordar ni describir la moribunda tarde en que mi madre me depositó en un autobús para el solitario viaje de doce horas de escalofríos, sudor, frío y diarrea a través de la obscurísima y muy negra noche, las frías y oscuras montañas y los profundos y oscuros precipicios, viaje de retorno a mi expulsión definitiva del recuerdo del oscuro, húmedo y cálido vientre materno, de mis hermanos abandonados por mi impotencia, de mi brevísima y eterna historia familiar, oscuro camino a la casa de mi abuela, adonde llegué al amanecer en el rítmico y alegre cabalgar del caballo en una victoria descapotada, con un gran susto y una sonrisa feliz, de pie, escudriñando ilusionado el futuro, con el viento en el rostro, a pesar de que nadie había salido a recibirme, cálido sol cálido del reencuentro.

Y no olvido ni dejo de recordar y contar, a pesar de que estas cosas no deban contarse y menos recontarse, a pesar de que no gusten, ¡qué mal gusto!, que ese viaje se inició porque a los ocho años, sin saber muy bien cómo, yo había logrado transmitirle a mi padre con la sola fuerza de la mirada el desprecio y la rabia que sentía por él; y no puedo olvidar ni dejar de recordar que mi ojo derecho recibió la inolvidable lección que el puño cerrado de un hombre de cien kilos, mi padre, me dejaría marcado para siempre en la frágil tez del recuerdo que no olvida ni debe ni puede olvidar, negro sanguinolento en el rostro y la memoria infantil, negro muy negro sobre el tierno albo de la piel niña y la pulpa vegetal hecha blanco papel: la insubordinación se paga con violencia física y afectiva, y con la expulsión del paraíso, contra el cuerpo y el ser de los desobedientes y los insubordinados, y contra sus seres cercanos, en la casa, y en la escuela, y en el trabajo, y en las iglesias, y en las calles, y en el campo, y en las plazas públicas, y donde sea, y muchísimo más con cuarentena...

Me dispongo a poner la foto de mi padre y mi abuelo abrazados, sonrientes, mirando a la cámara, cada uno con una botella de cerveza hacia el foco, y la de mi abuelastro Marco Antonio, con el cepillo en las dos manos, limpiando la madera...

Como en otras ocasiones, Ana María y Úrsula me ofrecieron una fiesta con los amigos y la música de nuestra juventud y militancia política. En los primeros años de mi exilio, cada vez que regresaba al paraíso trataba de verlos a todos; iba de cita en cita, a prisa, con prisa, de prisa, y terminaba la jornada insatisfecho y agotado, pues en muchas ocasiones llegaba tarde, los dejaba plantados o no disfrutaba a plenitud por la ansiedad que me causaba la posibilidad de llegar tarde al siguiente encuentro. Entonces, con la complicidad de mis dos eternas amigas, podía verlos más tranquilo.

Siempre me ha ilusionado, siempre he deseado, volver a ver a mis amigos; quiero hablar con ellos, saber de sus vidas, de sus trabajos, de sus familias, de sus esperanzas, de sus logros, de sus fracasos, de sus proyectos. Mis amigos y camaradas de entonces son mi familia, una familia que trasciende el tiempo, una familia que crece, muy poco, pero crece, a pesar de nuestros cambios y diferencias, a pesar de nuestros errores, incluso; una familia forjada en una intensa y festiva comunión en la que cada uno quiso dar lo mejor de sí a un proyecto colectivo y social. Con esta familia compartí la ilusión del cambio como sentido vital; en esta hermandad nos formamos juntos, estudiamos juntos, juntos aprendimos a discutir, analizar, planear y organizar; juntos trabajamos y juntos descubrimos el enorme gusto de la entrega plena a un ideal, a la solidaridad, al placer y al amor, en el excitante límite inconsciente entre el bien y el mal, el placer y el dolor, la seguridad y el peligro, la vida y la muerte.

Pero, ¡ay!, es muy difícil reunir a todos los viejos amigos y camaradas: algunos están muertos «de muerte natural», pero otros

han sido asesinados, uno que otro está loco y a muchos los han desaparecido, eufemismo que expresa la esperanza de vida de las víctimas y el cinismo de los asesinos; varios han renegado de lo que fuimos; algunos se detestan ahora; otros han encarnado la imagen de lo que despreciábamos y combatíamos; muchos más han preferido refugiarse en su intimidad; y varios han sido expulsados de la paradisiaca hermandad construida en la juventud al calor de la ilusión de un mundo mejor, al calor de la ilusión de un mundo donde todos los seres humanos puedan desarrollarse a plenitud y gozar de la naturaleza y de los bienes creados por la humanidad, al calor de la ilusión de un mundo donde nadie muera de hambre o por enfermedades curables, al calor de la ilusión de un mundo donde los niños puedan ir a la escuela a jugar, a soñar y aprender, sin tener que trabajar, mendigar, ser utilizados, abusados o prostituirse.

Cuando estaba corrigiendo estas *Falsas memorias* y entre página y página ponía otra foto de mis muertos en el altar, murió mi madre, por COVID... Ese fin de semana no quiso comer y se sintió un poco molesta; el médico que la visitó en el hogar donde vivía, en la ciudad donde me parió, mi paraíso original, pensó que no tenía mayor importancia, pero un segundo médico dijo que era mejor llevarla al hospital. Estaba bajando su tensión y su respiración, y una médica nos preguntó si la intubaban... Mi hermana, que estaba junto a ella, y yo, por teléfono —no podía ir porque los vuelos estaban suspendidos—, decidimos, por sus noventa y un años, por la inmensa tristeza y malestar en que vivía, en silla de ruedas y sintiéndose muy sola, por los múltiples dolores y problemas de salud que la aquejaban, por sus últimas y frecuentes charlas con su mamá diciéndole que ya iba a verla, que la esperara, por el recuerdo del tío Pedro, a quien intubaron y nunca más volvió, porque ya no quería vivir, simplemente, y porque sólo aumentaríamos su dolor, que no la intubaran, y fue dejando de respirar muy lenta y tranquilamente, con mi hermana llorando a su lado, y pasándomela al teléfono...

Desde niño sufrí con la idea de la muerte de mi madre; siempre me pregunté con angustia cómo sería, siempre temí ese momento... Últimamente había empezado a aceptar racionalmente que iba a ocurrir, que iba a morir, pero, en realidad, nunca me pude imaginar ni aceptar que de verdad llegara ese día...

Una y otra vez me veo en el momento en que tuvimos que tomar la decisión, y aunque sé que fue lo mejor para ella, no dejo de preguntarme qué hubiera pasado si la hubieran intubado... La veo con el halo que iluminaba su boca y sus dientes y su rostro cuando sonreía, la luz que me hacía feliz, con el rostro que conservo entre mis libros en la foto de estudio que se hizo tomar conmigo sentado en sus piernas, y también veo por la pantalla en el celular las imágenes de la parte trasera de la carroza fúnebre que me enviaba mi hermana, única persona que asistió al entierro, pues confirmaron que tenía COVID, veo su nombre camino al crematorio y trato de colocar en el altar algunas de sus fotos y mis recuerdos en unas cuantas palabras, mis recuerdos y un dolor y una nostalgia y una orfandad indescriptibles:

TINA, TINA, TINA

*En memoria de Ernestina Perico (15-IX-1929 / 11-VIII-2020),
mi madre, muerta por el coronavirus*

«¿Quién es la mujer más linda? Tina, Tina, Tina...»

(Compositor y director de orquesta: Lucho Bermúdez;
bailan mi madre y mi padre)

A las cinco de la tarde.

Eran las cinco en punto de la tarde...

Un niño trajo la blanca sábana

a las cinco de la tarde...

(«Llanto por Ignacio Sánchez Mejías», Federico García Lorca)

Alrededor de las cinco de la tarde —o de las once de la mañana, o entre las cinco y las seis de la madrugada, cuando despierto, como suelo hacerlo desde el día en que salí de bruces de tus cálidas y húmedas entrañas al deslumbrante mundo—, siento el impulso de llamarte, mamá, como hacía casi todos los días desde hace ya varios años: «¿Mamá?» «¡Mamá!» «¡Mamá?», «¿Me oyes, mamá?» Silencio...

Ya no me puedes escuchar ni yo puedo percibir más la primera voz que oí en mi vida... Ya no puedo sentir tu alegría... Ya no puedo percibir tu silencio cuando estabas enojada, triste o molesta, o cuando no querías abordar un asunto...

Y siento la opresión en el pecho, y la líquida tristeza en los ojos y el alma... ¡Ay, mamá, se ha hecho realidad mi más añejo e intenso temor: ya no existe la terrible posibilidad de que no regreses, y no pasará ese terror con la alegría de tu vuelta a casa y tu tierna sonrisa al verme inquieto y temeroso! ¡Cómo sufría cuando tenías que salir de casa y yo me quedaba pensando dónde andarías, qué te habría podido pasar y qué haría si no regresaras...! ¡Cómo me alegraba tu taconeo cuando volvías! ¡Cómo disipabas las muy negras nubes y la muy intensa lluvia y los muy sonoros estruendos de los rayos azotando el mundo y alimentando mis infantiles dudas y miedos sobre lo que te podría pasar, y sobre cómo sería la vida sin ti, y si tendría sentido vivir sin ti, y si podría vivir sin ti!

Yo sabía, mamá, que así iba a suceder: tus noventa años, tu cadera lastimada, tu impotencia y tu rabia al tener que desplazarte en la silla de ruedas, tu desconcierto al no poder salir en estos duros días de confinamiento por el coronavirus, tu sensación de estar perdida y abandonada, tu conciencia de que ya no podrías caminar, tus cada vez más frecuentes olvidos del arreglo de tus uñas, del pelo y la boca que nunca olvidabas, tus últimas palabras diciéndome que estabas aburrida y que no querías vivir más así me lo habían anunciado; tus palabras dirigidas a tu mamá: «Ya voy, madre, ya voy contigo», tus palabras dirigiéndote a mí

como si yo fuera alguno de mis dos hermanos muertos prematura y accidentalmente, «Orlando», «Paolo», tus palabras, mamá, y tu desconcierto, y tu rabia, y tu tristeza, y tu depresión, y tus largos y frecuentes silencios así me lo anunciaban...

Pero una cosa es entender el ciclo de la vida, mamá, «que ha llegado el momento», que «los seres vivos nacen, crecen, se reproducen y mueren», que «hay una edad en que es mejor morir, porque ya no se vive, y en cambio se sufre...», que «descansó...», que «te fuiste apagando como una velita», sin dolor, felizmente, y otra cosa muy distinta es vivir la muerte de un ser querido, mamá, y otra muy muy muy distinta vivir la muerte del ser en cuyas entrañas nos formamos, el ser que nos forjó con sus placeres y sus espasmos, sus flujos y sus líquidos, con sus dolores, sus tristezas y sus alegrías, sus latidos, sus movimientos y sus gemidos, con sus gritos, sus voces y susurros, sus temores, sus decepciones y sus angustias, con sus andares y sus danzas, sus arrullos y sus palabras, con sus caricias y sus golpes, sus ilusiones, sus risas y sus llantos, con sus plácidos rostros relajados y sus graves caras fruncidas, y con la gran gama de sus diversos y múltiples gestos, con sus peticiones y sus órdenes, sus reclamos, lamentos y celebraciones, con sus estímulos y sus amenazas, sus premios y sus castigos, con sus historias, sus discursos y sus silencios, sus comidas y sus bebidas, sus canciones y su música... Tu último y definitivo silencio...

Ay, mamá, qué tan importantes son las madres en nuestras vidas y en nuestro ser y en la forja y la estructuración de nuestra identidad me lo enseñaste tú recientemente, al buscar con tus palabras, próxima ya a tu viaje final, a tu madre, tu madre y su mundo, tu mundo infantil y juvenil, ¡todo un universo del que nunca quisiste hablar! «¿Para qué, Marius, qué quieres hacer con esas historias?», me preguntaste transmitiéndome el reclamo de mi padre por la novela en la que traté de recuperar el universo masculino de mi abuelo, el suyo y el mío, claro, sin excluir «lo feo», «lo doloroso», «lo incontable»... ¡Cómo me hubiera gustado saber, madre, cuándo, por qué y cómo saliste de Belén, el pueblito al que

en mi último viaje al paraíso fui a buscar tu memoria y tus antepasados, tu sentir, tu mirada y tu escucha en medio de múltiples tapices de verdes montañas y valles, coloridas flores y cantoras y cristalinas quebradas y gorjeos y trinos y cantos, el pueblito del cual te mostré algunas fotografías que tomé para ti, y para el ti que hay en mí, imágenes que te produjeron sonrisas y recuerdos que no logré convertir en palabras...

Hoy cocino para el altar y te veo ante la estufa y depositando los humeantes, cálidos, olorosos y coloridos platillos en la mesa, ¡qué olores, qué sabores, qué texturas, qué combinaciones, qué placer! ¡El paraíso! Me veo llegando por la noche a destapar la olla y calmar mi hambre con tus guisos, en especial con el grueso perol del arroz y la pega, tostadita y crujiente, acompañada de papas saladas, carne y plátano, y me escucho preguntándote cómo se preparan los huevos pericos, la changua y el arroz, el ajiaco, el cocido y el puchero, las mazamorras, el mute y el mondongo, la sobrebarriga, los frijoles y los aborrajados, plátanos maduros rellenos con bocadillo de guayaba roja con queso, capeados y fritos, los mismos que acompañan mi arroz de hoy, mamá... ¡Ay, cómo me gusta tu cocina! ¡Ay, cómo me gustaría tenerte en la mesa saboreando mi paella, con un tequilita y una cerveza!

Y mientras cocino y como, escucho los porros y las cumbias de Lucho Bermúdez, y te veo bailar con mi padre, alta, delgada, elegante, coqueta, sonriendo, plena... Y recuerdo cuando salían a bailar a un «grill», y el chirriar de la cama y algunos susurros y gemidos en la madrugada... Y recuerdo tus indicaciones y tu sonrisa cuando te pedí que me enseñaras a bailar, 1, 2, 3, 1, 2..., pues en el paraíso, mamá, tú sabes, si uno no sabe bailar pasa desapercibido o causa compasión, y se ve obligado a ver bailar desde la mesa a la mujer que pretende...: «Juntos los dos pies, uno a la derecha y de vuelta al centro, el otro a la izquierda, y al centro, uno adelante y al centro, el otro atrás y al centro, al compás de la música...». ¡Cómo me gustaba verlos bailar y percibir la armonía del cuerpo y las voces de los instrumentos, la sincro-

nización de los dos cuerpos en la pista, el vuelo de las miradas y la falda...

Y te veo sonriente, feliz y radiante, mirando a la cámara, orgullosa, conmigo vestido de marinerito de pantalón corto, sentado en tus piernas, muy bien vestiditos los dos, muy elegantes, y muy seguros. Y escucho tus palabras contándome cómo salías al centro de Cali a comprarme ropa «a los mejores almacenes», preocupada siempre por vestirme «bien», con prendas «bonitas», «finas», «de algodón», mientras escribo con la abrigada y suave camisa de la última pijama que me regalaste, conservada gracias a que suelo dormir desnudo... Y recuerdo cómo atravesabas conmigo de la mano la plaza central al ritmo de sus esbeltas palmeras y el viento de la tarde, y cómo te detenías para dejar que las señoras alabaran a tu pequeño hijo, que soy yo, que sigo siendo yo... Sé que a veces te lamentabas porque he sido un poco rebelde y no me importan mucho esas cosas... Pero sí, mamá, he de confesarte, con algo de pena, que siempre me fijé en que los colores combinaran, en que las prendas estuvieran bien diseñadas, bien cortadas y bien terminadas, que fueran de algodón, que estuvieran bien planchadas y «que me viera bien»... Algo de «pinchado» sigo siendo, mamá, aquí entre nos... ¡Y también, te cuento, mamá, me detengo ante los objetos bonitos, y a veces no puedo resistir la tentación de comprármelos, mamá, floreros, materas y manteles, flores, plantas, muebles, lámparas, juguetes, cuadros, esculturas... Y al escribir esto, mamá, vuelvo a ver tu sonrisa y a caer en la cuenta de tu gran influencia en mí...

Y te escucho preguntándome si tenía novia, mamá, cada vez que te enterabas de que estaba solo, y te oigo recomendándome que me consiga una amiga, que busque quién me acompañe, que me divierta... Y no puedo recordar, felizmente, mamá, que me hayas criticado por mi vida amorosa, poco tradicional, mamá, lo sé... Ni que hayas criticado nunca a la mujer que amaba. Y te oigo preguntándome, uno y otro fin de semana, curiosa y cómplice, si voy a salir de paseo por algún pueblito, sin que escuches mi respuesta

de que ahora no se puede, y recuerdo, a pesar de que eras muy poco expresiva, que te gustaba que te llevara a pasear las veces que me visitaste, o cuando yo iba a verte al paraíso... «¡Salga, hijo, salga y diviértase!».

¡Ay, mamá, cómo me duele recordar que unos días antes de que murieras me pediste que te volviera a traer a México!... ¡Cómo me duele sentir tu profunda decepción, y mi impotencia! ¡Y cómo me sorprendió y me dolió escuchar tu pregunta!: «¿Está llorando?», aunque no había una sola lágrima, al menos en mis ojos... ¡Y cómo me duele que nunca fui capaz de sacarte del violento escenario familiar que nos tocó vivir! ¡Y qué impotente me sentí toda la vida por no haberlo logrado, a pesar de que lo intenté desde mi más remota infancia! ¡Y cómo me duele que tampoco hayamos sido capaces de cambiar el escenario del teatro violentamente injusto y violento de nuestro país!

Quiero contarte, mamá, que en estos días de confinamiento, al regresar a casa después de mi diario recorrido por la hermosísima avenida Reforma, con su muy femenino Ángel de la Independencia y su muy bella Diana Cazadora, recorriendo lentamente nuestras vidas, en contrapunto con el rápido ritmo de mis piernas, caí en la cuenta de la especial manera como estabas ligada a mi caminar y a mis viajes, y reviví los primeros que emprendí, apoyado en los recuerdos de las fotografías, los relatos familiares y la memoria: cuando me llevaste a conocer a mi abuela paterna y te propuso que me dejaras con ella... Creo que ese día sentí pánico ante la posibilidad de que me abandonaras con esa mujer desconocida que estaba feliz de conocerme y llegó a ser tan importante en mi vida, esa señora a la que después quise y admiré de una manera tan especial, la abuela Rosa con quien me mandaste a vivir a los ocho o nueve años para evitar que mi padre me diera otro trompadón y me volviera a dejar el ojo negro... Te cuento, madre, aquí, entre nos, que no sé qué me dolió más, si el trompadón, el ojo colombino, que me desprendieras de ti o dejarte a ti y a mis hermanos en ese escenario tan doloroso... Pero,

finalmente, con el tiempo, mamá, entendí, y agradecí, que me hubieras protegido mandándome a vivir con mi abuela...

Al caminar por la ancha y arbolada avenida, esquivando a una gran diversidad de personas, con tapabocas y sin tapabocas, a los pies de modernos edificios gigantes sin aspas, profusamente iluminados, señoriales, hermosas y elegantes casonas decimonónicas, al lado de pequeñas casa-bancas habitadas por numerosos callejeros y teporochos sin techo, sin empleo, sin familia, sin dolientes, la carpa de tela y cartón con las fotos y los deudos de los 43 jóvenes normalistas asesinados y desaparecidos de Ayotzinapa, la escultura que recuerda los 49 niños quemados en la guardería ABC, la caja-escultura con 65 cascos que visibilizan a los mineros atrapados en Pasta de Conchos, el 72 en lámina, rojo, blanco y negro, que recuerda las víctimas migrantes de la masacre de San Fernando, camino a Estados Unidos, crímenes todos sin castigo, el Monumento a la Independencia rodeado de bardas que impiden que las mujeres lastimadas, humilladas y violentadas, ofendidas, golpeadas, violadas y asesinadas una y otra y otra vez a lo largo de nuestra historia protesten pintando con sus voces, sus cantos, sus danzas y su sangre sus sólidos e imponentes muros de cemento, recordé nuestros recorridos por las calles de la fría y lluviosa capital cuando salías, pensativa, a hacer las compras de Navidad, con la ilusión de que tu hombre, mi padre, el macho que nunca cambiaría, ni cambiarías, te acompañara algún día...

Al internarme por las calles vacías de mi barrio, en penumbra, con lluvia y frío, reviví la tristeza y el desamparo que sentí junto a ti en muchos de tus recorridos, sola, siempre solos y pensando siempre en tu hombre, mi padre, que nunca estuvo ni estaba ni estaría presente...

También recuerdo perfectamente, mamá, que, siendo muy niño, entre los siete y los ocho años, me enseñaste a tomar el bus para ir al centro a encontrarme con mi tío Pedro, y a conocer en qué esquina debía esperar la ruta de regreso que me llevaría al cuartito donde vivíamos. Después de esos primeros viajes, madre, supe,

sin que lograra expresarlo entonces en palabras, que podría emprender cualquier camino, quizá con miedo, quizá con nostalgia, quizá sintiéndome desamparado y solo y triste, pero sabiendo siempre que al final encontraría el sendero de regreso... Y te cuento, mamá, que, independientemente de esos sentimientos, siempre me gustó viajar, y que desde hace unos años ya no siento esos muy grises y muy grandes monstruos, mamá, que paseo tranquilo, feliz, pleno, incluso si voy solo, incluso los domingos en la tarde, incluso en las fiestas de fin de año...

Nunca podré olvidar, mamá, que después del final de un intento de retorno a casa, a nuestra violenta casa, a mis quince años, cuando no aguanté las agresiones de mi padre y decidí abandonar su oficina y salir a recorrer el país en autoestop, tú, sin entender qué pasaba ni qué iba a hacer, metiste la mano en tu cartera, me diste lo poco que tenías, me ayudaste a armar mi improvisada mochila, me indicaste cómo salir de la gran ciudad y me diste tu bendición... Y sigo percibiendo tu interés —y cierto orgullo— en conocer mis planes de viaje y mis recorridos, etapas de un único y largo caminar que emprendí de niño...

Un día, mamá, una amiga me preguntó si me daba cuenta de que la mayoría de las mujeres que me gustaban se parecían a ti... ¿Cómo te parece, mama! Me sorprendió muchísimo, y sólo atiné a contestarle «algunas»... Pero sí, mamá, claro, tu belleza y tu elegancia me marcaron, ¡cómo no?, más allá de las palabras de un tal Sófocles y otro tal Sigmund, más allá de la belleza y la mirada y el silencio de la sicoanalista... Aunque, felizmente, mamá, aprendí a admirar la belleza y la infinita belleza femenina en sus distintas expresiones, y, felizmente, no he sido segregador ni obsesivo... Pero, sí, mama, sé que quizá tendría que pensar y escribir más sobre este asunto, y sé que me dirías, «¿pero para qué, Marius?»...

Mientras escucho los boleros que te gustaban, los mismos con los que he llorado un amor perdido, me doy cuenta de que no sólo me heredaste el gusto y ciertos rasgos físicos y de personalidad, sino, en especial, una visión platónica y romántica del amor, la bús-

queda del otro, del otro que es también un uno en busca de su otro, el otro con el cual uno es uno, la búsqueda del amor como la búsqueda, el camino, el caminar y el reencuentro en un paraíso eterno, la búsqueda de un ser maravilloso con quien nos fundimos en un pleno y eterno reencuentro...

Y también sé muy bien, mama, que tengo tu carácter rebelde, y tu explosividad, y tu arrogancia —en todos los sentidos—, y sé muy bien que contigo aprendí a domar los matices difíciles de esas cualidades, y a no ser preso de ellos, a liberarme de ellos, pues si no aprendía, mama, era muy difícil que nos pudiéramos comunicar en ciertos momentos... Por ti he aprendido a dominar mis impulsos, mamá... Y felizmente en los últimos años pudimos hablar con menos encontronazos, y menos fuertes... Y por ti aprendí a callar... Y por ti aprendí a conciliar y a negociar... Y por ti aprendí a posponer y a trascender ciertas confrontaciones... Es muy duro, y cansa mucho, mamá, andar por la vida con el escudo puesto y lanza en ristre... Pero, te juro, mamá, que mi capacidad de indignarme ante las injusticias sigue intacta, te juro que cuando presencio injusticias y violencia me duele, y me indigno, y lo manifiesto, y grito, y me rebelo, igual que en mi niñez, cuando aún no había aprendido a leer ni a escribir y veía el maltrato y la humillación que tuviste que padecer, o aceptaste padecer... ¿Por qué, mamá? Nunca pude terminar de entender... Tampoco pude nunca hacer que me contaras tu vida para tratar de entender mejor... Te juro, te vuelvo a jurar, mamá, que cuando presencio injusticias y violencia alzo mi voz y me sublevo... Te juro, mamá, que mi capacidad de indignarme y levantarme ante las injusticias sigue intacta... Te juro, mamá, también, que cuando un escenario, un papel o un parlamento de mi vida personal no me gustan, trato de entender por qué estoy en ellos, trato de cambiarlos, y, si no puedo, marchó, madre, parto... Por eso tuve que dejar nuestra casa cuando tenía ocho años, y por eso tuve que dejar mi paraíso, madre, mi injusto paraíso, un paraíso de mujeres y niños violentados, un paraíso de mujeres y niños asesinados, un paraíso de amenazados, un

paraíso de cientos de miles de asesinados, un paraíso de cientos de masacres, un paraíso donde los violentos se pavonean en la impunidad, un paraíso donde las víctimas y los violentados y quienes no estamos de acuerdo con el estado injusto de las cosas somos incapaces de ponernos de acuerdo para decir juntos «¡Basta!», de una vez por todas... Y con esto te contesto una pregunta que me hacías, una pregunta que me hago cada tanto: «¿Y no piensas volver?»... Y por eso dudo tanto en regresar al paraíso original, mamá... Y también por eso sigo afectiva y simbólicamente en él, madre... Y sigo tratando de entender... Y sigo tratando de cambiar el estado injusto de las cosas, mamá...

Ahora caigo en la cuenta, pero sé que lo supe siempre, mamá, mucho antes de que me enseñaran en la escuela a descifrar esos hermosos dibujos que llaman letras, palabras, oraciones y textos, mucho antes de que tú me repitieras el significado de las primeras lecciones de *La alegría de leer*, porque tú me lo enseñaste en actos, mamá, que «Mi mamá me ama». ¡Qué suerte tuve en que tú me hubieras enseñado esa vital lección, mamá!: «Mi mamá me ama». Sin esa lección, probablemente, mamá, no hubiera podido sobrevivir, no hubiera podido ir sonriendo, a pesar de los pesares, por el injusto y violento mundo que nos tocó vivir... Sin esa lección, mamá, no hubiera aprendido a conciliar ni a negociar ni a controlarme, para buscar la manera de trascender la injusticia y la violencia construyendo sin violencia otro mundo mejor, más allá de la destrucción que la injusticia y la violencia en que hemos sido criados generan... Y aunque no nos lo dijimos en voz alta lo suficiente —a pesar de que en los últimos años nos lo dijimos varias veces, muchas veces, parca, pero insistentemente—, mamá, yo sé que mi mamá me ama, y sé que tú sabías que yo amo a mi mamá, que yo te amo y te agradezco, mamá...

Ay, mamá, ya son las cinco de nuevo... ¡Y qué ganas de tomar el teléfono, marcar y oírte! ¡Y qué ganas de leerte o decirte esta carta, mamá!



No tengo la menor idea de cuándo empezó mi búsqueda del amor, ni cuándo dejó de ser inconsciente; lo que sí sé es que lo necesito y lo busco como el ciervo a su manada, y que algunas veces que he creído encontrarlo padezco de pronto el pánico de perderlo o que se desvanezca como todo lo supuestamente sólido, y entonces sufro con un desespero y una angustia indescriptibles, y no puedo respirar ni me puedo concentrar ni puedo hacer nada de nada, y me duele la caja torácica toda, y la cabeza gira y gira tratando de entender, y me pregunto obsesivamente por qué, por qué no pude mantener la llama inicial, por qué me siento abandonado, y por qué insisto en mi búsqueda, incluso después de aquellas ocasiones en las que al separarme siento un gran alivio y celebro el fin de esa especie de esclavitud a la que uno se somete a veces en la espera de la encarnación de la utopía del paraíso amoroso, incluso en aquellas ocasiones en las que la ruptura da fin al inmenso malestar paciente e inconscientemente construido entre dos seres que desean, creen o quieren amarse pero no pueden, o cuando, tristemente, sólo es una constatación del equívoco o de su muerte o, quizá, me niego a creerlo, terco que soy, de su inexistencia.

Ahora sí, esta vez sí, me digo cada tanto, como ahora, escribiendo mis novelescas memorias, en mi regreso al paraíso... El manoseado y ajado boleto del metro donde apunté el correo de Belén aparece una y otra vez en mis manos, y en él su sonrisa y sus ojos brillan y me iluminan. Me impacta cómo en tan breve cruce de miradas puede el alma reconocer lo que necesita, busca y espera gozar; también, quizá, lo que teme, quizá lo que debe afrontar de

una vez por todas..., quizá lo que nunca podrá aclarar, resolver o aceptar...

Durante varias semanas estuvimos enviándonos mensajes en los que comentábamos nuestras vidas, nuestros trabajos y nuestras lecturas de la vida, mi relación con mis alumnos y mis clases, los pormenores de su visita, sus presentaciones y sus talleres en el sur del gran paraíso, las necesidades de la gente, las tiernas fotos con niños risueños en los abandonados campos de Dios y el Estado, la vida, el juego y el estudio, goles y mimos, comiditas y fantasías, arte, equilibrio y malabares, contorsiones, poses y pases mágicos, coloridas casas precarias en medio de la belleza del paisaje y la pobreza extrema, ojos sonrientes y seguros del placer y la importancia de la vida, el trabajo y el amor. Y entre palabra y palabra fue confirmándose el gusto mutuo y el mutuo deseo y la mutua necesidad de prolongar la sonrisa.

Mientras corrijo y me extiendo y profundizo, ¿o aplazo y aplazo y aplazo?, entre página y página, después de regar las plantas del balcón y disfrutar de los rojos granos del cafeto y las largas hojas verdes del plátano, sigo armando el enorme altar de muertos en que se han convertido la sala y el alma, más fotos y flores, inciensos y comidas, y llega a su fin el 2020, un año que «nos deja», es un decir, «yo no olvido el año viejo...», una terrible herencia de enfermos y muertos, y miedo, y confinamiento, e indignación; a pesar de todo, o justamente por eso, la gente tiene unos deseos enormes de celebrar, de pasar pronto la página, y se hace la ilusión de que pasará rápido, de que seremos distintos, de que seremos mejores...

Felizmente, a una velocidad increíble, los científicos han producido tres vacunas que ya se han empezado a aplicar —¡ay!, si la ética avanzara como la técnica y la ciencia...—, justo en el momento en que la segunda ola de contagios y muertos repite el guion ascendente de la mal llamada gripe española. Felizmente, con las vacunas, y si se sigue repitiendo el guion de la pandemia de principios del siglo pasado, después de la segunda ola, los efectos

mortales empezarán a declinar... Pero no, ¡ay!, ya estamos en la tercera ola, y anuncian una cuarta, y seguimos en una montaña rusa de contagios y muertes...

Y antes de que alcancemos la esperada inmunidad de rebaño, surgen variantes más agresivas...

Y Rosario, la señora que me ayuda en las indispensables e invaluable labores de la casa, me llama para informarme que resultó positiva... Aprovecho el encierro absoluto, mientras espero los quince días necesarios para saber si me contagié o no, para darle, ahora sí, me prometo, la última leída a mis memorias, con Chava Flores: ¡«pero eso sí... la última y nos vamos, ¿no?».

Y sí, ojalá aprendamos y nos preparemos mejor para la siguiente pandemia, ojalá el impulso altruista avance sobre el egoísta, y tomemos conciencia de la debacle que nos espera si no paramos la destrucción de las especies y la naturaleza, si no paramos el calentamiento global que avivamos aceleradamente con nuestro ciego y torpe consumismo y egoísmo. Ojalá no alcancemos a destruir toda la vida en nuestro planeta.

Y mientras leo y releo y reescribo y corrijo estas *Falsas memorias del paraíso o verdadera novela de la muy real y muy falsa vida de un cualquiera*, encuentro estos versos:

2020

I

Un
nuevo
invisible
y poderoso
y terrorífico ser
si se le puede llamar así
si se le puede calificar así
en su muy simple existencia

sin conocimiento del bien ni del mal
sin conocimiento del dolor o el placer
vuela y alarga en grave y frío halo de pavor
sin conocimiento del egoísmo o el altruismo
la dolorosa línea letal de nuestros muchos muertos...

Pero nuevas líneas sonoras
revolotean y se cruzan
en inesperados trazos
que distraen los sentidos
del alma adolorida
y arrastran su mirada
al renovado brote de los tempranos lilas
que pueblan en pequeños racimos
las ramas secas de las jacarandas
mientras empiezan a volar
en caprichosos y delicados giros
sobre el recuerdo de las siemprevivas
y las blancas y las moradas buganvillas
y las muy rojas nochebuenas
y el blanquísimo perfume
de gardenias, magnolias y jazmines
el olor de los geranios de la niñez en lluvia
y la incierta ilusión de la rosa y la margarita
la esbelta altivez del gladiolo
y el pequeño bulbo abierto del tulipán
la intensidad embriagante de la flor de una noche
y la muy frágil y delicada presencia de la orquídea...
Sutiles vuelos y bailes
cantos, olores y caricias
que pintan la tierra
en fugaz alfombra de ensueño
en la que brinca el renovado vocerío infantil...

II

Mueren
uno a uno
van muriendo
uno tras otro
sin pausa
mueren
otro y otro
y otro más
sin pausa alguna
desconocidos
reconocidos
ceranos
amados
olvidados
o ignorados
uno tras otro
mueren
y mueres
uno y otro
mueren
una sonrisa
una voz
una mirada
una historia
una textura
una imagen
un hola
un adiós
mueren
y mueres
en cada uno
uno y otro

rotos reflejos
que forman y rompen
el rompecabezas
de reflejos
que soy
reflejo de reflejos
reflejo roto
de reflejos rotos
que constatan lo efímero
de nuestros sentimientos
de nuestras obras
de nuestras instituciones
de nuestra soberbia
de nuestras pasiones
de nuestros haberes
de nuestros sueños
de nuestras pesadillas
de nuestra rabia
y de nuestra violencia
de nuestra ternura
de nuestra fragilidad
del fugaz ser mortal
de nuestras frágiles y efímeras imágenes
en el caleidoscopio en que giramos fragmentados sin cesar...



Como todo el mundo, necesito la belleza y el arte, como todo el mundo vivo, necesito el oxígeno, como necesito el alimento, como necesito el amor, como necesito un hogar, como necesito creer en algo que trascienda la vida inmediata y efímera del ser humano, mi vida, y me doy cuenta con tristeza de que en nuestra sociedad tampoco hay igualdad de oportunidades para acceder a las distintas formas de lo bello y el arte, para conocerlos, gozarlos, recrearlos y crear...

Y siento, y creo, que la falta de oportunidades y la desigualdad ante la belleza y el arte son mucho más inhumanas e infames que cualquier otra forma de desigualdad, pues a los más pobres y a los no iniciados se les desconoce y se les niega esta necesidad profundamente humana, haciéndolos invisibles, despojándolos de su humanidad, pues la noción de la belleza y el arte no existen sin el ser humano, ni éste sin ellos.

Quizá nadie ponga en duda la necesidad del pan; es posible que nadie cuestione que el milagro del grano transformado en harina cocida hecha cálido volumen inasible de olor que se cuele en todos los sentidos día a día tiene la misma esencia divina sobre una rústica mesa que sobre los ricos manteles de lino laboriosamente bordados; en cambio, no se reconoce la necesidad del arte para los pobres y el pueblo, que se presumen incultos; no se acepta el carácter estético de sus gustos, se le niega a partir de la distinción entre alta y baja cultura, entre arte, artesanía, arte popular, arte naif y mal gusto.

No sé muy bien cómo floreció en mí la conciencia del placer de lo bello y el arte, en el sentido más amplio de la palabra; pero

me acompaña y me permite ser, reconocermé y construirme día a día. Nací y pasé mi niñez en un cuartito de inquilinato que mi madre iba cambiando de barrio en barrio y de ciudad en ciudad sin que lleváramos un solo libro, un solo disco, una sola estampa, ni siquiera un florero.

Mi primer contacto con un objeto que tuviera una intención distinta a la utilitaria fue con las coloridas estampas de los personajes de Walt Disney que adornaban la cunita de mis hermanos; sus figuras y colorines sobre el azul cielo de la madera pintada en vinílico me alegraban los ojos y el espíritu; el segundo, desde la ventana de otro cuarto, ahora en un segundo piso, con la imagen de una bruja de largas patas flacas en rosa y extenso y enredado pelo de fique y miel que salía de la boca del horno de cerámica del taller del primer piso con un cristo rojo, una virgen azul y el intenso olor a barro y blanco yeso cocido con pintura fresca.

En el cuarto donde me despertaba a medianoche con los jadeos sexuales de mis padres, tuve mi imaginaria iniciación narrativa, musical, amorosa y sexual con las radionovelas y la mal llamada música popular que burbujeaban de la radio sobre el armario, y con los dulces sueños y las crudas realidades de amor de mi madre y mi padre; no olvido la cortinilla de la radionovela que ella escuchaba todas las noches, fragmentos del «Estudio para piano op. 10, no. 12» de Chopin, cuyo primer movimiento bailarían extasiado años después en la interpretación salsera del rítmico y dancístico desplazamiento de Richie Ray sobre las teclas blancas y negras acompañado por la sonora voz de Bobby Cruz.

Muy pronto empecé a enriquecer y definir mi gusto al tomar conciencia de la sutil, delicada y muy relativa línea divisoria entre lo bello, el arte y lo cursi, entre la realidad y la real ficción del arte, cuando mi tío me mostró la primera fotografía de un desnudo femenino y yo me tapé los ojos con pudor; después, al escuchar sus explicaciones sobre la manera de observar una obra, de frente, de lado, alejándose, mirando el conjunto, deteniéndose en los detalles del cuadro, pasando la mano por el volumen escultórico, a

escondidas de los vigilantes; más tarde, al oír «El gato negro» en su voz, así como los dulces cantos y los agudos quejidos del violín de uno de sus amigos y el maravilloso despliegue de colores, luces y sombras, música, danza, texturas, emociones y olés de las corridas de toros que nos incitó a disfrutar el abuelo, más en sus relatos y en la verónica estampada en el muro del antejardín pleno de rosas de su modesta casa de interés social que en el ruedo mismo.

Tampoco podré olvidar el solitario patio tapizado de granizo en cielo encapotado de gris, ni las largas filas verdes, blancas y rojas de los geranios que lo encuadraban, ni la infinita paleta esmeralda de nuestras montañas salpicadas de aguas cristalinas, aves y flores, soles, lunas y gente en movimiento continuo. Ni el gusto que me transmitía mi madre, con su enorme ilusión y sus escasísimos pesos, al comprarme y combinar el pantalón y la camisa más bonitos y finos en los mejores almacenes de la ciudad, partiendo plaza, orgullosa de mí, por las pobladas calles del centro del paraíso.

En el brevísimo intervalo de tiempo en que descanso de la corrección de estas falsas memorias y ojeo los periódicos me entero de la muerte de Antonio Caro, célebre pintor conceptual que escribió el nombre de nuestro país con la caligrafía y los colores de un fresco con el que se mal alimentan muchos trabajadores, desempleados, niños y pobres, multimillonaria marca multinacional símbolo paradójico del injusto consumo, y del hambre y la sed... No encuentro entre mis papeles una foto de Caro ni una obra suya, pero rotulo una calaverita de sonrisa sardónica con su nombre...

Aunque en mis primeros años no fui consciente de mi búsqueda, desde la niñez deambulé en pos del arte y de lo bello de la misma manera que perseguí el amor y el cambio social, y en ese tránsito fui construyendo mi refugio, fui tejiendo las sutiles redes que me permitieron aliviar un poco mi soledad, hacer ruta y forjar mi ser y mi identidad. Al principio circulaba por esa senda de manera inconsciente; pero poco a poco me fui dando cuenta del goce que me proporcionaban mis pasos, y de la huella y el eco de

mis pies en el sendero y la memoria, de la ilusión que encendían en mí, de la pasión y el placer que generaban en mí.

Después fui tomando conciencia de mi elección y del deseo de seguir buscando en la misma dirección, con un norte muy distinto al que el entorno y la cultura familiar señalaban, muy lejos de los brillos del oro y la plata comunes, la plata, *money, money, money*, de los negocios y de la brutal competencia y consumo. En cambio, me pierdo fascinado ante los destellos, el brillo y el canto del oro de las aves, las mariposas y los murciélagos en vuelo desde los tiempos precolombinos hacia el infinito, el misterio que encierra el vientre dorado del poporo y la ilusión del eterno y profundo viaje de la balsa muisca.

De sorpresa en sorpresa, de manera intuitiva, fui aprendiendo a observar a la gente y la naturaleza; fui descubriendo la belleza en todos los seres humanos, en su rostro, en su accionar, en su manera de habitar el mundo, en su forma de representarse naturalmente, más allá de la conciencia estética, más allá de la inefable noción de la belleza, en cualquier escenario, circunstancia o tiempo. La naturaleza, el ser humano, su quehacer y su sonrisa fueron permeando y tallando mis sentidos, mi espíritu, mi cabeza, mis recuerdos, mi ser...

Al comienzo leía y escuchaba, miraba, tocaba y sentía, olía, paladeaba, reflexionaba y trataba de retener, lenta, muy lentamente, con una enorme ambigüedad, en un constante ir y venir entre el gusto y el deber ser; pero poco a poco la obligación, la culpa y la pretensión se fueron decantando y liberándose el sentimiento y el placer, sin más, y poco a poco he ido aprendiendo a encontrarme, sin más ni menos, sin pretensión alguna, en lo que leo, en lo que escucho, en lo que miro, en lo que toco, en lo que huelo, en lo que paladeo, en lo que reflexiono, en lo que retengo, en lo que recuerdo y habito, y en lo que olvido...

En el arte, la cultura y el conocimiento, como con la comida y la bebida, yo siempre quise verlo todo, probarlo todo, experimentarlo todo, y así, con una enorme curiosidad y apetito, empecé a

ver exposiciones, catálogos y libros de arte; a escuchar todo tipo de música, a ver teatro y cine, a visitar el campo, los pueblos y las ciudades, a disfrutar de sus gentes, de sus comidas y bebidas, de sus paisajes y de sus arquitecturas.

Y quise ser actor, titiritero, cantante, torero, pintor, cuenta cuentos, editor, promotor cultural... Pero, aunque estas disciplinas me atraían enormemente, tuve que reconocer que no tenía las cualidades necesarias para ejercer la gran mayoría de ellas, o que muy pronto habían dejado de interesarme y me seducían otras...

Felizmente, el ejercicio de esas artes y disciplinas me enseñó a disfrutar de cada una de ellas, de sus protagonistas, de sus procesos y de su trabajo, al mismo tiempo que iba sanando mis heridas y forjando mi casa, mi ser y mi propia imagen.

Tardé muchos años en darme cuenta de que en el disfrute del aprender, en el ejercicio del magisterio, en el goce del arte, en la búsqueda del cambio social y en el inconsciente y afanoso deambular tras el amor estuvo siempre presente en mí la necesidad de observar, entender mi vida, de escudriñar en mi ser interior, así como la urgencia de contar y cantar, y el apremiante impulso de hacerlos verbo; por eso, quizás, a pesar del miedo, a pesar del pesado peso de la conciencia de mis límites, a pesar del enorme peso del saber de la dificultad inherente al ejercicio de la escritura, sin olvidar nunca que se trata de una utopía, después de posponer por mucho tiempo el atrevimiento, empecé a borrar y trazar el dibujo y el canto literal de mis historias, mis personajes, sus relatos, nuestros sueños, verdades y mentiras, decepciones y alegrías, y mi ya largo y sinuoso caminar, envuelto en los ecos y las luces de los versos de Fray Luis de León en su «Vida retirada»:

Del monte en la ladera,
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
por ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura.
Y luego, sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada,
de verdura vistiendo
y con diversas flores va esparciendo.
El aire del huerto orea
y ofrece mil olores al sentido;
los árboles menea
con un manso rüido,
que del oro y del cetro pone olvido.
(...)

A mí una pobrecilla
mesa, de amable paz bien abastada,
me baste; y la vajilla
de fino oro labrada
sea de quien la mar no teme airada.
Y mientras miserable-
mente se están los otros abrazando
en sed insaciable
del peligroso mando,
tendido yo a la sombra esté cantando.
A la sombra tendido,
de yedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al son dulce acordado,
del plectro sabiamente meneado.



«¡S u hermano resultó marica y tiene sida! ¡No sirvió para nada! ¡Usted no sirve para nada! ¡Ustedes no sirven para nada!», me dijo mi papá con unas ganas enormes de pegarme la noche en que me contó la enfermedad de mi hermano... «¡Eso que usted hace no sirve para nada!», me dijo cuando supo que yo estaba escribiendo una novela sobre mi abuelo y la figura masculina en el paraíso... Ahora que recuerdo sus exaltadas palabras caigo en la cuenta de que ese fue siempre su mensaje, que ese es el tipo de mensajes que recibimos de la mayoría de las incontables figuras autoritarias paternas en la mayor parte de los escenarios en que vivimos, mensajes que algunas mujeres repiten...

Quizás por eso he sido un rebelde social y político, pienso, pero me cuesta tanto dar por terminados mis escritos; de manera inconsciente, me muero de miedo a que no gusten, a que sean rechazados, a no gustar, a ser rechazado, y me angustia, y ando sonriendo de un lado a otro pidiendo opiniones y aceptación...



«**M**e pierdo, me dice un crítico amigo, pierdo el hilo; me cuestan los párrafos espesos, la verdad. No sé por qué hay que pelearse con los puntos, y me pierdo un poco cuando pasas de una a otra historia... No entiendo por qué pones buganvillias y veraneras, si es lo mismo... Ni por qué incluyes en tu paraíso baobabs y olivos, si en nuestras tierras no hay... Tampoco sé cuánta reiteración es necesaria, aunque hay ideas muy hermosas y sentidas...».

Lo siento, querido, le contesto; te invito a hacer un pequeño esfuerzo, sigue leyendo; no todos los párrafos son largos ni todas las oraciones compuestas, y creo que siempre es claro el sujeto y el predicado, pero lo voy a revisar... En mi paraíso hay plantas de mi paraíso original, de mi nuevo paraíso y de mi paraíso literario... Si continúas, o si te saltas algunas páginas, encontrarás párrafos cortos y oraciones simples... Abandónate al flujo de las palabras y las historias, déjate ir en su ritmo. Sólo siéntelas. Y no te entretengas en los puntos ni en las repeticiones ni en la norma ni en la razón de la sinrazón...

En cuanto a las distintas historias, en realidad son sólo un relato sobre un personaje que se construye con muchos, reales y ficticios, que se pueden leer de corrido, de la primera a la última página, pasando de uno a otro, dejando que se acomoden y se asienten en tu cabeza y en tu alma; o puedes seguir sólo un hilo, o, si prefieres, puedes volver a empezar tomando otro filamento y continuar así hasta el final, o cambiar antes, como gustes, y luego tomar otro, y así, hasta que los leas y los vivas todos, o saltar libremente de una página a otra o de un hilo a otro, o abandonar

alguno y empezar otro, o abandonar la lectura, o saltar sin ruta predeterminada, abriendo el libro al azar...

Puedes tomar el hilo del amor, o el de la fiesta, o el de la música, o el de los amigos, o el del altar de muertos, o el de la política, o el de la vida del narrador, o el de sus gustos e ideas... Al fin de cuentas, además, al final todo se va embonando felizmente como si fuera una novela, aunque es real...

«¿Memorias? ¿Y usted quién es para que se atreva a escribir sus memorias?», me dice un profesor de literatura. «¿Por qué habla de usted? ¿A quién le interesa su vida? ¿Por qué pone cosas que usted no ha vivido? ¿Al fin qué: memorias o novela? ¿Cómo se le ocurre hacer esos listados? ¡Eso no lo va a leer nadie! ¿Qué es esa vaina de andar poniendo letras de canciones? ¡Ay, hermano, usted ya está muy viejo para ponerse a escribir! ¿Y quién es usted, para que se ponga a innovar!».

¿Entonces con qué derecho me atrevo a escribir mis memorias si dudo, si no sé si son memorias o novela o diario, si no sé si van a gustar, si no soy famoso ni notable ni poderoso ni triunfador ni rico ni guapo, y si además incluyo en ellas muchísimos sucesos inventados...? ¿Cómo me atrevo a escribir una novela integrando fragmentos de mi vida y de la realidad?

No sé. La verdad, la verdad, usted perdone, no sé ni me importa qué es real ni qué ficción, ni qué es lo que se debe escribir, ni cuándo, ni cómo, ni si debo mezclar o no las citas de los poemas con las de las letras de las canciones, ni si en una novela se pueden hacer citas técnicas o no... Tampoco me preocupan mucho las tradicionales líneas divisorias de los géneros, meras convenciones que se pueden respetar o transgredir...

Espero, eso sí, que mis muy nobles y generosos lectores, y los muy sabios críticos me perdonen el atrevimiento de mi novelesco viaje memorioso de ida y vuelta entre mi nuevo paraíso, mi gran paraíso y mi paraíso original; que mis modelos, o supuestos modelos, exagerados o minimizados, reales o ficticios, me disculpen y no me metan una trompada o un tiro, o me dejen de hablar, que

es casi lo mismo, y que no me sometan al juicio, el silencio y las implacables miradas de mi familia cuando escribí mi primera novela y no encontraron en ella la esperada exaltación de mi abuelo, mi abuela, mis padres y demás familiares, cosa absolutamente imposible, pues cada quien tiene su visión de los hechos y de la historia, de sus héroes y sus villanos, héroes-villanos o villanos-héroes, múltiples miradas disímiles que nunca podrán coincidir, o casi nunca...

Decidí escribir estas *Falsas memorias del paraíso o verdadera novela de la muy real y muy falsa vida de un cualquiera* porque necesitaba contar estas historias, mis historias, porque me urgía contármelas a mí mismo y leerlas, porque deseaba compartirlas y conversar con otros que han vivido experiencias similares y, también, para corresponderle a mis amigos que me han regalado centenares de libros y cuadros, miles de cantos, historias e imágenes, aun a riesgo de que alguno me diga con punzante sarcasmo «¡Vaya, una vocación tardía!». O que otro me comente «Está bien escrita, sabes contar, pero no tienes nada que contar...». O que muchos ni siquiera intenten leerlas, o que varios más guarden sepulcral silencio, y yo, ante su actitud, necesitado de aceptación y reconocimiento desde mi niñez, como tantos otros en nuestro paraíso autoritario y filiofágico, me sienta morir...

Decidí escribir estas *Falsas memorias del paraíso o verdadera novela de la muy real y muy falsa vida de un cualquiera*, digo, porque todos tenemos derecho, cualquiera tiene derecho a contar lo que quiera, para compartir el placer o para denunciar los atropellos, para gritar o susurrar el dolor, para cantar o contar las cosas y los sucesos que le conmueven, porque todos tenemos derecho a leer y escribir, y a vivir y a soñar, y a jugar con las palabras, y a dialogar, y a pintar las formas del ser, mi ser, mi ser en su ser, nuestro ser...

Y decidí publicar estas *Falsas memorias del paraíso o verdadera novela de la muy real y muy falsa vida de un cualquiera*, básicamente, la verdad, y con todo respeto, como se dice en las tierras de mi nuevo paraíso, porque necesito contarlas, porque, una vez escritas,

no tiene sentido que permanezcan guardadas, y porque me da la gana...

Y había decidido editarla yo mismo después de intentar en muchos concursos a los que la mandé sabiendo que no es el tipo de escrito que se estila ni vende; después de presentarla a muchas editoriales que no se dignaron contestar, o me dijeron cosas como «su novela no encaja en nuestra línea editorial, sin desconocer sus valores literarios»; después de negociar con muchas pseudo editoriales de aquí y de allá que me proponían una «coedición» en la que yo debía pagar los gastos de la formación, el diseño, la revisión, el papel, la impresión, el lanzamiento en sociedad, la promoción y los vinos de honor, y repartir a medias con «la editorial» el valor de las ventas, una vez descontados los porcentajes de las librerías, y los de la distribuidora, y los de «la editorial», por supuesto, y cederle los derechos a «la editorial» a renegociar con otras empresas las futuras ediciones o traducciones o adaptaciones en cualquier formato y en cualquier medio, físico, digital o virtual, por tiempo indefinido... Después de este aleccionador e incalificable proceso, digo, había decidido mandarlos a todos muy al carajo y hacerlo yo mismo, porque me harté, simple y llanamente, y porque puedo, aprovechando mi experiencia como editor, promotor y presentador, y mis ahorros y los salarios y prestaciones de mi trabajo como maestro, antes de que me agarre el COVID o me muera de muerte «natural», y porque me divierte, y porque se me da la reverendísima gana, salvo que algún editor despistado decida hacerlo sin cobrarme, pensaba, pero, ¡qué maravilla, la universidad donde trabajo decidió publicarla!



Ya en el paraíso, ante la puerta del apartamento de Roland, sufrí un largo e intenso silencio de segundos que pronto se rompió con «Volver» en las palabras y las voces de Carlitos Gardel, Alfredo Lepera y varios timbres conocidos:

Volver
con la frente marchita
las nieves del tiempo
platearon mi sien.
Sentir
que es un soplo la vida
que veinte años, no es nada
que febril la mirada
errante en las sombras
te busca y te nombra...

Estallido de carcajadas, abrazos, besos y ausencias que me estremecieron hasta el asomo de un par de indiscretas lágrimas en las comisuras de los párpados.

A la fiesta llegaron muchos de mis viejos amigos y camaradas, mis hermanos de sueños y utopías, mis cómplices de rumba y militancia; en general, se veían bien, con menos cabellera, más arrugas y llantitas, una que otra pancita, y menos brillo en los ojos, pero contentos; varios habían cambiado de pareja; hablaban menos del futuro y transitaban con frecuencia al baño, cosas naturales después de los cincuenta, ¡carajo! Unos pocos vestían igual que antaño; otros, a la moda, y no paraban de hablar de marcas de

ropa, de celulares y tabletas; de coches y motos; de apartamentos y tiempos compartidos; de médicos, seguros, tacs y antígenos, divorcios, jubilaciones, testamentos y residencias de ancianos. En muchos aún chisporroteaban rescoldos de ilusión; en algunos se asomaban la tristeza y la desesperanza, y en otros apenas se percibía que alguna vez tuvieron un sueño.

Ana María y Úrsula habían seleccionado y grabado la música en tres cintas que escucho mientras me instalo en el recuerdo y escribo. Entonces veo venir a Ana por los pasillos de la vieja casona de la universidad, con sus enormes ojos y larga cabellera, sus vaporosos trajes cortos, sus labios muy rojos y su rostro enmarcado por enormes y coloridos pendientes, siempre acompañada por Úrsula y Ángela, la risueña y radiante compañera de Daniel, uno de mis maestros. Con frecuencia se acercaban a mi salón para entregarme un libro, un periódico o un panfleto cualquiera, o para invitarme a una reunión política o a una fiesta. Su presencia me arrojaba y me hacía sentir querido... Quizá deseado...

Ángela murió en un accidente, y su marido se refugió solitario durante varios años en la docencia, el tango y el psicoanálisis, negando «científicamente» la existencia del amor. Como no encuentro una foto de Ángela, escribo su nombre en una blanca calaverita de azúcar adornada de colores y me voy tras su caminar.

Ana María y Roland se separaron hace muchos años. Ana tiene los ojos nostálgicos y se entrega a sus hijos, a sus nietos, a la pequeña finca familiar heredada, a la docencia, la música, la literatura y el cine. Durante un tiempo cantó en La Utopía Musical, un grupo conformado por viejos profesores izquierdistas que se disolvió por sus continuas, profundas e irreconciliables diferencias sobre el repertorio. Ella los dejó cuando le pidieron que cantara una balada: «Es que yo no podía cantar esa vaina, Marius. A mí nunca me gustaron las baladas». Y yo nunca supe que Ana María tuviera el don del canto... Es muy triste darse cuenta de que uno no conoce bien a la gente con quien ha compartido los caminos de la vida, que uno sólo la conoce en algunos pocos aspectos...

Úrsula me ofrece su mano en el momento en que Jorge Maldonado y la Sonora Matancera toman el micrófono, acompañados por su voz:

Desde esta noche cambiaré mi vida,
desde esta noche, desde esta noche (...)
Fiesta, qué fantástica, fantástica esta fiesta,
qué fantástica, fantástica esta fiesta (...)
En esta noche me siento contenta,
en esta noche, en esta noche,
en esta noche ha aparecido lo que yo esperaba,
ha aparecido, ha aparecido...

(«Fiesta», Jorge Maldonado)

Me retiene y enseguida respondemos a la invitación de la Sonora Santanera:

A bailar el sonsonete, muchachas,
a cantar el sonsonete, muchachos;
todo el mundo me dice mambeando
que bailar es lo mejor.

(«El sonsonete», Alfonso Ramos)

Úrsula, mi gran confidente y cómplice en el ágape del reencuentro y el trazo del mural de mi ser con los fragmentos de las historias y las imágenes de mis viejos amigos y camaradas, y en la escritura de la muy verdadera novela de mi retorno, cuatro décadas después de haberlos dejado, cómplice inconsciente en mi muy secreta ilusión, secreta incluso para mí mismo, de volver a reunirlos para «hacer algo», para intentar revivir de alguna manera nuestra mítica organización y contribuir a la transformación del estado injusto de las cosas en nuestro paraíso... Úrsula era una

trabajadora bancaria que yo había conquistado para nuestro Partido Obrero.

En las múltiples escisiones de nuestra organización, Úrsula y yo estuvimos siempre en la misma tendencia, y siempre me apoyó en las locuras y las empresas personales y políticas en que me embarqué, sin dejar de manifestar con delicadeza sus desacuerdos; también me acompañó siempre, solidaria, fraternal y maternal, en las misiones que entrañaban algún peligro. Me entenece recordar que cuando supo de mi viaje a la capital por un aborto se ofreció a ir conmigo y me ofreció dinero; me conmueve recordar que aportó una buena cantidad de dólares cuando intenté trasladarme al centro de nuestro gran paraíso a construir nuestros sueños; que me regaló una cobija y un juego de sábanas y organizó una colecta cuando supo de mi viaje al valle regido por El Cerro que Humea y La Mujer Dormida, y que siempre respondió a mis convocatorias cuando regresaba ansioso al paraíso por ver a mis viejos camaradas...

A Úrsula y a mí nos encantaba ir a bailar, a pasear al río, al fútbol, a la galería, a las reuniones políticas y sociales, a caminar y charlar con el viento fresco del atardecer, y se divertía como nadie cuando la invitaba a jugar al tejo, exótico juego de mis ancestros, ¿herencia europea, africana, indígena o mestiza?, trunco cono de acero que vuela por el aire varios metros y hace explotar estruendosamente una roja papeleta de pólvora, estallido y gritos primitivos acompañados de aguardiente, cerveza o refajo, empanadas, arepas y tamales, yuca frita, papas amarillas y mazorca asada, chicharrón, chorizo, morcilla y huesos de marrano en achiotte, en continuo ir y venir de una a otra cancha de greda húmeda detrás del brillo de los tejos y la explosión de las mechas, papel, pólvora y colores danzando en el aire.

Nunca supe que Úrsula tuviera un amor; aunque, la verdad, tampoco se lo pregunté nunca, a pesar de que muchas veces me interrogué por qué no tenía pareja, o por qué no la presentaba; a veces llegué a pensar que era bisexual o lesbiana, pues sólo le

conocía amigas y lo nuestro no era más que una amistad, un desinteresado y pleno goce del cuerpo en el momento, empatía y complicidad, encuentros sexuales ocasionales que no generaban costumbre, obligación o compromiso alguno. «¡Estás loco, me reprochó Ana María, Úrsula es una gozona del putas!, y te irías de culo si supieras su verdadera historia, si conocieras sus sentimientos, si tuvieras idea de quién es el amor de su vida, si la oyeras decir lo que quiere, y con quién... ¿Sabes que tiene una hija? ¿La conoces? ¿Has visto sus fotos? ¿Tienes idea de quién es el papá?».

No, para nada. No tengo idea, pero mientras corregía y corregía estas muy falsas memorias, en el delicado y sutil hilo bifronte que separa la realidad de la ficción, a la espera de una editorial que se arriesgara a publicar una muy poco ortodoxa novela que habla de cosas que nadie quiere oír, eludiendo las muy listas propuestas de las supuestas coediciones que se han puesto en boga para sacarle provecho a los escritores ansiosos de ver sus obras publicadas, me llegaron varios sabios y críticos comentarios suyos, acuciosa respuesta a mi envío de uno de los primeros borradores: «...¿qué es esa vaina de ponerle nombres de números y letras a los personajes?; ¿esa vaina confunde, distrae, poneles nombres comunes y corrientes, los verdaderos, o inventados, o del santoral cristiano, o del santoral marxista, o los seudónimos de la organización, si te acordás!, por ejemplo...». Y, la verdad, le hice caso, y creo que el lector se tropieza menos...



«Yo no soy guapo, señores. Yo no soy guapo...», canta Vicentico Valdés enmarcado por las inolvidables trompetas de la Sonora Matancera, lo sigo y sonrío:

Tú dices que no soy guapo,
no te lo puedo negar,
porque el otro día contigo
yo no me quise fajar,
si sacas una escopeta
no vayas a disparar,
que yo me mato corriendo
sin que tengas que tirar.
Yo no soy guapo, señores,
yo no soy guapo.
Ahora no puedo fajarme
porque acabo de almorzar,
luego tampoco me fajo
porque me voy a empangar.
El que dice yo soy guapo
siempre tiene que pelear,
y yo que no digo nada
no me tengo que fajar (...)
Yo no soy guapo, señores,
yo no soy guapo (...)
A mí pelear no me gusta, no, no...
Yo no soy guapo...

(«Yo no soy guapo», Reinerio Martínez)

Y truenan las percusiones, y repito: «Yo no soy guapo...». Y sonrío... Mi rostro suele reír y sonreír, al menos esa es la imagen que yo tengo de mí mismo; pero me dicen que en algunas situaciones asume un aspecto muy serio, por ejemplo, cuando imparto clases, doy una charla o hago una lectura, aunque hago bromas y sonrío con el público... Y sé, aunque no me veo, porque lo siento, porque mi corazón se acelera, porque, incluso, percibo un cierto temblor en el cuerpo y un aumento del volumen y un agravamiento de la voz, que en algunas discusiones me puedo ver tenso y hasta agresivo, en especial cuando me siento maliciosamente mal interpretado o atacado o engañado, y cuando soy testigo o víctima de una injusticia... Soy más o menos consciente de esas faces, pero para mí fue una verdadera sorpresa que hace poco me dijeran que en mis ojos hay una fuerte carga de tristeza que marca mi expresión... Yo era consciente de que cada tanto me ponía triste, de que en mí emerge el matiz de una muy vieja e inmensa tristeza de vez en cuando, pero nunca pensé que esa tristeza marcara mi rostro...

Y sí, aunque pueda parecer una imagen hecha, o de telenovela, la asumo y la escribo: «la sonrisa oculta la tristeza en mi vida»; la oculta y la diluye, la diluye y la transforma, la transforma, la transfigura y la desvanece... ¿Será una forma de ser con la cual nacemos, o se gesta desde el vientre con la forma de ser y las experiencias de la madre, y se va forjando con nuestras propias experiencias? ¿La sonrisa, igual, la portamos desde el vientre o la vamos dibujando para sobrevivir y vivir?

La sonrisa deslíe la tristeza y el dolor que nos ha tocado vivir, el dolor que arrastramos y somos... La sonrisa desvanece el dolor y somos alegría, lo vela y somos placer, y somos carcajada, y somos el mundo; pero la tristeza continúa agazapada en el fondo, vive latente tras la sonrisa, es parte del rostro, del alma y del mundo. Ni los placeres del cuerpo ni los placeres del alma ni los discursos filosóficos, religiosos o ideológicos pueden hacer olvidar o desaparecer el dolor y la tristeza. Es la vida, sonrisa, gusto

y placer, dolor, muerte y tristeza... Sonrisa en la tristeza, placer en el dolor, vida en la muerte, muerte en la vida...

Yo soy un eterno navegar entre la sonrisa y la tristeza, desde la tristeza a la sonrisa, y en el inmenso mar que va de la tristeza a la sonrisa, verbo, canto y relato, sentimiento, imagen y palabras... «Yo no soy guapo, señores. Yo no soy guapo...».

¡Cuántas veces tuve que recordar y contar y cantar el origen de mi tristeza para explicarme, para que la sonrisa pudiera estallar y dejara florecer el ser a plenitud? Inconmensurable necesidad de pintarlas con el negro trazo sobre el blanco brillo del papel, disolviéndolas en mí, desvaneciéndome en ellas, disolviéndome en ellas para ser uno con el mundo. ¿En qué momento, en qué palabra, en qué renglón se encuentran los linderos del dolor, las lágrimas, la tristeza, la sonrisa, la alegría, el placer, la carcajada, uno y el mundo, la vida y la muerte?

Anclada en el viejo y amarillo papel fotográfico, con una leve sonrisa me transporto a una de mis primeras pérdidas, a uno de mis primeros viajes, separaciones y pérdidas, a uno de mis primeros dolores y miedos, imagen primigenia de la luz de un nuevo mundo y un obscurísimo eco de la desaparición del cálido oleaje del antiguo océano, pérdida y separación fundacional, flamígera y cortante imagen de la expulsión del paraíso, encuentro conmigo mismo en el relato del recuerdo del ser perdido y de la separación.

En la perdida imagen presa en el papel, negros y grises sobre blanco, cremas y amarillos, me veo sin rumbo en lo más profundo de aquel inmenso parque, fija la mirada al frente, serio, muy serio, en apariencia seguro, escondido tras los lentes en que me escudé tanto tiempo, ilusoria protección tras el frágil escudo de arena y fuego que añadió su marca el surcado mapa de mi piel y mi ser, asiendo con firmeza la palma y los dedos de mi hermano menor mientras le decía «tranquilo, todo está bien, todo está en paz, no pasa nada, tranquilo, tranquilo», tal como se puede apreciar en la foto que inserto en el lienzo y en el papel, muerto de miedo, perdido, abandonado en la inmensidad del parque, la tierra

y el universo, inconscientemente abandonado en el bosque por la hembra que deambulaba perdida de sí, pobre, bajo el brutal peso del abandono de su hombre, castigo inconsciente a la mujer por el abandono de la hembra que lo parió, cíclico, eterno y cruel olvidarse de la mujer y de los hijos en unas tierras olvidadas por un Dios cabrió, un Dios que no recuerda a sus hembras ni a sus criaturas, que no las ve o las expulsa o se las come vivas...

Quizá ese fue mi primer viaje, quizá esa fue mi primera separación y mi primer gran dolor del alma, y del cuerpo, unitaria escisión; quizás, digo, porque otro amarillento papel me muestra un deambular, una pérdida y una despedida anterior, el día en que mi madre me llevó con mi abuela paterna para ofrecerle ritualmente a su pequeño primer nieto; el ajado y amarillento papel fotográfico muestra a un niño sonriente que se sostiene sentado con el apoyo de las rudas manos trabajadoras de la mujer madura en el torso. No sé por qué lo sé, pero en lo más íntimo de mi ser sé, aunque no lo puedo recordar, que en esos días reviví el pánico original ante el inevitable, temido y cervical abandono, y el seguro y eterno porvenir del negro caminar solitario y sin rumbo por el universo, ausente del calor que me había envuelto hasta entonces, ausente de su voz y de su mirada, ausente de su piel y su respiración, ausente de su perfume y del rítmico latir de su corazón.

Aún ahora me pregunto si mi madre pensaba dejarme el día que me llevó a presentarme con mi abuela y viví el ancestral rito del reconocimiento familiar; si pensó en esa posibilidad cuando la madre de mi padre, emocionada con el primogénito de su primogénito, haciendo caso omiso de la hembra que me había parido, le ofreció que me dejara con ella para que, me contaría después, «esa pobre mujer —mi madre— pudiera rehacer su vida», porque, me confesó, sabía que su hijo, mi padre, nunca se casaría con ella.

Mi mamá no renunció a su hombre ni renunció a la utopía del amor ni renunció al sueño amoroso que le permitió definir su identidad y su dolorosa y humillante y larguísima y tristísima vida ni renunció a su hijo, que soy yo; no abandonó al pequeño que

la mantenía unida a su hombre, al menos en su imaginación y en su deseo. Pero mi cuerpo y mi alma recuerdan esa vacilación como si ese primer y cruel abandono hubiera ocurrido realmente, sumándose al dolor de la inevitable expulsión primigenia del paraíso que me dio la vida.

Nunca pude saber cómo transcurrió esa compleja negociación entre mi abuela y mi madre, ni lo que sintió o pensó o negoció la joven mujer consigo misma en el remolino de sentimientos generados por el rechazo sufrido y la aceptación y el deseo de la familia paterna por el fruto de su deseo y de su amor.

La vez que intenté que me contara durante un viaje por los verdes y floridos senderos del paraíso regados generosamente por cristalinos y sonoros chorros de agua, aprovechando el contradictorio y ambiguo recuerdo de nuestros paseos de fin de año, cuando ella trataba de ocultar la tristeza, la soledad y la ausencia de su hombre en casa de sus tíos, al calor de su hogar, la ciudad y sus fiestas, me miró con la misma mirada perdida de rabia y tristeza de siempre y me dijo: «Ay, Marius, no me acuerdo. ¿Qué se saca con recordar y preguntar tanto? Deje esa preguntadera. Déjeme en paz, y quédese en paz, por favor».

Tenía razón, bien a bien no sé qué ganaría con saber lo que ocurrió en aquella ocasión; pero sí sé que, al tratar de conocer, al tratar de recordar, al inventar, al reinventar y contar y contar y recontar mis historias, las obscuras y borrascosas aguas de mi ser interior se van apaciguando, y que me ilusiono con la posibilidad de iniciar mi último y definitivo viaje con una simple y plácida sonrisa que integre en paz el dolor, el desprendimiento y la despedida.

Lo que sí recuerdo vivamente es que innumerables veces, cuando mi madre se peleaba con mi padre, ella me tomaba de la mano y me llevaba a la casa de mi abuelo, o al molino donde trabajaban él y mi papá, y me dejaba con doña Pura, la última mujer de mi abuelo, o con sus trabajadores, y que a veces yo pasaba días enteros con ella y sus hijas, mis tías. «Ay, esa mujer ya trajo otra vez

al chinito», oía exclamar a doña Pura cuando mi madre partía y yo me quedaba preso de la pena, una pena enorme que se diluía muy pronto en el halo de la belleza, la ternura, la compasión y el cariño de mis tías.

Desde entonces el pánico y la angustia de la pérdida, de la separación, del abandono, de la desaparición del ser amado, viven presentes en mí y en lo más profundo de mi ser y mi memoria; desde entonces reencarna en mí aquella desesperante angustia primigenia cuando gozoso e inconsciente me permito regresar a la utopía del paraíso mítico adonde se dirigen para fundirse en uno los amantes separados que buscan reencontrarse en la pérdida de sí en el otro, paradisíaco lugar adonde marchan de la mano ilusionados de olvidar la pérdida y recobrar el ser y la plenitud en el otro, y con el otro.

«¡Ay, Marius, a veces te pones demasiado dramático!», me dice Úrsula, y reímos.



Y mientras coloco pequeños ramos de nube blanca en mi altar, irrumpe Celia, ¡siempre Celia, y siempre la Sonora Matancera! Su voz y su música me transportan del altar a la muerte, a la rumba, la rumba, la rumba y los tambores, rumba, tabaco y ron, rumba, muerte y ron, rumba y ron, rumba y vida, rumba y muerte, rumba y grito, rumba y canto, rumba y llanto, rumba y explosión de gozo:

Guede Zaina, uoy, uoy,
Guede Zaina...
Guede Zaina, uoy, uoy,
Guede Zaina, uoy, uoy,
Guede Zaina...
Guede Zaina, yo te compro puyo pu yeguá,
uoy, uoy, Guede Zaina.
Guede Zaina.
Guede Zaina, yo te compro puyo pu yegua.
Eeeh puyo pu yeguá. Guede Zaina.
Eeeh pu yegua. Puyo pu yegua.
Guede Zaina. Puyo pu yegua.
Guede Zaina yo te compro puyo pu yegua...

(«Guede Zaina», Andrés Gómez)

Coloco un disco con la imagen de Celia en mi cada vez más grande altar de muertos y la veo en un escenario de un rincón de mi paraíso original y en otro de mi nuevo paraíso... Celia se sumó hace ya un tiempo a la creciente y larga lista de mis muertos, a los

muertos a quienes rindo homenaje aquí, en estas hojas y en el comedor de mi casa, una muy larga lista larga de las llamas extinguidas de los seres que tuve el privilegio de conocer y amar, a la larga lista larga de los muertos a quienes recuerdo en estas líneas, ecos de luz y humo de los pábilos que Konstantinos Kavafis nos entrega en humildes hojas sueltas, de mano en mano, mientras lo veo y lo escucho desde la ventana de su casa, viendo pasar las insasibles imágenes de los vecinos que probablemente él vio pasar:

Los días del futuro están delante de nosotros
como una hilera de velas encendidas
—velas doradas, cálidas, y vivas.
Quedan atrás los días ya pasados,
una triste línea de velas apagadas;
las más cercanas aún despiden humo,
velas frías, derretidas, y dobladas.
No quiero verlas; sus formas me apenan,
y me apena recordar su luz primera.
Miro adelante mis velas encendidas.
No quiero volverme, para no verlas y temblar,
cuán rápido la línea oscura crece,
cuán rápido aumentan las velas apagadas...

Y agrego a las imágenes de mi joven tío cercenado, un triciclo con las llantas rotas y los rines oxidándose, una pelota desinflada, un pupitre vacío, los ladridos ausentes en el vecindario, una pecera perdiendo lenta, muy lentamente el agua, mis plantas en ocres, los gritos de mis hermanos perdidos en el bosque, mis abuelos sonrientes en el altar de muertos, la imagen de Manuel Zapata Olivella, su *Chambacú corral de negros* y *Changó el gran putas* mostrándome a las cinco en punto de la mañana que en la escritura y el arte sólo existe la inspiración del trabajo diario; la de Enrique Buenaventura, dramaturgo, actor, escritor, músico, pintor y saltimbanqui ocupando y recreando el centro del escenario de *Los Papeles del In-*

fierno mientras invita a discutir la obra y el montaje, o dejándome ver mi loca mirada en la cartulina que cubría con mis rasgos en crayolas una fresca y tranquila tarde del paraíso; la de Álvaro Mutis cantándole al paisaje del paraíso en largo y gozoso tránsito entre la vida y la muerte, entre cafetos, platanales y quebradas; la de Lichi, el escritor desengañado de la Revolución Cubana, llevándose el ron de sus recuerdos a la boca; las de mis camaradas Lenin, El Negro y Joe, Simón, Adelino y Gabriel, Abelardo, Atahualpa, Lautaro y Francisco, José Juan, Jesús Antonio, Ángela, Policarpo y Quintín, Enver, Camilo Ernesto y José Fidel... La de la flama extinguiéndose en llamas de mi querida Janeth Oliveros, rumbera gozona, maestra, artista, promotora, luchadora, amante y madre que sintió apagarse en miles de pedazos su ardiente vida en el aire junto a millares de trozos de carne, fragmentos de huesos y gotas de sangre de ciento seis pasajeros más y tres campesinos destrozados en tierra por los restos metálicos del avión que los narcotraficantes hicieron explotar, narcos cómplices de gobernantes, militares y religiosos, narcotraficantes cómplices de empresarios y políticos de derecha y de izquierda, asesinos cómplices de mucha gente obnubilada por sus verdes billetes manchados de rojo sangre, monstruos y cómplices que hicieron explotar tantas vidas por el dedo índice de un pobre ignorante, inocente o ambicioso sicario engañado e ilusionado por unos pocos dólares cubiertos de coca sangre y muerte para su pobre familia.

Lloro la larga lista larga de mis muertos mientras trato de comunicarme con ellos en la mesa y el papel, y lloro con mi admirado Jorge Manrique:

Recuerde el alma dormida,
avise el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando...

Lloro con la muerte del poeta Juan Gelman, que vio desaparecer treinta mil personas en uno de los tantos golpes militares de nuestro gran paraíso y fue acusado de traición y fue sentenciado a muerte por sus antiguos camaradas izquierdistas y guerrilleros, infame ejecución de la esperanza, víctima desgarrada del secuestro de sus hijos y su nuera, adolorido abuelo que sólo conoció a su nieta parida en cautiverio y robada por los mismos militares derechistas asesinos de sus padres, los hijos del poeta, después de buscarla tenazmente por años y años y miles y miles de kilómetros con amor y poesía, poeta cuya «Arte» resuena iluminadora:

Entre tantos oficios ejerzo este que no es mío
como un amo implacable
me obliga a trabajar de día, de noche,
con dolor, con amor
bajo la lluvia, en la catástrofe,
cuando se abren los brazos de la ternura o del alma,
cuando la enfermedad hunde las manos...

A la larga lista larga de mis muertos sumo la de José Emilio Pacheco, a quien me encontraba en las mañanas, como a cualquier vecino, comprando el periódico en la esquina, poeta y narrador a quien intuía escribiendo tras la luz de los delicados encajes de las cortinas, apacible ciudadano crítico a quien pretendieron acallar rociando de balazos los muros de su casa —¿quién?, ¿por qué? ¡Quién sabe! ¡Siempre hay alguien a quien le molesta lo que otro dice, hace o es y desea desaparecerlo con sus órdenes!—, poeta que anuncia el último destino del auténtico navegante:

El viejo capitán sale a cubierta
y dice adiós.
Es la última tormenta.
Se hundirá con su barco.



A la larga lista larga de mis llorados muertos se suma el sonoro eco del silencio de las cuerdas de Paquito de Lucía, músico y compositor que me transporta a los arcaicos y modernos ecos sonoros y terrenales de mis mestizos ancestros gitanos, de mis mestizos ancestros andaluces, de mis mestizos ancestros africanos, de mis mestizos ancestros árabes, de mis mestizos ancestros indígenas, de mis mestizos ancestros mestizos camino al eterno paraíso; la pluma silente de Eduardo Galeano, quien nos hizo ver el dorado, la sanguina y los cristales de la Historia de Nuestra América; el callar de Daniel Rabinovich, quien nos divierte con sus carnales Les Luthiers —recuerdo, por cierto, el casete que me regalara una muy querida pareja de amigos con su música preferida en la fiesta secreta de su adiós camino a la guerrilla, sus abrazos y sus ojos plenos de ilusión; ¿lo podré poner en el altar?, ¿vivirán o habrán muerto?, ¿y si viven, dónde andarán?—; ¡y el silencio de Marcos Mundstock!... Larga lista larga y sin fin tejida de nuevos blancos nardos y nube blanca, rojas gladiolas, compasúchil amarillo intenso y morado terciopelo...

A la larga lista larga de mis muertos se suma la llama lentamente extinguida del creador de Macondo, nuestro patriarca, quien consigna en el volumen de *Cien años de soledad*, que coloco entre pétalos de compasúchil para que nunca se olvide que «muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo....», condensando en unas cuantas frases nuestra muy violenta historia violenta:

¡Tírense al suelo! ¡Tírense al suelo!

Ya los de las primeras líneas lo habían hecho, barridos por las ráfagas de metralla. Los sobrevivientes, en vez de tirarse al suelo, trataron de volver a la plazoleta, y el pánico dio entonces un coletazo de dragón, y los mandó en una oleada compacta contra la otra oleada que se movía en sentido contrario, despedida por el otro coletazo de dragón de la calle opuesta, donde también las ametralladoras disparaban sin tregua. Estaban acorralados, girando en un torbellino gigantesco que poco a poco se reducía a su epicentro porque sus bordes iban siendo sistemáticamente recortados en redondo, como pelando una cebolla, por las tijeras insaciables y metódicas de la metralla (...)

Cuando José Arcadio Segundo despertó estaba bocarriba en las tinieblas. Se dio cuenta de que iba en un tren interminable y silencioso, y de que tenía el cabello apelmazado por la sangre seca y le dolían todos los huesos. Sintió un sueño insoportable. Dispuesto a dormir muchas horas, a salvo del terror y el horror, se acomodó del lado que menos le dolía, y solo entonces descubrió que estaba acostado sobre los muertos. No había un espacio libre en el vagón, salvo el corredor central. Debían de haber pasado varias horas después de la masacre, porque los cadáveres tenían la misma temperatura del yeso en otoño, y su misma consistencia de espuma petrificada, y quienes los habían puesto en el vagón tuvieron tiempo de arrumarlos en el orden y el sentido en que se transportaban los racimos de banano. Tratando de fugarse de la pesadilla, José Arcadio Segundo se arrastró de un vagón a otro, en la dirección en que avanzaba el tren, y en los relámpagos que estallaban por entre los listones de madera al pasar por los pueblos dormidos veía los muertos hombres, los muertos mujeres, los muertos niños, que iban a ser arrojados al mar como el banano de rechazo...

Varios de mis muertos dieron el alma rodeados de sus seres queridos; pero a muchos otros se la arrebató nuestra ya legendaria

iniquidad y violencia, como en la masacre de las bananeras, algunos sin habérsela jugado al azar, ejerciendo el derecho a existir, simplemente, y otros jugándosela sin que les temblara la mano, como cantaba nuestro bardo León de Greiff con su boina en el pequeño teatro del rincón donde nació, o en cualquier café de cualquier esquina del paraíso:

Juego mi vida, cambio mi vida,
de todos modos
la llevo perdida...
Y la juego o la cambio por el más infantil espejismo,
la dono en usufructo, o la regalo...
La juego contra uno o contra todos,
la juego contra el cero o contra el infinito...

Pétalos y más pétalos de flores al altar por los numerosos familiares, amigos y camaradas, decenas, centenares, miles y millones —la cifra no es retórica— de personas conocidas y desconocidas que se resistieron a aceptar el estado injusto de las cosas y actuaron ilusionados, con la razón o sin ella, desde la legalidad o la ilegalidad, con armas y sin armas; parientes, amigos, camaradas, conocidos y desconocidos que se embarcaron en el oprobioso negocio de las drogas y la muerte, acosados por la pobreza, la ambición o la ilusión del consumo, en medio de la enorme riqueza natural del paraíso; parientes, amigos, camaradas, conocidos y desconocidos víctimas de unos y de otros; cientos de miles que, protagonistas o espectadores, conscientes o inconscientes, desapercibidos o engañados, recibieron los impactos de las armas producidas y vendidas, tanto a la izquierda como a la derecha, da igual, tanto a regímenes democráticos como dictatoriales, tanto a ejércitos oficiales como rebeldes, tanto a «las fuerzas del orden» como a los narcotraficantes, ladrones y maleantes de toda laya por unos cuantos señoriales y dignos gobiernos y hombres de negocios de engañoso aspecto y doble moral de Estados Unidos, Reino Unido, Rusia, Francia,

Alemania, Italia, Suecia, Israel, Australia, Canadá, Ucrania, España, China, Bielorrusia, Bulgaria, Corea, República del Congo...

Un pétalo por cada muerto de la larga lista larga de mis muertos, nuestros muertos, los muertos de la masacre de las bananeras y los muertos de las 32 guerras que libró y perdió el coronel Aureliano Buendía; y los incontables muertos indígenas y negros de la conquista y la colonia; y los muertos de las nueve grandes guerras civiles, las mil y una guerras menores y las innumerables revueltas que padecimos en el siglo XIX entre centralistas, federalistas, liberales y conservadores; y los muertos de la Guerra de los Mil Días, a mortal caballo entre los dos siglos; y los muertos de La Violencia, en la primera mitad del siglo XX; y los muertos del llamado conflicto interno en la segunda mitad del siglo XX y lo que va del XXI...

Pétalos por Ricardo Piglia, Chuck Berry, Roger Moore y Jerry Lewis, Jeanne Moreau, Stephen Hawking, Aretha Franklyn, Charles Aznavour y Lucho Gatica, Doris Day, Karl Lagerfeld, Camilo Sesto, Fernando Gaitán, José José y Celso Piña, Ernesto Cardenal, el flaco Sandoval y mis queridísimos y admirados David Antón y Edgar Vázquez... ¿Y cuántos más? ¿Cuándo dejaré de hacer la lista? Nunca, pues no es una lista existente ni una que elabore sistemáticamente, es una arbitraria lista que se va imponiendo, que la vida va imponiendo dolorosamente a las páginas que escribo, hasta que un día alguien deposite en el altar una flor y mi foto...



¡Ah de la vida! ¡Ah de la amistad! ¡Ah del amor! La eterna ilusión del amor renace en mí de sus propias cenizas y lágrimas cada tanto mítico tiempo. Sé que Cronos lo devora todo y que ante su guadaña el agua y el fuego parecen esfumarse y perder sus poderes; lo sé, y es entonces cuando siento que él mismo no existe y que todo es ilusión, que todo pasa, incluso la utopía, incluso la universal utopía del amor y el recuerdo que conducen al paraíso, y que todo es un eterno presente; pero he aquí que el alma y el cuerpo vuelven a estremecerse, y sonríen, y lloran, y reconozco en mí el eterno y placentero retorno del mito...

La muerte y la ilusión del amor florecen, y espero, y temo, el apasionado encuentro que me conduzca al fin de la incesante búsqueda del gran amor, del amor de mi vida, del amor eterno, del amor total, de la fusión, del presente eterno en el amor, como canta Leo Marini, con la Sonora Matancera:

Busco un amor
que me quite del alma el pesar
que me llene de felicidad,
un amor tropical.

Quiero sentir
las caricias de una nueva ilusión
entregarle todo el corazón
a este amor tropical...

(«Caribe soy», Carlos Eleta Almarán)

Entonces emprendo el viaje al paraíso con una nueva ilusión de amor, una aparición que brotó tiempo atrás en un aeropuerto de mi actual paraíso, cuando, de pronto, caprichosamente, porque sí, me di media vuelta sonriendo y me deslumbré con el festivo brillo de los ojos y la luminosa y amplia transparencia de la sonrisa que me rige desde entonces: ojos y sonrisas, intenso y fugaz reflejo de reflejos en musicales espasmos de olor y sabor. En mí quedaron revoloteando la luz de su mirada, sus labios, sus dientes, sus cabellos, sus mejillas, sus pupilas... La intuición de su alma... Y un boleto del metro con su nombre y su dirección electrónica...



Entre las distintas versiones de esta falsa novela de mis falsas memorias y ésta, que espero sea la última, apareció el COVID, como ya conté, con su estela de dolor y muerte, y se llevó a mi madre... Y a mi amigo Alfredo Salazar Duque, luchador, maestro y promotor cultural; a mi paisano Jaime Montejo, exmilitante del M-19 que, refugiado, se dedicó a luchar por los derechos de las meretrices en la otrora Región más Transparente del Aire; al cantante Yoshio, con quien coincidimos una época en la colonia Roma haciéndole la visita a dos hermanas; a don Armando Manzanero, que nos acompañó durante años con sus boleros, sus baladas y su auténtica voz de tonos mayas en resistencia, a Óscar Chávez, a Lucía Bosé, a Luis Sepúlveda, a Manuel Felguérez, a Pilar Pellicer, a mi querida y admirada Leo Cortés, y a quién sabe cuántos amigos y conocidos más...

El pinche COVID quizá también se llevó a mi vecina Perla, como decía antes, y quizás a Morita... Quizás, digo, porque nuestros gobiernos y nuestras instituciones y nuestras autoridades y sus políticas no han podido o no han querido, vaya uno a saber, contabilizar con precisión los muertos por la pandemia ni dar las cifras exactas... Morita, mi querido Morita, un gran ser humano a quien tuve la fortuna de conocer en la editorial Juan Pablos, en la calle Mexicali, nombre real de la colonia donde tanto tiempo viví, nombre real que pone en una sola calle mis dos paraísos, el mismo sello editorial que había conocido en mi paraíso original, cuando me acercaba al trotskismo, la misma en la que imprimimos tantos números de *La Casa Grande*, muchos programas y carteles de la Semana Cultural de Colombia en México y varios libros

Del ReyMomo en español y lenguas indígenas de México; Morita me ayudó de una y otra manera, una y otra vez, siempre con gusto, a transportar y vender los ejemplares de la revista y los libros para niños; Morita me hacía recordar a mi abuelastro Marco Antonio Mora por su aspecto, por su bondad y por su feliz entrega al trabajo y la vida; con Morita y su pequeña hija celebramos con una y otra comida el fin de alguna tarea; a Morita lo acababa de reencontrar gracias a su Rubí, con quien restablecimos la comunicación en la compleja y discutida red internet y teníamos preparada una celebración cuando se recuperara de su afección pulmonar... Se restableció, me dijo Rubí, y lo mandaron a la casa, pero allí se deterioró y murió... Al menos, pienso, dejó de sufrir tratando inútilmente de jalar oxígeno, y, felizmente, pienso, no sin dolor, murió acompañado de su pequeña Rubí...

Esa pesada semana me fui enterando de la muerte de varias personas cercanas a mí y a mis seres queridos, a mis alumnos y a mis compañeros de trabajo: la tía de un gran amigo, dos tías de una alumna, un amigo de otro, dos alumnos y varios trabajadores de las universidades donde laboro, mi vecino del vestidor del club donde íbamos a hacer ejercicio, algunos maestros, varios vecinos, y un número creciente de habitantes de mi paraíso original, de mi actual paraíso y de nuestro paraíso sin fronteras, y centenares de miles de personas cuya muerte me duele, aunque no las hubiera conocido...

A sus imágenes sumo la de mi queridísima Andrea Gentile, a quien conocí en el feliz encuentro de dos grupos de paseo que unimos a lo largo de las cálidas y luminosas playas del Pacífico, las contaminadas calles del sur de la capital y los mágicos estudios y salas de cine donde ella reinaba; la de mi muy querida Lulú, Lourdes Morán, con quien compartí el gusto de contarle cuentos a los niños; la del poeta y traductor José Vicente Anaya, amante del haikú, como yo; la del poeta, narrador y tejedor del cambio Álvaro Miranda; la de mi amigo del alma Santiago Rebolledo, mi hermano, pintor, explorador, creador, ingenioso, gran ser humano,

amoroso, solidario, generoso, cómplice en muchas aventuras culturales y personales; la de don Ángel, quien me recomendó un riquísimo tequila bronco, transparente, con sabor a tierra y agave, el mismo Tequileño que me había ofrecido Álvaro Mutis en su casa, y un exquisito cava Conde de Carralt brut nature —don Ángel desplegaba generosamente sus conocimientos sobre vinos y licores, hasta que un día murió de un ataque al corazón, haciendo su oficio—; y las de Johnny Pacheco, Maradona, Quino, Eusebio Leal, el Loco Valdés, Kobe Bryant y su hija, Luis Eduardo Aute, Sean Connery, Pau Donés, Olivia de Havilland, Kirk Douglas y Paolo Rossi, a quienes conocí por sus artes... Más cempasúchil, nar-dos y nomeolvides...



Cuando escribía las primeras versiones de mi novela, ante la computadora confirmaba que las noticias del mundo, el paraíso y nuestro gran paraíso varían muy poco de un día a otro, de un año a otro, de una época a otra, de una generación a otra, pero las sigo leyendo con curiosidad, con tristeza, y con algo de esperanza... Y las retomo ahora, en un presente continuo, retomo el pasado que sigue siendo presente. Entonces, decía entusiasmado, cuando me dirijo al escritorio, con los últimos negros y platas de la noche y la luna, siento la ilusión de las cartas de Belén y la posibilidad de alcanzar una paz negociada en el paraíso, donde hemos vivido en guerra desde fines del siglo XIX, por no decir desde la conquista.

A medida que pasa el tiempo, se multiplican las horas de negociaciones —decía— entre la ya cuarentona guerrilla y el bicentenario gobierno, a medida que aumenta el número de los pequeñísimos acuerdos, empiezo a creer que esta vez sí; que por fin sí; que yo que he vivido todos y cada uno de mis días en la guerra, como la inmensa mayoría de los sobrevivientes del paraíso, podré morir en un país en paz, o por lo menos sin el estruendo de las armas y la pólvora, porque la sutil guerra económica generadora de pobreza y desigualdad que se libra contra más de la mitad de la población, esa silenciosa y escandalosa guerra, dudo que se acabe algún día, aunque la razón se niegue a entenderlo, aunque al alma le duela reconocerlo...



La mañana en que, a mis quince años, vi caer muerto sobre el pavimento a un joven universitario ensangrentado sentí un inmenso dolor, y mucha rabia, y un miedo atroz. Con cerval ira y temor corrí buscando protección ante los balazos, pero me detuve muy cerca del lugar donde le habían arrebatado el aliento al joven que soñaba como nosotros con cambiar el estado injusto de las cosas; en ese punto y en ese momento la manifestación se rompió en pequeños grupos que se abrieron hacia el norte, oriente y occidente de la ciudad. Huíamos adoloridos, conmovidos, impotentes..., arrojando piedras contra los enormes y aplastantes tanques y carros militares.

Nunca podré olvidar que aventé con ira, y con todas mis fuerzas, un rojizo pedazo de barro cocido contra una volqueta de soldados: ¡Hifueputa!, grité catárticamente. Pero desde el instante en que vi cómo el ladrillazo había cuarteado el parabrisas me convertí en una intolerable y angustiada pregunta: «¿Y si herí a alguien? ¿Y si le hice daño al chofer? ¡Qué culpa podía tener ese pobre soldadito que sólo recibía órdenes y con seguridad estaba tan asustado como nosotros?». Seguí corriendo por las calles del barrio como liebre acosada por enormes lebreles verdes de llameantes colmillos de plomo y pólvora sin dirección física ni mental ni anímica. En la desbandada, fui testigo de una escena que se mantiene impresa en mi alma y en mi cerebro: tres de los grandes dirigentes del movimiento estudiantil y de nuestra tendencia política escurrián el bulto y tomaban las de Villadiego...

Al pasar por mi colegio de bachillerato presencié el desfile de varios camiones con soldados y una volqueta que se me figuró llena

de cadáveres y heridos; corría, corría y corría, y cuando el cansancio se impuso al miedo, acepté la invitación de un amigo y me refugié en su casa.

Llamé a mi abuela para avisarle que estaba bien y que no llegaría por el toque de queda. Protestó, muy preocupada, pues se hablaba de varios muertos, y hacía muy poco Marco Antonio, su compañero, mi abuelo Marcos, había tenido que ir a rescatarme de una estación de policía a la que había ido a parar por quedarme charlando después de una manifestación en una cafetería vecina al colegio. Tajante, me ordenó regresar apenas levantaran el toque de queda.

Esa tarde nos dedicamos a escuchar en nuestro refugio las noticias sobre el movimiento estudiantil y a preguntar por la suerte de nuestros camaradas. Nos preocupaba en especial Tania, una de las mejores nadadoras del país, líder y agitadora estudiantil que se había hecho famosa por su aspecto oriental, su baja estatura y la gran capacidad oratoria desplegada en los recintos estudiantiles, en los mercados y en los barrios populares. Yo había quedado fascinado el día en que, en medio de una reunión, sin suspender su análisis, se quitó los zapatos, se trepó a la mesa, se dio la vuelta, se estiró y extrajo un documento que incorporó en su ininterrumpido discurso. ¿Cómo no recordar la fuerza de sus palabras y la firmeza de sus piernas, su minúscula minifalda y su poderosa y convincente intervención sobre el futuro del movimiento estudiantil y de la Revolución Socialista? ¿Cómo no recordar su claridad al insistir en la necesidad de la formación, la organización y el trabajo con obreros y campesinos? Siempre que regreso al paraíso indago por ella con la misma ansiedad con la que pregunté la tarde en que me sentí a las puertas de la revolución y la muerte.

Al día siguiente, en la mañana, arribaron mi madre y mi padre de la fría capital donde vivían y me encontré ante sus inquisidoras miradas que, rápidamente, con el apretado informe de mi abuela, «Miren, les voy a decir una cosa: yo ya no me hago cargo de Marius. Hace unos días lo detuvieron y el otro día no llegó

a la casa; anda metido hasta el cuello en esa vaina, y ya hay varios muertos», decidieron que debía irme con ellos. Mi papá dijo que tenía el pelo muy largo, y cuando el peluquero preguntó por el tipo de corte impuso su sonora y grave voz sobre la mía: «Humberto». ¿Corte Humberto? —el casquete lateral pelado y el pelo de la cima cortico cortico cortico, como militar—. «Sí. Nos vemos en la casa a la hora del almuerzo». Sin derecho a réplica.

Al llegar, humillado, furioso, me miré una vez más al espejo y me dirigí decidido al peluquero del barrio:

—Rápeme, por favor.

—¿Está seguro, joven?

Mi abuela y mi abuelo Marcos me miraron tratando de disimular su sonrisa. Mi padre me pegó una cachetada, y yo, impasible, lo miré como cuando a los ocho años me dio un puñetazo en el ojo izquierdo porque sin pronunciar palabra alguna le dije mentalmente: «¡Pero qué pendejo eres, hi-jo-de-pu-ta! ¡Hideputa! ¡Hijueputa! ¡Hijueputa! ¡Y a la fría capital fui a parar con todo y mis ilusiones revolucionarias, mis primeras lecturas políticas, mis primeras aventuras literarias, mis primeros acercamientos al teatro, el ojo negro en el recuerdo, el ardor en la mejilla y el alma, y el intenso recuerdo de Tania, la vivaz líder estudiantil y popular!

Años después Tania se convertiría en una de las más decididas impulsoras de la proletarización de nuestro partido obrero de estudiantes y maestros. Recuerdo vivamente nuestras visitas a las fábricas; el halo de su despreocupada, poderosa y delicada presencia, trepándose, por ejemplo, en fina blusa de algodón blanco, minifalda y sandalias, a la parte trasera de un camión de carga; su pasión, su seriedad y compromiso; su manera de organizar y arengar.

Un día se separó de su pareja y se marchó a Europa, donde se dedicó desde entonces a su nueva familia, en especial a su hijo enfermo. De vez en cuando coincidimos en el paraíso, como sucede con varios compañeros que hicimos nuestra vida en el exterior; entonces nos tomamos unas cervezas y hablamos de los viejos tiem-

pos y de nuestras vidas con la hermandad de la utopía compartida. Por cierto, nunca bailé con Tania; ¿qué tal bailaré?

El movimiento estudiantil de los años setenta en el paraíso surgió contra la intervención de ciertas fundaciones norteamericanas en la universidad, por el cogobierno de ésta entre maestros y estudiantes, por mayor presupuesto para la educación y contra su privatización —varios asuntos vigentes cuarenta años después en nuestro paraíso y en el gran paraíso—, como un claro eco de los procesos y revoluciones de Córdoba, Argentina, Rusia, China, Vietnam y Cuba; el marxismo y el comunismo; la lucha por la tierra, la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, la Teología de la Liberación y el movimiento revolucionario del cura Camilo Torres Restrepo; el mayo francés y el Tlatelolco mexicano; el festival de Woodstock, el hipismo norteamericano, el *rock and roll*, los Beatles y los Rolling Stones; la tradición y renovación de la música y la cultura afroantillana; el naciente feminismo; la intensa búsqueda de mayores libertades individuales y sexuales, en los años sesenta, y una especial efervescencia del movimiento intelectual y cultural... Sus movilizaciones cobraron fuerza y lograron cierto respaldo ciudadano al enarbolar las banderas contra el alza del transporte, la desigualdad social y el alto costo de la vida, por el aumento de salarios y las reivindicaciones de los campesinos, reclamos con los que yo estaba y estoy de acuerdo, actitudes por las que me sentía enormemente atraído, reivindicaciones y posturas que coincidían a plenitud con mi propia necesidad de liberarme de mi familia, de empezar a caminar y a conocer el mundo, de forjarme, al mismo tiempo que construía mi ruta repitiendo los versos de Antonio Machado entonados por Joan Manuel Serrat:

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.

Al andar se hace el camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar...

Más flores blancas, unas pocas calaveritas rotuladas, Jalisco, Tuto González..., y muchas con el rótulo miles de veces repetido «víctima de la violencia en el paraíso», pues, a cincuenta años, no se sabe bien a bien cuántas personas fueron asesinadas en la represión del movimiento estudiantil del 71 —ninguna petición que no fuera aceptable o negociable, ninguna reivindicación que atentara de verdad contra el sistema...

Mi estadía en la capital duró muy poco, pues no podía soportar el régimen autoritario y violento de mi padre ni el indignante sometimiento de mi madre, ni su inmensa tristeza ni mi solitario deambular sin norte en una ciudad enorme, lluviosa, húmeda y fría, en una familia donde el padre permanecía ausente y la madre desaparecía ensimismada, esperando y sufriendo, sin siquiera el placer de tejer y destejer con la ilusión de la llegada del hombre esperado.

Regresé al paraíso poco después de que se extinguiera el movimiento estudiantil con un balance de numerosos muertos, heridos y presos, sin logros políticos, económicos o sociales evidentes. Muy pronto empecé a hablar con socialistas, comunistas, guerrilleros urbanos y rurales, pro soviéticos, pro chinos, pro albaneses y pro cubanos, estalinistas, maoístas, castristas y guevaristas, latinoamericanistas, trotskistas de la mayoría y trotskistas de la minoría de la IV Internacional, espartaquistas, anarquistas y católicos por el cambio social, tratando de entender las muy sutiles y engrandecidas diferencias de la enorme red de pequeñas organizaciones de izquierda que se dividen y subdividen *ad infinitum*.

Me atraían por igual la política, la literatura, el arte, la música y el teatro, y trataba de leer y entender las numerosas recomendaciones que me hacían: *La madre*, el *Manifiesto Comunista* y «El 18

brumario», algunos pasajes de *El Capital* y el *Libro Rojo*, historia y economía, Marx y Engels, Lenin y Trotsky, Mao y Enver Hoxha, Freud, Jung y Fromm, Barthes, Eco y Todorov, Sartre, Camus y Beckett, Neruda, Guillén y Onetti, Rulfo, Fuentes y Paz, García Márquez, de Greiff y Mutis, el psicoanálisis, el estructuralismo y Hauser, el teatro del absurdo... Y participé en pequeños grupos de estudio y teatro.

Por cierto, uno de los temores de mi abuela, además de que me mataran, era que me volviera «marica», «ese mundo está lleno de marihuanos y maricas, mijo», me dijo preocupada cuando le conté que hacía teatro.



Me desperté con la sonrisa de Belén y me dejé llevar al aeropuerto. Ella tenía prisa y preguntaba si esa era la fila para documentar al país de La Montaña Vieja. Le contesté que podía ser, si hacía escala en el paraíso. Le brillaron los ojos y me contó que su padre había vivido allí un par de años, que le había gustado mucho, que encontraba su gente y su lengua muy parecidas a las de su país, y que su tía, una maga trapecista y poeta, había recorrido varias veces sus tierras y sus nubes. Sonreí y le conté de inmediato que uno de mis tíos se había ganado a las cartas un circo, y que se había enamorado perdidamente de una acróbata, el último y más intenso amor de su vida; que mi abuelo había tenido un amor de novela con una gitana y que en mi familia se decía que él y su padre habían llegado de la antigua Iberia, pero me abstuve de confesarle que en nuestro gran paraíso el racismo nos hacía buscar afanosamente nexos con la Hispania y el viejo continente y despreciar nuestro reciente pasado y presente indígena, afro y mestizo.

Le pregunté a qué se dedicaba y me contestó que trabajaba en algunas cárceles y con personas en extrema pobreza en las regiones, los barrios y las escuelas más pobres del continente. Entonces, luego luego, le dije que era maestro de una universidad popular e impartía clases en un reclusorio. Sonrió y miró el reloj con apuro. De inmediato le pedí su correo electrónico, «para seguir platicando sobre la pobreza, la libertad, la educación y las pistas». Y con premura, mientras sonaba el segundo llamado para abordar el vuelo, apuntamos nuestras direcciones, ella en su celular y yo en un ajado boleto del metro.

Al día siguiente, antes de sentarme a meditar, me detuve con ansiedad ante la computadora. No había llegado ningún mensaje. Vacilé. Saqué el boleto y le escribí: Hola, Belén: te conocí ayer en el aeropuerto. Me encantaría que me contaras más de tu trabajo, y cómo te va en ese maravilloso país del sur de Nuestra América.

Un beso: Marius.

Al enviar mi mensaje entró uno suyo: Hola, Marius. Nos hemos conocido ayer en la mañana en el aeropuerto. Supongo que te acuerdas. Te escribo este mensajito rápido solo para no perder el contacto. He llegado a las tierras de Sor Juana hace pocos meses y todavía lo estoy descubriendo todo, así que me encantará conocer un poco más de lo que haces, sobre todo si se trata de descubrir por el lado de los que sufren. Si tienes tiempo y te apetece, mándame algún vínculo que pueda ir explorando, o te escribo a mi regreso a finales del próximo mes. Por cierto, te llamas igual que un fotógrafo español que me entusiasma. Me encanta la fotografía de autor, ¡y me encantan los aeropuertos! Ah, y cuéntame la historia de tu tío, pinta maravillosa...

Un saludo. Belén.



Celia Cruz se impone a las voces, las cuerdas y las trompetas, la clave, las maracas, los cueros y el piano de la Sonora, y todos a una salimos a bailar como en los viejos tiempos:

Químbara químbara quimba quimbamba.
Químbara químbara quimba quimbamba.
Químbara químbara quimba quimbamba.
Químbara químbara quimba quimbamba.
Ee mamá ee mamá.
Ee mamá ee mamá.

Por un momento irrumpen las trompetas, pero Celia continúa arrolladora:

La rumba me está llamando bombo
dile que ya voy
que me espere un momentico ay
mientras canto un guaguancó
dile que no es un desprecio
pues vive en mi corazón
mi vida es tan solo eso
rumba buena y guaguancó.
Ee mama ee mama...

(«Químbara», Luis Ríos Cepeda)

Rápido se mueven los pies y los hombros, y los ojos sonríen, y el tiempo parece detenerse. ¡Que no existe el tiempo, carajo!, me

digo. ¡Te juro que no existe! El tiempo es sólo una convención, una ilusión que nos permite deambular en el instante por la eternidad sin perdernos, recordar, ser y hacernos creer que hemos sido, que somos. ¡Que hay que olvidarse del tiempo, carajo, y a bailar!

Cuando abandoné el paraíso, ya llevaba varias semanas deambulando de arriba abajo por las sinuosas y empinadísimas eses que comunicaban la radiante y florecida casita campesina que había alquilado en la montaña —¡ah, la ancestral y romántica ilusión del campo!— con los salones de clase, el modesto apartamento donde había vivido con mi mujer y mi hija, los bares y las ardientes, sudorosas y democráticas pistas de baile y música afroantillana.

Para entonces, ya habían pasado muchos días de la solitaria y lluviosa noche en que tuve que sacar el archivo de volantes, panfletos, revistas, periódicos y libros de la organización, regresar las mesas y las sillas prestadas a la tienda vecina, apagar la luz y entregar el pequeño garaje que albergaba la sede local de nuestro inolvidable partido obrero, después de esperar infructuosamente durante varios miércoles a que llegaran a la reunión de célula los últimos cuatro camaradas que no habían renunciado formalmente a nuestra organización nacional de cien militantes.

Esa noche, después de subir las pesadas cajas de impresos revolucionarios a mi Fargo 50, cabina gris y platón negro con piso de madera, me tomé en la tienda de enfrente una cerveza helada, y sonriendo, nostálgico, recordé los años en que fuimos objeto de burlas y risas porque podíamos celebrar nuestras reuniones de célula, de dirección y plenarias en un escarabajo de la Volkswagen dando vueltas sin rumbo por la ciudad, insoportablemente tentados a bajarnos en cada una de las discotecas que la brillante, movida y sonora calle nos ofrecía; entonces conduje mi picop cargada de viejos periódicos tarareando con la voz inigualable de Héctor Lavoe a través del viejo aparato receptor de mi camioneta y siempre vivas nostálgicas memorias e ilusiones, y, en medio de un aguacero y un viento torrenciales que no me dejaban ver a más de un metro de distancia, me erizaban desde los dedos a los codos los

brazos desnudos y me hacían recordar la fría capital de mi niñez en lo alto de los Andes:

Tu amor es un periódico de ayer
que nadie más procura ya leer
sensacional cuando salió en la madrugada
a medio día ya noticia confirmada
y en la tarde materia olvidada
tu amor es un periódico de ayer.
Fue titular que alcanzó página entera...

(«Periódico de ayer», Catalino Alonso)

En el ascenso a mi casita campesina, sin ver bien por dónde iba, en medio de las tempestuosas aguas cubiertas por el manto negrísimo del cielo sacudido por estremecedores látigos de luz, sin gobernarle, iba recordando mi vida familiar y amorosa, nuestra militancia, mi experiencia laboral y sindical, y reflexionando sobre mi creciente necesidad de dejar mi edén por un tiempo, y en las posibilidades reales de hacerlo.

Dándole y dándole vueltas al asunto, me quedé dormido al calor y el crujido de las miles de hojas en llamas, blanco papel con amplísima gama de tintas de colores negro y rojo que exhortaban a despertar a la clase obrera y a los campesinos, a su organización, a la independencia ideológica y sindical de la burguesía y los reformistas, a la lucha por la escala móvil de salarios, al paro, a la huelga general, a la movilización, a la construcción de sóviets, a la revolución, la única posible y verdadera, la revolución socialista, la revolución que dirigiría nuestro partido, vanguardia de la vanguardia obrera, la revolución permanente, camarada... ¡Cuánto diera por tener una de esas chapolas y esos periódicos de ayer en mis manos y ponerlos en medio de las flores, las fotos, los discos, la comida y las cervezas de mi altar!



El camino que he venido recorriendo para tomar conciencia de mi orfandad, de mi exilio, de mi dolor y de mi soledad, para poder vivir reconociendo y aceptando que nunca tuve un hogar propio, para darme cuenta de que necesitaba un hogar, de que me era necesario soñar un hogar, de que me era absolutamente necesario darle materialidad y forma a un hogar propio, de que me urgía sembrar y regar y cuidar el árbol en el cual tallar mi propio lecho para poder descubrir, imaginar y construir mi verdadero ser, ha sido largo, un tanto torpe, inconsciente y lento; no así uno de mis primeros pasos, un paso dado con gran fortuna, prontitud y rapidez: el descubrimiento de mi vocación docente.

Al llegar a la enorme y húmeda capital expulsado del pequeño y cálido paraíso que envolvió mi frágil niñez, deambulando solo por el fantasmal y pequeño apartamento de mis padres, el barrio y la ciudad, supe sin palabras que yo no pertenecía a esa casa que nunca había sido habitada por mi padre y sólo había sido vivida sonambúlicamente por mi madre; que yo no podía aceptar el ejercicio brutal y arbitrario de la autoridad paterna ni el infamante sometimiento materno; que necesitaba huir de ella con urgencia, escapar para tomar aire; que, ¡ay!, yo no era capaz de guiar el también necesario y urgente éxodo de mis hermanos; que sólo podía huir yo, desgarrándome al hacerlo, y que me destazaba al tomar conciencia de que lo hacía solo, y más aún al darme cuenta de que no sabía para dónde iba, ni cómo.

A los dieciséis años abandoné el gris y fantasmal apartamento de mis padres y me refugié en la habitación de un amigo y en el trabajo en una oficina común y corriente regida por una copia

de la elegante figura desnuda de Hermes; y una noche, mientras caminaba sin rumbo por las empantanadas calles, tiritando, decidí pedirle a mi abuela que me recibiera de nuevo en su casa, un hogar que yo imaginaba mío, pero que sólo era mío en mi necesidad, en mi deseo y en mi imaginación... Y así regresé al paraíso.

Mi abuela y mi abuelo Marco Antonio me habían acogido con alegría y cariño en la infancia, pero ante mi rebeldía en el tránsito a la adolescencia, ante mi necesidad de salir a explorar el mundo, ante el ocasional desborde de mi intensa rabia contra mi situación familiar y ante mis deseos de liberación del control que el cariño de mi abuela suponía necesario en un barrio de borrachos y drogadictos, cantinas y prostíbulos, desocupados, malevos y putas, no vacilaron en recordarme una y otra vez, a veces con dulzura, a veces con crudeza, que su casa no era la mía; y así me vi obligado a darme cuenta de que no tenía hogar, de que yo no había tenido o no había podido o no había querido aceptar el hogar que me había tocado en suerte, y que debía construirme uno. Todavía hoy me despierto sudando a mares, con un agobiante nudo en la garganta, ante el pertinaz regreso de la angustiante pesadilla en la que me siento ante mi abuela discutiendo mi salida de la casa con la aterradora conciencia de la falta de un lugar a dónde ir, el vacío absoluto, pidiéndole plazo para la partida, entre discusión y discusión, una y otra vez, pues no tengo dinero para pagarme un lugar adónde ir... Entonces, supongo, empecé un largo, sinuoso y ciego peregrinar hacia el sueño de un paraíso imaginario nunca terminado de soñar ni de encontrar ni de pintar ni de escribir, sin tener la menor idea de la ruta ni del cómo transitarla.

Años después caería en la cuenta de que el diseño y el levantamiento de mi casa y mi hogar, los avances en el dibujo de mi paraíso, marcharían al mismo tiempo y al mismo ritmo, con los mismos materiales y las mismas formas, con los mismos colores y las mismas luces, con las mismas líneas, cruces y caminos, con las mismas notas y las mismas letras con que me fuera delineando y coloreando a mí mismo.

En los días posteriores a mi regreso al paraíso, después del éxodo originado por el movimiento del 71, en plenas vacaciones escolares, mientras esperaba que aceptaran mi reintegro al colegio republicano donde había estudiado los primeros años del bachillerato, le ayudé con un entusiasmo y un placer enormes a la bibliotecaria, la señorita Nohemí, protagonista de mis primeras fantasías sexuales, a transformar la católica capilla escolar en biblioteca: ¡con qué gusto descolgaba las imágenes de palomas, vírgenes, santos y sacerdotes!, ¡y con qué gusto colgaba los retratos del fundador y los rectores!, ¡con qué ilusión cambiaba las largas bancas y sus arrodilladeros por mesas de lectura y libreros!, ¡con qué curiosidad me detenía a hojear libro tras libro mientras ubicaba los volúmenes en los entropaños correspondientes!, ¡con qué placer veía la lenta danza de la luz del sol a lo largo del día a través de los vitrales sobre la madera de las mesas!, ¡y con qué sorpresa descubrí en el cajón central de su escritorio un vibrador, extraño aparato cuyo nombre y funciones desconocía!

Por fin, con la intervención de la señorita Nohemí, el rector accedió a recibirme de nuevo; pero a los dos meses estalló una huelga estudiantil, cerraron el colegio y lo reabrieron con una lista de los alumnos admitidos en la que nos excluían a los cuarenta y nueve jóvenes que deseábamos transformar el plan de estudios y la dinámica escolar, y a mí, que promovía el diálogo entre las autoridades y las diferentes corrientes estudiantiles con el ánimo de construir caminos consensados de cambio charlando críticamente con unos y otros —siempre he buscado conciliar, supongo que ese impulso surgió al verme obligado a hablar con mi padre y mi madre en sus múltiples y violentas peleas—; incluso participé en una reunión con el gobernador, el secretario de educación y los líderes estudiantiles de la región; recuerdo que sentados ante la mesa del despacho gubernamental nos sentíamos poderosos y triunfantes porque la máxima autoridad política había tenido que recibirnos y negociar con nosotros... También recuerdo con ambigua sonrisa que uno de los dirigentes huelguistas se burló provocadora e ingenuamente del gobernante.

El lunes siguiente a la reunión anunciaron el fin de las negociaciones y apareció la terrible lista en los muros exteriores del claustro, que mantenía cerradas y custodiadas todas sus puertas. Como una concesión negociada entre las autoridades y los dueños de los colegios particulares, un par de éstos aceptaron recibirnos para que no perdiéramos el año. Opté por el que impartía bachillerato nocturno, pensando que así podría conseguir trabajo e irme lo más pronto posible de la casa de mi abuela.

En el patio de la casona colonial sede del colegio que le rendía homenaje al poeta Ricardo Nieto recordaba los versos aprendidos en la escuela del pueblo de palmeras, obreros y bicicletas donde viví un par de años con mis abuelos:

Viajero solitario
que al acercarte a la escondida aldea,
te paras a mirar el campanario,
y el camino amarillo que serpea
como un dolor sobre el escueto monte,
hasta perderse triste y silencioso
en el confín del pálido horizonte...

(«Querella fraternal», Ricardo Nieto)

Allí, con la cómplice presencia de la luna llena y las estrellas titilantes en el oscuro cielo azul, ingenuos y virginales, nos enamoramos la madre de mi hija y yo, y soñé intensamente con la partida de mi casa, y empecé a dibujar con cierta precisión los límites y los espacios interiores y exteriores que poco a poco me irían definiendo, tratando de materializar, inconsciente, el eterno sueño de un hogar feliz nunca alcanzado por mi madre, un sueño heredado que no sé bien a bien qué tanto es mío ni qué significa exactamente para mí hoy.

En la banca vecina del improvisado salón de clases, en un extremo del patio que antes había sido un solar, conocí al dueño y

rector de un pequeño colegio barrial de secundaria que me ofreció impartir un curso de historia y otro de geografía del paraíso; así, a mis diecisiete años, me topé con la vocación y la profesión que me han forjado y me han hecho feliz; inclinación y trabajo en los que he satisfecho al mismo tiempo mi necesidad laboral y mi deseo de contribuir a la sociedad; vocación y profesión en las que he vivido el gozoso proceso de satisfacer mi curiosidad, de conocer, reconocer y aprender, de compartir con mis alumnos el camino del saber y la vida, mis dudas y mis búsquedas, las enseñanzas de mis maestros y mis experiencias, mis descubrimientos y mi proceso de aprendizaje, mis errores y mis reflexiones y, sobre todo, la conciencia de mi ignorancia y de mis límites.

Aunque la vocación de maestro apareció muy temprano en mi vida, tuve en mi adolescencia tres experiencias laborales en las que pude sentir y darme cuenta de lo que no me interesaba, de lo que no estaba dispuesto a vivir: a los quince años, cuando me fui por última vez de la casa paterna, me dieron trabajo como coordinador del departamento de mensajería de una multinacional gringa de publicidad. Organizar la entrega y la recepción de sobres y paquetes no tenía ningún chiste ni interés para mí; tampoco el mundillo de la publicidad, a pesar del halo artístico e intelectual con que pretenden disfrazarla; así que lo dejé a los dos meses sintiendo un gran descanso.

En el paraíso, por mi facilidad y mi gusto por las matemáticas, las recomendaciones de mis maestros y mi necesidad de acercarme a mi padre, quien de tanto arreglar trituradoras y molinos viejos para revenderlos empezó a fabricarlos, decidí estudiar ingeniería mecánica y buscar un trabajo afín. Encontré uno como supervisor en una pequeña fábrica textil, pero la experiencia se acabó muy pronto, cuando sorprendí durmiendo a un operario en la cima de la montaña más alta de las decenas de rollos de telas que vomitaban los pequeños y modernos telares y en vez de acusarlo con el dueño me puse a charlar con él y a explicarle que lo que hacía estaba mal y que parte de mi trabajo consistía en evitar

esas situaciones, y a la mañana siguiente, al entrar a la fábrica, el dueño me reprendió y me explicó que tenía que observarlo todo y contárselo todo. Renuncié sin saber si el episodio había sido una prueba del burgués o una simple traición del proletario; daba igual. Pero la imagen de los obreros que yo había endiosado se agrietó un poco y se me aclaró muchísimo el triste e ingrato papel del intermediario entre los trabajadores y los empresarios; un rol que no me interesaba.

Un mes después entré a una de las más grandes fábricas y empresas del paraíso como vendedor de mostrador en una de sus librerías y papelerías, en temporada escolar; allí me divertí jugando a ser el mejor vendedor. Luego trabajé como corrector de pruebas en los talleres gráficos de la misma empresa, y cuando caían en mi escritorio las páginas de algún relato, leía y corregía con gusto; así revisé las pruebas de *Ojos de perro azul* y *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada*; pero la gran mayoría de las parrafadas que solía tener ante mis ojos estaban repletas de miles y miles de nombres, direcciones y teléfonos de los mamotréticos directorios telefónicos de varios países del gran paraíso, en estricto orden alfabético y gran variedad de letras, tamaños e intensidad.

Aburrido con el trabajo y desesperado ante las decisiones que debía tomar sobre mis estudios, la siguiente etapa de mi vida y mi profesión, aprovechaba cualquier minuto libre para recorrer las múltiples secciones y pasillos de la fábrica, darle vueltas y vueltas y más vueltas a los pequeños linotipos y a las enormes offset, pedirle permiso a mi supervisor para darle una vuelta a la gran manzana que ocupaba la empresa, tomarme un café en una calle vecina y dejar que circularan en mi cabeza las distintas opciones entre las que debía decidir: ¿continuaba estudiando ingeniería o aceptaba la oferta de mi abuela de regresar a su casa con mi mujer y mi hija para que pudiera estudiar medicina, la profesión que más me atraía; escogía otra profesión o mandaba el estudio al carajo y tomaba el camino familiar del comercio independiente, sin un peso en el bolsillo?

Observaba a mi alrededor, a mi supervisor, un administrador de empresas; a su jefe, el director de la sección, un ingeniero; a sus jefes, administradores, ingenieros o economistas; y me imaginaba cómo me sentiría en ese tipo de puestos y trabajos, y me daba perfectamente cuenta de que no me interesaba supervisar a nadie ni controlar a nadie ni mandar a nadie ni representar los intereses de los dueños de las fábricas y las empresas. Y entonces, ante la imposibilidad de estudiar medicina, ante la placentera y satisfactoria experiencia que había vivido como maestro y la necesidad de trabajar en alguna actividad en la que pudiera contribuir a una mejor condición de vida de los pobres y al cambio social, me decidí, a pesar de las constantes y crudas vacilaciones que siempre me han embargado ante las encrucijadas, por el magisterio.

Siempre me he sentido muy agradecido con mis maestros, tanto de los formales como de los que la vida me ha regalado en distintos ámbitos, los admiro, y siempre que he tenido la oportunidad les he expresado mis sentimientos. Ahora, ante el creciente altar de muertos que he venido armando en la muy verdadera novela de mis falsas memorias, coloco entre las flores *Los 1001 años de la lengua española* de Antonio Alatorre, quien compartió conmigo y sus numerosos alumnos el placer y los secretos de la poesía del Siglo de Oro, así como su sensible erudición; agrego *El pensamiento social y político del Quijote*, de Lúdivik Osterc, gran interpretador marxista de Cervantes; la imagen de mi profesor de música en el bachillerato, apellidado Tazcón, quien había sido profesor de mi tío Alberto; la de mi joven profesor de geografía, que murió en el mar en su luna de miel, y recuerdo a muchos de mis maestros, deseando que la negra parca no los haya visitado, o que, al menos, su viaje haya sido plácido... Flores para mis maestros muertos, maestros y enseñanzas que viven en mí...



En la fiesta, le pregunto a Raquel por El Negro. La sonrisa la abandona y un par de lágrimas asoman a sus ojos. Se contiene. Respira profundo. Se sienta y cuenta: «Al Negro lo detuvieron, lo torturaron, lo asesinaron y lo tiraron entre los cañaduzales...».

Coloco una calaverita con el nombre del Negro, inmerso en el recuerdo de su imagen el día en que apareció en mi casa: quería charlar a solas conmigo y me propuso que nos fuéramos a comprar unas cervezas a la tienda; yo acababa de llegar de la capital y me sentía triste, frustrado, ansioso... Nuestra organización, fiel a los principios de la IV Internacional Comunista fundada por Trotsky, había decidido apoyar con una brigada la ofensiva final del Frente por la Liberación Nacional contra el dictador, a la manera de las brigadas internacionalistas que apoyaron a la República Española contra el franquismo. Estaba por finalizar el año lectivo y el Frente se encontraba a las puertas de una de las capitales del paraíso central. Era claro que en esas condiciones la solidaridad no consistiría tanto en ir a combatir con las armas como en participar en la construcción de la nueva sociedad; algunos camaradas se veían en combate, pero yo me soñaba trabajando en las escuelas y en la universidad, con niños, jóvenes y maestros; pensaba que si en algo podía contribuir sería en la educación, pues no tenía la más puta idea de cómo se manejaba un arma, y además era, y soy, un poco torpe y, sobre todo, cegatón...

Había hablado con el hermano rector del colegio para renunciar a mi cargo de maestro y solicitar una beca para mi pequeña hija, y me había visto gratamente sorprendido por su comprensión

y generosidad; después de su vano intento por hacerme reflexionar sobre mi decisión, me contó que mi solicitud llegaba justo en el momento en que su comunidad estaba pensando en hacer mixto el colegio, y me prometió su apoyo.

Ilusionado, soñando con el inicio del fuego de la Revolución Socialista en el centro del gran paraíso, y un poco más tranquilo por haber asegurado el estudio de mi hija, con la liquidación y los pocos dólares que Preciado y Úrsula habían recolectado entre los amigos, emprendía mi viaje despidiéndome de mi mujer y de mi muy cariñoso camarada Juan María en la terminal de buses. No puedo negar que una brillante e intensa aureola heroica cubría mi propia imagen.

Pero «la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida», dirían Rubén Blades y Willy Colón: la Brigada Internacionalista fue expulsada por los revolucionarios triunfantes debido a profundas diferencias ideológicas... ¡Carajo, y nosotros que pensábamos hacer la revolución dentro de la revolución! Y me encontré varado en la capital, con el retrato del Che Guevara fumando a mis espaldas, a la espera de que la organización encontrara otra vía de acceso al naciente paraíso socialista. Pasaban y pasaban los días, y yo disfrutaba de las despedidas, seguía aprendiendo a bailar, leía, probaba la marihuana, coqueteaba, me gastaba los pocos pesos que tenía y tarareaba con Daniel Santos mientras llegaba la luz que me abriría las puertas al paraíso revolucionario: «Vengo a decirle adiós a los muchachos, porque pronto me voy para la guerra...». ¡Cuántas veces entonamos profundamente conmovidos y llorosos esa canción con el viejo anacobero?

Nunca llegó mi pase al paraíso socialista que ayudaríamos a construir, y una mañana, un par de meses después de la primera despedida, sin un peso en el bolsillo, desesperado, a punto de que empezara el nuevo año lectivo, con la voz de mi hija al teléfono, decidí regresar al edén donde nací. Llamé al rector y supe que media hora antes había contratado a mi reemplazo. Entonces partí, preocupado, a reencontrarme con mi mujer y mi hija, y a buscar trabajo.

En ésas estaba cuando apareció El Negro de esta historia.

—¿Por qué no hacés aquí lo que ibas a hacer en Centroamérica?

—¿Qué?

—Combatir con las armas por la revolución.

Sorprendido, confuso, pensativo, lentamente, le dije que para mí era otra la situación en el paraíso, que no sentía la inminencia ni las posibilidades de triunfo de la lucha armada. Entonces, recuerdo, me pasó fraternal el brazo sobre los hombros y me dijo: «Bueno, Marius, tranquilo, hacé de cuenta que esta conversación nunca existió».

Nos tomamos esa cerveza, y muchas más. Tiempo después, en mi nuevo paraíso, supe que había sido torturado y asesinado por transportar una parte de las armas que un nuevo grupo guerrillero había sustraído audaz y magistralmente de un cantón del ejército sin disparar un solo tiro, abriendo pacientemente un túnel desde la casa vecina y repartiéndolas a lo largo y ancho del país en coloridos paquetes de regalo de Navidad.

¿Cómo olvidar al amigo con quien tuve una conversación que nunca existió?, ¿cómo olvidar nuestra charla sobre la lucha armada en el paraíso?, ¿cómo olvidar mi decisión?, ¿y cómo olvidar su tortura y su asesinato? Si en esa crisis, en esa decepción, en esa búsqueda, hubiera creído en el camino de las armas, ¿me habría ido con ellos? ¿Cuántos habrán optado por esa ruta, por qué, con qué resultados políticos y sociales, y con qué consecuencias personales? ¿Cuánto habrán pesado en la decisión de la toma de las armas el desespero, el acorralamiento y la impotencia política y personal?

Triste, Raquel me cuenta que conoció al Negro en un trabajo de registro de tierras, en una avioneta; que él era un verraco para el reconocimiento aéreo, y que su romance empezó en las alturas. Ríe y recuerda: «Eso fue tremendo. Rapidito nos organizamos y nos fuimos a vivir juntos. Fue una vaina bien chévere. Creo que él estaba terminando con Tania María, y me parece que ella es-

taba embarazada, no recuerdo bien. Tania le decía: “Ay, estás deslumbrado con la modelito, con la pequeño burguesita esa”. No sé por qué me decían así, seguramente porque yo era picadita, y siempre andaba bien arregladita, ve, bien organizadita; nada que ver con las mujeres de la izquierda; yo vivía pendiente del pelo, de las uñas y de la ropa; sí, ser de izquierda no tiene por qué impedirle a una que cuide su aspecto».

Raquel me dice que en el momento en que empezó su relación con El Negro nuestros amigos estaban ansiosos, como buscando algo, y que lo veía desesperado. «Él se quedaba solo en el apartamento y se reunía con un montón de gente, pero yo no me metía en esas cosas. El coordinador era un tipo grandote al que apenas le conocí la voz.

»En la época en que me embaracé, el Negro se enmozó con Lina... La convivencia acaba con todo... Yo con ocho meses de embarazo y ese man no amanecía conmigo... Entonces me descompuse, ve. No sé cómo es que ese hijo mío no tiene problemas. Después de mucho tiempo, después de que lo asesinaron, Lina y yo nos hicimos amigas, y me comentó: “Mirá, yo nunca supe que vos estabas embarazada; si hubiera sabido, no me meto con él”. Ese man era un verraco... Quizás no era para una sola mujer...

»Comparamos un jeep comando para que El Negro lo trabajara. Él conseguía pacoras y machetes oxidados a peso; los metía en petróleo, los limpiaba y los vendía a diez. ¡Uy, con ese carro vivimos unas cosas muy locas! Mirá, fueputa, una vez nos fuimos a una feria dizque a vender conejos, ¿y sabés hasta dónde fuimos a traerlos? Hasta los llanos, al otro lado del país. Imaginate. Pero al final, ¡ni conejos ni plata!

»¡Ese carro se prestaba para todo! El Negro le mandó a hacer una caleta; escondió armas y propaganda y se fue a llevarlas con un amigo a una escuela de cuadros en la montaña. Él acababa de conseguir trabajo en el municipio, y yo estaba lo más de contenta, pues ya había nacido el pelao. Eso fue un jueves en la noche. En la madrugada, alguien llamó y me dijo: “Peladita, coja el

bebé y arregle sus cosas. Tiene que perderse, de una, acaban de coger al Negro; al que iba adelante en la moto se le fueron las luces y no avisó que había un retén de la policía”. Ay, no... Arreglé las cuatro mechas que tenía y me fui con el niño adonde mi mamá, con un miedo...».

En ese tiempo, una confabulación de narcotraficantes, terratenientes, empresarios, militares, policías y políticos de derecha armaron los primeros grupos paramilitares; algunos estuvieron motivados por su sed de justicia y venganza por la extorsión y el secuestro que habían sufrido por parte de la guerrilla; pero la mayoría de ellos, en realidad, lo que querían era apropiarse de las ricas tierras del paraíso, como ha venido sucediendo desde la conquista, y eliminar a cualquier persona o partido que se opusiera a sus fines. Y se dedicaron de manera brutal a secuestrar, torturar, amenazar, matar, desaparecer y masacrar indiscriminadamente a campesinos, trabajadores, estudiantes, líderes populares, sindicalistas, defensores de los derechos humanos, religiosos, periodistas y demócratas, liberales o conservadores, de izquierda o derecha.

«Como a los tres días apareció en el periódico una foto del cadáver del pelao y del jeep en el estacionamiento de la policía, vuelto mierda. “Ese comando estaba lleno de armas, me dijeron. Ellos se volaron”. ¡Mentiras! Nosotros supimos que El Negro estuvo preso, y que a la una de la mañana lo sacaron, lo torturaron y lo dejaron entre los cañaverales. No hubo nada qué hacer... Y ya. Así fue. Yo tengo un documento donde sentencian a los culpables, pero no pude reclamar nada. Nadie se le quiso medir a ese asunto. Fui con un abogado especialista en derechos humanos, pero no quiso, por miedo... ¡Y saber que después lo asesinaron por otro caso semejante!

»Ellos estaban infiltrados y los sapearon; es muy verraco que los hubieran cogido así nomás; yo no lo puedo creer. Estoy segura de que fue el venezolano ese. Al cabo de los años me lo encontré en un bus y volteó la cara como si no me hubiera visto nunca... Pero la policía y el ejército también tienen informantes adentro,

¡fueputa! A mí me contaron que habían ajusticiado a todos los que tuvieron que ver con la muerte del Negro».

Mientras coloco otra calaverita por El Negro, y otra por el pe-lao que lo acompañaba, y otra por el abogado defensor de los derechos humanos, ¿y, por qué no, por los policías, los soldados y los paramilitares asesinos asesinados?, caigo en la cuenta de que nosotros también estábamos infiltrados por los policías, por los militares, por los guerrilleros, por los paramilitares y por los narcos. En realidad, todos estábamos infiltrados por todos, todos están infiltrados por todos... Y todos vamos a parar a las entrañas de la tierra... «¿Vos te acordás de un tipo que se la pasaba vestido de blanco?, me pregunta Raquel. Ése terminó con los narcos y apareció muerto en una avioneta. Llevaba yo no sé qué pa' no sé dónde». A mí no me sorprende; no es el primer izquierdista que termina en las filas de los narcos, los policías o los paramilitares... ¡Mierda!

En esa época nos iluminaba la intensa aurora de rosáceos dedos de la Revolución Cubana, la Revolución Sandinista, la Independencia de Angola, la Revolución Islámica, la Revolución de los Claveles en Portugal, el recuerdo del triunfo electoral de Salvador Allende y el florecer de los grupos guerrilleros contra las dictaduras latinoamericanas. El camino de las armas era entonces mucho más que una opción teórica, era un asidero ante la brutalidad del sistema y la falta de democracia; ante la apatía de la gente, la impotencia, la angustia y el desespero por acabar con la falta de oportunidades, la desigualdad y el hambre; ante la falta de trabajo, salud, vivienda, educación y empleo; ante el racismo, la homofobia y el sexismo; ante la ineficiencia, la hipocresía, la frivolidad y el cinismo de nuestras viejas sociedades aristocráticas dictatoriales y patriarcales de viejo trato esclavista.

Décadas después, con el paso de los años, la llegada de la vejez y el sentimiento de impotencia por la imposibilidad de construir alternativas viables, con la desilusión por la traición a los ideales humanistas, a la democracia y a la gente, con el poderoso senti-

miento de fracaso, algunos camaradas se rindieron, se volvieron insensibles, se paralizaron, se abandonaron, se olvidaron de la lucha por el cambio, o se refugiaron en sus vocaciones, sus familias, sus pasiones, o sus distracciones pasajeras, o dejaron de buscar, o buscaron otros caminos, o, simplemente, aceptaron un puesto como asesores de algún político y terminaron metidos en la política tradicional, incluso como dirigentes... También, ¡ay!, algunos se pasaron a las filas del narcotráfico, al servicio de quienes sólo buscan el enriquecimiento personal a cualquier precio, sin que les importe para nada el otro, ni la vida, ni el amor, ni la humanidad...

¿Cómo puede un revolucionario terminar así?

Quizá nosotros dábamos por sentado que quienes luchan por el cambio tienen, *per se*, una vocación de servicio, deseos de construir, pasión por convertirse en mejores seres humanos y abreviar del humanismo... Con gran entusiasmo leíamos y discutíamos historia, economía política, literatura y arte; trabajábamos, estudiábamos, bailábamos, nos divertíamos y amábamos... Pero nunca asumimos con seriedad los sutiles y delicados asuntos de la ética...

¡La ética? ¿Y esa vaina qué es? ¿Para qué sirve? ¿Cómo se come? ¿Es una planta familiar de la que da moras? Dábamos por hecho que esos valores nos eran comunes a todos, y era muy frecuente que nos burláramos de quienes hablaran de ella, pues la asociábamos peyorativamente a la religión, a la doble moral burguesa o al estalinismo.

¿Cómo, desde el cuestionamiento al orden injusto y corrupto, a la religión, la doble moral y los excesos moralistas se puede llegar a aceptar que el fin justifica los medios y que todo vale? ¿Cómo tantos y tan valiosos compañeros han podido perder el rumbo?



Al día siguiente alteré de nuevo mi rutina para ver el correo electrónico antes de meditar. Leo Marini volvía una y otra vez a mi cabeza: «Quiero sentir las caricias de una nueva ilusión, entregarle todo el corazón a este amor tropical...».

Entonces volví a leer el mensaje de Belén y le contesté:

Hola. ¡Claro que me acuerdo! Sé de la existencia del fotógrafo español porque en varias ocasiones me he topado con su nombre; las pocas fotos tuyas que he visto me gustan. ¡A mí también me encanta la fotografía!, en gran parte porque tengo un tío fotógrafo, y en parte porque, me cuesta confesarlo, deseo retener y retratar a la gente, los animales, las construcciones, los paisajes, las situaciones, las ideas, los sentimientos y los comportamientos que me gustan o me impresionan. Comparto, asimismo, el nombre con un músico de los «Churumbeles de España» y un futbolista del sur de Nuestra América —supongo que no los conoces—; después te cuento la anécdota o, si quisieras, la podrías leer en mi primera novela.

Creo que para saber de la actualidad de este bello país debes leer el periódico *ABI* y la revista *XYZ*, aunque de pronto resultan un tanto tendenciosos y perezosamente aferrados a un esquemático discurso izquierdista de los años setenta al que le cuesta indagar y hacer propuestas que tengan en cuenta las nuevas realidades de nuestra región en el mundo de hoy, sin muros de Berlín, pero con nuevos muros y proyectos de muros de cemento, acero o sangre, carne y huesos humanos, entre el sur y el norte, por ejemplo, con las injusticias y las desigualdades y los atropellos de

siempre. Seguiré pensando en qué otras páginas puedes consultar, y cuando regreses, si te provoca, podremos tomarnos un tintico o un trago, conversar, charlar o platicar, mientras botaneamos, picamos, tapeamos o picoteamos en una cantina, un bar o un café, para que conozcas otros de los muchos encantos de este rincón del paraíso. Te mando un artículo publicado en el *ABI* sobre mi paraíso original. Dime qué piensas.

Besos: Marius.

Poco después arribaron saltarinas sus palabras:

Hola, Marius: Muchas gracias por tu respuesta y los mensajes posteriores. Ya había leído el artículo que me envías, pero lo he vuelto a leer y solamente al final me he dado cuenta de que lo escribiste tú, ¡lo que me ha llevado a leerlo una tercera vez! Me hace gracia comprobar cómo cambia nuestra lectura cuando conocemos la cara de quien escribe (aunque sea poco). Hace unos días me ocurrió algo similar leyendo un reportaje que me pareció muy respetuoso del país y de sus gentes sobre el juicio al dictador guatemalteco Ríos Montt. Esto no es tan común en los periódicos, ni entre los periodistas. Así me interesé por el autor del reportaje y descubrí que se trataba de alguien a quien conozco desde hace años. ¡Bravo!, pensé entonces, y ¡bravo!, acabo de pensar al descubrir tu nombre, ¿o quizá lo escribió el fotógrafo español?

Por mi parte, andamos en Perú evaluando cómo van nuestros talleres de formación en promoción de la lectura, narración oral y bibliotecas de barrio y de calle. Ah, y de ventriloquia y pintura, funambulismo, acrobacia y diábolito, equilibrismo, aros, anillos y ciclas, monociclos y balancines, básculas, contorsionismo y cuerda floja, volatines, zancos, forzudos y mañosos, malabares y magia, ilusionismo, trapecio y payasos, rola bola, swing, danza aérea y títeres, papiro y globoflexia, tragafuegos, tragasables y justicia, lectura de cartas, justiflexia y algunas otras maravillas que es capaz de hacer el ser humano, nuestro ser humano.

El encuentro reúne a talleristas de toda la región, desde Haití hasta Brasil. Juntos caminamos por las comunidades más remotas, las más golpeadas por la pobreza y las humillaciones; aprendemos juntos que otro mundo es posible y que podemos construirlo con manos y pies, cábala y corazón, en el vuelo entre dos trapecios, bajo una carpa, bajo el techo de paja o de zinc de cualquier covacha en la que una familia busca su futuro y el de su comunidad.

Acabo de ver por segunda vez *Operación E*. Lo que me parece extraordinario en esta película, además de lo que uno puede aprender del conflicto, es el retrato que se hace del hombre pobre y las elecciones imposibles a las que se enfrenta cotidianamente. Lo que he podido comprender de la realidad de la pobreza extrema tanto en el Norte como en el Sur es que una de las mayores violencias que sufren el hombre y la mujer pobres es la de estar confrontados permanentemente a elecciones que son en realidad cárceles. Si no has visto la película y te gusta el cine, te la recomiendo.

En fin, todo esto para decir gracias. Seguimos...

Belén.



Quizás busco el cambio social por la pobreza que viví en mi niñez o, más que por la pobreza, por la injusticia y el atropello del que fuimos víctimas mi madre y mis hermanos, o por haber sido un niño maltratado, o tal vez por mi feliz encuentro con ciertas actitudes irreverentes, antiautoritarias o desfacedoras de entuertos que me sedujeron y me siguen encantando: el Quijote liberando a los galeotes, Robin Hood redistribuyendo la riqueza robada entre los pobres, Chaplin en *El Gran Dictador*, los discursos del asesinado líder liberal Jorge Eliécer Gaitán sobre el país político y el país real, las arengas de Fidel Castro y el Che Guevara, el pelo largo de los Beatles o las historias de Chucho el Roto y sus congéneres, hombres del pueblo que sufren las injusticias sociales, se rebelan, roban a los ricos y ayudan a los pobres en las radionovelas que escuchaba mi madre... Pero, en realidad, bien a bien no lo sé...

De lo que no me queda la menor duda es que padecí la pobreza, la desigualdad, el autoritarismo, el machismo y una violencia brutal en mi propia familia, en mi propia casa, en mi propia piel, en mi propio ser... Y que desde muy niño me rebelé contra el macho de mi padre, el de la voz de trueno, el que tenía el dinero, el violento activo, y contra mi madre mendicante, su pasiva víctima y cómplice involuntaria, la víctima que se transformaba inconscientemente en la victimaria violenta con los hijos; y que, por extensión, me rebelé contra quienes aceptaban, humillados o humillantes, impasibles o cómplices, indiferentes o ignorantes, el estado injusto de las cosas en sus hogares, en su entorno y en el paraíso.

Nunca olvidaré la noche en que descubrí que yo era un hijo «natural», después de una extraña y humillante conversación sobre

la herencia de los hijos legítimos y los hijos naturales en el andén de la tienda de mi abuela, donde los vecinos se sentaban a tomar el aire, a fumar, a contar cuentos y a charlar; en ese semicírculo se asumía como natural que los hijos legítimos tuvieran derecho a heredar el doble que los hijos naturales, y que la concubina o la moza, como las llamaban y estigmatizaban con desprecio —a pesar de que varios de ellos eran hijos de las mozas o concubinas, o tenían amantes, o eran las amantes—, no tenían ningún derecho.

Esa noche, consternado, manifesté mi desacuerdo y mi indignación, simplemente, sin necesidad de mayores juicios, con la fresca y sana lógica de los niños, con su muy clara y natural observación de la realidad, y pude comprobar que los prejuicios no tienen respuesta a los argumentos, que la gente sostiene los prejuicios porque sí, sin más, sin detenerse a pensar, que los prejuicios habitan al ser humano y que a la gente le cuesta desprenderse de ellos porque, en realidad, le cuesta desprenderse de cualquier cosa, aunque esa cosa, ese papel, ese escenario o esa persona a la que se aferran los haga sufrir, o por desidia, simple y llanamente...

Aunque al final del siglo XX los hijos naturales alcanzamos en el paraíso el derecho de igualdad con los hijos legítimos, en la práctica, en nuestro paraíso y en nuestro gran paraíso, siguen existiendo hijos «naturales» y «legítimos», ciudadanos «naturales» y ciudadanos «legítimos».

¿Yo sentiría y pensaría lo mismo si hubiera sido un hijo «legítimo», si mi padre no le hubiera roto muchas veces la nariz y la boca a su moza, mi madre, si no le hubiera puesto el ojo colombiano, si el negro violáceo de los ojos de mi madre no se hubiera quedado grabado en mi alma, si la concubina de mi padre, mi madre, no hubiera tenido que rogar día a día por el diario, el dinero para la comida, el vestido y la escuela, si ese diario que mi padre nos daba no hubiera dependido caprichosamente de su estado de ánimo, y quizá de cómo lo recibía y trataba mi madre, y si mi madre se hubiera atrevido a romper la ancestral tradición de humillación y sometimiento?

No lo sé; pero sí sé, sin duda, que desde mi más remota memoria, en el eco de los golpes, los insultos y los gritos de dolor presentes, me duelen y me indignan el autoritarismo, la pobreza, la desigualdad, la injusticia, el maltrato y el sometimiento, y que cuando me descubro en actitudes o pensamientos autoritarios o injustos o violentos o indiferentes o cobardes ante el estado injusto de las cosas me ruborizo y siento un intenso escalofrío en el cuerpo y el alma, y sudo, y siento fría y líquida y pesada y olorosa pena de mí mismo, y siento rabia contra esa forma de mi ser, que, felizmente, se ha manifestado muy poco y aparece cada vez menos en mí, contra esa forma de mi ser que cada vez soy menos.

Yo no puedo olvidar cómo humillaba mi papá a sus pocos trabajadores, ni cómo humillaba a mi mamá, ni cómo nos humillaba a nosotros, sus hijos, de la misma manera —lo supe después— como mi abuelo, alto, blanco, rubio, de ojos azules, elegante, guapo y admirado y deseado, supuestamente español, había humillado a la madre de mi padre, bajita, morena, de pelo y ojos negros, mestiza, sin duda —aunque nadie sepa ni reclame si de ascendencia indígena, africana o de las dos—, y también a mi padre; tampoco puedo olvidar el día en que a los ocho años sentí en carne propia la rabia de mi padre porque me había encontrado jugando fútbol con «los obreros» en la hora del descanso, ni sus estentóreos gritos, a los catorce, porque según él no le había contestado correctamente a un cliente, y a los veinte, y a los treinta, por cualquier cosa: «¡No sirves para nada, eres un pendejo! ¡Ni tú ni tus hermanos sirven para nada!».

Entonces revivo la intensa emoción y la ilusión que sentí al leer el pasaje de «La Edad de Oro» del *Quijote*:

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en

aquella santa edad todas las cosas comunes (...) Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia...

Y no olvido, ni podré olvidar nunca, jamás, en esta edad de plástico, la noche en que un presidente declaró el Estado de Sitio y la censura de prensa en el paraíso, nos mandó a dormir a todos y al amanecer, como por arte de magia, los resultados de las elecciones habían cambiado dramáticamente a favor del candidato oficial y en contra del candidato de los pobres; ni la mañana en que soldados de a pie, carabineros, marinos y aviadores, aliados con el gobierno norteamericano, sables, tiros, gases y bombas, se tomaron La Moneda, asesinaron, torturaron y desaparecieron a miles de personas, violaron mujeres, se robaron a centenares de niños, violaron los derechos humanos y apagaron por muchos, muchísimos años la pequeñísima llama de ilusión de la democracia electoral representativa; ni la noche en que en mi nuevo paraíso «se cayó el sistema» y por las mismas artes mágicas cambiaron dramáticamente los resultados electorales a favor del candidato oficial y en contra del candidato popular, como en tantas otras ocasiones y países de nuestro gran paraíso: ¡abiertos y brutales golpes militares y sutiles fallas del sistema: la misma vaina!

Tampoco olvido el rojo muy rojo de la matanza de estudiantes en la hermosísima Plaza de las Tres Culturas, donde conviven con las imponentes construcciones indígenas alineadas con los astros la iglesia y el convento coloniales, contruidos con las piedras de los destrozados templos aztecas, y los grandes edificios de concreto y cristal donde, ocultos en sus lentes de sol y sus escudos de duro y resistente metal, cobardes militares y gobernantes iniciaron los disparos contra la inerme multitud; ni al joven estudiante que vi caer en el paraíso por pretender retomar con otros adolescentes —también desarmados, sin duda alguna, yo estaba allí, y estaba desarmado— las instalaciones de la universidad ocupada por el ejército; ni al resto de los feroces militares en el sur y el centro de nuestro gran paraíso derrocando uno tras otro los esca-

sísimos gobiernos liberales democráticos y los más escasos gobiernos progresistas o socialistas elegidos democráticamente, torturando, asesinando y desapareciendo a miles y miles y miles de seres humanos...

Desde el momento en que aprendí a leer, no lo olvido, supe que en el paraíso y en nuestro gran paraíso, y en buena parte de la tierra, más de la mitad de la población vive en la pobreza y no tiene acceso a la salud ni a la educación, ni a muchas formas de la cultura, el arte y el deporte, ni a la diversión sana ni al ocio, ni a empleo ni a salarios ni a transporte ni a vivienda con servicios dignos, ni puede decidir libremente sobre su manera de participar en la sociedad, ni puede participar en las decisiones de gobierno, a pesar de ser mayoría, ni son tenidas en cuenta ni sus necesidades ni sus opiniones en la toma de decisiones...

Entonces, de manera natural, casi sin darme cuenta, desde mis intensos sentimientos y escasos conocimientos, empecé a identificarme con la izquierda que, se supone, señala estas injusticias y la corrupción y pretende remediarlas, pero que, ¡ay!, ¡qué desilusión!, las repite y continúa, salvo contadísimas excepciones...

Y me veo, a mis cinco o seis años, pegado a la radiola de mi abuela escuchando los fragmentos de los apasionados discursos de Fidel contra las dictaduras, exaltando la democracia y la libertad política individual y colectiva y pregonando contra la desigualdad social; y me veo a los ocho o nueve años en los amplísimos pasillos de la escuela, mientras repartían la leche de la Alianza para el Progreso que regalaba Estados Unidos a los pobres del paraíso, observando las fotos de los niños vietnamitas huyendo del fuego norteamericano...

¿Cómo olvidar el rostro en llamas de aquella pequeña horrorizada, completamente desnuda, huérfana y frágil ave desplumada cuyas sangrantes alas cercenadas trataban de emprender el vuelo mientras los soldados gringos le apuntaban y la perseguían?



Cuando la tarde languidece
renacen las sombras,
y en la quietud los cafetales
vuelven a sentir...

(«Moliendo café», José Manzo Perroni)

Entona Ismael Rivera uno de los himnos que nos identifican y plantan en el pródigo centro terrenal de nuestro extenso paraíso sin fronteras y me trae a la memoria a Bernabé, quien no asistió a la fiesta, ni su hermano Basilio, ni su hermana Camila, ¡qué lástima! Pregunto por ellos y me alegro y sonrío al enterarme de que después de varias décadas los tres continúan siendo los mismos felices seres humanos que yo había disfrutado en la juvenil amistad de la militancia y la rumba. Fieles a sus gozosos y vitales principios humanistas y revolucionarios, se dedican al trabajo y la lectura, la música y el baile, el amor, la familia y la acción social. Bernabé impulsa el cooperativismo entre los trabajadores del campo de la región y busca con ellos formas de vida, producción y comercialización solidarias y ecológicas; Basilio investiga y enseña y Camila inicia a los niños en la música y la danza.

Al recordar a Bernabé y sus hermanos me transporto al primer seminario socialista en el que participé; allí conocí a varios de los camaradas que asistieron a la fiesta. Ese inolvidable sábado me presentaron a Joe, un tipo encantador, gran activista y orador. No puedo olvidar la facilidad con que se trepaba a un banco, una mesa o una ventana y exponía con su potente voz las causas

y las tareas del movimiento estudiantil, y cómo el incipiente alzamiento terminaría ineludiblemente en la Revolución Socialista. Con Joe compartí muchos días de militancia política, agitación callejera y rumba, hasta que en algún momento la organización se dividió y él tomó «el muy falso, largo y sinuoso sendero de la participación electoral», mientras nosotros nos manteníamos en «el recto, el único, el impoluto y auténtico camino revolucionario de la abstención y la lucha de masas, camarada...». Una vez, en el nuevo paraíso que habito, me sorprendió por el auricular su ronca voz: «Marius: Estoy aquí, vengo de paso de Moscú; estuve en el encuentro de las Juventudes Comunistas...». ¿Cómo carajos había dejado Joe el socialismo para volverse comunista, un vulgar estalinista? Sin duda, «el camino electoral lo había conducido al reformismo, camarada», pensé, burlándome de mí mismo y de nuestro discurso y nuestro tono, y me reí abiertamente. Llamé a mis viejos compinches, a una amiga comunista estalinista que bailaba como Oshun —milagro que me hacía olvidar su ideología— y a unos cuantos paisanos más, y celebramos hasta la madrugada el arribo del día internacional del trabajador y mi cumpleaños, porque yo nací el día del trabajo, porque

A mí me llaman el negrito del batey
porque el trabajo para mí es un enemigo
el trabajar yo se lo dejo todo al buey
porque el trabajo lo hizo Dios como castigo...

(«El negrito del batey», Medardo Guzmán)

A media mañana, Joe me invitó a la marcha en la que la clase obrera les rinde homenaje a los mártires de Chicago, pero yo quería seguir celebrándolos y celebrándome con Oshun, a quien había invitado a quedarse a desayunar la velada anterior. Al caer la tarde, Joe me volvió a sorprender, despertándome abruptamente del letargo: los noticieros televisivos pasaban imágenes de los en-

frentamientos de grupos extremistas con la policía en el desfile obrero oficial ante el presidente y sus ministros, y en una de ellas, a pesar de los paliacates en la cabeza y la boca, lo reconocí. «¡Puto Joe, pensé, entre divertido y temeroso, ahora sólo falta que regrese a mi casa!».

Después, la historia de Joe, aunque picaresca, deja de ser divertida,

Songo le dio a Borondongo
Borondongo le dio a Bernabé
Bernabé le pegó a Muchilanga
Muchilanga le echó a Burundanga...

(«Me voy a Pinar del Río», Oscar Muñoz)

Quién sabe por qué putas, Joe terminó participando en un comando del Cartel Z y un grupo guerrillero que iba a ejecutar a un capo del Cartel A. El capo logró escapar y Joe organizó un paseo en el río para analizar, al calor del sol, la música y el aguardiente, la situación y la distribución del pago en dólares y armas por el atentado... Pero alguien los chivateó y los del Cartel A los cazaron... Joe apareció descuartizado en las frías aguas del río. Nunca olvidaré su sonrisa ni su potente voz, ni dejaré de lamentar su suerte. Otra calaverita de azúcar —con inmensa tristeza— a falta de un retrato...



Cuando estaba examinando la posibilidad de seguir los sonoros brillos de oro y plata, ceniza, nieve y aire en transparencia, agave, chile y cacao, insectos, chivos, guajolotes y moles, maíces, amates y guajes, caracoles, teponaztlis y ocarinas, guitarras, marimbas, trompetas y tambores, telas y muros convertidos en cartillas, danza, flor y canto, viví por partida doble, como por paradójica arte de magia, la oportunidad de formar parte de la directiva del sindicato de trabajadores municipales y del sindicato nacional de educadores, después de haber tratado de convencer durante años a los obreros, a los trabajadores, a los campesinos y a los sindicatos de la validez de nuestros análisis, propuestas y programas, gracias a que trabajaba en el puerto y en la capital del paraíso. ¡No cabía en mí de la emoción! Y disfrutaba por anticipado de mi ser trabajador, de mi pertenencia a la clase obrera y de la conquista de uno de nuestros más caros objetivos: incidir en las organizaciones sindicales, lamentando a renglón seguido que los débiles hilos que formaban la trama de nuestro pequeño gran partido obrero se hubieran desatado sin remedio, y para siempre.

En la asamblea general de los trabajadores de la ciudad, en el mismo auditorio donde tontamente me había negado a compartir la mesa principal con el poeta y revolucionario Ernesto Cardenal por una modestia que pudo parecer arrogancia o tontería, en un intenso revolotear de ushankas, non las, boinas, gorras, mochilas y humo de cigarro, se discutía cuáles serían nuestras reivindicaciones y la conformación de la Junta Directiva del sindicato y el Comité de Negociación del Pliego Petitorio con el gobierno municipal. Entonces, como maestro y trabajador del municipio,

pude expresar nuestras ideas e insistir sobre la necesidad de pedir un aumento mayor al índice del incremento del costo de la vida y exigir la representación democrática de las distintas tendencias y las minorías en los órganos de dirección sindical.

Aunque el auditorio era una tornasolada Torre de Babel de mil y un dialectos de sutiles matices rojos, las voces de los seguidores oficiales de Iósif Vissariónovich Stalin ejercían el dominio natural que su mayoría absoluta de varios años les permitía; sin embargo, ese día los representantes de los otros partidos de izquierda y los trabajadores independientes lograron después de muchos ires y venires, conciliábulos y cuentas ponerse de acuerdo para proponer una sola lista para la junta y el comité. Para mi sorpresa, los opositores se me acercaron en un receso y me propusieron encabezar una lista unitaria.

Sorprendido, sin saber qué hacer, dudando muchísimo, seguí la recomendación de mi tío, y sólo acepté postularme para el Comité de Negociación del Pliego Petitorio; ganamos un lugar en éste, pero por desgracia no logramos ninguno en la Junta Directiva, y al día siguiente me enteré de que los líderes mayoritarios del sindicato, «por unanimidad, habían tenido que aceptar la exigencia del alcalde» para negociar con la Junta Directiva y excluir al Comité Negociador. Sonreí amargamente, molesto conmigo mismo, pues yo representaba a las minorías y mi temerosa y equivocada decisión les había permitido a la mayoría y al gobierno una treta que nos dejaba por fuera de la discusión del pliego y del juego político...

En el húmedo, caliente y bullicioso puerto del Pacífico donde ejercía mi segundo trabajo, los compañeros del Instituto me eligieron para representarlos en la Asamblea Nacional de Educadores en la capital del país, a unas dieciséis horas de viaje en autobús por las infinitas y agudas eses de cientos de kilómetros que ascienden y descienden las enormes y muy verdes montañas andinas. De nuevo, en medio de non las, ushankas, boinas, gorras, mochilas y humo, expuse nuestros puntos de vista sobre la democracia obrera

y la escala móvil de salarios, y sentí el apoyo de los opositores a las mayorías autoritarias.

Hacia el final de la asamblea, el presidente de la junta informó que era necesario elegir el reemplazo de un compañero que había renunciado; mucho antes de que acabara de anunciarlo, alguien pidió un receso y de inmediato se formaron decenas de corrillos, se triplicó el tóxico humo gris del tabaco y empezó el frenético y bullicioso peregrinar entre uno y otro grupúsculo. Después de numerosas cuentas y negociaciones, los opositores y los independientes me propusieron representarlos.

Cuando ya me estaba haciendo a la idea de renunciar a mi viaje a La Región más Transparente del Aire, emocionado, pensando en las vueltas de la vida y en cómo me organizaría, pues tendríamos reuniones de Junta Directiva una vez por semana, se me acercó el presidente del sindicato para decirme, con una amable, ambigua y sardónica sonrisa: «Mira, Marius, si aceptas, vas a ser elegido, seguro, porque hoy no asistieron varios compañeros nuestros y las minorías opositoras han conseguido aliarse, pero quiero que sepas de una vez que no te daremos la comisión sindical para tu traslado a la capital ni contarás con nuestro apoyo para los pasajes en avión ni para los permisos correspondientes. Tú verás. Tendrás que cumplir con tus clases y asistir a las reuniones de la Junta Nacional, una o dos veces por semana; con que faltes dos veces seguidas, o tres discontinuas, nos veremos en la obligación de sacarte y nombrar de manera extraordinaria tu reemplazo».

En esas condiciones, y con nuestro otrora centenar de miembros del partido dispersos, era realmente imposible pensar en cualquier posibilidad de integrarme a la junta, seguir impartiendo mis clases, cumplir con las tareas gremiales y mantener nuestra lucha.

Tiempo después, en mi nuevo paraíso, girando frenético en el festivo y tardío torbellino adolescente que nunca me permití en el paraíso, me enteré, consternado, de que uno de los miembros de la Junta Directiva del Sindicato de Trabajadores Municipales

había sido desaparecido y que otro compañero de la Junta Nacional de Educadores había sido asesinado. ¿Habría sobrevivido en mis principios, si me hubiera quedado? ¿Habría conservado la vida? ¿Estaría poniendo este enorme altar de muertos?



Con un aromático cafecito caliente del paraíso y el ronroneo de los trinos que hacen olvidar la contaminación en mi nuevo paraíso, el valle regido por El Cerro que Humea y La Mujer Dormida, mientras hilaba entre el papel y el altar, después de regar cuidadosamente mi agave, mi órgano, mi áloe y otras cactáceas de sonoros nombres, leía las noticias del pequeño paraíso donde nací y el gran paraíso dibujado por nuestra lengua común, nuestro pasado y presente indígena, nuestros negros y mulatos, nuestros blancos y mestizos, nuestra pobreza, nuestra desigualdad y nuestra historia de abusivos y violentos gobiernos ilegítimos, me entusiasma con las negociaciones por la paz en el paraíso y alimentaba con ilusión el intercambio de palabras y experiencias con Belén en las tierras del Sur, por la Montaña Vieja.

Gracias por tus reflexiones sobre el texto y tu sentido del humor, Belén. No he visto la película; me temo un culebrón manipulador, pero gracias a ti la veré con menos prevención... Luego platicamos, como se dice en las tierras de don Juan Preciado.

En cuanto a mi tocayo fotógrafo, sería bueno conocerlo; vamos pensando un plan para que nos tomemos los tres unos tequilas con cerveza o unas cañas o un tinto, ¿vale? Y, ¿por qué no?, con el futbolista. Lástima que no pueda llegar el de «Los Churumbes de España».

Me interesa mucho tu enfoque de la violencia a partir de las situaciones en que te acorrala la pobreza, la desigualdad y la violencia primigenia, y lo que ustedes hacen al respecto, la oferta de bibliotecas, talleres, actividades, acompañamiento y asesorías que

contribuyen a la mejor calidad de vida y al enriquecimiento de la gente.

¿Me mandas documentos sobre tu organización, su historia, sus principios, sus experiencias y reflexiones? ¿Cómo te va en las tierras del Willka Mayu, ya lo conocías, tendrás tiempo para hacer algo de turismo?

Besos, recíbelos, aunque sólo sean retóricos, formales y virtuales: Marius.

Al día siguiente recibí su respuesta:

Ay, qué desastre verme obligada a confesar que no me gusta la cerveza ni el vino, y que el tequila cayó en mis «nunca más» la primera vez que lo probé hace un par de años. Por falta de confianza, no me atrevo a confesar mis desventuras al respecto, ¡pero te garantizo que ni siquiera el placer de una buena conversación podría convencerme de beberme un tequila! Aun así, ¿crees que podemos pensar un plan para bebernos, por ejemplo, un *gin tonic* con una rodajita de limón? Yo me encargo de invitar al de los Churumbeles, y de cualquier otra misión imposible que se me confíe.

De momento, me va frío y humedad. Mañana salgo hacia Cusco, así que me temo que lo del frío no va a mejorar, y yo no sé cómo voy a hacer si ya me he embuchado en todas las capas posibles de ropa. La verdad es que en esta ocasión no he tenido oportunidad de ver la ciudad más allá del barrio en el que trabajamos: «¡Pueblo Libre!». ¡Qué bonito nombre! Ya lo conocía y estoy disfrutando mucho de estos días de trabajo. ¿Pero cómo llamar trabajo a lo que uno hace con gusto?

La primera vez que anduve por aquí fue con motivo de un proyecto de investigación-acción sobre las relaciones entre miseria, violencia, derechos, belleza y paz... «Si la pobreza desaparece, la paz toma lugar», decía Juan Pablo durante una de las discusiones para pensar mejor.

Te anexo la versión digital de un libro sobre nuestra labor. Varios artistas y personas pobres de este país y otros del Sur trabajaron colectivamente en la construcción de un conocimiento sobre el tema. En aquella ocasión, junto a María, mujer pobre, militante natural y construida, agarraditas del brazo, yo vi por primera vez el Pacífico y ella el mar. Guardo ese momento en mí como un tesoro, porque es un tesoro.

En fin, Marius, recibo de buen grado los besos virtuales, pero aun en las circunstancias de estos intercambios, yo reniego, como hizo Benedetti, de los formales, ¡y mucho más de los retóricos!

¿Cuándo me vas a contar la historia de tu tío?

Besos. Belén.



C amino al paraíso, en el recuerdo, y ante la muy larga lista larga de muertes que me asalta, me mata y no deja de crecer minuto a minuto, no puedo callar que me duelen los millones de muertos de la violencia en el paraíso, como me duelen las muertes de mis seres queridos y conocidos, porque los muertos de la violencia en el paraíso también son mis muertos, porque varios de mis muertos fueron también víctimas de la violencia del paraíso, y también me duelen, así no haya vivido el goce de su sonrisa, los más de seis millones de seres humanos a quienes la violencia les arrebató el aliento en el paraíso y hoy marchan en las extensísimas procesiones de cruces de sangre y odio detrás de las enormes e inolvidables cruces de los asesinados líderes populares Rafael Uribe Uribe, Erasmo Coronel, Jorge Eliécer Gaitán y tantos y tantos otros conocidos y menos conocidos.

Me duelen, como me duelen mis muertos, porque también son mis muertos, así no haya vivido el goce de su sonrisa, Héctor Abad, José Antequera, Consuelo Araújo, Guillermo Cano, José Cardona Hoyos, Manuel Cepeda, Isaías Duarte, Andrés Escobar, Luis Carlos Galán, Jaime Garzón, Guillermo Gaviria, Álvaro Gómez, Carlos Mauro Hoyos, Bernardo Jaramillo, Gloria Lara, Rodrigo Lara Bonilla, Libio José Martínez, Raquel Mercado, Iván Marino Ospina, Jaime Pardo Leal, Kimy Pernía, Carlos Pizarro, Jorge Enrique Pulido, Isabel Cristina Restrepo, Ferley Reyes, Carlos Toledo, Diana Turbay, Diego Turbay, Eduardo Umaña, los once diputados del Valle y tantos y tantos y tantos más, sin distinguir entre izquierda y derecha, porque todos los muertos, sin distinción alguna, van directamente al ombligo de la tierra.

Me duelen, como me duelen mis muertos, porque también son mis muertos, así no haya vivido el goce de su sonrisa, los centenares de candidatos asesinados en el paraíso; las más de doscientas veinte mil sonrisas destrozadas y las más de sesenta mil «desaparecidas» por la violencia de los últimos cincuenta años en nuestro paraíso. ¡Ay, cómo me atormenta el recuerdo de las sonrisas que yo mismo vi brillar con alegría e ilusión y hoy no titilan más! ¡Ay, cómo me atormenta saber que ya nunca podré disfrutar de tantas sonrisas de ilusión y alegría diluidas en el odio negro y en el negro rojo negro de la sangre seca!

Úrsula me dice que para qué enlisto tantos muertos, que la gente no va a leer esa lista, que se la va a saltar, que el lector podría abandonar la lectura... Lo pienso y le contesto que sí, que es probable que tenga razón, que nadie quiere oír hablar de tantos y tantos y tantos muertos, que ya es suficiente con la realidad, que, o bien conoce y no quiere reconocer o recordar o bien desconoce y prefiere o quiere no conocer; pero que como son mis memorias y a mí me importan y me duelen, que como la lista de asesinatos continúa creciendo cada día y a mí no me dejan de doler, no puedo dejar de lamentarme y recordarlos, y poner sus nombres en mi altar, que al menos ese derecho podemos ejercer las víctimas: la memoria convertida en palabras e imágenes, con todo y nombres —aunque se nos escapan muchos...—, para que nuestros nietos recuerden que esa matazón sí fue real, que no fue un invento...

Y sí, querido lector, usted tiene todo el derecho a saltarse las páginas en las que enumero lugares, sucesos y nombres donde la muy negra parca reinó y sigue reinando de la mano del asesinato, la violación y la tortura: un muy buen negocio de unas cuantas paladas por miles de hectáreas de tierra...

Pero si visita mi altar de muertos, lector querido, no le permitiré, perdón, que quite uno solo de los nombres ni una sola de las fotografías ni una sola de los centenares de miles de calaveritas que lo habitan...

Me duelen, decía, como me duelen mis muertos, porque también son mis muertos, así no haya vivido el goce de su sonrisa, los miles de eufemismos que se niegan a reconocer y nombrar el horror humano, nuestro horror: los 8 376 463 víctimas, los 7 134 646 desplazados, los 10 237 torturados, los 34 814 secuestrados, los 983 073 asesinados, los 2 365 997 niños víctimas, muertos, torturados, secuestrados, asesinados, desplazados y violentados durante el conflicto interno, contados sólo hasta el 2017; los más de seis millones de personas que en las dos últimas décadas han tenido que dejar sus hogares por miedo a que les roben el aliento, de la misma manera como les saquearon el hogar y les quitaron la tierra; los cerca de 500 000 exiliados; las cerca de 40 000 sonrisas secuestradas en cuatro décadas; las más de 2 001 almas y cuerpos violados, violentados y humillados sexualmente en las últimas decenas de años; los más de 18 000 y tantos niños reclutados para la guerra; los más de 10 000 y tantos seres humanos amputados por las minas antipersonas; las más de 1 854 masacres cometidas entre 1980 y 2012, cercanas hoy a dos mil, y sus más de 12 001 víctimas; los más de 1 601 cuerpos marcados y exhibidos públicamente para que no se olvide el poder y la infamia de los violentos...

Me duelen, como me duelen mis muertos, porque también son mis muertos, así no haya vivido el goce de su sonrisa, los más de 3 101 seres humanos que ilusionados abandonaron la guerra y luego fueron traicionados y asesinados; los cerca de cinco mil militantes de la Unión Patriótica masacrados —no hay acuerdo en el tamaño de la macabra cifra—; los centenares de periodistas y defensores de los derechos humanos asesinados.

Sí, me duelen, como me duelen mis muertos, todos y cada uno de los secuestrados, asesinados, torturados, violados, violentados, cercenados, exhibidos y humillados en su delicada y sangrienta desnudez y abandono; todas y cada una de las víctimas de la violencia familiar, estatal, policial, militar, guerrillera, paramilitar y narcotraficante, de izquierda, centro y derecha, todos mis muertos y mis víctimas; y también me duelen los violentos, porque han

perdido su humanidad, porque la humanidad los ha perdido, porque hemos perdido humanidad con ellos.

Me duelen, como me duelen mis muertos, porque también son mis muertos, así no haya vivido el goce de su sonrisa, nuestra muy larga lista de los nombres de cientos de miles de vidas cercenadas, secuestradas, torturadas, violadas, desaparecidas, amputadas, marcadas, exhibidas, humilladas y olvidadas: Jesús, María, José, Simón y prácticamente todos los nombres del santoral, del martirologio, de los héroes, de los personajes históricos y de los artistas populares...

Mi cuerpo y mi alma sufren temblorosos, inermes e impotentes la daga del engaño, la injusticia y el descuido; la cachetada, el cuchillo y el machete; el latigazo, el palazo y la sonora y vibrante cuchilla de la motosierra; el quemante silbido de las balas, la cerenante explosión de las minas y el insulto que lacera...

Mi cuerpo y mi alma braman por la quemante llama del cigarro encendido y restregado con sevicia contra la piel, hasta los huesos; por la fría y cortante línea roja de la daga y la cuchilla de afeitar y la corrosiva y asfixiante invasión del agua y el ácido en la piel y en las entrañas.

Mi cuerpo y mi alma se encogen en los hornos crematorios y el olor a carne humana haciéndose polvo, se ovillan en las fosas comunes, se deshacen en la indiferencia cómplice y en el incoloro, inodoro, insípido, sordo e invisible olvido...

Yo soy el cuerpo y yo soy el alma asesinados, yo soy el castigado, yo soy el gritado, yo soy el golpeado, yo soy el quemado, yo soy el ahogado, yo soy el desaparecido, yo soy el secuestrado, yo soy el torturado, yo soy el desplazado, yo soy el violentado, yo soy el desmembrado, yo soy el deshonorado, yo soy el muerto abandonado y desconocido, yo soy el cuerpo marcado y exhibido, yo soy el muerto insepulto, yo soy el cuerpo abierto en canal al sol y al agua, yo soy el cuerpo abierto en roja flor irregular a las fauces y los picos de los perros y las aves carroñeras, yo soy el hedor y las moscas, yo soy el muerto olvidado, yo soy el blanco del odio y también

soy el que odia, y también soy el que clama venganza, y también soy el violento, el que golpea, el que insulta, el que cachetea, el que pateo, el que lacera, el que apuñala, el que dispara, el que secuestra, el que ahorca, el que desaparece, el que tortura, el que calla, y también soy el indiferente y el que no quiere saber nada y el que olvida...



Cambio el agua de los floreros mientras emerge de la casa vecina la voz de Pedro Infante —en el paraíso se suele pasar en las madrugadas de la músicaailable a los mariachis, y de los mariachis a los boleros y a las baladas—:

Amorcito corazón
yo tengo tentación
de un beso...
que se prenda en el calor
de nuestro gran amor, mi amor.

Yo quiero ser, un solo ser, un ser contigo
te quiero ver, en el querer, para soñar
en la dulce sensación de un beso mordelón quisiera
amorcito corazón, decirte mi pasión por ti.

(«Amorcito corazón», Pedro de Urdimalas y Manuel Esperón)

Pintor nacido en mi tierra
con el pincel extranjero,
pintor que sigues el rumbo
de tantos pintores viejos,
aunque la virgen sea blanca,
píntame angelitos negros
que también se van al cielo
todos los negritos buenos.
Pintor que pintas con amor,

¿por qué desprecias su color
si sabes que en el cielo
también los quiere Dios?

(«Angelitos negros», Eloy Blanco y Manuel Álvarez Maciste)

Y entonces recuerdo que en el cuartito donde vivíamos, cuando yo tenía siete años, escuchaba esa letra con empática indignación. Y de la bonita y contradictoria canción popular antirracista vuelvo a vivir intensamente la tarde en que asistí radiante de entusiasmo a mi primer seminario socialista, flotando en el refrescante viento del luminoso y cálido sábado vespertino en Ciudad Universitaria. Había leído y subrayado el *Manifiesto Comunista*, varios artículos sobre la historia y la economía del país, algún escrito de Trotsky y varios de la IV Internacional.

No puedo olvidar el impacto en mí del conocimiento y la facilidad de palabra de nuestros dirigentes; las primeras discusiones sobre el carácter de la revolución: ¿democrática, burguesa, de transición o socialista?, ¿por etapas o permanente?; ¿cómo olvidar la alegre y acalorada algarabía mientras bajábamos a la ciudad con el caer de la tarde; la volátil brisa y el fino y delicioso helado de piña que emergía de una ventana en el camino, o la envolvente inteligencia, sensualidad y belleza de mis compañeras, dulces palabras y brillos de fruta en los radiantes y sensuales labios rojos?

Por otro lado, ¿cómo olvidar la paradójica ausencia de trabajadores y campesinos, supuestos protagonistas de la revolución y receptores de las consignas y los programas de nuestra organización?

Y revivo la cálida y estrellada noche de luna llena en que asistí por primera vez a una reunión de célula con mezcla de ilusión, orgullo y preocupación. Esa noche ascendía en la jerarquía política del partido, después de varios meses de discusión y trabajo en las fábricas y los sindicatos, repartiendo volantes, «vendiendo *Poder Obrero*», echando discursos sobre la situación política nacional, latinoamericana y mundial, cuidándonos de los enemigos políticos

y de la policía, impulsando con pasión nuestra nueva tendencia, pues nos embargaba la ilusión de transformar nuestra agrupación estudiantil y pequeñoburguesa en una verdadera organización proletaria y campesina, verdadera vanguardia de la revolución, privilegiando el trabajo con los obreros y los campesinos sobre la labor propagandística y electoral que impulsaban las otras tendencias izquierdistas; dejaba de ser un simple simpatizante y me convertía en todo un militante con mayor compromiso y responsabilidad política. Me sentía verdaderamente orgulloso, y mis compañeros de la organización, simpatizantes y militantes, me hacían ver y sentir que ese paso era un verdadero reconocimiento y un gran honor.

Al mismo tiempo que nos proponíamos impulsar el trabajo con los obreros y los campesinos, vanguardia y motor de la movilización que conduciría al cambio en el paraíso, en nuestro gran paraíso y en la humanidad, en nosotros rondaba la idea de una organización clandestina con algún tipo de formación militar, pues no sólo pensábamos en la necesidad de cuidarnos y defendernos de la persecución de la extrema derecha sino en que, llegado el momento de la lucha final, que sentíamos próxima en nuestros corazones y en nuestras cabezas, muy, pero muy próxima, la culminación natural del período de grandes movilizaciones, a toda hora, ante las puertas entreabiertas de la Historia, era indispensable una vanguardia militar que dirigiera el asalto al poder y la posterior defensa del nuevo régimen...

En nuestra organización circulaban las resoluciones del X Congreso de la IV Internacional Comunista, que impulsaban la lucha armada a través de grupos guerrilleros urbanos en el sur de nuestro gran paraíso, y en el paraíso rondaban las propuestas de grupos militares más heterogéneos, con una visión un poco más plural y latinoamericanista, grupos conformados por comunistas, socialistas, trotskistas, castristas y maoístas de nuevo cuño, y por guerrilleros urbanos que habían logrado escapar de las numerosas dictaduras militares del sur...

En este ambiente, en el paraíso se conformó una guerrilla urbana de entrañables y amorosos locos que daría espectaculares golpes propagandísticos, más que militares; un ejército urbano clandestino que tuvo gran aceptación popular y logró importantes cambios políticos, más que sociales. Me río al volver a ver en los periódicos el anuncio de su inminente aparición como si se tratara de un nuevo vermífugo: «Contra los parásitos y los gusanos», varios días antes de su primera puesta en escena: el robo de la espada de Bolívar de la Quinta Museo del Libertador.

Quién iba a pensar que su lucha, aunada a una intensa movilización, generaría años después un consenso nacional por la conformación de una Asamblea Constituyente que transformaría nuestra decimonónica *Constitución* conservadora dedicada al Sagrado Corazón de Jesús y al colonial Concordato con la iglesia católica, apostólica y romana en una de las más modernas y más atentas a las problemáticas sociales, indígenas, de los derechos humanos y de la democracia del continente, una *Constitución*, ¡ay!, múltiples y sistemáticamente veces violada, corregida y desvirtuada...

Varios de los miembros de esa guerrilla actuaban al interior de las distintas organizaciones sociales y políticas para impulsar sus ideas y captar militantes, y nuestro partido obrero, nuestro pequeñísimo grupo de vanguardia de la vanguardia, no fue la excepción; a nosotros nos preocupaba mucho la cuestión armada y la clandestinidad, y hacíamos nuestros pininos clandestinos no exentos de humor involuntario: en nuestras casas nos confundíamos y nos llamábamos por los seudónimos, y en los lugares públicos empezábamos con los seudónimos y a la segunda cerveza continuábamos con el nombre o los apodos de siempre...

Por ese motivo mi anhelado bautizo como militante socialista estuvo marcado por la preocupación y cierto desencanto: no me dieron la dirección del templo donde se celebraría el rito de iniciación y tuve que esperar a nuestro enlace con la célula madre en una esquina. Por la trascendencia que le daba al encuentro, mi natural nerviosismo ante las situaciones nuevas se fue incrementando

aceleradamente a medida que pasaba el tiempo sin que él apareciera; yo parecía un hámster yendo de un lado a otro de la cuadra, rápido, más rápido, cada vez más rápido, temeroso, sudando, a pesar del refrescante viento que bajaba de los cerros: quince minutos, veinte minutos, media hora. ¿Qué le habría podido pasar al camarada, lo estarían siguiendo, lo habrían detenido? ¿Me habría equivocado de hora o lugar? Cuarenta y cinco minutos, cincuenta minutos... Entonces deduje quiénes podrían ser los posibles anfitriones y recordé que había estado en la fiesta de cumpleaños de uno de ellos... «¡Una hora! ¡No espero más!, me dije, si algo le ha pasado al camarada es mejor que la célula se entere pronto...».

Recorrí dos o tres veces la calle de casas idénticas, hasta que pude identificar la que podría ser. Toqué, y empezó la reunión, sin mayores preguntas ni sorpresas. A los pocos minutos llegó furioso el camarada responsable de presentarme ante mis nuevos compañeros. Estaba enojadísimo porque no lo había esperado, camarada; me decía que yo había hecho mal, que no era correcta mi actitud, que era peligrosa, y que patatín y patatán, sin ofrecer ninguna explicación, ninguna excusa por su retraso ni el porqué de lo incorrecto de mi decisión.

Apenado, confundido, molesto, sentí que en mí empezaban a fraguar los primeros interrogantes acerca de la necesidad de buscar la coherencia entre el discurso y la práctica; sobre el significado de los conceptos y el ejercicio de la responsabilidad, el cumplimiento, la puntualidad, la seguridad, la clandestinidad, y la manera de asumir los errores; sobre la forma en que se reproducen inconscientemente las prácticas dominantes en el ejercicio de pensar y actuar; sobre la relación entre el individuo y sus organizaciones, la individualidad y lo colectivo; acerca de la sobrevivencia del autoritarismo, a pesar, incluso, del cuidado y las intenciones de los individuos y sus organizaciones; y a propósito de la urgencia y la posibilidad de crear nuevas formas de coordinación o dirección.



Ahora canta Celio González con la Sonora Matancera, ¿o Alberto Beltrán?:

Yo no sé, cómo puede la luna brillar,
cómo pueden las aves cantar,
si ya no me amas tú...
Yo no sé, como puede el sol alumbrar,
cómo puede la tierra girar,
si ya no me amas tú...

Con tu adiós,
el alma se resiste a creer
que la vida pueda continuar,
con lo que sufro yo...

Juan José llora inconsolable mientras canta una y otra vez:

Yo no séee, cómo puede la luna brillar,
(...) cómo puede este mundo olvidar
que a mi alma la mata el pesar,
porque no me amas túuu...

(«Asombro», Ricardo García Perdomo)

Y pide otra botella. Jamás me pude imaginar su tristísima historia al invitarlo a dar un recital y a pasar su sabático en el paraíso. Él era uno de los poetas y maestros más reconocidos de las tierras de

Netzahualcóyotl, Sor Juana y Rosario Castellanos, Octavio Paz, Jaime Sabines y José Emilio Pacheco; estaba por jubilarse y nadie podía entender por qué prolongaba y prolongaba su estadía en el paraíso. Una noche me pidió que lo acompañara a escuchar música a su bohío preferido, junto al río, y allí me contó sus alegrías y pesares de amor: «Yo me había resistido estoicamente a los encantos de las muchas alumnas que me coquetearon en mi ya larga carrera universitaria. Pero aquí, en el paraíso, hermanito, perdí la razón y sucumbí ante la belleza y la alegría del cuerpo y el rostro; ingenuo, me hice esclavo de la mirada y la sonrisa seductoras que siguieron todos y cada uno de mis movimientos y palabras en el salón de clases, en el auditorio y en las mesas de las tiendas y los cafés vecinos a la universidad.

«María Sagrario fue desmontando una a una las pesadas rocas con que protegía mi castillo, pidiéndome luego luego una explicación y luego otra, y otra; leyéndome con emocionada voz baja sus sensuales poemas; solicitándome una asesoría sobre cómo coordinar a los jóvenes participantes del taller que impartía en su barrio; contándome los maravillosos cambios que se producían en el ser cuando leía; pidiéndome que le declamara los poemas de mis libros.

«Después me invitó a su modesto cuarto universitario para que leyera los versitos que había escrito a partir de mis lecturas en clase, y me propuso un intercambio: yo le ayudaría a corregir su libro y ella me enseñaría a bailar, empezando por el bolero, claro, “el género más fácil”, me dijo...

«Al mediodía, vencido por el cansancio y la modorra, yo empezaba a cabecear y me quedaba profundamente dormido, hasta que ella me despertaba con un aromático café caliente, rozando con sutileza su ligero y suave cuerpo contra el mío; abría las ventanas, el viento mecía su vaporoso traje y ella se acurrucaba a mi lado susurrándome sus versos de amor al oído».

Juan José se enamoró perdidamente de su joven alumna, y ella le pidió que se casaran, pues su familia era muy conservadora y

esa era la única forma de que aceptaran su amor con un hombre mucho mayor que ella. Se casaron al mes, «con todas las de la ley, y por bienes mancomunados, hermanito», en el hermoso y plácido jardín japonés de la romántica ciudad vecina. «El bobo de la yuca se quiere casar, invita a todo el mundo pa' la catedral. Va a pasá su luna de miel comiendo trapo, comiendo papel... Él es un poeta...», cantan Benny Moré, Pérez Prado y Marquitos Perdomo.

Pícaros, los compañeros de la universidad le metieron a Juan José en el bolsillo un paquetito con una milagrosa pastillita azul para la luna de miel. «Me la tomé, hermano, pero fue un desastre: no se me paró en toda la noche, ni en la mañana siguiente».

A poco tiempo del matrimonio, el desasosiego invadió a Juan José. Le costaba un chingo separarse de su joven mujer, y sin darse cuenta se fue distanciando de sus amigos, de las presentaciones de libros, de las exposiciones, ¡hasta de sus clases! ¡Cuánta tristeza, ansiedad y desespero cuando ella salía de casa! Tampoco le gustaba visitar a los familiares de la joven, pues se sentía extraño y observado con una mezcla de admiración y resentimiento.

Esa navidad, consciente de que era importante para su matrimonio que cediera un poco a las costumbres familiares, aceptó inesperadamente la medrosa insinuación de María Sagrario a pasarla en casa de los padres; pensó que el baile en el paraíso era el centro de todas las festividades y no habría oportunidad de mayores roces. Para su sorpresa, esa noche su joven esposa no quiso bailar con él. Poco después del arroz con pollo que su dama había enriquecido con unas costillitas de cerdo, longaniza, morcilla y chorizo preparados en casa, sintió un fuerte e intenso dolor de cabeza y unos retortijones horribles. Vomitó a más no poder y se fue a dormir con escalofríos.

«En la madrugada, cuando empezaron a apagarse los equipos de sonido —me cuenta Juan José con una tristeza infinita—, desperté y recorrí la casa buscando a María Sagrario. Entonces pude oír entre susurros una charla en la que mis dos cuñados pre-

paraban un secuestro. Como en una pesadilla, bajé al primer piso y reconocí la voz suplicante de mi mujer: “Tranquilo, mi amor, tranquilo; si no fue hoy será mañana; está mucho más fuerte de lo que nos imaginábamos...”. Me acerqué un poco y pude oír al primo aquel que me había mirado con odio toda la noche: “¡Qué tranquilo ni qué mierda! ¿Usted es que se está enamorando de ese cuchito güevón o qué? ¡Mejor dicho, es que si usted no lo mata yo mismo me lo quiebro ya!” “Tranquilo, mi amor, tranquilo; no se desespere. Si no es hoy será mañana... Tranquilo, papito..., paciencia..., paciencia..., papito”, decía ella.

»Sudando, me puse los zapatos, salté por la ventana y corrí desesperado hasta la avenida, en medio de borrachos, callejeros, niños, juguetes y las primeras señoras que salían a barrer la banqueta; le pedí al taxista que me llevara al hospital, y allí estuve en recuperación ocho días. Me había salvado de una buena dosis de campanita, borrachero, floripondio, toloache o quién sabe qué variedad de brugmansia...». ¡Qué nombres más bonitos y venenosos, verdad?

Juan José se refugió en casa de una compañera de la universidad, y desde allí, con el apoyo de un abogado que ella había conocido en la primaria del barrio de pequeños comerciantes, obreros, putas y ladrones donde se crio, pudo negociar el divorcio; pero cayó en una depresión la hifueputa, una crisis de la cual apenas empieza a salir ahora, un par de años después.

Extraños los asuntos y los caminos del amor y el desamor... ¿Cómo explicar que Juan José, tan centrado, tan consciente y satisfecho de su trabajo, de su escritura y de su ser, tan admirado y reconocido, se pudiera enamorar de una joven que lo iba a engañar y lo iba a hacer sufrir? A veces el amor se produce en la mágica comunión de cuerpos y almas afines o complementarios; otras, alguien se enamora sin ser correspondido, pero es consciente de la ausencia de esa comunión; y en otras ocasiones el enamorado, preso de la muy poderosa y ciega necesidad de comunión y disolución que todos los seres humanos sentimos, sien-

te o quiere o cree sentir que es correspondido y no se da cuenta del engaño...

Camino a la ciudad, el taxista le preguntó a Juan José si le gustaban Celia Cruz y la Sonora Matancera, y sin esperar su respuesta, viéndolo por el espejo, le soltó: «¿Pero qué le pasa, hermano, cambie esa cara!». Y con orgullo puso a sonar a todo volumen su equipazo, una bomba que nos sacudió a nosotros y al carro:

Todo aquel que piense que la vida es desigual
tiene que saber que no es así,
que la vida es una hermosura, y hay que vivirla.
Todo aquel que piense que está solo y que está mal
tiene que saber que no es así,
que en la vida no hay nadie solo y siempre hay alguien.
Ay, no hay que llorar, no hay que llorar,
que la vida es un carnaval
y es más bello vivir cantando.
Oh oh oh, ay, no hay que llorar, no hay que llorar,
que la vida es un carnaval
y las penas se van cantando...

(«La vida es un carnaval», Víctor Daniel)



En el presente, escribí, transito por sendas y lares antes habitados y recorridos, y constato que mi cuerpo y mi espíritu se estremecen y tiemblan cual niño perdido ante la incertidumbre, y me doy cuenta de que tienen miedo por la certeza de las pérdidas y los dolores.

Mi cuerpo y mi alma sufren, temblorosos, inermes e impotentes las dos mil y una danzas frenéticas de gritos, aguardiente y ron; alcohol, armas y muerte; en las escuelas, en las iglesias y en los parques; en lagunas, mares y ríos; en llanos, valles y montañas; en las casas campesinas y en los hogares urbanos y semirrurales, en veredas, carreteras y calles.

Mi cuerpo y mi alma sufren temblorosos, inermes e impotentes las dos mil y una danzas frenéticas de amenazas, pánico y bala; machete, metralla y bombas; cilindros de gas-bomba, carros-bomba, burros-bomba, perros-bomba, hombres-bomba, mujeres-bomba y niños-bomba; sangre, desmembramientos y cabezas humanas rodantes en los otrora campos alegres de fútbol; secuestros, desapariciones y asesinatos; árboles cargados de sangrantes y pesados frutos humanos; Nns, ene enes en infructuosa y angustiante espera del último adiós de sus familiares y amigos; polvo humano en los hornos donde se cuece el pan, polvo humano disperso en el aire, polvo humano en los pulmones, polvo humano en los ojos, humano polvo humano en el alma humana.

Mi cuerpo y mi alma sufren temblorosos, inermes e impotentes las dos mil y una danzas frenéticas de alcohol, drogas, gritos y muerte; acero, pólvora y muerte; sangre, babas, mierda, orín y

muerte; odio, odio, odio, más odio y más muerte en Bojayá, El Salado, Machuca, Trujillo y el Palacio de Justicia.

Mi cuerpo y mi alma sufren por igual, temblorosos, inermes e impotentes, las masacres de los guerrilleros, las masacres de los paramilitares, las masacres de los narcotraficantes, las masacres de la policía, las masacres del ejército y las masacres que algunos funcionarios del Estado, algunos terratenientes y algunos empresarios han ordenado y financiado...

Y pienso que, siendo imposible rotular y poner los miles y miles de calaveritas de dulce que representan los nombres de los Ene enes, los desaparecidos, los secuestrados, los torturados, los olvidados y los falsos positivos asesinados, al menos podría poner unas genéricas: Ene enes asesinados, Ene enes desaparecidos asesinados, Ene enes secuestrados asesinados, Ene enes torturados asesinados, Ene enes olvidados asesinados, Ene enes falsos positivos asesinados... Asesinados en Bojayá, asesinados en El Salado, asesinados en Machuca, asesinados en Trujillo, asesinados en el Palacio de Justicia, asesinados en...



Déjame el sofá, mi negra,
que yo quiero descansar,
déjame el sofá, mi negra,
que yo quiero descansar...

(«El sofá», José Carbo Menéndez y Antonio López Martín)

S uena «El Sofá», que me distrae de mi labor de rotulación de las coloridas calaveritas de azúcar y me trae la imagen de Remedios, quien me enseñó a bailar con su música. Remedios es una de esas mujeres que uno recuerda toda la vida, no sólo por su belleza, su sensibilidad y su verraquera, sino por las docenas de cabrones que la pretenden, ¿exageraría si dijera centenares? Siempre he estado al tanto de su vida, y prácticamente podría escribir su biografía, pero no tengo en este caso, ni en ninguno, en realidad, la certeza de qué tan verdadera o verosímil pueda resultar; estrictamente hablando, tampoco estoy muy seguro de la veracidad o de la verosimilitud de la mayoría de las cosas que estoy recordando o creo recordar, ni si son sueños, idealizaciones o deseos; tampoco puedo dar fe de lo que me han contado y reproduzco, ni si son chismes o infidencias —eso sí, nunca doy detalles que permitan reconocer a nadie, aunque más de un lector o lectora pueda reconocerse en ellos parcialmente—: uno tiende a olvidar o a cambiar las vainas, a fusionar historias, situaciones y detalles, a confundir personajes, a cambiarles de sexo o escenario, a difuminarlos, a inventarlos, incluso, por el Alzheimer, por no molestar a alguien, por temor a ser demandado, golpeado o

asesinado, por el ritmo, o por la rima, por hacer una broma, o por la verosimilitud narrativa o, simplemente, por joder, o por no joder, o por no dejar de joder.

En nuestra más lejana juventud, Enrico y yo habíamos hecho una apuesta y un pacto: cuando le conté que Remedios me encantaba y que no me cansaría de hacer lo que fuera necesario para conquistarla —telenovela *dixit*—, Enrico, exaltado, juró que así fuera un viejito sin dientes y con bastón, él y sus versos terminarían por seducirla —*ídem*—; que su madre, que era adivina, se lo había confirmado un día leyéndole las cartas. Entonces, conmovido, le juré que si yo no podía lograr mi sueño haría todo lo posible por hacer realidad el suyo —más *ídem*—. Ese día habíamos caminado varios kilómetros desde la universidad rumbo a las montañas para hacer ejercicio, quizás jugando inconscientemente con la romántica idea hiperbólica de los futuros combates que nos esperaban en nuestra lucha por el socialismo.

Después de bordear los extensísimos campos floridos del club campestre de la aristocracia y la burguesía cañera, industrial y financiera, y de la menos aristócrata y elegante, cocainera arribista y sincrética, todas en las mismas mesas, llegamos a las pobres y polvosas casas semirrurales construidas con guadua, latones y cartón a la orilla de la vereda por la que transitaban las volquetadas de piedra y arena; al dejar atrás las minas areniscas, nuestras piernas ya no daban más, pero ninguno de los dos se atrevía a reconocerlo; fue entonces cuando apareció un charco en el cristalino río y decidimos echarnos un chapuzón. Allí, en lo alto de una gran piedra, entre las aguas del río, la trocha y los platanales, juramos amor eterno a nuestra nunca bien ponderada musa y fundamos una secreta y exclusiva cofradía. Es muy probable que por ello nunca hayamos perdido la amistad, a pesar del creciente distanciamiento ideológico, y quizá por lo mismo tampoco la hemos profundizado.

Sólo en una ocasión se resquebrajó un tanto nuestra distante complicidad: años atrás, en una fiesta de fin de año, Ana María

había invitado a una amiga, una joven que apenas entró a la sala atrajo todas las miradas de los viejos lobos en que nos habíamos convertido mis amigos y yo; le extendí la mano con la primera pieza, pero la palma de Enrico llegó en el momento en que ella empezaba a mover la suya hacia la mía; como ya no había nada qué hacer, Enrico, muy medieval y caballerosamente, le solicitó la siguiente canción. Después de una larga danza de manos requirientes, la joven se dedicó a bailar conmigo, y tuve que soportar divertido las muy verdes y codiciosas miradas de mis amigos, en especial las de Enrico, quien me espetó al oído, cuando ya me iba con la reina de la noche: «Está bien, ¡marica!, sólo por ser vos... ¡Güevón!».

Cómo gocé al día siguiente contándole a Enrico que me había despertado con el olor a café, a jugo de lulo, al crujiente panecillo de queso y harina de yuca y a princesa radiante; pero nunca le conté, por supuesto, ni a Enrico, ni a Ana María, ni a Úrsula, ni a nadie, que al regresar a mi nuevo paraíso tuve que ir al médico porque no soportaba la piquiña en el pubis, ni que el galeno, muerto de risa, me había mandado a rapar, a bañarme con fenotrina y a tener más cuidado. Por cierto, salvo este penoso episodio, y uno semejante con la maestra más bella que he tenido en mi vida, vana y pasajera ilusión adolescente, en este asunto doloroso y a veces risible del amor, he tenido más suerte que otra cosa.

«Dios cuida a sus borrachitos», diría mi abuela, pienso mientras escucho sonriente:

No, no, no, no, no... qué va...
no, no, no, no, no... qué va...
no, no, no, no, no... qué va...
que va... que va... qué va...

Anoche me fui a una fiesta
con mi novia Encarnación,
cuando bailaba con ella

me saltaba el corazón (...)
y ella me dijo: no, no, no, qué va,
qué va, qué va, qué va y qué va (...)

Mi novia quiere que vaya
a que me mire el doctor,
y yo le dije mi santa:
eso no es ningún dolor,
mi negra linda (...)
Anoche me fui de fiesta
con mi novia Encarnación...

(«No, no, no, qué va», Trío la Rosa)



Otro despertar con el arribo de los primeros rayos del sol, los gorriones anunciándolos y la ilusión de los mensajes hechos letra. Tejo otra línea de perfumes y flores entre el papel y los lienzos de lana y manta de mi altar, riego las buganvillas, las rosas y los tulipanes, y le contesto a Belén:

¡Ningún desastre!: Podemos coincidir en el mejor café del mundo o en un fresco jugo de mandarina... También, de pronto, en un martini extra seco, con su respectiva aceituna, cualquiera de las recetas de Luis Buñuel o de Álvaro Mutis, o en una cuba, un mojito o un daiquirí de Hemingway, por ejemplo, o simplemente en un *gin tonic* o ante una cerveza y un buen tequila; ya te enseñaré a tomar el muy noble y ponderado vino de agave, si me concedes un poquitín de confianza... ¡Y en cuanto a los besos, prefiero el muy paradisíaco, ligero, sutil y fundacional de nuestro primer encuentro y última despedida! Y pongo una botella de Noilly Prat, otra de Bombay, la hielera, aceitunas y una copa martinera en el altar...

Hace un par de años fui a Lima, a Nazca y a Cusco, la capital histórica, y a otros senderos del país de La Montaña Vieja, otra hermosa región de Nuestra América. Me encantó la enigmática visión aérea de los enormes dibujos trazados quién sabe cómo sobre la tierra, y el recorrido de cuarenta y tres kilómetros de montañas y nevados, quebradas y lagunas, el gran arco iris de colores y voces, tierras y rocas, animales, plantas y flores, floridas y delicadas orquídeas, diminutas o enormes, pero siempre delicadas, terrazas de maíz y papa colgadas de los cielos y las mon-

tañas, ciudades, templos y fortalezas, nombres de resonancias poéticas y mágicas: warmihuañusca, wiñaywaina, el inmenso resplandor lácteo y el pincel de los rayos solares iluminando Machu Pichu entre líneas de piedra pintadas sobre azules, verdes y blancos por los incas: la inconmensurable belleza natural y las siempre pequeñas y fascinantes obras del hombre...

¡Qué placer leer tus poemas y tus informes! Supongo que ya viste las fotografías de EP1 que te mandé.

Más besos, al gusto: Marius.

PD: Como insistes, en la próxima te contaré la historia de mi tío, su circo, sus amores y su dolor.

Amanece y le cuento a Belén la historia de mi tío y padrino —y coloco su foto del día de mi bautismo, tapando mi imagen con blanco papel de china, pues no pueden aparecer seres vivos en el altar—:

Es el único hermano de padre y madre de mi mamá. Ambos nacieron en algún pueblito enclavado en un pequeño y fértil valle de los Andes de nombre bíblico, antigua población muisca rebautizada por los conquistadores españoles con el mismo nombre de la ciudad donde dicen que años ha nació Jesús y hoy mal conviven cristianos, musulmanes y judíos, a pesar de que, en teoría, hay un solo Dios. Su primer apellido, como el de mi mamá, no corresponde al de su padre sino al de su madre, pues en el siglo XIX y a principios y mediados del XX se acostumbraba en el paraíso ponerles a los hijos naturales no reconocidos el apellido materno en primer lugar y después el paterno.

El apellido de mi abuelo materno es uno de los más comunes entre los judíos conversos, y aunque yo no lo porto por esas ideas y costumbres mestizas de legitimidad y naturalidad, como tantos otros, alguna marca debe quedar en mí, pues una gran amiga y escritora insiste en mi tipo sefardí, en invitarme a sus festejos, a estudiar la *Torá* y en darme libros y cantos, historias, ob-

jetos y símbolos de su pueblo, y yo me conmuevo hasta las lágrimas con esas dolorosas historias de errantes y perseguidos, y con la reiterada pesadilla en la que las duras voces de mando y los ruidos de botas y armas irrumpen en el plácido, transparente y luminoso invernadero en el que me encuentro regando las plantas y tengo que salir corriendo, acezante, por la vera de las cantarinas y transparentes aguas de un río semejante al Pance y al Amaime, donde en mi niñez y juventud reconocí mi origen y mi futuro paraíso hermanado con Efraín y María en un pacto inconsciente de paisaje, sangre, amor, lágrimas y palabras.

Mi abuelo materno fue un comerciante que recorrió los pueblitos ubicados a lado y lado de los valles y las montañas de los Andes vendiendo géneros y haciendo hijos a diestra y siniestra, especímenes que hacían sentirse orgullosas a las indígenas y las mestizas de la región.

Aprovechando la fisonomía y las lecciones heredadas de su padre, a quien acompañó desde muy niño en sus correrías, mi tío también se hizo comerciante y caminó de sur a norte y de oriente a occidente por casi todos los valles, montañas, ríos y pueblos sembrados a lo largo y a lo ancho de las tres cadenas andinas del paraíso, desde los límites con los fríos páramos y lagunas hasta los calurosos pueblos bañados por las brisas de los mares y los ríos arropados por los cálidos brazos descendentes de los cielos; pero no se dedicó a las telas y géneros sino al muy especial servicio de las coloridas e inocuas medicinas elaboradas en casa a partir de jarabes y colorantes, como el célebre farmaceuta gringo, alquimia que le enseñó el esposo de mi tía abuela materna.

Todos los dos de enero, sin falta, después de las fiestas de cembrinas, mi tío y mi tío abuelo se colocaban el delantal, los guantes y el gorro, encendían una hoguera en el patio de la casa, ponían a hervir todo el día un viejo barril metálico de petróleo con agua, hierbas, jarabes y azúcar, vaciaban el burbujeante líquido en baldes de colores verde, amarillo y rojo, llenaban pequeños frascos de cuarto o medio litro, los empacaban en cajas de

dos docenas de unidades, de acuerdo con sus distintos colores y etiquetas, salían de correría por tres meses y regresaban a preparar nuevos jarabes y remedios que curaban desde una diarrea hasta un mal de amores.

Un día mi padrino se ganó a las cartas un maletín de óptica y sintió que el destino le decía que había llegado la hora de independizarse; entonces dejó de participar en la preparación de los menjurjes mágicos y los reemplazó por un maletín, una sorprendente colección de lentes, cajitas y cajas de monturas y un cartel vertical de letras de distinto tamaño e intensidad encabezado por una enorme E que se había ganado en las cartas. Y así vivió el resto de su vida, ayudándole a ver y a verse mejor a la gente de las regiones más apartadas del paraíso.

Así como mi tío podía trabajar seis meses seguidos recorriendo todos los rincones del paraíso, también era capaz de pasarse encerrado semanas enteras jugando a las cartas, hasta que se le acabara el dinero o hasta que sus contendientes, quebrados, se retiraran. No tengo idea cómo, pero yo sabía si le había ido bien o mal en la partida con sólo verle la cara al llegar a la casa inquilinato que compartía casi toda la familia en los potreros y cebollares que aún quedaban a las afueras de la fría y húmeda capital andina.

Como yo era su ahijado y él no tenía hijos, le gustaba invitarme a pasear y comer. Se sentía feliz porque yo nunca decía que no: «A mí me encanta Marius porque siempre dice que sí; prueba todo, pregunta por todo y se acaba todo lo que le sirven»:

- ¿Te provoca una sopita?
- Sí, tío. ¡Qué rico!
- ¿Espagueti a la boloñesa o una carnita asada?
- Los dos. ¡Qué rico, tío!
- ¿Y un bienmesabe o un arroz con leche?
- No sé, me cuesta decidirme...

A mi padrino también le gustaba contarme sus cosas. Una vez me dijo, feliz, que se había ganado un salón de té en la zona más elegante de la capital; en otra ocasión fue un restaurante; en otra, una casa de citas —esta vez no me lo contó él mismo (aunque sí distinguí en su mirada una expresión muy especial los meses que la administró), lo escuché mientras yo hacía la siesta y mi mamá hablaba con sus tías y sus primas—; otro día se ganó una tienda; y otro una flotilla de taxis... Pero así como se los ganaba los volvía a perder... Todos...

Me dolía mucho verlo llegar en taxi o a pie cuando perdía... Entonces casi no hablaba y se encerraba en su cuarto sin salir por días enteros, y yo extrañaba sus invitaciones, sus regalos y sus historias... Pero una mañana cualquiera se levantaba, ponía sus discos de tangos, pasodobles y flamenco; se arreglaba cantando y salía de correría como si no hubiera pasado nada.

Nunca podré olvidar, Belén, el mediodía que llegó en un Jaguar blanco convertible de dos plazas, me invitó a dar una vuelta y me contó eufórico que se lo había ganado junto con un circo; yo ya había visto en sus ojos una luz particularmente intensa, pero jamás llegué a imaginar de qué se podía tratar. Sin mayores preámbulos, me llevó a las carpas y recorrí la pista, me introduje por la boca de entrada al escenario, visité las jaulas de los animales, las flotantes escaleras descendentes de los volátiles trapecios y cuerdas flojas, las redes de protección y los fascinantes camerinos de los artistas. ¿Cómo olvidar el cuarto y la sonrisa de la maga y acróbata persa, plenos de luces y objetos que cambiaban de aspecto y emanaban música, colores, aromas, poemas y cuentos fantásticos en medio de brillantes estrellas multicolores?

Tampoco puedo olvidar la jaula del artista del hambre, un ayunador olvidado en las fronteras de la muerte que persistía en su ilusión de atraer las miradas perdidas, ni el camarote del viejo payaso que sin descanso reía, lloraba y dormía, ni el de la trapezista retirada que hacía esfuerzos inútiles por ponerse su estrechísimo traje, ni el del domador de leones que había perdido sus

orejas en las fauces del felino, ni el del presentador que se había quedado mudo, ni el del enano ilusionista al que se le había fugado su amada con un luchador, ni el del trapecista que había amarrado mal las cuerdas y había visto volar para siempre a su compañero, ni el del hábil cuchillero que le había clavado su daga en medio de los ojos a su joven amada... Recuerdo vívidamente que sólo pude salir del pasillo aquel cuando la maga me miró profundamente con sus ojos de brillos azules. ¡Los mismos destellos que no dejan de titilar e ilusionarme!

No sé por qué, pero me estremezco al contarte esta parte de mi vida, Belén, mientras sonrío al recordar el brillo de tus ojos y tu rostro sonriente...

Durante seis meses vi vestirse a mi padrino con sus fracs y pajarita negros, sus mancuernas y fistol de oro, su negrísimo sombrero de copa alta, su impecable camisa blanca y la leve línea ascendente de su pañuelo desde el bolsillo superior del saco.

Un día mi tío llegó a pie por la larguísima calle que conducía a la casa de los cebollales y me dijo que tenía dos noticias: una buena y una mala, y me preguntó cuál quería conocer primero. Entonces me enteré de que iba a ser padre con la trapecista y de que en dos días saldría nuevamente de correría. Tuvo dos hijos con su funambulista y muy próximo a su muerte me contó llorando, mientras preparaba unos espaguetis a la boloñesa, su plato preferido, que se habían separado.

Van un beso y un abrazo enormes, y gardenias al altar...



Mientras, Daniel Santos toma la palabra para explicarnos qué es el mambo:

Señores esto no es cuento,
esto es la pura verdad,
el mambo está cien por ciento
metido en la humanidad.
La rumba no es de Sarmiento,
es de esta Cuba sin par,
pero el mambo, como el viento,
se ha hecho ya universal.
Y ahora les voy a enseñar
cómo se toca en el mundo:
el mambo no es de Facundo,
el mambo es universal (...)
El mexicano lo siente así:
¿Cómo? Así, así.
El borincano lo siente así:
¿Cómo? Así, así.
El gringo claro lo siente así:
¿Cómo? Así, así.
El cubano lo siente así:
¿Cómo? Así, así.
El antillano lo siente así:
¿Cómo? Así, así...

(«El mambo es universal», Daniel Santos)

Al colocar en el altar un disco de la Sonora, recuerdo a Enrico pidiéndome que le hablara de Remedios, y cómo tuve que contarle su vida y decirle que lo más probable es que nunca sería su compañera, ni la mía. Remedios vivía en un rincón caribeño del paraíso, y se puede decir que su nueva vida estaba regida por su nombre y el mar. Cuando la conocí se estaba separando del padre de sus hijos, un maestro comunista que le llevaba veinte años. No sé cómo llegó de un lejano pueblito en las faldas de la cordillera a nuestra ciudad, al pie de las lomas que atravesara Efraín llorando en pos del último aliento de María. Sí sé que en la adolescencia se había enamorado de su profesor de Historia, marxismo y guitarra. Todo iba muy bien en la familia, pero un día, después de dejar a sus gemelos en el kínder, ella sintió necesidad de ser algo más que una madre y la esposa de un reconocido maestro, y él, ¿por coincidencia?, apostató del marxismo y de la vida citadina, se mandó a rapar, se quitó los zapatos y los dientes, se puso una túnica blanca y se lanzó a caminar monte adentro, conminándola, inútilmente, a seguirlo.

Para entonces yo ya había emprendido mi largo y sinuoso rastro vital, era simpatizante de un grupo socialista, estudiaba para maestro, vivía de transportar mercados en mi vieja Fargo 50 y daba mis primeros y únicos pasos en el teatro. No tengo la menor idea de por qué estaba representando una gallina en el escenario cuando apareció Remedios. Lo cuento y tomo conciencia de mi ridículo, de mi amor a primera vista, y de que ella, con esa primera imagen, jamás me hubiera podido tomar en serio. Nos contó cómo se había casado tan joven, que se acababa de separar, y su necesidad de mudarse a un pequeño apartamento en el pintoresco barrio de artesanos, hippies, estudiantes, intelectuales y pequeños comerciantes de libros, discos, chucherías, marihuana, coca y bazuco que alegraba la loma desde donde se descolgaba la ciudad, cantábamos en fiesta con Joan Manuel Serrat al ir a buscarla:

Vamos subiendo la cuesta
que arriba mi calle
se vistió de fiesta.

Y hoy el noble y el villano,
el prohombre y el gusano
bailan y se dan la mano.

No dudé un minuto en ofrecerle la vieja camioneta que acababa de comprar con ayuda de mi abuela para ganarme la vida sin tener patrón. Después de escucharla tocar y cantar varias canciones de la Nueva Trova, con Pablo Milanés, «De qué callada manera se me adentra usted sonriendo, como si fuera la primavera, yo muriendo, y de qué modo sutil, me derramó en la camisa todas las flores de abril...», el director, los actores y yo, babeando, nos dispusimos al trasteo, que no sé cómo pude salvar, entre apagones, corcoveos y subidas al andén, acabando de echar al carajo, y para siempre, mi suerte amorosa con Remedios.

Muy pronto el viejo director conquistó a nuestra estrella, y muy rápido la conquistó un joven y torvo actor, que ella dejó más rápido aún por el entonces novel teatrero de tierna cara y aspecto desprotegido que años después llegó en la fiesta a interrumpir mi charla con Enrico. Éste no pudo evitar un gesto de repugnancia y me dejó, diciéndome en voz baja, pero audible: «Ahí te dejo con ese hifueputa». No sé si sea justo ese adjetivo, pero las cosas que cuentan de él no son buenas. Tampoco sé qué tan veraces puedan ser...

No recuerdo bien de qué hablamos ese día; en cambio mantengo como labradas en mi memoria sus historias. Para algunos, Feliciano era un verdadero hideputa, como diría mi nunca bien ponderado Cide Hamete Benengeli: hijo único que había convenido a su madre de que vendiera su casita para irse a estudiar al exterior, y luego la había abandonado en un ancianato; seductor de la mujer del camarada que le había dado asilo en su casa; supuesto protector de una joven militante que tuvo que esconderse

en el campo, donde la mantuvo encerrada con diferentes cuentos varios meses, aprovechándose de su desprotección y quedándose con una buena parte de la bolsa que recogió a su nombre en las universidades y teatros... (Úrsula me dijo en secreto que el esposo de la joven, preso en aquel entonces por guerrillero, le confesó que al salir de la cárcel tuvo que luchar intensamente contra la idea de pegarle un tiro). Algunos decían que había traicionado en varias ocasiones más a distintos camaradas. Pero para otros amigos lo que pasaba era que le tenían envidia porque trabajaba duro, producía mucho y había tenido éxito en su profesión, mientras los demás se habían quedado hablando y hablando toda la vida de sus proyectos con una botella de cerveza en la mano.

¿La verdad? ¿Cuál verdad? ¿Cuál puede ser la verdad? ¿Existen la verdad y la mentira? Con seguridad, la verdad, la verdad, no existe, o nunca la conoceremos a plenitud, nunca la sabremos, o siempre podrá ser relativizada, o completada; además, las mentiras siempre pueden ser justificadas, atenuadas o negadas...

Yo lo recuerdo, lo veo, sonrío y no sé qué creer. Quizá porque siempre he admirado su entrega a lo que hace; quizá porque me impresiona su trabajo; quizá porque conmigo siempre ha sido muy amable. «¿No te acordás, pendejo, me interrumpe Úrsula, de la anécdota del puente en la campaña abstencionista del partido?». Ah, sí, probablemente sólo tendría que reclamarle que ese día no me avisó cuando íbamos los dos huyendo de la policía puente arriba, en contra vía, y él se devolvió sin avisarme, dejándome en las manos y la mira de los perseguidores... Pero ahora no estoy muy seguro de que debiera haberme avisado, ni del peso del susto, ni de lo que yo hubiera hecho en las mismas circunstancias...

La detención de esa noche pudo haber cambiado dramáticamente el rumbo de mi vida: en esos días, mientras nosotros llamábamos a la abstención, la guerrilla urbana había secuestrado al máximo esquirol del sindicalismo y había convocado a un referéndum para decidir si lo declaraban culpable y lo ejecutaban o no: la gente tendría que expresarse en las paredes: Sí o No. Los

guerrilleros promovían de manera espectacular el Sí desde el mismo momento del secuestro, y llamaban a la abstención electoral, pues su grupo había surgido como respuesta al robo de las elecciones presidenciales que favorecían a su popular líder populista, un exdictador militar, por cierto...

Después de varias vueltas por los alrededores del lugar, pasada la medianoche, la jaula, como le decían en el paraíso de mi niñez a las radiopatrullas, se estacionó frente a un solitario y oscuro parque para esperar a su jefe, quien decidiría qué hacer conmigo. Mi sorpresa fue mayúscula cuando apareció un joven dirigente comunista de la universidad. Aunque me cagaba del susto, me atreví a llamarlo por su sobrenombre y a pedirle ayuda. Me hizo varias preguntas para identificar con qué grupo de izquierda militaba y me dejó partir.

Luego del inmenso miedo, la larga caminata y unas tres horas de mal sueño, sonó el radio despertador en la madrugada, y mientras me vestía para ir a impartir mis clases, escuché asombrado la noticia de la aparición del cuerpo sin vida del líder obrero secuestrado, una noticia que estremeció al país por mucho tiempo, y que a mí me dejó pensando y reflexionando hasta el día de hoy. Siempre he tenido la duda de lo que me hubiera podido pasar si no me topo al joven universitario comunista como director de policía esa madrugada, y en la falta de sentido ético de secuestrar o matar a cualquiera, por motivo alguno, aunque en esa época no lo tenía tan claro...

Años después supe que mi salvador había perdido la vida en uno de los miles de sucesos sin aclarar que nos torturan, y que su padre, viejo dirigente comunista, había sido ejecutado por las diferencias políticas que se atrevió a plantear en el seno de su partido, porque en ciertas organizaciones de izquierda, se resolvían, ¿o se resuelven todavía, camarada?, las contradicciones ideológicas y las diferencias personales por las vías de la «justicia» revolucionaria, mandando a fusilar, ejecutar o pasar por las armas a los disidentes en rápidos juicios exprés.

Riego las azáleas, la gardenia y el croto, y rotulo dos calaveritas más... Ante estos pasajes de la historia de la humanidad y de la izquierda, que se suponía diferente y más respetuosa de las diferencias, de los derechos humanos y de la democracia, me pregunto una y otra vez cómo se puede pretender poseer la verdad y el privilegio de castigar con la supresión de la vida a los otros, a los inconformes, a quienes piensan distinto o se comportan de una manera diferente...

Y me lamento decepcionado ante la evidencia de la realidad: de izquierda, centro o derecha, los seres humanos, antes de nuestra era, en el medioevo, en el siglo XIX, en el XX o el XXI, seguimos siendo en lo fundamental los mismos, ¡qué poco y qué lento avanzamos éticamente, si es que se puede decir que hay algún avance!



Mi cuerpo y mi alma sufren por igual, temblorosos, inermes e impotentes la injusticia y la violencia, la ignominia de la indolencia y la indiferencia...

«¿Vas a seguir con la bendita y sangrienta lista, Marius, no jodás!», me reclama Úrsula, y le contesto que sí, pero que ahora sólo pondré los nombres reales de los lugares reales —no los nombres de las víctimas...— donde ocurrieron las masacres reales en real orden alfabético, con algunas reagrupaciones por número de palabras, sílabas o sílabas tónicas —sin incluir los de los pueblos y regiones donde han masacrado a la gente después de los Acuerdos de Paz, porque esas ocurrieron después de haber escrito el primer borrador...—, pero que si no quiere oír la fúnebre música de la letanía mortal se la salte, que la entiendo, y le confieso que no caben las calaveritas con los nombres de las víctimas en el altar de muertos que estoy haciendo en mi casa, y que mi mano y mi alma refunfunan por tanto muerto...

Mi cuerpo y mi alma sufren temblorosos, inermes e impotentes las dos mil y una danzas frenéticas de alcohol, drogas, gritos y muerte; acero, pólvora y muerte; sangre, babas, orín, mierda y muerte; odio, odio, odio, más odio y más muerte en Arboleda y Arboletes, en Argelia y Armenia, en Armero y Astrea, en Ataco y Barbacoas, en Barbosa y Barrancabermeja, en Barrancas y Curillo, en Barranquilla y Barranquillita, en Batata y Bellavista, en Bello y Betania, en Betoyes y Betulia, en Bosconia y Briceño, en Bucaramanga y Bucarasica, en Buenaventura y Buenavista, en Buga y Bugalagrande, en Caicedo y Caicedonia, en Cajamarca y Cajibío, en Caldas y Caldone, en Cali y Calima, en Caloto y Campamento, en Campoalegre y Campohermoso, en Canalete y Cande-

laria, en Cantagallo y Cañasgordas, en Capaca y Caramanta, en Carepa y Cararabo, en Carolina y Cartagena, en Cataca y Casacara, en Cauca y Caucasia, en Cazadores y Cerrito, en Chengue y Chibolo, en Chipaque y Chimichagua, en Chorrera y Chorreras, en Ciénaga y Cimitarra, en Cisneros y Citronela, en Coello y Colombia... Mi cuerpo y mi alma sufren temblorosos, inermes e impotentes las dos mil y una danzas frenéticas de alcohol, drogas, gritos y muerte; acero, pólvora y muerte; sangre, babas, orín, mierda y muerte; odio, odio, odio, más odio y más muerte en Coloso y Concordia, en Copacabana y Corinto, en Corocito y Cucutilla, en Cuitiva y Cumaribío, en Cumaribo y Cumbitara, en Currulao y Dabeiba, en Dagua y Dibulla, en Donmatías y Dosquebradas, en Egachi y Envigado, en Florencia y Florida, en Floridablanca y Fonseca, en Frontino y Gamarra, en Ginebra y Girardota, en Granada y Guacamayal, en Guacheta y Guacavía, en Guadalupe y Guaduas, en Gualanday y Guamachito, en Guapi y Guamalito, en Guaranda y Guarne, en Guavata y Guaviare, en Guepsa y Guayaquina, en Hato y Heliconia, en Honda y Herveo, en Iberia y Honduras, en Ipiales e Icononzo, en Isnos e Istmina, en Ituango y Kankuamos, en Labateca y Labranzagrande, en Lebrija y Lagartos, en Leiva y Lejanías, en Liborina y Leñadores, en Lorica y Llorente, en Luruaco y Macaravita, en Maceo y Macayepo, en Mahates y Machuca, en Maicao y Malambo, en Manaure y Manizales, en Margarita y Manzanares, en Marinilla y Mariquita, en Marmato y Marulanda, en Matanza y Mercaderes, en Meta y Mesetas, en Milán y Miraflores, en Mocoa y Miranda, en Mogotes y Mondomo, en Mongua y Mondoñedo, en Montelara y Montebello, en Montería y Monterrey, en Morales y Monterrubio, en Morroa y Morelia, en Murindo y Nariño...

Mi cuerpo y mi alma sufren temblorosos, inermes e impotentes las dos mil y una danzas frenéticas de alcohol, drogas, gritos y muerte; acero, pólvora y muerte; sangre, babas, orín, mierda y muerte; odio, odio, odio, más odio y más muerte en Arauquita, Natagaima y Nechi; en Neira Obando y Nunchía; en Ocaña, Ori-

hueca y Orito; en Ortega, Osaka y Otanche; en Ovejas, Páez y Paime; en Palestina, Palmira y Palmito; en Palomino, Paloquemado y Pamplonita; en Patía, Pedeguita y Paratebueno; en Pelaya, Pensilvania y Peñitos; en Peque, Pesca y Pereira; en Piagua, Pescadores y Petaqueros; en Picota, Piamonte y Piedritas; en Pijao, Pinillos y Pitalito; en Pitayó, Plato y Planadas; en Pore, Policarpa y Ponedera; en Prado, Pradera y Putumayo; en Quimbaya, Quinchía y Ragonvalia; en Remedios, Remolino y Restrepo; en Retiro, Ricaurte y Riofrío; en Rivera, Riohacha y Risaralda; en Rosas, Roldanillo y Rovira; en Saiza, Saferbo y Sabanalarga; en Salento, Salamina y Samaniego; en Sandes, Santiago y Santuario; en Saravena, Sardinata y Segovia; en Sevilla, Sylvania y Sevillano; en Silvia, Simacota y Sincelejo; en Socha, Soacha y Sitionuevo; en Sogamoso, Solano y Solita; en Suárez, Suaza y Somondoco; en Sucre; Supía y Surata; en Tame, Surimena y Taraza; en Tauramena, Tasajeras y Tenerife; en Tequisio, Teorama y Tierralta; en Timbío, Tigrera y Tocaima; en Toledo, Tolviejo, y Toribío; en Trujillo, Tumaco, Turbo y Ubaque...

Mi cuerpo y mi alma sufren temblorosos, inermes e impotentes las dos mil y una danzas frenéticas de alcohol, drogas, gritos y muerte; pólvora, acero y muerte; sangre, mierda, babas, orín y muerte; odio, odio, odio, más odio y más muerte en Angelópolis, en Acacias, en Abriaquí, en Anzoátegui, en Acevedo y en Acanadí; en Cáceres y en Aguachica; en Cáchira y en Aipe; en Córdoba y en Abejorral; en Albania y en Almaguer; en Cúcuta, en Alejandría y en Altaflor; en Génova, en Algarrobo y en Amagá; en Inírida, en Algeciras y en Anorí; en Landázuri, en Amalfi y en Anzá; en Lérida, en Andes y en Apartadó; en Líbano, en Anserma y en Arenal; en Montelíbano, en Ansermanuevo, en Ariguaní y en Pénjamo; en Anza, en Ayapel, en Purísima y en Aquitania; en Barragán, en Támesis, en Aracataca, en Becerril, en Túquerres, en Arauca y en Bogotá...

Mi cuerpo y mi alma sufren temblorosos, inermes e impotentes las dos mil y una danzas frenéticas de alcohol, drogas, gritos

y muerte; acero, pólvora y muerte; sangre, babas, orín, mierda y muerte; odio, odio, odio, más odio y más muerte en Unguía, Uri-bia y Bojayá; en Urrao, Urumita y Buriticá; en Valdivia, Valencia y Cajapí; en Valparaíso, Varela y Cajicá; en Vélez, Venecia y Calamar; en Vergara, Versalles y Cañaveral; en Viani, Vichada y Caparrapí; en Vives, Villatina y Caracol; en Villavicencio, Villavieja y Caracolí; en Villeta, Viota y Carazul; en Viterbo, Yotoco y Carrizal; en Yumbo, Zabaleta y Cascajal; en Zabaletas, Zambrano y Cesar; en Zapatoca, Zaragoza, y Chalcán...

Mi cuerpo y mi alma sufren temblorosos, inermes e impotentes las dos mil y una danzas frenéticas de alcohol, drogas, gritos y muerte; acero, pólvora y muerte; sangre, babas, orín, mierda y muerte; odio, odio, odio, más odio y más muerte en Zipacoa, Chaparral y Chigorodó; en Chinchiná, Chinú y Chiriguaná; en Chocó, Cocorná y Colón; en Colosó, Concepción y Convención; en Cumaral, Cumbal y Cunday; en Curumaní, Distracción y Falán; en Florián, Fundación y Fusagasugá; en Gualanday, Girón y Guacarí; en Guamal, Guatapurí y Hacarí; en Ibagué, Imués e Itagüí; en Jambaló, Jamundí y Jardín; en Jericó, Juradó y Jiguanmiandó; en Madrid, Libertad y Macanal; en Magüí, Magangué y Mampuján; en Maní, Maripí y Mapiripán; en Milán, Monguí y Medellín; en Murindó, Necoclí y Naranjal; en Nuquí, Pavarandó y Peñol; en Pichilín, Pivijay y Polvorín; en Popayán, Potosí y Puracé; en Quibdó, Recetor y Regidor; en Repelón, Romeral y Sahagún; en Salgar, Samaná y Sampués; en Simití, Soledad y Sonsón; en Sopetrán, Sotará y Támesis; en Tarazá, Tibacuy y Tecueyó; en Tibú, Timaná y Timbiquí; en Tolú, Toná y Titiribí; en Tuluá, Trinidad y Valledupar; en Vegachí, Villagarzón y Yacopí; en Yalí, Yarumal y Yolombó; en Yondó, Yopal, Zarzal y Yurumanguí...

Mi cuerpo y mi alma sufren temblorosos, inermes e impotentes las dos mil y una danzas frenéticas de alcohol, drogas, gritos y muerte; acero, pólvora y muerte; sangre, babas, orín, mierda y muerte; odio, odio, odio, más odio y más muerte en Doce taladores y Ábrego, en Agua Clara y Aguas Dulces, en Agustín Coda-

zzi y Alto Guapaya, en Argelia y Armero, en Guayabal y Bahía Portete, en Bajo Calima y Bajo del Oso, en Bolívar y Buenos Aires, en Campo Hermoso y Caño Blanco, en Caño Dulce y Caño Embarrado, en Caño Jabón y Caño Rayado, en Caño Seco y Caño Sibao, en Cerro Redondo y Ciénaga Grande, en Comuna 7 y Cravo Charro, en Cravo Norte y Don Matías, en Dos Quebradas y El Afilador...

Nombres reales de poblaciones reales donde ocurrieron matanzas reales de seres reales que parecen de ficción, pero que son reales, con perdón de la ficción, y con perdón de Úrsula y de algún otro lector a quien no le gusten los listados...



La historia de mi tío jugador me lleva de inmediato a mis otros tíos: mi tío Alberto, quien sufrió un accidente y quedó prácticamente ciego desde niño... ¡Cómo lo admiro y lo quiero!, cada día más y más. Sus últimos años fueron muy difíciles... En esas duras circunstancias personales, y en la pobreza de la familia, logró que lo recibieran en la escuela para ciegos de la capital, adonde se trasladó desde el pueblito campesino con nombre bíblico que lo vio nacer, aprendió braille, aprendió a cantar, aprendió a tocar el clarinete y después se hizo maestro de braille y música; tocaba y cantaba en una popular orquesta de bailables los viernes y los sábados, cantaba misas los domingos a medio día y a las seis, y en los matrimonios y las misas fúnebres, y compuso el himno del departamento al que pertenece la capital del paraíso; se desplazaba solo por la gran ciudad, en bus, con apenas la ayuda de un bastón, su memoria, su oído, su inteligencia y su gran sociabilidad. ¡Qué personaje! ¡Qué lección de vida!

Coloco su fotografía del día en que nos bautizaron a mi hermano Orlando y a mí y escucho la música de su ser entonando «El Cantar de los Cantares» y el «Réquiem» de Mozart.



La charanga interrumpe el triste recuerdo:

Hay una discusión
en el barrio,
de cómo se baila la pachanga.

Hay una confusión en el barrio:
se cree que charanga es pachanga,
una charanga es
la orquesta que está de moda,
una pachanga es
el baile que se baila ahora.

(«La pachanga se baila así», Joe Quijano y Charlie Palmieri)

Y ahora no hay discusión en el barrio..., y al ritmo del piano, la flauta arriba, tomados de la mano, saltamos en las puntas de los pies; los más diestros se permiten soltar a su pareja, invitarla a un rápido giro de 360° y volver a recibirla, torna vuelta, siempre saltando. Así se baila la pachanga en el paraíso, y ahí sí no hay discusión. Ahora no hay discusión en el barrio...

Feliciano se fue por un trago y Enrico aprovechó para regresar conmigo; me trajo un whisky, me puso un brazo en el hombro y me invitó al balcón. Remedios iba con nosotros, claro, aunque estaba en la playa. Mientras Enrico daba rodeos para preguntarme por ella, recordé que nuestra amiga había alborotado al mun-

do intelectual y el de la izquierda en el paraíso, y que su pequeño apartamento se había convertido en un santuario adonde llegaban sin distingo trotskistas, comunistas, maoístas, guerrilleros de una y otra tendencia, activistas sociales cristianos y hasta funcionarios liberales que simulaban ser simpatizantes socialistas. Nunca dejaron de llegarle cartas de amor, poemas, letras de canciones, partituras, chocolatines, serenatas y flores.

Sin saberlo, en ese entonces Remedios empezó su lucrativa empresa: un día, ella y sus hermanas decidieron irse al mar, pero no tenían trajes de baño. Como Remedios se sostenía cosiendo, decidió hacerse su propio bikini, y le quedó tan bien que sus hermanas le pidieron uno, y se les veía tan bien que fueron seguidas por las miradas de hombres y mujeres, y entonces se dedicó a confeccionar bañadores y bikinis por encargo.

Un día Remedios decidió abandonar el paraíso y emigrar. En realidad, en esa época vivimos una especie de diáspora en nuestro edén: varios amigos se cambiaron de casa y no se supo más de ellos, otros fueron a dar a la cárcel, otros murieron en tomas guerrilleras, otros se exiliaron, otros más decidimos salir a estudiar, a trabajar, a tomar aire, y de otros no volvimos a saber nada...

Más o menos por aquí iban mis recuerdos cuando Enrico se decidió a preguntarme por Remedios. Juro que aunque esta historia parezca una telenovela es verídica. ¿Qué necesidad de imaginar? Remedios y su esposo habían recibido a un par de jóvenes aventureros que transitaban desde el norte del gran paraíso hasta La Patagonia. «Uno de ellos se casó con una paisana, y empezaron a escribirme: “Ven; éste es tu país. Aquí hasta hay una ciudad con tu nombre”. Y empecé a fantasear», me contó ella.

Llegó con sus dos hijitos y la pequeña máquina de coser portátil a un hotelito del centro de La Región más Transparente del Aire, donde había surgido la historia, la imagen y el arquetipo de «Simplemente María», una de las tantas telenovelas que forman sentimental e ideológicamente a nuestra gente: una costurera pobre y bonita que había triunfado gracias a su trabajo. Remedios

llamó a la paisana, que la invitó a vivir con ellos unos días. Como la anfitriona tenía un paseo a la playa, nuestra Remedios le diseñó un traje de baño. Entre las damas del lujoso condominio costero su bikini causó sensación, y desde entonces nuestra simplemente María no paró de tomar medidas, comprar licras, diseñar, coser y vender.

Una pareja de conocidos le ofreció asociarse y ayudarle a sacar la visa de inmigrada; crearon la empresa a nombre de los socios, pues la situación migratoria de Remedios no se lo permitía, y cuando el negocio empezó a dar ganancias, los hífueputas la denunciaron por indocumentada y Remedios fue a parar a la cárcel; pero una de sus clientes era la esposa de un altísimo funcionario de gobierno que la salvó de que la deportaran. ¡Y vuelta a empezar!

Entonces nuestra María creó una empresa de trajes de baño y de playa que hoy es reconocida como la más importante del país y ha sido premiada como empresaria en numerosas ocasiones; pero un día, cansada, la dejó en manos de sus socias y se retiró al Caribe. ¿A descansar? ¡No! Como no puede estar sin hacer nada y ama a los indefensos y los animales, montó un hermoso hotel de madera y un refugio para mapaches, pelícanos y perros, loros, gatos y venados, tapires, tepezcuintles y zanates, una boa y un extraviado marino con pata de palo e ínfulas de galán de telenovelas. Y se convirtió en una líder ecológica... «Sí, muy bonito, marica, pero eso no me importa; eso lo sabe todo el mundo. ¿Se separó de ese hífueputa? ¿Está sola, se casó, piensa regresar, le entregaste mis poemarios?», me apremió Enrico, justo cuando reapareció Feliciano.

Enrico, hijo de un viejo líder obrero comunista y una campesina que habían llegado al paraíso huyendo de la violencia y dejando su territa abandonada, era un gran lector, inteligente, buen poeta y militante, desde muy joven, quizá por el influjo de su padre. No sé cómo se distanció de la Juventud Comunista ni cómo pasó a formar parte de nuestro comprometido, alegre y pequeño burgués grupo socialista; a lo mejor fue por la enorme

atracción e influencia de Remedios. En el sutil límite entre la broma y la verdad, los militantes de las otras organizaciones izquierdistas solían asegurar que lo que más les atraía del socialismo eran sus mujeres.

Enrico duró muy poco en nuestras filas; muy pronto regresó al comunismo y se integró al equipo de uno de sus pocos representantes al poder legislativo. En aquel tiempo los comunistas habían tomado fuerza y habían logrado conformar un frente amplio de izquierda que consiguió una votación importante que sin llegar a ser una amenaza para el poder de los partidos y poderes tradicionales puso en pánico a la extrema derecha, y ésta, temerosa ante el avance de la izquierda electoral, la lucha social y la guerrilla, se alió con los narcos y creó varios grupos paramilitares que sembraron el terror, amenazaron, asesinaron y desaparecieron a cinco mil seguidores del frente, a varios candidatos presidenciales y a numerosos líderes populares, dirigentes obreros y políticos de oposición; por ello, Enrico vivía armado y alerta.

Una noche, en la celebración por el premio literario otorgado a un joven escritor amigo, después de muchas lecturas y tragos, la conversación viajó de la poesía y la vida, la muerte, el amor y la valentía, la traducción, Nabokov y Lérmontov a la ruleta rusa. Enrico sacó su arma, vació la recámara, introdujo una bala e hizo girar el tambor. Seleccionaron al azar al primer jugador y el joven laureado se metió un tiro en la cabeza. Como si fuera poca la tragedia, otro poeta, traductor y ácido cultivador de la diatriba, agregó a su ya larga lista de agresiones y provocaciones una nota en la que cuestionaba la calidad poética de mi amigo y aseguraba que no hubo tal juego sino un vil asesinato, por envidia, o por resentimiento, grandes cualidades nacionales heredadas del violento choque entre nuestros ancestros americanos, africanos y europeos.



Mi cuerpo y mi alma sufren temblorosos, inermes e impotentes las dos mil y una danzas frenéticas de alcohol, drogas, gritos y muerte; acero, pólvora y muerte; sangre, babas, orín, mierda y muerte; odio, odio, odio, más odio y más muerte —continúo— en El Amparo y El Aracatazo, en El Aro y El Atrato, en El Bagre y El Bordo, en El Cairo y El Castillo, en El Cerrito y El Charco, en El Colegio y El Comején, en El Copey y El Diviso, en El Doncello y El Dorado, en El Firme y El Golazo, en El Guamo y El Líbano, en El Limón y El Madroño, en El Mico y El Neme, en El Nilo y El Palmar, en El Parejo y El Paujil, en El Peñol y El Peñón, en El Piñal y El Piñón, en El Placer y El Planchón, en El Plateado y El Playón, en El Porvenir y El Recuerdo, en El Retiro y El Retorno, en El Rosario y El Sábalo, en El Salado y El Sande, en El Tambo y El Tarra, en El Tigre y El Tigrito, en El Tomate y El Totumo, en El Triunfo y El Viso, en El Zulía y Fernández Feo, en Gómez Plata y Granada, en Hato y Hato Nuevo; en Corozal y Juan Atalaya; en Julián Bolívar, La Balastreira y La Balsa así como en las tierras de los indígenas Awá, kankuamos y Kunas...

Sí, Úrsula, ya sé, ya sé que no te gustan los listados, y que te molestan tantas mayúscula en una página, sí: te puedes saltar estas páginas; pero es importante que los nombres de estos pueblos queden escritos, porque no se pueden borrar de la memoria colectiva, aunque así lo pretendan muchos de los asesinos, sus ideólogos, funcionarios y seguidores, porque esos pueblos y esas gentes existieron y fueron masacrados; por eso, querida Úrsula, por eso, querido lector, te puedes saltar estas páginas, si así lo prefieres, y volver, si lo deseas, y corroborar si es verdad, y tratar de no leer,

y empecinarte en olvidar que ahí están, pero, en el fondo, quieras o no quieras, siempre sabrás que ahí están los nombres de algunos de los lugares donde se cometieron miles de asesinatos...

Además, puedes enriquecer tus conocimientos históricos, geográficos y lingüísticos, y te puedes fascinar, divertir y hasta componer letras y canciones con los significados y las sonoridades de los nombres de esas poblaciones en luto...

Retomo por la L: mi cuerpo y mi alma sufren temblorosos, inermes e impotentes las dos mil y una danzas frenéticas de alcohol, drogas, gritos y muerte; acero, pólvora y muerte; sangre, babas, orín, mierda y muerte; odio, odio, odio, más odio y más muerte —ahora sigo con nombres compuestos— en La Cabuya, La Campiña y La Caucana; en La Ceiba, La Ceja y La Chinita; en La Chorrera, La Clínica y La Cristalina; en La Cruzada, La Cuchilla y La Cumbre; en La Dignidad, La Dorada y La Esperanza; en La Estrella, La Gabarra y La Galleta; en La Gloria, La Gran Vía y La Granja; en La Herradura, La Holanda y La Horqueta; en La Laguna, La Lindosa y La Macarena; en La Magdalena, La Majayura y La Mesa; en La Negra, La Paila y La Palma; en La Parroquia, La Paz y La Peña; en La Pintada, La Plata y La Playa; en La Primavera, La Puya y La Quiebra; en La Rejoya, La Reliquia y La Rochela; en La Rueda, La Salina y La Secreta; en La Sierra, La Tagua y La Unión; en La Vega, La Villa y La Yunga...

Mi cuerpo y mi alma sufren temblorosos, inermes e impotentes las dos mil y una danzas frenéticas de alcohol, drogas, gritos y muerte; acero, pólvora y muerte; sangre, babas, orín, mierda y muerte; odio, odio, odio, más odio y más muerte en Las Bananeras, Las Brisas, Las Nubes y Las Palmas; en Loma Redonda, Lomas Verdes, Los Andes y Los Brito; en Los Córdoba, Los Pajales, Los Palmitos y Los Recuerdos; en Los Turbay, Los Uvos, Magüí Payán y Media Luna; en Medio Atrato, Nueva Venecia, Nuevo Horizonte y Olaya Herrera; en Palestina, Perico Aguao, Piedra Blanca y Playa Rica; en Potrero Grande, Pueblo Bello, Pueblo

Nuevo y Pueblo Rico; en Pueblo Viejo, Puerto Asís, Puerto Berrio y Puerto Boyacá; en Puerto Caicedo, Puerto Colón, Puerto Concordia y Puerto Esperanza; en Puerto Gaitán, Puerto Leguízamo, Puerto Libertador y Puerto Lleras; en Puerto López, Puerto Nare, Puerto Nuevo y Puerto Parra; en Puerto Patiño, Puerto Rico, Puerto Rondón y Puerto Saldaña; en Puerto Salgar, Puerto Triunfo, Puerto Valdivia y Puerto Wilchis; en Punta Coquitos, Retiro Nuevo, Ricaurte y Ringo Rango; en Río Ancho, Río Piedras, Río Viejo y Rionegro; en Riosucio, San Alberto, Salamina y San Agustín; en San Andrés, San Antero, San Antonio y San Calixto; en San Diego, San Gil, San Isidro y San Jacinto; en San Luis, San Martín, San Miguel y San Onofre; en San Pablo, San Pedro, San Pelayo y San Rafael; en San Roque, San Salvador, San Sebastián y San Teodoro; en San Vicente, Santa Cecilia, Santa Cruz y Santa Isabel; en Santa Marta, Villanueva, Santuario y Vida Nueva; en Villa Garzón, Santa Rosalía, Santo Domingo y Vista Hermosa...

Mi cuerpo y mi alma sufren temblorosos, inermes e impotentes las dos mil y una danzas frenéticas de alcohol, drogas, gritos y muerte; acero, pólvora y muerte; sangre, babas, orín, mierda y muerte; odio, odio, odio, más odio y más muerte en Alto San José, Altos de Manila, Altos del Rosario, Bajo Baudó-Pisa, Barranco de Loba, Belén de Umbría, Boca de Nauritá, Carmen de Bolívar, Carmen de Vival, Carmen del Darién, Cartagena del Chairá, Castilla la Nueva, Cerro San Antonio, Ciénaga de Oro, Concejales de Rivera, El Carmen, El Carmen de Bolívar, en el exterior, en Estados Unidos I, Estados Unidos II, Fuente de Oro, Guayabal de Siquima, La Mejor Esquina, La Unión, López de Micay, Los 19 Comerciantes, Los Andes Sotomayor, María la Baja y Matal de Flor Amarillo...

Mi cuerpo y mi alma sufren temblorosos, inermes e impotentes las dos mil y una danzas frenéticas de alcohol, drogas, gritos y muerte; acero, pólvora y muerte; sangre, babas, orín, mierda y muerte; odio, odio, odio, más odio y más muerte en Mutatá y el

Palacio de Justicia, en Palmeras de Santana y Paz de Ariporo, en Puerto Rico y Rincón de la Vieja, en Río de Oro y Pavarandó, en Rodeíto-El Pozo y Sabana de Torres, en San Carlos y San Carlos de Guaroa, en San Francisco y San José de Apartadó, en San José de Fragua y San José del Guaviare, en San Juan de Nepomuceno y San Juan de Arama, en San Juan de Betulia y San Juan del Cesar, en San Martín de Loba y San Pablo, en San Pablo de Borbur y San Pedro, en San Pedro de la Sierra, en San Pedro de los Milagros y en San Pedro de Urabá...

Mi cuerpo y mi alma sufren temblorosos, inermes e impotentes las dos mil y una danzas frenéticas de alcohol, drogas, gritos y muerte; acero, pólvora y muerte; sangre, babas, orín, mierda y muerte; odio, odio, odio, más odio y más muerte en San Vicente de Chucurí, San Vicente del Caguán y Santa Bárbara; en Santa Fe de Antioquia, Santa Helena del Opón y Santa Rosa de Lima; en Santa Rosa de Osos, Santa Rosa del Sur y Santander de Quilichao; en Trojas de Cataca, Valle de San Juan y Valle del Guámez; en Vigía del Fuerte, Villa del Río y Villa del Rosario...

Mi cuerpo y mi alma sufren temblorosos, inermes e impotentes las dos mil y una danzas frenéticas de alcohol, drogas, gritos y muerte; acero, pólvora y muerte; sangre, babas, orín, mierda y muerte; odio, odio, odio, más odio y más muerte en Belén de los Andaquíes, en La Curva del Diablo, en La Jagua de Ibirico, en La Jagua del Pilar, en El Carmen, en El Carmen de Chucurí, en Salazar de las Palmas, en San Andrés de Sotavento, en El Páramo de la Sarna, en La Punta de los Remedios y en San José de la Fragua...

Mi cuerpo y mi alma sufren temblorosos, inermes e impotentes las dos mil y una danzas frenéticas de alcohol, drogas, gritos y muerte; acero, pólvora y muerte; sangre, babas, orín, mierda y muerte; odio, odio, odio, más odio y más muerte...

Más nombres reales de pueblos reales donde ocurrieron matanzas reales de personas reales que se siguen repitiendo, a pesar de que muchos no quieran reconocerlo, a pesar de que las listas

y las repeticiones en los escritos no gusten y se vean mal, y a pesar de que es posible que no se lean...

Ante mi impotencia y la imposibilidad de poner todos los nombres de las masacres y las víctimas en mi altar de muertos, pues cada día hay más, decido poner las fotografías de las listas de los nombres de los asesinados escritos en largas tiras largas de tela, lana o papel que han elaborado con amor y dolor los familiares y los amigos de las víctimas en Colombia, París, Nueva York, Madrid, México, y en todos los lugares del mundo donde hay un migrante colombiano víctima de la violencia.



De la obscuridad de la noche brota un nuevo día y no encuentro respuesta alguna de Belén. No resisto y le escribo: ¿Dónde y cómo anda mi Belén?

Al siguiente renacer del sol, después del rito del riego de las plantas, encuentro sus palabras:

Belén anda, ando, protegiéndose del frío con una chalina de lana enroscada a la manera de las mujeres africanas, sincretismo contra el intenso y bello frío de la noche andina. Ando, anda, conociendo a personas muy lindas y sonriéndole a mi suerte. Y ando, andamos, tristeando porque una de las personas más lindas del mundo, uno de mis maestros, está muy enfermo y todo pende de un hilo.

Así es, nuestro encuentro empezó con un golpe al que hacemos frente juntos, y cada uno a nuestro modo. Es Juan Pablo, mi maestro, compañero y hermano, con quien hace un mes planeaba animar esta evaluación, a quien ahora le fallan las fuerzas y se pelea contra un tumor cerebral.

Pero seguimos... El sábado en la mañana, antes de la inauguración, empecé pidiéndole a los participantes que se presentaran a través de una línea del tiempo en la que cada uno marcara los eventos, las personas y los encuentros que le han llevado hasta su compromiso actual. Yo concluyo que son hombres y mujeres valientes. ¡Y cómo puede cambiar al mundo la valentía!

A partir de hoy nos hemos metido a trabajar los temas previstos, a evaluar los avances de los participantes en los talleres, y entre tanto cocinamos, salimos a comprar pan, hablamos de nues-

tros próximos encuentros, de proyectos de implantación, de la vinculación de los jóvenes de los talleres a las bibliotecas, de los planes y la vida, y de la salud de Juan; paseamos la ciudad y sus alrededores, invitamos a los niños y a los jóvenes a nuestros talleres y actividades, vivimos...

¡Y qué bonitas las mujeres con polleras, las largas trenzas negras, las papas amarillas, el cielo tan azul, el quechua! El sábado subiremos a una comunidad campesina en la que hemos trabajado desde hace muchos años. Allí nos proponemos dejarnos formar por quienes conocen la miseria en carne propia, dejar que nos digan, que nos forjen a golpe de palabra, de ejercicios y trabajo compartido.

¡Qué bonita la historia de tu tío y el circo, y qué emocionante! Quizás un día te cuente la de mi tía y cómo llegué yo a este circo tan particular...

Y tú, Marius, ¿dónde y cómo andas, y quién eres? Beso.
Belén.



En el trágico camino de las armas que ha tomado una rama de esta historia surge la imagen de José de Jesús, quien no pudo asistir a la fiesta. Así como los demás izquierdistas envidiaban la belleza de nuestras compañeras, nosotros sufríamos porque, promotores de la revolución socialista y del poder obrero, no contábamos en nuestras filas con ningún trabajador de la ciudad o el campo... Por ello, más allá de la evidente importancia y necesidad política y social de «la vanguardia de la revolución», los obreros y las obreras de carne y hueso eran deseados y envidiados por nuestra organización y nuestra militancia, mientras no los tuvimos, ¡y objeto de adoración cuando creíamos tener uno entre nosotros!

Un pequeño grupo de jóvenes cuestionamos el hecho de que nuestro partido se considerara la vanguardia de la vanguardia de la revolución obrera sin contar en nuestras filas con un solo obrero o campesino. Después de varios meses de discusiones sobre la pertinencia del momento del encuentro con la clase obrera, la clase escogida, la gloriosa vanguardia de la futura humanidad, creamos algunas «células obreras» dedicadas a establecer contacto con quienes nos guiarían sin desviaciones al paraíso socialista.

Sin la más puñetera idea de cómo podríamos hacer la pesca milagrosa de trabajadores, nos dedicamos a crear, vender y regalar *Poder Obrero*, «nuestro veraz, verdadero, luminoso, claridoso y nunca bien ponderado periódico, camarada», a las puertas de las fábricas, a las seis de la mañana, a las dos de la tarde y a las diez de la noche, sin falta; acompañábamos solidariamente cuanto toldo de huelga se levantaba; visitábamos cuanta sede sindical encontrábamos, y nos cuidábamos de los otros izquierdistas, que

defendían a muerte su territorio para evitar que les robáramos a cualquiera de sus muy apreciados camaradas obreros.

Es justo reconocer que nosotros nos emputábamos con los compañeros de camino que cortejaban a nuestras camaradas, y teníamos intensos y ambiguos sentimientos con los representantes de la vanguardia de la humanidad que también las pretendían, y a veces conquistaban.

¿Cuántos representantes de la vanguardia llegamos a tener o, mejor, por cuántos fuimos conquistados? No sé la pertinencia o la validez de esta pregunta, ni la respuesta; pero recuerdo que José de Jesús se paseó por todo el país seduciendo a nuestras militantes, o dejándose seducir por ellas, como prefieran... ¡Y vaya a saber si no encandiló o se dejó encandilar por más de uno de nuestros camaradas!

Lo cierto es que José de Jesús había sido echado de una de las más importantes empresas industriales del país. ¿Sigue siendo obrero?, pregunté, ingenuo. «Claro, camarada, José de Jesús es un representante de la vanguardia, desempleado, sí, pero un auténtico proletario», en esencia, me contestaron. Desde entonces se paseaba iluminándonos sobre el movimiento obrero y popular, con auténticas anécdotas de la vida trabajadora y sindical salpicadas de frases y fragmentos de los brillantes discursos analíticos de nuestros camaradas, dirigentes y profesores universitarios, retomados de nuestros brillantes profesores, dirigentes y camaradas universitarios de Europa y Estados Unidos, según los cuales estábamos *ad portas* de la última crisis, *ad portas* del apocalipsis capitalista y *ad portas* del inevitable triunfo de la Revolución Socialista Mundial, que se propagaría allende las fronteras desde cualquier país del primer, segundo, tercer o cuarto mundo...

Entonces, claro, yo me sentía muy honrado cuando José de Jesús me enaltecía con su visita. ¡Cuánto no podría aprender yo, novel maestro y aprendiz revolucionario! Un día de esos, un domingo, recuerdo muy bien, después de contarme cómo habían viajado él y otros camaradas desde la capital en un jeep practicando

tiro al blanco en los avisos de la carretera, «100% de blancos a más de 100 km por hora», se ufanaba, y de acabarnos el ron y las cervezas que yo tenía en la nevera, fuimos a escuchar boleros y salsa al «Corazoncito musical», el mismo adonde me había llevado mi maestra y camarada. Si teníamos suerte, podríamos encontrar una hembrita con quien bailar, ¡y quizás hasta resultaba obrera, y quizás...!

Durante el recorrido y buena parte de la velada, mi dirigente obrero y yo hablamos de la situación de nuestro partido obrero, de nuestro *Poder Obrero* y de las discusiones que abordaríamos en el próximo Comité Central de la vanguardia obrera, al que yo asistiría por primera vez como invitado. Entre fluorescentes neones rojos y verdes, cálidos rones con hielo y limón y heladas cervezas se impusieron Benny Moré y su siguaraya:

En mi Cuba nace una mata,
que sin permiso no se puee tumbá eee,
porque son Orichas,
no se puee tumbá eee,
porque son Orichas.

Esa mata nace en el monte,
esa mata tiene poder,
esa mata eeeeeee, siguaraya...
Esa mata tiene siete rayos e,
no se puee tumbá...
Siguaraya verá verá,
con permiso yo va tumbá...

(«Siguaraya», Lino Frías)

Al momento de pagar, lógico, la vanguardia obrera no tenía con qué, pues estaba desempleada. El aprendiz de maestro paga, no hay problema, hermano, otro día... «A propósito, me dice, ¿cómo va-

mos a ir al Comité Central?». En flota, le contesto sonriendo, no hay avión. «¿Y tienes p'al pasaje?». Quizás cobre el viernes, replico con la sonrisa retenida.

El camino de regreso a casa era oscuro, solitario, silencioso, sinuoso... De pronto, en el durmiente nocturno dominical, recibo un leve codazo: José de Jesús me señala con los ojos a un borrachito. Me río. Sus pronunciadas eses sólo son levemente más amplias que las nuestras. José de Jesús me da a entender, como puede, pues soy bastante lento y tonto, que de lo que se trata es de bolsearlo. Suelto la carcajada y le digo que no, que le prestaré lo del pasaje. Él me asegura que en el Comité Central le darán los viáticos y me devolverá de inmediato el dinero que aún sigo esperando.

Antes de la partida, con sigilo, me pidió que le guardara una granada, extraño y poderoso objeto que tomé y observé detenidamente con gran asombro y extremo cuidado; lo deposité en el fondo del cajón más alto del armario y se lo devolví en la primera oportunidad que tuve, quitándome un gran peso de encima. ¡Cómo me angustiaba pensar que ese pequeño y poderoso instrumento de muerte creado por el hombre pudiera estallar y destrozarse las vidas de quienes pudiéramos estar cerca, yo mismo, mi mujer, mi hija o las visitas, en mi casa, o a cualquier persona en cualquier otra parte!

¡Qué miserable e impotente me sentía, y cómo me hizo reflexionar esa pequeña verde y mortal granada acerca de la importancia que la humanidad, de izquierda y derecha, cristiana, musulmana, hinduista o atea, le ha concedido a la guerra, a los guerreros y a las armas! ¡Y cómo han sido usadas por todos!

Pongo unas cuantas calacas sin nombre que representan al desconocido número de amigos, compañeros y camaradas que han podido haber muerto, y otro número similar que representan las víctimas del otro lado... Y de pronto me siento envuelto por una cierta calma al hacer conciencia de que nunca tomé el camino de las armas y de que nunca utilicé arma alguna...



Busco una foto de Patricia, no encuentro la que más me gustaba, pero pongo otra en la que estábamos abrazados, yo sentado en un montículo y ella de pie, su brazo en mis hombros, el mío en su cintura, cada uno con una botella de cerveza en la otra mano, con el infinito mar de azules, verdes y turquesas al fondo de una pequeña y hermosísima isla caribeña que se pelean dos de nuestros paraísos... Una hermosísima isla que recientemente fue arrasada por un huracán, una hermosísima isla caribeña cuyos habitantes han terminado de perder la fe en el gobierno del paraíso que les ofreció restaurar sus casas y la infraestructura y un año después sólo ha reparado unas cuantas...

La conocí en uno de mis viajes al paraíso infantil, en un paseo al frío río que bajaba desde lo alto de un parque natural que separa mi cálida ciudad natal del Océano Pacífico, y desde ese día no dejamos de nadar, de vernos, de bailar, de conversar, de escuchar música, de cocinar, comer y beber, y de guardar silencio ante la inminente despedida, hasta que le pedí que me acompañara a las islas que se encuentran a mitad de camino entre mi paraíso primitivo y mi paraíso actual... Nos despedimos sin atrevernos a soñar ni prometernos nada, sólo un único deseo compartido: ver el cometa Halley que habíamos estado buscando juntos en las noches estrelladas... Ella lo pudo ver en su vuelo de regreso al paraíso desde la cabina del piloto, me contó fascinada; y yo no lo pude ver, y no creo que alcance a sobrevivir para cumplir mi promesa en su siguiente paso, y si llegara a lograrlo, ya no se lo podría contar...

Un día me encontré entre mis viejos papeles una carta suya en la que se lamentaba de nuestra inmadurez, y la busqué, y des-

pués de varias llamadas, me contestó sorprendida, comentando algo relativo a cuánto tiempo después la había llamado, y cuando volví al paraíso me contestó la llamada, pero no quiso que nos viéramos, aunque no lo dijo...

Pocos meses después, mi tío Pedro me llamó a contarme que había muerto, creo que de un cáncer...



En una época, como necesitábamos dinero para editar nuestro *Poder Obrero*, para los salarios de los camaradas a quienes habíamos «profesionalizado», para la renta de nuestras sedes, para los congresos, los viajes, y tal vez para nuestras primeras armas, camino que contaba con mucha simpatía entre nosotros, planeamos algunas pequeñas expropiaciones... A mí sólo se me ocurrió una incursión en un motel, idea que generó muchísimos comentarios burlones, claro, más de una carcajada y más de una mirada pícara y cómplice... Cómo sería nuestra ignorancia y nuestra candidez sobre el asunto, que decidimos ponerla en práctica...

A las diez de la noche —no en punto— me recogieron José de Jesús y otros camaradas en un viejo Land Rover, y empezamos a dar vueltas por la ciudad buscando el motel que nos proporcionaría el brillo plateado que abriría el camino plateado al paraíso de nuestros sueños; yo conocía un par de hoteles de paso y di la dirección, pero no hubo consenso sobre tan crucial expropiación, camarada, y seguimos dando vueltas y vueltas, y más vueltas, hasta que, cansado, les dije: «Déjenme en mi casa, ¡no jodan! Y si se deciden, pasen por mí», y me fui a dormir decepcionado, primero, y poco después preguntándome si debía putearlos o más bien agradecerle a la vida su indecisión.

Un domingo, ¡vuelven las adoradas armas!, me fui a escuchar salsa en casa de una camarada que había sido mi maestra. Pasada la medianoche, salí tocado por los tragos, la música y sus perfumes. Rumbo a mi barrio, en la inmensa soledad de la noche dominical, un estremecedor rugido y una luz intensa irrumpieron a toda velocidad hacia mí. Pensé que era un carro con un farol

quemado y le puse la mano haciendo autoestop, sin esperanza alguna, por no dejar, jugando. Para mi sorpresa, una moto se detuvo a mi lado: era un policía; venía borracho, con su metralleta colgando a la espalda y el transistor con la Sonora Matancera a todo volumen. «¿A dónde va, hermano? Súbase, yo lo llevo», me dijo a gritos, sonriendo. Yo no lo podía creer.

Me trepé y durante los dos kilómetros del recorrido, con el refrescante aire en mi rostro, mientras seguíamos a voz en cuello a Celia, que se escapaba de su radio transistor llenando la calle y la caliente noche, «la rumba me está llamando...», estuve pensando en lo fácil que sería desarmarlo, en lo que podría pasar, y en el sentido tanto de ese acto como de la lucha armada. Al bajarme, le di las gracias, hermano, con un fuerte choque de manos y un gran abrazo. Esa vez dormí feliz. ¡Qué lección y qué alegría me dieron su solidaridad y su calidad humana!

Después supe que a José de Jesús lo habían detenido varios años por transportar otra parte del armamento robado a la industria militar, el mismo que originó la conmoción nacional, el escándalo periodístico y el asesinato del Negro; entonces fue más clara para mí su admiración por las armas, y también aprecié mejor su compromiso militante. Y aunque no es para risa, lo sé, solté la carcajada cuando me contaron que un día se le habían juntado en la visita conyugal dos de sus mujeres, una obrera y una maestra universitaria que habían conversado amigablemente durante el tiempo de espera en la larga cola y se habían sorprendido y emputado hasta las lágrimas al darse cuenta de que hacían fila por el mismo hombre.

Sólo una vez en mi vida disparé un arma; en mi primer tiro el proyectil dio en el blanco y el vuelo de la perdiz se detuvo y trazó una línea vertical en picada contra el cielo azul hasta la durísima tierra; entonces salieron ladrando los perros tras ella, veloces y excitados, y yo me sentí mierda, mierda, mierda y más mierda. ¿Cómo, con qué derecho, para qué pude interrumpir el vital vuelo de esa bella y frágil ave? Aún hoy, décadas después, la

imagen de esa perdiz en picada, su cuerpo estrellado en la tierra, sus ojos opacos y los ojos brillantes del can que me la trajo permanecen en mí.

El mismo día asistí a una cacería de jabalíes; los «cazadores» esperaban a los cerdos «salvajes» que corrían arreados hacia la zona de tiro. Comimos y bebimos en abundancia, pero sobraron varios kilos de carne que se guardaron durante varios meses en el refrigerador, hasta que un día fueron tirados a la basura.

¿Cómo se puede destrozar la vida de tantos y tan maravillosos animales por pura diversión? ¿Y cómo puede uno disparar contra un ser humano, por la razón que sea, del país, del color, de la religión o de la ideología que sea? ¿Cómo me sentiría hoy si hubiera disparado por la esperanza de la revolución en el paraíso, en el utópico paraíso socialista del centro del paraíso o en cualquier otra parte, ante la irrefutable realidad de la cíclica renovación y permanencia de las formas del poder, de la corrupción, de la intolerancia, del irrespeto a las libertades individuales, a las minorías, a la democracia y a los derechos humanos, y de tantas miserias y miserias más que hermanan a los nuevos y a los viejos gobernantes de derecha y de izquierda? ¿Cuántos centenares de miles de presos, torturados y muertos?, ¿cuánto oprobio y dolor costaron la Revolución Rusa, la Revolución Cubana, la Revolución China y la Revolución que tumbó a Somoza?, ¿la escritura de *Archipiélago Gulag*, el *Informe contra mí mismo*, *Rana* y *Adiós muchachos*, entre tantas, a cambio de la ilusoria renovación del gran imperio de la desigualdad, la ineficiencia, la corrupción, la intolerancia, la banalidad y la destrucción del ideal democrático? ¿Valió la pena disparar por ellas? ¿Valió la pena matar y morir por eso?, ¿valió la pena matar y morir por esos tipos? ¿Valdrá la pena matar o morir por ideas o por vainas tan relativas y efímeras?

Pongo en cristalinos vasos, botellas y floreros llenos de agua, ramos de nube, nardos, rosas, gladiolas, gardenias, margaritas, alcatraces y cuanta flor blanca me voy encontrando en mí cada vez más grande altar de muertos y pienso en la delicada línea invisible que separa la muerte de la vida.



El nuevo correo de Belén me estremece, porque pone en evidencia una vez más la fragilidad de la vida, y mi debilidad, porque sin darme cuenta considero si Juan Pablo es su pareja. «¿Cómo puedo en estas circunstancias hacerme semejante pregunta?», pienso con culpa, y me siento perturbado y miserable. Entonces le contesto solidario, con pena y temor:

Uy, lo lamento en el alma, me conmueves y siento de nuevo la impotencia que todos experimentamos, tarde o temprano, una y otra vez, ante la enfermedad, la vejez y la muerte. Lo siento mucho y te mando un muy fuerte abrazo. ¿Dónde está Juan Pablo, quién lo cuida? Cuéntame, y llora. Contar y llorar alivia... Y siento mi abrazo.

Estoy leyendo el libro que me mandaste sobre la pobreza, la educación y el trabajo de ustedes. Tus relatos actuales me ayudan a entenderlo mejor, le dan forma, aliento, hueso y carne. Ya te comentaré. Por lo pronto, leo encantado tus historias de fría noche andina, arropada en el saber y el calor milenario de las ruanas y los seres humanos que las producen y las portan.

¿Tomas té de coca? ¿Qué cocinan, qué comen, cómo preparan la papa, qué aprendes, qué enseñas, de qué hablan? ¿Me contarás algún día cómo llegaste a tu trabajo con los más necesitados, y tus deseos, y tus secretos?

Quién soy yo, me preguntas. La verdad, es probable que me vaya de este mundo sin saberlo muy bien: puedo contar cosas que he vivido, lo que creo y lo que pienso, lo que he hecho, lo que me gustaría hacer, lo que me duele, lo que me entusiasma, etc.,

etc., etc., pero no estoy seguro de quién sea realmente. Quizás te podría mandar mi primera y hasta ahora única novela, aunque no sé si llegues a terminarla —creo que no es fácil, lo temo, con pena—, bastante autobiográfica, por cierto, pues mi imaginación no alcanza ni quiere trascender mi realidad, la muy rica y compleja realidad que vivimos, si nuestros ojos y nuestros corazones, y nuestra imaginación se detienen en ella con atención. ¿Puede la ficción ser más rica que nuestra realidad?

Te espero con ilusión y enormes deseos de oír los detalles de tu iniciación en la lucha por la educación y contra la pobreza extrema, y con ganas de conocer algo de tu proceso formativo y de tus experiencias vitales y pedagógicas, y tus sueños más caros.

Un fuerte abrazo: Marius.



Me duele comprobar que las ejecuciones extrajudiciales, los atentados y las matanzas o masacres, de izquierda y derecha, de estados y gobiernos de izquierda y derecha, matanzas o masacres que han tratado de ocultar las izquierdas y las derechas, así como las perpetradas por algunos ciudadanos «comunes y corrientes», no sólo reinan en el paraíso o en mi nuevo paraíso sino en todo nuestro gran paraíso, desde el momento mismo del descubrimiento, con aproximadamente 60 millones de indígenas asesinados durante el genocidio de la conquista española y 48 millones de africanos esclavizados y muertos durante su rapto y traslado a América.

Asimismo, me duelen, ¿cómo no?, el genocidio británico en Norteamérica, y las menos numerosas, pero no menos violentas e inhumanas matanzas francesas, portuguesas y holandesas —sin olvidar la Santa Inquisición ni las Cruzadas ni tantas otras matanzas a nombre de Dios y de la Humanidad—, y las guerras bananeras y las intervenciones de Estados Unidos en Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Cuba, Chile, El Salvador, Granada, Haití, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, República Dominicana, Uruguay y Venezuela, por sólo referirme a las perpetradas en el paraíso...

Me duelen, sí. Y digo me duelen, aunque tal dolor, tanto dolor expresado así pueda ser considerado retórico o exageración. A tal punto hemos llegado, a tal acostumbramiento al asesinato y al dolor que no sólo las palabras han perdido su sentido, sino que los muy inhumanos y oprobiosos hechos que registran son olvidados, ocultados o negados, ¡y, para colmo, muchas veces tenemos a los asesinos como héroes o santos!

¡Ay, qué pereza! ¿Hasta cuándo me vas a hablar de esas vainas! ¿Para qué, Marius? ¡Hay que olvidar, no nos podemos quedar en el pasado!

Pero me duelen. Me duelen —puedes saltarte la lista, si te molestan los recuerdos del oprobio y la infamia enlistados y las reiteraciones— el Genocidio Maya, el Genocidio Guatemalteco y el Genocidio Hondureño; el etnocidio de 1932, las masacres estudiantiles y las masacres o matanzas de Accomarca, Acul, Adolfo Molina Orantes y Aurora; las masacres o matanzas de Bagua y Barrios Altos; las masacres o matanzas de Calapté, Cantaura, Cararabo, Carmen de Patagones, Catavi y Coro; las masacres o matanzas de Chacalté, Chel, Chisis y Chuacaman; las masacres o matanzas de El Aguacate, El Amparo, el Bogotazo, el Caracazo, el Complejo de Alemão, El Conguito, el Día de los Mártires, el Mitin de la Carne, El Mozote, el penal de Magdalena, el Santa y Ezeiza; las masacres o matanzas de Fátima, Floresta y Fortín Yunká; las masacres o matanzas de Gregorio Yujá Xona y Guadalupe; las masacres o matanzas de Ilom e Ixcán; las masacres o matanzas de José León Suárez, José María Caro y Kennedy; las masacres o matanzas de la Avenida Roosevelt, la Asociación Mutual Israelita, la Capilla del Rosario, la Caja del Seguro Obrero, la Candelaria, La Cantuta, la cárcel de Barquisimeto, la cárcel de Caracas, La Coruña, la Embajada de Israel, la Embajada Española, la Escuela Pública Tasso da Silveira, La Estancia, La Forestal, la Franja Transversal, la Huelga General, La Joya, La Libertad, La Llorona, La Patagonia, la Semana Roja, la Semana Trágica, La Tablada y La Taña; las masacres o matanzas de Laja, Lancetillo, Las Dos Erres, Ledesma, Los Cañas, Los Surgentes, Los Toriles y Lucanamarca; las masacres o matanzas de Margarita Belén, Marusia, Napalpí y Oberá; las masacres o matanzas de Palomitas, Panzós, Pasco, Patzité, Pirovano, Perejil, Plan de Sánchez, Plaza Bulnes, Plaza Colón, Plaza de Mayo, Ponce, Pompeya, Porvenir y Puerto Mont; las masacres o matanzas de Ránquil, Ramallo, Rincón Bomba, Río Negro y Rosario Monte María; las masacres o

matanzas de Sacuchum Dolores, Salacuín, Salinas Magdalena, Salsipuedes, San Antonio Sinache, San Gregorio, San José, San Juan, San Martín, San Mateo Ixtatán, San Miguel Acatán, San Miguel Sechochoch, San Patricio, Santa Bárbara, Santa María de Iquique, Sanimtakaj, Sansirisay y Santa Cruz del Quiche; las masacres o matanzas de Táchira, Tandil, Tenango, Trelew, Triángulo Ixil y Tzununul; las masacres o matanzas de Xalbal, Xesic, y las masacres o matanzas olvidadas, escondidas o sin registro, y las muchísimas masacres o matanzas por las represalias correspondientes...

¡Putá, no hay flores ni calaveritas ni espacio que alcancen para tantas matanzas y tantas masacres!



Nuevamente despierto con los primeros dorados trinos y las iniciales líneas musicales del sol y sus acompañantes, y busco arropado con ellos el brillo de los mensajes de Belén:

Gracias, Marius. Confieso que me pongo contenta cuando te leo. A Juan Pablo le cuidan su familia, sus hijos, su mujer y muchos otros que han llegado, tiene muchos que le quieren. Me cuentan que lleva en sus bolsillos las muchas cartas y mensajes que le llegan y que de vez en cuando hace un rápido e imperceptible movimiento y aparece una hecha un rollito de luces entre sus dedos, la desenrolla y pide que se la vuelvan a leer. Es bonito verlo e imaginarlo así. En estos días está tomando medicinas para bajar la inflamación del tumor y poder ser operado con menor riesgo. Al mismo tiempo, el tumor es tan agresivo que cada día que pasa el peligro es mayor.

Lloramos mucho, porque le queremos mucho. Pero también nos reímos recordando anécdotas y el impacto que ha tenido en nuestras vidas. Si miramos bien, la vida es las personas que hemos encontrado y la magia que hemos sido capaces de crear juntos. Juan Pablo nació mago, eso nos cuenta Santiago, su amigo de infancia en estas noches frías que nos abrigan. Dice Santiago que a él le costaba aprender en la escuela y que Juan Pablo lo buscaba en las madrugadas para ir juntos a estudiar bajo la luz de uno de los pocos faroles que iluminaban la ciudad en aquellos años. Una de aquellas mañanas se prometieron terminar juntos la secundaria y después ayudar a otros a aprender.

Santiago se hizo maestro de escuela y trabajó siempre en las comunidades campesinas a las que pocos maestros querían ir. Juan Pablo también se hizo maestro, pensador y luchador, y fue uno de los fundadores de nuestra organización, carpa real e imaginaria que reúne saberes, imaginación y sueños.

Lo extraordinario para nosotros no es lo que ya sabemos hacer sino lo que aprendemos en las comunidades, lo que construimos, lo que podemos sacar a la luz: ¿No es magia lo que hacen los hombres en las alturas andinas para hacer de la papa el chuño, parto del hombre, el sol y el frío para alimentar a las familias? ¿No es magia lo que hacen los jóvenes en las favelas de Río para resistirse a las fauces del narcotráfico?, ¿y lo que hacen las madres para levantar y mantener las viejas casas de pie en la línea de los ferrocarriles en Centroamérica contra las lluvias, contra las maras, contra la policía?

Ahora tomo mate de coca y comemos una mezcla de comidas del Norte y el Sur, y de España (¡porque también me encanta cocinar!), si es que después de tantos años fuera todavía me queda mano de la rica cocina de mi abuela. ¡La comida, la rica comida, si pudiéramos tratarla con justicia!

Si me mandas tu novela, yo te mando mi primer y único poemario, ¿quieres? De alguna manera, el poemario forma imágenes relacionadas con mi paso de la niñez a la adolescencia, al mundo y a nuestra organización, imágenes que, espero, pueda un día reconvertir en relatos para ti. Mañana te hablo de lo que aprendemos y de lo que enseñamos.

Abrazos grandes y un beso. Belén.

Luego luego —como dicen en mi nuevo paraíso— le contesto:

Hola:

¿Cómo siguen Juan Pablo, y tu trabajo, y tú? Llueve y me siento un poco triste; supongo, porque el repicar de las gotas repercute en mis oídos y en mi pecho y su eco me transporta a mi

niñez en la fría y nublosa capital andina de neblina, llovizna y aguaceros constantes, maestra en escalofríos, pérdidas y soledades...

Salgo en un ratito a un pueblo en la montaña, un pueblito que, ¡oh casualidad!, está frío, con lluvias, rayos y neblina; voy al cumpleaños de una joven a la que le contaba cuentos cuando llegó huyendo con sus padres de una de las dictaduras del Sur; le llevaré mi novela, mi poemario y los libritos infantiles bilingües que he editado en español y doce de las sesenta y dos lenguas indígenas del país, uno mío, ¡con tanto que critico nuestro ancestral nepotismo y tráfico de influencias, y termino autopublicándome! Voy a buscar la última versión de mi novela y te la mando; asimismo, mi librito de poemas.

Van un fortísimo abrazo y un beso: Marius.



Yo soy un hombre sincero
de donde crece la palma,
y antes de morirme quiero
echar mis versos del alma...

C antan el poema de Martí Celia, Vale y Compay, sonriendo, y recuerdo a mi amigo Lichi, el autor del *Informe contra mí mismo*: yo vi cómo se fue muriendo de tristeza, cómo se fue muriendo de soledad, cómo se fue muriendo de lágrimas y alcohol por su isla, por la imposibilidad de vivir libremente en ella, por no poder existir crítica y productivamente en la Revolución que lo formó, en la Revolución que vio llegar con los barbados a La Habana cuando era apenas un niño, en la Revolución en la que creyó ciegamente, en la Revolución donde habitaba su familia, en la Revolución que amó hasta el último día de su existencia, ¡en la Revolución que se levantó contra los siete años de dictadura de Batista y se instaló en el gobierno por cuarentainueve años con Fidel Castro y trece más con su hermano Raúl!

¡Ah del sueño de la Edad de Oro! ¿Cómo, mi querido Miguel de Cervantes, podremos alcanzar de nuevo esa necesaria, anhelada y dichosa edad? ¿Será que es posible materializarla algún día, o sólo tendremos que contentarnos con soñarla? ¿Podremos mantener vivo ese sueño?

A mí me quedan numerosas imágenes del ilusorio y fantástico viaje tras el paraíso y la Edad de Oro, como la noche en que Remedios, Preciado, Johny y yo fuimos a promover el Paro Nacional al vecino pueblito proletario donde intentábamos ganar

militantes obreros. El corazón latía aceleradamente mientras, siempre alerta, pegábamos carteles y repartíamos volantes llamando, ilusos, a la Huelga General, que todo el mundo llamaba Paro Nacional... A medida que la obscuridad de la noche crecía, las calles se iban quedando más y más solas y el ambiente se hacía insostenible con la sombría y apabullante presencia de los militares.

De pronto apareció en una esquina una patrulla: ¡A correr! ¿Para dónde? ¡Adonde sea! En el pueblo no teníamos más que conocidos lejanos y no podíamos ponerlos en peligro; previamente habíamos decidido dispersarnos en un caso semejante, y eso hicimos, ¡vaya planeación!, ¡vaya ingenuidad! ¡Vaya locura! Pasado el susto, cada uno de nosotros continuó metiendo por debajo de las puertas hasta el último volante. Remedios nos contaría después que había llegado a un barcito y unos trabajadores la habían invitado a su mesa —aunque era evidente que no estaban interesados en hacer parte de nuestra organización, nos habían observado y nos habíamos ganado la confianza y el respeto de algunos de ellos—. «Enseguida entraron tres soldados que recorrieron con sus miradas el salón, ¡y volvieron a salir sin detenerse en mí ni decir nada!». Deambulando cada quien por su lado, como si nos hubiésemos puesto de acuerdo, en uno de esos milagros de la vida que parecen mentira, nos encontramos los cuatro en una esquina. ¿Cómo fue posible tal coincidencia? En ese momento, desbordantes de alegría y optimismo, en lo único que pensábamos era en la manera de regresar y en dónde iríamos a celebrar el final feliz de nuestra inconsciente misión.

Al corregir estas páginas no puedo dejar de señalar que, en este mes de mayo del 2021, en el mismo pueblito, como en otros tantos, han sido asesinados varios jóvenes y líderes sociales por participar en el nuevo Paro Nacional...

Tomamos la carrilera rumbo a la ciudad, ¡a 20 km!, entre risas y cantos, saltando de durmiente en durmiente, haciendo equilibrio en los rieles, cuyos lomos reflejaban luz de luna llena, y comentando los sucesos de nuestra odisea. Entonces un largo e insistente

pitido de tren nos sorprendió. Volteamos a mirar, hicimos autostop apuntando con el pulgar hacia el paraíso, a carcajadas, mientras veíamos venir hacia nosotros la enorme locomotora con su grande e intenso farol. Es increíble, lo sé, pero es cierto: el tren disminuyó su velocidad poco a poco, ¡y la enorme máquina humeante se paró resoplando a nuestro lado!

Nos subimos ebrios de felicidad y regresamos en la cabina hablando con el maquinista, que no dejaba de sonreír. Mientras la luz de la farola se diluía en la oscuridad y la niebla, charlando sobre la situación de los trabajadores y la Huelga General, que el conductor también llamaba Paro Nacional, nos sentíamos Lev Davidovich Bronstein, Trotski, arribando a Moscú entre miles y miles de revolucionarios que cantaban a coro, levantando y agitando el brazo:

Arriba los pobres del mundo
de pie los esclavos sin pan (...)
El día que el triunfo alcancemos
ni esclavos ni dueños habrá (...)
¡Viva la Internacional!

(«La Internacional», Eugène Pottier)

Esa noche bebimos y bailamos como cosacos rojos, hasta una hora y media después de gastar nuestra última moneda, cuando se anunciaba la rosácea aurora y empezaron a circular los primeros buses urbanos. Al llegar a casa, recuerdo, me recibió el embriagante aroma de la blanca flor de una noche y me dormí profundamente y plácidamente.



Ahora se alzan las trompetas, los cueros, el piano y la voz de Lucho Macedo:

Señoras y señores:
a guapachar con Lucho Macedo.
Guapachá, pide la gente,
guapachá, para gozar...

(«A guapachar», Lucho Macedo)

Juan María sale a bailar sonriendo, con seguridad, consciente de ser un gran bailarín; pertenece al mundo de la salsa; conoce las orquestas, los cantantes, los bares y las discotecas; es conocido y respetado en los mejores rumbeaderos de las principales ciudades del país; en el paraíso va cada día de la semana a uno de ellos y se siente orgulloso cuando anuncian su llegada: «Señores y señoras: ¡llegó El Rey de la Salsa!»; y si uno le pide que le recomiende un lugar adónde ir, él recita, orgulloso: «Mire, hermano, los lunes, al Rincconcito Musical; los martes, a La Jirafa Azul; los miércoles, al Honka Monka; los jueves, a La Habana Vieja; los viernes, al Tropicana; los sábados, a Changó; los domingos, a Juanchito; ¿quiere más, quiere otra ronda?: los lunes, al Séptimo Cielo; los martes, a Los Infiernos; los miércoles, a la Habana Nueva; los jueves, a La Guaracha; los viernes, al Son; los sábados, a Saperoco; los domingos, al Agapito de toda la vida; ¿otra ronda?: los lunes al Bar de Rafa...». Y así es capaz de armar tres o cuatro peregrinaciones completas a las múltiples catedrales de música, rumba, tabaco y ron del paraíso.

Juan María dice que tiene varios libros inéditos de crónicas y entrevistas a músicos y bailarines del mundo de la salsa; páginas y páginas repletas de coloridas descripciones de los principales lugares para bailar ritmos afroamericanos en el gran paraíso, y no sólo en el paraíso, en París, Madrid, Barcelona, Londres, Tokio, Berlín, Pretoria, Montevideo, Buenos Aires, «nómbreme un bailadero famoso y se lo describo ahora mismo, y si no lo conozco, hermano, me voy el fin de semana y le cuento, es más, lo invito». También escribe desde hace varios años una historia del género en la cual corrige, precisa y amplía las que ya se han publicado; y sueña con montar y dirigir una gran orquesta que trascienda nuestros mundialmente reconocidos grupos de los años ochenta y noventa.

Al entrar a la fiesta, Juan María me saludó efusiva y cariñosamente, una efusividad y un cariño que vivo con cierto resquemor y ambigüedad, pues, por un lado, no puedo olvidar sus demostraciones de afecto y solidaridad cuando me iba como brigadista internacional al centro de nuestro gran paraíso: «Tranquilo, mano, tranquilo; no te preocupés, yo voy a estar pendiente de la Mona, de la Monita y de la célula. Te juro que vamos a trabajar durísimo con los contactos y la venta de *Poder Obrero*. Yo las voy a cuidar como si fuera tu hermano; es que para mí vos sos como mi hermano...». Pero tampoco puedo olvidar con cierto malestar —aunque me dé risa— que al regresar de la estación a la casa le dijo a mi mujer: «¿Por qué no nos tomamos un trago, Monita, para despedir a Marius, y para calmar nuestra tristeza?» Y poco después: «¿Por qué no jugamos un rato a las cartas, Monita, para acompañar los tragos?» Y casi de inmediato: «¿Por qué no jugamos a las prendas, Monita; si vos perdés, te quitás la blusa, y si yo pierdo me quito la camisa?». Ni que en los días siguientes continuó su acoso contándole mis infidelidades, reales o ficticias: «Es que, aquí entre nos, Monita, en ese sentido, ese Marius es un hifueputa...».

Además de buen bailarín y simpático, Juan María siempre fue un mentiroso, ¿o un mitómano? Nunca supe a ciencia cierta cuál

de los dos, ni dónde estaba la sutil línea divisoria, si es que existe... Una vez nos fuimos de parranda y a medianoche le recordé que al día siguiente él tenía brigada a las seis de la mañana; no hubo forma de que dejara la rumba; «qué le vamos a hacer, pensé, este güevón siempre ha sido medio irresponsable, y aunque quiera no puede parar de beber». El sábado siguiente, cuando evaluábamos las tareas en la célula, me dejó perplejo, sin palabras, literalmente, cuando narró con lujo de detalles cómo había vendido veinte periódicos, cómo había hecho tres contactos con los dirigentes del sindicato y cómo los había convencido de entrar a un círculo de estudio nuestro. ¿Cómo olvidar sus palabras o su indignado rostro sosteniéndome la mirada, al salir, cuando nos quedamos solos: «No seas marica, ¿cómo podés dudar de mí, Marius? Yo no podría mentir con esas vainas... ¡Y menos a vos!». Entonces, como hoy, al recordar, sentí que se dibujaba una sonrisa en mi rostro y una mueca de dolor en mi alma.

Difícil asunto este de la mentira. Hay personas en las que nunca pude distinguir bien a bien si mentían o no. Muchas veces me sentí culpable por pensar que me había equivocado en la apreciación y las había juzgado mal... Pero en muchas otras ocasiones me sentí peor por no haberle hecho caso a mi intuición.

En principio, uno tiene que creerle a la gente, creo, deseo creer, necesito creer, a pesar de algunos dolorosos desengaños. A veces la mentira es inocua, y hasta puede causar risa; pero en ciertas circunstancias, ante ciertos asuntos, suele hacer daño, aunque nos haga reír... Pero, bueno, me digo, la mentira en los asuntos públicos es intolerable. Claro, la vida también es mentira, y dolor, y muerte, y no sólo placer, armonía y verdad, y no se puede explicar sin ellos; y sí, no se puede vivir plenamente negando una parte de la vida, no se puede vivir sin aceptar la verdad de la existencia de la mentira. Aunque una cosa es mentir en lo anecdótico, creo, y otra en lo fundamental para el ser y el alma. ¿Pero qué es fundamental y qué no, y quién lo determina? ¿Y el alma? ¿Qué es esa vaina, no joda!

¿Y qué más maravillosa, y productiva, y placentera, y reveladora, y deslumbrante, y verdadera mentira que el arte y la literatura? ¿Cómo renunciar, entonces a las enseñanzas y el placer de la mentira del arte?

Por supuesto que he mentido, muchas veces; por miedo, siendo niño; y por no herir, en general; aunque nunca he dejado de saber si miento o no; a veces, debo admitirlo, he dudado y no sé si me estoy mintiendo a mí mismo, si hice bien en mentir o no; sí, no me gusta mentir, y me da pena mentir, y se me nota en los ojos y en el rostro cuando estoy mintiendo... Y aunque me cueste, procuro no mentir cuando percibo que para quien está al frente la verdad, aunque sea dolorosa, es necesaria... Y no me gusta que me mientan, y me duele cuando no me dicen la verdad; pero varias veces he agradecido que me hayan mentido; y sí, he mentido en muchas ocasiones, y en muchas otras hubiera preferido que me mintieran.

¿Pero por qué mentir, pienso, si de todas maneras, tarde o temprano, la mentira se descubre? ¿Por qué precisamos simular que no mentimos? ¿Y qué pasa cuando uno mismo no distingue entre la mentira y la verdad? ¿Cuándo se vale mentir y cuándo no? Mientras me pregunto estas cosas recuerdo nuestra naturaleza animal, y que los animales simulan, mienten y se camuflan para cazar o huir de sus cazadores, o para disuadir al enemigo o para seducir...

Como en tantas cosas de la vida, no encuentro una respuesta única; quizá la única aceptable sería que se vale mentir «para salvar el pellejo»; porque, incluso, la que me he dado varias veces con cierta convicción, «para no herir», es muy relativa... Lo cierto es que no quiero mentir ni mentirme en lo fundamental, Úrsula, ni juzgar a nadie. Sin embargo, en un mundo donde campean la mentira y el cinismo, en el imperio donde la mentira, el cinismo, la doble moral y las medias verdades y las falsas noticias y las falsas verdades y la tal posverdad causan tanto dolor en tanta gente, quizás en la gran mayoría de los seres humanos, me es muy difícil

callar o no juzgar, aunque sé desde lo más profundo de mi ser que no se debe juzgar... En fin, Úrsula, nuevamente me he metido en camisa de once varas, pero no puedo excluir de mis falsos recuerdos, memorias y novela ni mis obsesiones ni mis dudas ni mis consideraciones ni mis contradicciones ni mis mentiras, aunque sepa que, estrictamente, no le importan a nadie, o a casi nadie.



Al despertar me doy cuenta de que dejé prendido el equipo de sonido y al pobre Nat King Cole cantando sin descanso. Las palabras que emite su voz de simpático español con acento norteamericano me llegan al alma:

Oye la confesión de mi secreto,
nace de un corazón que está desierto.
Con tres palabras te diré todas mis cosas,
cosas del corazón que son preciosas (...)
Y esas palabras son: ¡cómo me gustas!...

(«Tres palabras», Osvaldo Farrés)

Y en medio de la canción me encuentro con la carta de Belén:

Ayer también llovió aquí, pero volvió el sol para calentarnos los adentros... ¿Y no es un milagro que un par de telas sostenidas por unas cuantas varas y amarres nos protejan del viento, el agua y el sol y formen un vientre en el que podemos trabajar jugando y divertir divertidos y liberar sueños de ilusión al universo desde los invisibles e inasibles puntos que habitan el ínfimo punto de nuestro pequeñísimo planeta?

Pasamos el fin de semana en Cuyo Grande, donde viven don Jesús y doña Magdalena, Judith, Juan, Santiago y Pedro... Fin de semana de cuestras arriba, encuentros, manos al uso y palabras... Te mando fotos para ponerle carne a estos mensajes.

Cuéntame cómo fue el fin de semana con la niña a la que le contabas cuentos. Y mándame tu libro de poemas, anda, que me pondré contenta.

Juan Pablo sigue, disfruta de unos días de lucidez a la espera de su operación. Y nosotros seguimos también... Besos.

Hola, mi Belén: Me alegra que, en lo que cabe, Juan Pablo esté «bien»; ojalá lo operen con éxito... ¡Qué lindas fotos, y qué paisaje!

¡Tú eres la única güerita, como se dice en mi nuevo paraíso, o la única monita, como se dice en mi paraíso original, o la única rubia del grupo! ¿Cómo se dice coloquialmente en España?

No pude ir a la montaña, y me enfermé; así que pasé el domingo en casa, tranquilo, a punta de calditos y limpiando con el afrecho del café las hojas de las plantas. Hoy terminé mis cursos y mañana salgo para una ciudad del centro, invitado a participar en un acto conmemorativo de la independencia del paraíso: el jueves, la inauguración con una exposición; el viernes, un par de talleres literarios para niños y adultos; el sábado recorreré una hacienda destiladora de agave —sí, ya sé que no te «provoca» el tequila—. El domingo pasaré el día en una ciudad colonial y veré a mi amigo Jorge Bustamante, poeta y traductor de poesía rusa que tuvo que salir corriendo de nuestro violento paraíso para salvar la vida; el lunes me iré al mar, donde me alcanzará mi hija para celebrar su cumpleaños, hasta el sábado siguiente, cuando regresaremos a la capital.

Te mando mis poemas y una de las versiones de mi novela (de todas maneras, no cambia mucho entre una y otra). Me cuentas...

¿Y tus escritos, y tus historias?

Van muchos besos (todos los que quieras recibir, y en la forma que prefieras). Estoy contento, ¡ah, la vida, tan llena de contrastes!: Marius.



Ahora hay un proceso de paz en el paraíso y me ilusiono, escribía en la primera versión de estas falsas verdades... ¿Por qué me ilusiona el proceso de paz? Porque en el paraíso estamos en guerra desde finales del siglo XIX y la guerra sólo nos ha dejado atentados y masacres, sangre, muertos y lisiados, viudas, huérfanos y secuestrados, muertos y muertos en vida, profundas e imborrables heridas síquicas y ecológicas; porque la guerra sólo ha significado mayor concentración de la tierra en unas cuantas manos, y mayor desigualdad, porque la guerra sólo le ha servido a los países vendedores de armas, a los terratenientes y a los gobernantes de siempre, vestidos ora de azul, ora de rojo, ora de camuflado, ora de paño, ora de lino, ora de sangre, da lo mismo; porque la guerra sólo nos ha deshumanizado; porque los insurgentes no han podido derrotar al sistema, ni al externo ni al que germinó en ellos, y los distintos gobiernos sólo la han alimentado y administrado para ir corriendo las cercas, mantenerse en el poder y justificar los asesinatos de los luchadores sociales, la violación de los derechos humanos y la falta de democracia; porque los insurgentes se han hecho viejos y se han ido degradando; porque hemos perdido muchos valiosos seres humanos capaces de contribuir al cambio del estado injusto de las cosas; porque la infelicidad crece con la guerra y mata desde la semilla la ilusión de la felicidad...



En los montes de mi Cuba hacen juntas de vecinos,
cuando van a preparar un campo para sembrar,
también para cobijar el bohío de un montuno,
matan machos y guanajos y se dan su trago'e ron.
Así trabajan contentos sin mucha sofocación...

(«Venga Guano», Lorenzo Hierrezuelo)

C antan Los Compadres, y Preciado con ellos, emocionado. Si las historias y las reflexiones sobre los asesinatos, las masacres, la desigualdad y el cambio social no les importan a nadie, o a casi nadie, si, incluso, les molestan a la mayoría, o son consideradas indignas de ser contadas o de mal gusto, o fruto de la rabia y el resentimiento, mucho menos pueden interesarles las vidas de quienes se comportan de manera correcta y viven de acuerdo con sus principios humanistas. «¡Ay, qué pereza, no jodás, parecés cura!», dice Úrsula.

Lo que le interesa a la mayoría de la gente, lo que leen las mayorías, lo que escuchan con atención las mayorías, lo que ven las mayorías, son los pormenores de la vida del cura o la monja pederasta del momento o los de la hermosa y rica del instante o los del asesino en serie de la semana o los del capo del mes o los del loco francotirador del día o los de los crónicos cuernos de alguna pareja famosa o los del asesino, corrupto y mentiroso del cuatrienio, el quinquenio o el sexenio, o las fiestas, las orgías, los lujos y los despilfarros inauditos de algunos de los más ricos o famosos del mundo o de quienes están dispuestos a morir o vender su alma por imitarlos.

Pero qué más da si mis recuerdos le interesan a la mayoría o a la minoría, pienso, si parecen reales o ficticios, si son comunes o extraordinarios; al recordar, armo el rompecabezas de mi vida, mi verdadero y falso rompecabezas vital en su fantástico contexto realista; al recordar, intento contar la verdad, aunque parezca mentira; al recordar, trato de acercarme a la verdad, aunque no sepa qué es verdadero ni qué falso; al recordar, selecciono las historias, los paisajes y los personajes que me pueden ayudar a satisfacer mi necesidad de explicarme y entenderme en el extenso, colorido y matizado arco que va del blanco al negro, y al sepia, amarillos, rojos y naranjas, grises, verdes y azules, cremas, violetas y añiles en el albo papel...

En fin, aunque estas líneas no le interesen a la gran mayoría de la gente, aunque este negro sobre blanco no le importe a nadie, ahora traeré gozoso a la memoria la historia feliz de Preciado: suenan las trompetas, el clarinete y el saxofón, los cueros, los timbales y los tambores, la tumba y la caja, el xilófono y el piano, el contrabajo y los violines, la mesa y las botellas, la clave, el cencerro y las maracas que toca sonriente en el grupo un niño de un par de pequeños comerciantes de una región del paraíso que dedicó su vida a la educación; primero, estudiando y vendiendo en la plaza de mercado baratijas de colorido plástico que compraba en la ciudad; después, dictando sus primeras clases y recorriendo a diario cientos de kilómetros entre su casa, el pueblo donde era maestro y la capital donde estudiaba; luego, en los principales colegios del paraíso y años después a lo largo y ancho de nuestro gran paraíso.

Yo lo conocí en la universidad; la política, la música y el baile nos acercaron, y una luz indefinible que une con distinta intensidad a todos los protagonistas y fragmentos de este rompecabezas de ficción que parece calcado de la realidad. Pronto fuimos amigos, camaradas, compañeros de parranda y cómplices.

Preciado decidió abandonar el paraíso para cursar una maestría en la región que yo adoptaría como mi nuevo paraíso, y allí me inscribió en un posgrado en el que empezaría a conocer de

primera mano las contradicciones e incongruencias de nuestra izquierda intelectual y del sindicalismo de izquierda instalados en las pequeñas parcelas de poder que le concede el gran poder como lúcida forma de reproducirse simulando ser de izquierda o tener intereses sociales.

Escribiendo tesis para otros, redactando y corrigiendo textos, sacando diez y ganándose becas, Preciado terminó su maestría y su doctorado; regresó al paraíso y se vinculó a una de sus más destacadas universidades, donde ha hecho una notable labor con alumnos, maestros y lectores, viajando a los pueblos y parajes más remotos, impulsando programas formativos para los docentes y tocando las maracas al final de la jornada.

Ahora, jubilado, feliz, con su mujer y sus hijos, dedicados a la medicina, el arte, la antropología y la cultura, y con varios proyectos de escritura, Preciado pasa sus ratos libres ensayando y tocando en un conjunto de son, salsa y ritmos afroamericanos y del caribe cuya base la conforman Ana María, Johny, Salomón, Fermín, José Arcadio, Flora, Aureliano, Roland, Camila y él, con la participación ocasional de Remedios, Eliécer, Úrsula, Alejandro, los Balanta, los Carabalí y uno que otro invitado de otras regiones o tendencias. Debo aclarar que a mí me tienen prohibido acercarme al tablado, pues sólo distingo la tercera nota musical, pero sí, eso sí, hermano, me dejan escuchar y bailar.

Quiero y admiro a todos los integrantes de esta orquesta, y me encanta cómo tocan, cómo bailan y cómo cantan; cuando les pregunto por qué no se presentan en público, sólo me contestan con risas y exclamaciones, a coro: «No, no, no, qué va, qué va y qué va», me ofrecen un trago y reanudan la tocada.

Me gustaría contar sus vidas, muy semejantes a la de Preciado, que, de alguna manera, los simboliza aquí, si no en romances, corridos, vallenatos o sones, al menos en un apretado relato, pero me temo que son poco llamativos para esta época de reinos y súbditos de la mentira, la simulación y la corrupción, la frivolidad y el consumismo, para este gran supermercado en el que

vivimos esclavizados trabajando a muerte para poder comprar y comprar y comprar y quedar debiendo, o para ser comprados y desechados, para estos tiempos de cirugías plásticas con imágenes de múltiples espejos que reproducen *ad infinitum* los modelos pasajeros de una falsa belleza, con la ilusión de tener y tener y ser únicos y muy felices comprando, teniendo y desechando para volver a comprar...

Los miembros de esta orquesta luchan por ser felices, libres, íntegros y fieles a sus principios humanistas; buscan y alimentan el amor con sus parejas, hijos y familias, con sus compañeros, alumnos, conocidos y amigos, con la humanidad, los seres vivos y la naturaleza, cultivan con gusto y pasión sus profesiones, oficios y aficiones, imaginan la manera de crear y contribuir al bien social desde su familia, su labor, su entorno y el consciente ejercicio ciudadano y humanista.

La gran mayoría de ellos vive bien, de su trabajo, y aunque unos pocos no consiguieron nunca un empleo estable o ingresos justos que les permitieran vivir en mejores condiciones, siempre fueron fieles a su vocación y a su manera crítica, gozosa y amorosa de existir.

Recuerdo, por ejemplo, a los Carabalí, quienes han vivido entregados a la lectura y la escritura, el magisterio, la investigación y la reflexión sobre el arte, la literatura y el país, manteniendo siempre su independencia económica e ideológica, y cuidando amorosamente a sus padres y a sus hijos; a los Balanta, que han dedicado sus vidas al periodismo, la medicina, el derecho y el magisterio, a la lectura, la literatura y la difusión de los valores culturales de la costa afro mestiza que los acunó a ritmo de percusiones y voces humanas, y a Gérrimo, entre muchos otros, quien ha dedicado su vida (dedicó, debo decir ahora, entre una y otra corrección, poniendo en el altar uno de sus miles de volúmenes) a editar libros y a promover la obra de personajes claves de la literatura, la cultura, la historia y la política del paraíso y la gran nación del idioma cervantino, como Javier, un viejo compañero de la universidad a

quien no he vuelto a ver, pero sé por las historias que me han contado en mis fiestas y encuentros que es feliz corrigiendo, imprimiendo y editando los textos de nuestros amigos, ayudándolos a ser felices viendo en forma de libro sus sueños, sus historias, sus imágenes, su ideas y sus recuerdos, y escribiendo los suyos sin ninguna pretensión, ajeno a la vanidad, las intrigas y las mezquinidades de algunos de los habitantes del mundillo intelectual y artístico.

Aunque no todo ha sido un jardín de radiantes y encendidas rosas rojas, ni un dulcísimo paraíso de dulce mermelada de fresa, según las palabras de nuestro viejo gran maestro, filósofo y psicoanalista; la guerra, la violencia, la muerte, la enfermedad, los accidentes, las crisis y el paso del tiempo, ese que yo digo que no existe cuando logro instalarme en la eternidad del momento, nos han golpeado a todos, pero seguimos tratando de ser felices...

Digo felices, ¿pero, realmente, se puede ser feliz? ¿No que sólo se puede ser feliz siendo tonto, ignorante o cínico, como dije en alguna ocasión parafraseando las palabras de mi amigo y maestro recién muerto y las de muchos otros escritores y pensadores, o haciéndose tonto, guaje o pendejo, como se dice en mi nuevo paraíso?

Sí, así es; no se puede ser feliz, realmente, sabiendo que diez mil niños mueren al día de hambre; no se puede ser feliz sabiendo que la desnutrición arrastra al Chichihualcuauhco a dos millones seiscientos mil menores de cinco años para que sean amamantados por el gran árbol; no se puede ser feliz sabiendo que cuando esto escribo, transcurrida ya la séptima parte del nuevo siglo, hay cien millones de niños con peso deficiente; no se puede ser feliz sabiendo que el 25% de los infantes sufre retardo en el crecimiento; no se puede ser feliz sabiendo que 842 millones de seres humanos viven en el reino del hambre; no se puede ser feliz sabiendo que mientras ocurre todo lo anterior, o para que ocurran todas y cada una de estas infamias, uno de los hombres más ricos del mundo posee el equivalente al salario mínimo mensual de setecientos

sesenta millones de trabajadores del tercer y cuarto mundo; no se puede ser feliz sabiendo que el costo de una hora de teléfono celular de una de las empresas de uno de los hombres más ricos del mundo es equivalente al salario por un día de ocho horas de trabajo de millones de seres humanos que reciben el salario mínimo; no se puede ser feliz sabiendo que millones de personas sólo reciben poco más de cien dólares mensuales por doscientas horas laboradas al mes; no se puede ser feliz sabiendo, además, que, ¡vaya paradoja!, con tanta hambre, miseria y dolor, millones y millones de personas sufren de sobrepeso, y que otros cuantos millones hacen dieta para no perder la buena figura y que otros cuantos millones más se hacen tasajear la grasa, la carne y la piel para verse mejor; no se puede ser feliz sabiendo que mientras hay millones de seres humanos que mueren de hambre se tiran dos mil millones de toneladas de alimentos, el 50% de la producción mundial...

¿Cómo, así, siendo así esta realidad de ficción, conociendo estos datos de nuestra realidad, constatándolos y actualizándolos día a día en la calle y en las noticias, se puede ser feliz?

¿Se puede ser feliz siendo conscientes, se puede ser o sentirse feliz con la eterna y apabullante presencia de la guerra, la injusticia, el hambre, el desamor y la muerte? No, uno sólo se puede sentir o estar feliz por momentos, en contados y brevísimos instantes de la eternidad; en el fugaz avistamiento del eterno vuelo del pájaro azul; la felicidad, como las utopías, sólo existe en el imaginario que nos estimula para sobrevivir y soportar la vida sin sentido que nos habita porque sí. Y esto es lo que queremos decir cuando expresamos nuestra satisfacción por nuestro trabajo o por el placer de la literatura, el arte, la amistad y el amor, y olvidamos, por brevísimos instantes, los diez mil pequeños que mueren día a día por hambre, y los 56 millones de personas que necesitan con urgencia ayuda humanitaria y que un millón de hogares campesinos en el paraíso tienen menos tierra que una vaca, en un planeta donde se tiran dos mil millones de toneladas de comida, en un planeta donde millones de seres humanos mueren por falta

de infraestructura hospitalaria, de simples mascarillas de tela y de no muy costosos ni complejos respiradores...

Y sí, Úrsula, repito, me repito, ¿cómo no? Ojalá pudiera, ojalá pudiéramos, repetir los nombres de los muertos como una gran letanía que se propone darles vida mágicamente... Ay, quiero aturdirme, y me aturdo con la música y la rumba, que suban el volumen, que me den un trago, por favor, más volumen, que necesito aturdirme, que necesito bailar, otro trago, por favor:

A mí me gusta el merengue apambichao
con una negra retrechera y buena moza,
a mí me gusta bailar de medio lao,
bailar medio apreta'o con una negra bien sabrosa...

(«El negrito del batey», Medardo Guzmán)



Nuevamente despierto con los trinos y los primeros rayos del sol y busco arrullos en mi computadora:

Hola, Marius bonito: Muchas gracias por tu novela y tus poemas. Antes de leer una sola línea, me aventuro a enviarte mi primer poemario. Lo di por terminado una noche justo antes de llegar a América desde Europa, bajo la misma carpa en la que empecé a escribir años atrás. Y sentí que había pasado algo, a lo mejor andado un camino.

Acabo de comprar mis billetes de avión para viajar de nuevo hacia el sur en agosto, con escala en tu paraíso; pensaba quedarme allí unos días para visitar un grupo que recorre la calle haciendo teatro, pero con la enfermedad de Juan Pablo el trabajo se multiplica y he renunciado a esa paradita. Ahora planeo hacerla en noviembre, aprovechando una próxima visita. Antes, me encantará que me cuentes del paraíso y las lluvias de tu niñez. ¿O podré descubrirla en tu novela?

Vaya con tus planes estropeados, pero qué bien los nuevos: espero que disfrutes mucho de estos días, del acto conmemorativo de la independencia de tu país, de los talleres, de tu hija, del descanso. Si he hecho bien las cuentas, creo que estaremos regresando exactamente el mismo día, así que puede que volvamos a cruzarnos, ¿te imaginas? Cuando llegue, te busco.

Recibo muchos besos; te mando también muchos, para que recibas los que quieras.

Belén.

Hola, mi querida Belén, le contesto: Apenas hoy tuve un poquitín de tiempo para entrar a internet. El acto y la exposición conmemorativos de la independencia fueron muy buenos, muy cálidos, y excelente la exposición de mi amigo Santiago Rebolledo, un gran artista. Mi presentación y mis talleres estuvieron bien; me siento satisfecho. Además, conocí una nueva y linda biblioteca; ahora me voy a visitar los muy intensos azules campos de agave y la fábrica donde procesan sus embriagantes jugos; sé que te va a gustar cuando te «enseñe» a escogerlo y a beberlo...

Lástima que no puedas quedarte en la capital del paraíso ni pasear por nuestra bellísima ciudad colonial cuyo nombre provoca reminiscencias fenicias y mediterráneas, donde querría morir feliz cuando sea grande y llegue el momento. Quedará pendiente. Ya leeré tus poemas, que, estoy seguro, me van a gustar. ¿Cuándo y a qué hora llegas?, ¿tienes quién vaya por ti?

Vuelan besos: Marius.

PD: ¿Te dejas invitar a nuestra Cartago caribeña?

Su respuesta me llena de sonrisas e ilusiones:

Marius: Me dejo invitar al fin del mundo.

Belén.



Los alientos y las voces de Willie Colón y Rubén Blades me sacan del reino del recuerdo, de los senderos del viaje, de la utopía amorosa y del paraíso y me devuelven a la muy real fiesta:

Pronto llegará
el día de mi suerte.
Sé que antes de mi muerte,
seguro que mi suerte cambiará...

Esperando mi suerte quedé yo,
pero mi vida otro rumbo cogió,
sobreviviendo en una realidad
de la que no podía ni escapar,
para comer hay que buscarse el real (...)

Muchas veces me pongo a contemplar
que yo nunca a nadie le he hecho mal,
porque la vida así me ha de tratar,
si lo que busco es la felicidad (...)

Estoy cansado de esperar,
y estoy seguro que mi suerte cambiará,
¿pero cuándo será?

Y el día que eso suceda, escuche usted,
a todo el mundo yo le ayudaré,
porque tarde o temprano usted verá

cómo el día de mi suerte llegará,
y ya lo verá.

Ahora sí, cógeme que voy sin jockey...

(«El día de mi suerte», Héctor Lavoe y Willie Colón)

«Ahora sí, cógeme que voy sin jockey», canta Rubén Blades y convoca en mi memoria a José Juan, quien repetía eufórico, una y otra vez, «Ahora sí, cógeme que voy sin jockey». José Juan se siente feliz porque tiene mucho, muchísimo dinero, hermano; varias empresas, fincas, casas y apartamentos, amantes, coches, motos, yate y avión de lujo, hermano, porque es reconocido como uno de los mejores bailarines del paraíso y colecciona discos, bailarinas y fotos en los mejores rumbeaderos del mundo, y porque esa noche está con los amigos de su juventud, comenta eufórico. Nadie sabe cómo apareció en la fiesta, pues nadie lo invitó, dicen, pero cuentan que algunos de los asistentes frecuentaban sus reuniones y estaban en su nómina. Esa noche me abrazó con calidez, repitiendo: «¡Este es mucho verraco!», y preguntándome con lujo de detalles por mis cursos, mis publicaciones y mis hijas. En realidad lo hacía para hacerme saber que conocía todo sobre mi vida.

Recuerdo una y otra vez su frase: «¡Este es mucho verraco!». E inmediatamente después vuelvo a escuchar sus vehementes exclamaciones y preguntas: «¡Pero usted es un marica! ¡Miedoso! ¿Usted se va a pasar toda la puta vida dictando sus clasecitas y viviendo en un apartamentico con apenas lo necesario? ¿Usted cree que con sus cursitos y sus discursos va a cambiar el país? ¿Vale la pena sacrificarse y sacrificar a la familia, hermano?».

Aún tengo en mi cabeza la larga y bien sustentada explicación de José Juan sobre la necesidad de sacar a la aristocracia del poder, casi con las mismas palabras de los documentos en los que planteábamos la inevitabilidad de la lucha de clases para arrebatársela a nuestra rancia aristocracia terrateniente y de nobles ínfulas el go-

bierno y el Estado, iniciando así la Revolución Permanente, hasta llegar al verdadero Poder Obrero sustentado en los soviets y no en la falsa democracia electoral...

«Pero ahora es distinto, Marius; entonces no teníamos ni dinero ni armas. A nuestra gente le sobran fierros y plata, y ahora tenemos poder, mucho poder, hermano; nuestros hombres vienen de abajo, como nosotros, y piensan como nosotros, somos de izquierda, de verdad, y por eso no se van a vender nunca, nunca se nos va a voltear nadie, Marius... Y en todo caso, si se llegara a voltear cualquier hifueputa... Marius, lo necesitamos; nos urge organizar a la gente en células, y prepararla, y usted es un verraco para esas vainas, y le tienen confianza. Lo único que tiene que hacer es decidirse y hoy mismo le ponemos una empresa a su nombre, un negocio limpio, hermano, y, si quiere, otra en el ramo cultural; usted sólo se encarga de producir y nosotros le compramos desde el Norte todo. A cambio, nos ayuda a organizar la gente en células compartimentadas». «¡Pero qué marica!», insistía, indignado, ante mi negativa.

Lo conocí en el bachillerato, en mi añorado bicentenario colegio de samanes, ceibas, guaduales y palmeras. Después estudiamos en la misma universidad; él, números, y yo letras. Pronto empezó su vida laboral como mensajero, y después como cajero de un banco. Fue entonces cuando lo convencí de militar en el socialismo. Yo estaba muy contento porque había enrolado a un viejo amigo, ¡y nada menos que a un sindicalista bancario! Pero una vez me dejó anonadado al contarme, «entre nos, hermano», cómo se sacaba unos pesitos extras. Y como me negaba a creerle, orgulloso, me dijo que fuera a verlo.

Atendía con amabilidad, contaba los billetes con una velocidad pasmosa, y la fila de clientes ante su ventanilla era siempre la más corta. Cuando la joven mujer que estaba delante de mí se acercó a cobrar un cheque, José Juan me guiñó el ojo. «Quinientos, mil... cinco mil, cincuenta mil, cien mil», dos veces. La joven se retiró y yo pasé a cambiar un billete. Justo cuando estaba guar-

dando el dinero en el bolsillo, regresó la muchacha, la cara lívida: «Perdón, me faltan quinientos». «No puede ser, yo se los conté dos veces. Mire, a ver si no se le cayó en el camino...». Esa noche José Juan me invitó a rumbear, pero yo no tuve alma para ir.

Años después supe que en la época en que estábamos en la discusión sobre las armas y las expropiaciones José Juan y dos compañeros más habían hecho un pacto con los narcos y habían organizado un par de asaltos bancarios y otros «negocios».

En uno de mis regresos al paraíso me lo encontré saliendo de las lujosas oficinas de una empresa publicitaria muy importante de la capital. «¡Marius!», me saludó con entusiasmo, mientras dos guardaespaldas se le acercaron con un chaleco antibalas que se resistió a ponerse, a pesar de que los tipos no paraban de decirle: «Don José Juan, ¿cómo se le ocurre; qué le pasa?». Ante la insistencia, y dándome a entender con su expresión que no entendía y que no importaba, accedió a ponérselo mientras se subía al Jaguar que le trajo otro de sus guardaespaldas y me invitó a cenar.

Me moría de ganas de saber qué hacía, y el porqué del chaleco, y lo cité en el lujoso restaurante que corona una de las altas montañas que rodean la capital. A las ocho en punto sonó mi celular; era José Juan para disculparse y decirme que venía en camino, que como iba a llegar tarde, él pagaría la cuenta, que me tomara un buen whisky. A las ocho y media volvió a sonar el teléfono: que ya estaba llegando, que fuera pidiendo la carta. A las nueve me dijo que ya se estaba estacionando y que ya iba a tomar el funicular. Llegó a las nueve y media. Yo ya me había tomado tres tragos y estaba emputadísimo, pero continué esperándolo. Apareció con su novia y un par de modelos espectaculares, una morena y otra rubia; creo que las tres habían sido reinas, o virreinas, o princesas de alguno de los centenares de reinados del país. Me las presentó y en una parada al baño me dijo: «Marica, ¿cuál querés?, te regalo la que querás, incluso a mi novia; no te preocupés, escogé, y yo me encargo de que se vaya con vos una noche o una semana, o un mes, lo que querás; si querés, te la mando un mes

a esa ciudad donde vivís, todo pago. ¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?». No puedo, hermano, le dije de nuevo, gracias, pero no puedo. «¡Marica! ¿Ya no te gustan las mujeres? Escogé», y sacó el celular y me pasó en un minuto las fotografías de más de una docena de reinas latinoamericanas desnudas. No, hermano, gracias. «¿Te volviste marica o qué? Si lo que te gusta ahora son los pelaos, entonces, mirá, escogé». Y me pasó dos minutos de guapos de todos los colores y tamaños, posando y mirando seductores a la cámara. Tetas, culos y vergas, y más tetas, y más culos y más vergas.

Esa noche no le pude preguntar nada de lo que quería saber; pero lo invité a almorzar al día siguiente, a solas, a un restaurante de comida típica del paraíso. Aceptó, y llegó a tiempo. Entonces me contó que lo del chaleco era porque la situación estaba muy jodida: robaban, secuestraban y mataban por cualquier cosa, que para esos trabajitos se encontraban sicarios desde doscientos o trescientos dólares. Cuando íbamos por la mitad de la botella me confesó que se veía obligado a usar chaleco, aunque no le gustaba por el aspecto de mafioso, porque iba a la cárcel a ver a un músico famoso, un bacán que estaba en un pabellón muy peligroso, injustamente, claro, porque la gente era muy envidiosa y sapa.

Yo estaba decidido a corroborar si era cierto que José Juan era el hombre de confianza de uno de los más grandes capos del país, y seguí brindando y hablando de los viejos tiempos, de la universidad, de nuestro partido obrero, de salsa y mujeres. Como era farolón, me contó que sí, pero que en realidad no estaba en el negocio; que el patrón lo protegía porque él había sido novio de una de sus hijas. «La verdad es que seguimos andando juntos, hermano; pero a don Pablo Gilberto no le gusta mucho el asunto; María del Pilar y yo nos conocemos desde niños... Y pensamos casarnos... Lo que pasa es que me da susto, hermano; ella se peleó recientemente con su marido por mí, y nadie ha vuelto a verlo ni a saber nada de él...

»El viejo, aunque se opone, dice que, en todo caso, si no hay más remedio, prefiere que yo entre a la familia con un dinerito

hecho... Por eso le pidió a un amigo suyo, gerente de un banco, que me prestara unos milloncitos de dólares, en media hora, hermano, en media hora, y sin ningún respaldo. Sólo bastó que le entregara una notita del viejo; ni siquiera lo llamó para confirmar... Y así compré la empresa, que es una chimba, un negocio, hermano. Y ahí voy».

Esa tarde me propuso de varias maneras integrarme a su organización, con elaborados discursos políticos y risibles chantajes. «Marica: ¿cómo yo sí te hice caso y me metí a esa organizacioncita de mierda? Aquí sí podemos hacer la revolución... ¿Pero por qué no? ¡Pendejo! Andate, güevón, ya me cansaste, ¡y que no te vuelva a ver!». Y se paró y se fue.

Y no lo volví a ver, hasta hace unos años, en los noticieros, cuando murió en un enfrentamiento cuidando la retirada del capo. La imagen de su rostro destrozado por las balas, sus argumentos, sus ofrecimientos, sus anécdotas y su risa se me quedaron grabados en el alma: José Juan me decía que para qué tantos principios, que al fin y al cabo de lo que se trataba era de ser felices y vivir bien, y mucho más con la niñez tan dura que nos había tocado...

«Hermano, ¿y si no triunfa la revolución, qué?, ¿no nos merecemos una vida mejor, sólo los ricos pueden vivir bien?». Resuenan en mí sus ideas. «Sí —decía—, hay que hacer la revolución, pero sin descuidar nuestra propia vida, ni la de nuestras mujeres, y menos la de nuestros hijos; ¿qué pasará cuando lleguemos a viejos, con esos salarios y jubilaciones de mierda de los maestros y los trabajadores?

»Además, hermano, vos sos muy purista, parecés cura, marica, y no te das cuenta que nadie mantiene esos principios todo el tiempo, nadie resiste un disparo de un millón de dólares... A la hora de la verdad, hermano, ¡esa maldita revolución que tanto hemos soñado no va a llegar nunca! Y si llega, ¿qué creés, marica, que todos van a ser honestos? Salvo casos muy especiales, en este país, en nuestros países, güevón, todo el mundo le entra a la vaina: empresarios, políticos, periodistas, militares, religiosos, arquitectos,

artistas, intelectuales, y la gente común y corriente, claro, ¡todo el mundo! No más que todos son una partida de hipócritas.

»Somos una partida de hipócritas. ¡Todos en este país, y en ese donde vivís ahora, y en toda América, incluido Estados Unidos, somos una partida de hipócritas! Los empresarios nos hacen socios y recapitalizan sus empresas; para los dirigentes de los equipos de fútbol, y para los futbolistas mismos, somos su salvación; los bancos reciben el billete sin preguntar nada; los arquitectos y los ingenieros le entran diseñando casas, apartamentos, edificios, centros comerciales, clubes, bodegas, escondites y hasta barrios y ciudades enteras; los artistas se pelean entre ellos para vendernos sus obras, y para que los invitemos a las fiestas, a comer y beber rico, ¡y a meter perico a lo loco, güevón!; los políticos, para que les financemos sus campañas; ¿y vos creés que la izquierda no? ¡Marica! También reciben, y por montones; primero con el cuento de la necesidad de la financiación de la propaganda y las armas; después, sin ningún cuento, por el puro billete, hermano, por el puro billete; la iglesia, para que les remodelen sus templos y sus casas curales, y dizque para sus obras de caridad; los militares se ofrecen como jefes de seguridad, guardaespaldas o informantes; el pueblo nos protege; a nosotros la gente nos avisa cualquier movimiento o comentario raro, y nosotros los recompensamos, claro; nos ofrecen a sus hijos, a sus hijas y hasta sus mujeres, y si uno se lo pide, hasta el culo le dan a uno, marica, y reciben felices lo que uno les dé, y se sienten orgullosos de ser nuestros amigos.

»Ay, hermano, si yo te contara... Mirá, ve, p'a que dejés de ser güevón: una vez, para celebrar los quince años de una de las hijas del patrón, nos trajimos al mejor grupo de mariachis de tu país, a la mejor orquesta de salsa de New York, a dos baladistas de moda, al mejor cantante de boleros, al mejor grupo de rock en español, a la mejor orquesta de *jazz*, a la mejor de *bossa nova*, un conjunto de vallenatos y hasta un cantante de ópera, y los pusimos a cantar hasta el himno nacional, y todo, hermano, todo lo que estaba sonando en el momento.

¡Fueron quince días de una rumba la hifueputa!

»Otro día cerramos el Gran Hotel y organizamos varias fiestas en los distintos salones, dependiendo de la clase de los invitados. En el último piso estaba el patrón en una mesa muy larga, organizada como en *El Padrino*, como en *La última cena*: él en el centro, con la gente más cercana; todos de smoking, incluso los meseros, con una sola diferencia: los invitados tenían medias negras, y los sirvientes, blancas. No te imaginás la gente que desfiló por ahí: gobernadores y alcaldes, senadores y representantes a la Cámara, obispos, rectores y guerrilleros, toreros, ganaderos, empresarios y periodistas, deportistas, políticos de derecha y políticos de izquierda, reinas de belleza, modelos, todos, hermano, todos; y todos iban pasando ante el patrón y le besaban la mano, te lo juro: ¡todos! Y entre ellos una gran cantidad de artistas e intelectuales, los hifueputas, también de smoking, muchos amigos tuyos... Una de mis mujeres y yo les alquilábamos los trajes, nosotros teníamos una boutique donde vendíamos y alquilábamos vestidos, joyas y acompañantes, y también les dábamos clases de buenas maneras y cortesía, güevón.

»Esa fiesta fue inolvidable, hermano, duró tres días, ¡con una periqueada la hifueputa! El patrón no metía, y se emputaba si llegaba a saber que alguno de sus familiares o sus hombres más cercanos metía... Una noche vi cómo puteó a su propio hermano, te lo juro, y le pegó un par de cachetadas a su hijo y los echó de la fiesta. Pero, claro, todos metíamos a escondidas...

»Esa vez, como gran final teníamos un número especial: llamaron al centro del salón a Cayo Julio, el periodista, y le soltaron una hembrota bellísima que se le fue desnudando e incitándolo, y cuando sólo le quedaban los calzones le dijeron que se arrodillara y le chupara el clitoris, y cuando aquel mujerón se quitó los calzones apareció una verga enorme, hermano, enorme, y Cayo Julio se la tuvo que mamar, mientras el patrón y su gente se reían a carcajadas.

»Y repitieron el numero con otro y una vieja que estaba en el día más fuerte de la menstruación, y lo obligaron a que le chupa-

ra la sangre y se la tragara... Y no paraban de tomarles fotos y videos. No, hermano, si le contara todo lo que yo he visto... Si no me creés, te puedo mostrar las grabaciones, porque todo los grabamos, todo, incluso a vos, güevón, ahorita mismo te estamos grabando... ¡Y me venís con tus principios y tu idealización de esa manada de hifueputas izquierdistas y de intelectuales de mierda!».

«¡Uy, Marius, qué asco, ¿qué necesidad de contar esas cosas tan feas?», me reclama Úrsula. Sí, tienes razón, le contesto, son feas, pero son verdaderas, aunque parezcan de ficción... «Además, ¿no te da miedo que te peguen un tiro?». No, todo es inventado por mí, y ese man ya se murió, o esos manes que fusioné en uno ya se murieron, los acabo de matar páginas arriba... Y si alguno se siente parcialmente identificado, no va a decir nada, porque puede ser él en algunos aspectos o anécdotas y en otros no, y si me llega a pasar algo, vos y varios más sabrán identificar quién dio la orden, porque ya les conté quiénes son mis modelos, bueno, algunos, no todos porque son modelos creados como Frankenstein...

Termino de releer y con cierta tristeza pongo una calaverita rotulada con el nombre de José Juan y una charanga típica a rodar: «Castellano, qué bueno baila usted...».



Al llegar a mi nuevo paraíso me sorprendieron y maravillaron su enorme tamaño y la muy grande y espesa nata caqui de basura flotando en el aire; la generosidad, la cordialidad y la hospitalidad de sus gentes, en contraste con su muy íntima y profunda cerrazón; la variedad y la riqueza de sus comidas y bebidas; la majestuosidad y la belleza de su arquitectura, su arte y literatura; la herencia viva de la flor y el canto indígenas, es decir, su arquitectura, su arte, su literatura, sus idiomas y culturas; las extensas, complejas, complementarias y paradójicas relaciones entre lo indígena y lo hispano, enriquecidas y matizadas por las culturas africanas, orientales, norteamericanas y latinoamericanas; el fuerte sentimiento latinoamericanista y anti yanqui, y la potente y creciente influencia de la economía y la cultura gringa; la manera como el Estado apoyaba la cultura y neutralizaba a buena parte de los artistas y los intelectuales; la inexistencia del ejército en las calles, la debilidad de la oposición y las enormes desigualdades sociales; la corrupción, el racismo, el clasismo, la homofobia, el sexismo y el imperio de un partido único que controlaba a la población, a los sindicatos, a sus dirigentes revolucionarios institucionalizados y a la gran mayoría de sus intelectuales, en un cuidadoso y ambiguo discurso nacionalista revolucionario ensalzador del mestizaje, la democracia y la solidaridad latinoamericana.

Como viejo militante trotskista, quizá de una manera abstracta, dogmática y pedante, me sentía más allá de cualquier nacionalismo y navegaba con la imaginaria y un tanto posuda bandera de ciudadano del mundo; pero en la tierra del poeta Netzahualcóyotl

En la casa de las pinturas
comienza a cantar,
ensaya el canto,
derrama flores,
alegra el canto.

Resuena el canto,
los cascabeles se hacen oír,
a ellos responden
nuestras sonajas floridas.
Derrama flores, alegra el canto...

(«Canto de Primavera»)

tomé conciencia de la importancia de conocer y amar auténtica y profundamente a nuestras gentes, nuestras culturas y nuestras tierras, no porque fueran mejores o especiales sino porque en ellas vi la luz, porque ellas son mi paraíso, porque ellas me amamantaron, porque en ellas di mis primeros pasos y aprendí a leer, a amar y a bailar, porque en ellas sentí la necesidad de luchar para cambiar el estado injusto de las cosas, porque en ellas sentí la urgente necesidad de contar y cantar, porque ellas están presentes en mi andar cotidiano, y porque ellas me habitan y me habitarán cuando deje de brillar la luz, cuando sea polvo en el polvo, vuele por donde vuele, cuando vuelva a ser uno con la tierra,

Y cuando tú como la luna vuelvas
con pies de plata y no me encuentres ya,
derrama el vaso que mi seca boca
en noche alguna volverá a gustar.

(*Rubaiyat*, Omar Khayyam)¹

¹ Versión de Edward Fitzgerald/Jorge Borges, *La Casa Grande*, No. 18-9, VIII-2001, México, p. 8.

Quizá por eso varios amigos y yo sentimos la necesidad de decir que el paraíso no sólo era una nación de narcotraficantes y violencia, que la mayoría de la gente era decente y muy trabajadora; que el paraíso había dado grandes seres humanos, grandes artistas y trabajadores, comerciantes, deportistas y científicos; que varios de ellos habían vivido o vivían en mi nuevo paraíso y lo habían honrado y lo honraban, y lo enorgullecían y lo enorgullecen; que el de las drogas era uno de los grandes negocios de una buena parte del mundo de los terratenientes, la burguesía, el capital financiero y la banca, las industrias química y armamentista, algunos políticos de izquierda y derecha, y que ni siquiera los militares, la policía, el deporte, la educación, el arte o las religiones escapan a su poder de seducción y sometimiento, en cualquier lugar del planeta donde extiendan sus tentáculos, no sólo en el paraíso.

Quizá por eso, más allá del gusto, organizamos exposiciones, lecturas, conferencias y recitales, talleres, comidas, presentaciones y concursos, bailes, partidos de fútbol, fiestas y fiestas, en una fiesta permanente, y una revista cultural latinoamericana, con la participación de centenares de artistas, académicos, intelectuales y ciudadanos de nuestro gran paraíso; en su organización y producción pude constatar con desagradable sorpresa que en el exterior se mantenían e incrementaban las enormes diferencias sociales y raciales, la gran distancia entre las clases dominantes y el gobierno con la gente común y corriente del paraíso; que bastaba con que alguien se ganara unos poquitos dólares más para que se sintiera parte de la aristocracia y desdeñara y humillara a quienes ganaban menos; que era muy difícil trascender esas diferencias, reales o imaginarias, ni siquiera en aras de un proyecto unitario de amor por el país en el exterior, y que el apoyo para este tipo de proyectos venía por lo general de la hermandad de la gente, de los artistas y de algunas personas del gobierno de mi nuevo paraíso, más que de los de mi país de origen.

Aunque me costaba trabajo entender y aceptar el comportamiento mezquino de nuestra improvisada diplomacia y de nuestra

«gente bien», nunca me imaginé que un día, después de diez años, justo cuando nuestro festival había cobrado fuerza y se empezaba a conocer más allá de mi nuevo paraíso y del paraíso original, el nuevo gobierno guerrerrista de éste se propusiera acabarlo utilizando todos los métodos posibles. Nunca me imaginé que me asaltarán y golpearán al llegar a mi casa el día de la inauguración de una de las semanas;² nunca me imaginé que la tarde siguiente fueran golpeados otros tres participantes; nunca me imaginé que después me propusieran un cargo en el consulado para poder así controlar el festival; nunca me imaginé que después me acusaran *sottovoce* de terrorista; nunca me imaginé que un funcionario del paraíso a quien había hospedado solidariamente en mi casa me contara extraoficialmente que había solicitado oficialmente al gobierno de mi nuevo paraíso que no nos apoyara más; y nunca me imaginé que el miedo, la rabia, la petición formal del gobierno del paraíso al de mi nuevo paraíso y, sobre todo, la tristeza y la decepción me hicieran acabar la fiesta que había dedicado siempre al diálogo cultural de los dos países y a la búsqueda de la paz en el paraíso original.

De pronto, sin darme cuenta, apasionadamente inmerso en el trabajo y la militancia a favor de la difusión de la cultura del paraíso, en el diálogo entre las gentes y las culturas de mis dos paraísos, en la búsqueda de la paz en mi paraíso original, en el ejercicio de la docencia y los trabajos ocasionales para subsistir, los viajes, las celebraciones y las frivolidades que conllevaban algunas de esas actividades, había pasado más de una década de mi vida; y sólo tomé conciencia de ello cuando me hicieron imposible continuar en la semana cultural, que se había convertido en el proyecto más placentero e importante de mi vida, la razón de ser de mi existencia, cuando pretendieron apropiársela a la mala comunicándomelo contundentemente con un certero puñetazo en la

² Suceso registrado en *La Jornada* y en algún otro periódico de mi nuevo paraíso.

nariz y la punta de un picahielo en las costillas en dos simulaciones o intentos de un robo y un secuestro, después del alegre festejo, la noche de la penúltima inauguración...

Tras el desconcierto y la indignación iniciales, la impotencia y la rabia, el vacío y la tristeza, poco a poco empecé a tomar conciencia de que yo necesitaba recordar, cantar y contar, de que me urgía contar y escribir sobre mi vida, mi vida familiar, mi militancia, mi fiesta, mis amigos y mi época.

Así, unos años después del susto, y pasado un tiempo de mi fracaso en un nuevo intento por crear un movimiento, una empresa y un centro cultural autónomos y seguir impulsando los diálogos culturales de nuestro gran paraíso, obstinado que soy, a la salida del consultorio donde me advirtieron que debía operarme «cuanto antes», con una incertidumbre inmensa, sentí que había llegado la hora de darle salida a mi urgente necesidad de cantar y contar, y decidí regresar en cuerpo, alma y palabras al paraíso original para recordar y revivir los sonidos, los olores y los sabores, la luz, los colores, el calor y la humedad, los rostros, las sonrisas, las voces, las pieles que me habían arropado y dejé de experimentar cuando fui expulsado de su cálido, acuoso y maternal vientre.

Y entonces empecé a recordar, y a inventar, y a mentir, y a buscar con apremio en lo más profundo de mi memoria y de mis sentimientos las anécdotas, las imágenes, la música y las palabras necesarias para contar y cantar; y empecé a imaginar verazmente estas falsas memorias que dibujan el personaje que he sido, el que no he querido ser, el que dejé de ser, el que quisiera ser y el que voy siendo.

Dudo mucho si poner o no fotografías en el altar del que he sido y ya murió, y entonces retiro el colorido papel de china que me cubre en las fotos en que acompaño a mis seres queridos que han abandonado los caminos de la vida y retomo con todos ellos los senderos que hemos recorrido.



Me entusiasmo sobremanera la conversación con la mujer-niña y la niña-mujer de sonrisa radiante que ilumina mis últimos días:

Hola, Marius: Mis hijos siempre dicen que sonrío cuando escribo cartas, y ahora mismo me doy cuenta de que me sonrío al disponerme a escribirte. He pasado el fin de semana un poco sola y un poco en compañía. El grupo marchó de paseo a Machu Pichu y yo decidí quedarme, un poco para adelantar en algunas cosas de trabajo que me andaban persiguiendo, un poco para estar un rato a solas, y un poco para recibir la visita de una querida amiga que vive cerca y podía venir a visitarme el sábado después del trabajo: charlar largo y profundo, caminar al sol, bailar...

Tras la visita de Juan Pablo pensaba que en realidad yo sólo sé avanzar hacia algún lugar gracias a la intermitencia de los golpes-caricia de otro ser humano, de los encuentros... Y de nuevo sola. Leía ayer domingo un texto de Hugo Mújica que me devolvía a esta idea: «La ley, incluso la justicia, puede aportar, como máximo don, la comunidad de los iguales, pero sólo el amor crea otra igualdad, la única a la altura de la dignidad del hombre: la comunidad de los únicos. La del nombre propio de cada uno: el que me es dicho sólo a mí por aquel para quien soy único». El nombre, nuestros nombres, la caricia-golpe del nombre... es una de mis fascinaciones, de mis caminos para comprender.

Voy descubriendo a los varios Marius, a los Pedro Pablo... Poco a poco van habitándome. ¡Gracias! ¿Y cómo va tu periplo? Yo estaré de vuelta el sábado a la tarde y marcharé quince días

después. Pero si tú puedes y quieres, me encantaría verte antes de mi próxima partida.

Te mando besos. Belén.

Sólo después de un par de días me atreví a contestarle; no sé bien por qué, pero me sentí sorprendido y confundido al enterarme de que Belén tenía hijos.

Hola, Belén: ¿Cuántos hijos tienes, cómo son, qué hacen? Qué bueno que te tomaste tu tiempo, qué malo que no fuiste a Machu Pichu, de verdad; a mí me fascinó y me gustaría volver...

¿Bailas, qué? A mí me encantan la salsa, la cumbia y, en general, los ritmos afroantillanos. Me parece raro que veas las caricias tan cercanas a los golpes; pero, de alguna manera, claro, tienes razón, todo encuentro implica caricias, confrontaciones, golpes... Y la igualdad y la democracia y el equilibrio del amor: ¡otra bella utopía! Sin las ilusiones y las utopías no seríamos...

Mientras te escribo escucho a Benny Moré: ¿lo conoces? Un músico de puta madre: «Castellano: qué bueno baila usted...». Veo el Pacífico, cada vez menos azul-verde y cada vez más oscuro; son las seis de la tarde y observo al fondo nadar a mi hija. ¡Mañana cumple años!

¿Hasta cuándo vas a partir y partir y partir? Salimos el sábado a las nueve de la noche, así que llego a La Región más Transparente del Aire a las seis de la mañana. ¡Lástima, me hubiera gustado verte en el aeropuerto! Así se hubiera reiniciado el ciclo en el mismo lugar donde al voltear te reconocí... ¿Nos vemos el domingo?

Besos, mil: Marius.



Dio mío, Dio mío.
Yemayá. Yemayá e ven de la mar.
Yemayá, ven a bailar,
oooh mi Yemayá.
Yemayá eee ven de la mar...

Después de bailar con Celia y la Sonora el canto a Yemayá, canción que me remontó a nuestros años de juventud militante, cuando al final del día celebrábamos gozosos la conclusión de alguna de nuestras intensas y maratónicas reuniones sobre la estrategia, la táctica y el programa de la Revolución Socialista en el paraíso, o el apartado de la cuestión agraria o el de los asuntos indígenas o el de las negritudes o el educativo, Laura me invitó al club vecinal donde acostumbraba pasar las tardes nadando bajo el sol, al aire libre, a la sombra de los centenarios mangos y ceibas, cobijada por el canto de las mirlas, los turpiales y los canarios, juguito en mano, charlando con varios ex-camaradas y maestros jubilados.

Yo quería oírla hablar de su vida, de su profesión, de sus hijos, de su familia, de su retorno al paraíso, de sus amores... Pero nunca me imaginé que escucharía un relato sobre un fragmento de mi propia vida, un trozo de mi vida que yo desconocía o no tenía registrado o había querido o necesitado olvidar, al menos en ese capítulo, este capítulo... La conocí en una de nuestras reuniones. Era médica, feminista, y vivía muy comprometida con la organización en su proceso de vincularse a los trabajadores; hermana de uno de nuestros jóvenes dirigentes y compañera de Jorgito, otro

de nuestros cuadros. No recuerdo la manera como empezó nuestra relación; pero sí que me impactó mucho su concepción de pareja abierta, y que nos encontráramos ella, su compañero y yo en las reuniones, en los recesos y en las fiestas como si no existiera nuestra relación, como si nada, con tal naturalidad y tranquilidad que, paradójicamente, aún hoy, con sólo recordarlo me siento inquieto.

Nunca supe qué tan consciente era Jorgito de nuestra relación, pues nunca hablamos de ella, ni siquiera cuando varios años después visitó con frecuencia mi nuevo paraíso y mi casa y compartimos largas tardes de cerveza alrededor de la evocación de nuestras vidas, del paraíso y de nuestra utopía edénica. En mi balcón, la hermosa maceta que me regaló me trae a la memoria que lo vi por última vez cuando cumplí cuarenta y cinco años.

Laura y Jorgito se separaron porque la idea de la pareja abierta era muy fácil de exponer y defender, pero muy difícil de vivir, al menos para las parejas que conocí; y tengo la sensación de que muchos de ellos, más que gozarla, la padecieron, o la gozaba el uno y la padecía el otro, quizás alternativamente; tampoco estoy muy seguro de que se amaran de veras. ¿Pero por qué creo eso, porque ellos tenían una pareja abierta y yo soy conservador y cuando estoy enamorado no soporto ni la idea?, ¿porque ellos y otros amigos no lo pudieron vivir de veras?, ¿porque se acabó el amor? ¿Pero qué es amarse, de verdad? ¿Qué es el amor, en general? ¿Es algo más que el deseo, el sexo y la ternura? ¿Es distinto al amor que no incluye el sexo? ¿Y qué es el amor de pareja? ¿Los dos tipos de amor son de distinta índole?

Laura era una ginecóloga feminista que traía infantes al mundo con un inmenso placer, con el mismo gusto y cariño con que ayudaba a las mujeres que no podían o no querían traerlos y hacía campaña sobre el parto natural, el derecho femenino a decidir y la doble moral e hipocresía de nuestras clases dirigentes.

Después de separarse, y en pleno proceso de deterioro de nuestro partido, Laura decidió pregonar y difundir sus ideas y conoci-

mientos viajando un par de años por nuestro gran paraíso y varios países de África, en especial en las naciones donde estaba la revolución en marcha y ella podía formar parteras y fundar clínicas; en realidad, viajó por alrededor de quince años, hasta que un embarazo, la nostalgia y la enfermedad de sus ancianos padres la hicieron regresar al paraíso. Puso una clínica-escuela, fundó una editorial y una revista feminista, impartió cursos por todo el país y se dedicó a criar sin compañero a sus gemelos.

Laura había decidido tener un hijo sin padre, como muchas mujeres de la época, así que organizó un placentero fin de semana con tres hombres que le gustaban y tuvo una niña y un niño a quienes crio con amor y orgullo. Todo marchaba más o menos armónicamente, hasta el año en que los dos niños florecieron en una adolescencia inauditamente rebelde y sin aparente causa, y un día, llorando, a gritos, le reclamaron la identidad de su padre. Entonces se vio obligada a buscar la cajita de agendas y fotografías cuidadosamente guardadas en el baúl de su mamá, hacer muchas cuentas y observar atentamente. Averiguó por él y supo que se había convertido en un alto dirigente del gobierno de la última, o penúltima, qué sé yo, Revolución Traicionada. Le escribió contándole el deseo de sus hijos de conocerlo, pero no recibió respuesta alguna. Le mandó un mensaje con una vieja amiga y recibió unas pocas y tajantes palabras: «Dígale que no quiero saber nada de ella ni de sus hijos. Y que me deje en paz». Entonces les contó que había averiguado que su padre había muerto por la Revolución. La adolescencia y la rebeldía de los jóvenes se fueron apagando con el amor materno, el aura sabia de los abuelos, el paso del tiempo y los primeros amores.

«¿Vos te acordás del aborto que tuvimos?», me preguntó de sopetón, sonriendo, Laura. Yo me ruborizo y me siento profundamente incómodo, a pesar de los años. Claro que me acuerdo; para mí fue muy difícil porque estaba casado y tenía una niña pequeña, porque Laura vivía con Jorgito y aunque yo la quería, no deseaba tener más hijos ni sabía cómo afrontar la situación con mi

mujer, con mi hija, con Jorgito, con la organización y con los camaradas. Con su pregunta abandoné el delicioso, verde y refrescante jugo de lulo, me tomé un tequila con una cerveza helada y reviví mi largo viaje de fin de semana, doce horas por tierra de ida y doce de regreso, para asistir a la intervención, pleno de dudas y remordimientos, en el infierno de la indecisión. ¿Qué hacer? ¿Por qué me había metido en esa situación? ¿Qué pensaría Jorgito; lo habíamos traicionado o sólo se trataba del ejercicio de la libertad individual y de las creencias de cada uno de nosotros? ¿Y qué deberíamos hacer?

Entonces le pregunté a Laura si Jorgito se había dado cuenta de lo nuestro. Soltó la carcajada y me preguntó: «¿Cómo, Marius, no recordás que los dos estuvieron en la clínica? Yo conservo ese momento con mucho cariño, agradecimiento y admiración, dijo, ¡qué verracos tan consecuentes!». Raquel expresó su asombro y Laura terminó de contar: «Yo no sabía de quién estaba embarazada; les conté, y ambos aceptaron acompañarme al hospital. Yo no podré olvidar nunca cuando regresé a la habitación y los encontré charlando tan animadamente». Yo no me acordaba de ese pasaje, y tengo que confesar, no sin pena, que siempre pensé que Laura estaba embarazada y enamorada de mí. «Ay, Marius, cómo es de convenenciero tu recuerdo», me dice Úrsula.

Y entonces, en el proceso de corrección de estos falsos recuerdos y memorias me llega la noticia de la muerte de Laura. Me sorprende, me duele, me llena de nostalgia. Me remite de nuevo a pensar en la brevedad de la vida, en la inexorable y próxima llegada de la vejez y la muerte, en la profunda interiorización de la verdad de la frase «todo pasa», una expresión que uno entiende y asume retóricamente durante mucho tiempo y que, con el transcurrir de los años, empieza a entender de verdad con la enfermedad, el envejecimiento y la muerte de los seres queridos y con la desaparición de las instituciones y las costumbres que conocimos. Laura empezó a sufrir de párkinson y no lo pudo aceptar, se deprimió y quiso morirse antes de cumplir los setenta, y

dejó de tomarse la medicina para la presión y el colesterol, y volvió a creer en Dios, y le pedía una y otra vez que se la llevara pronto... Murió de un derrame cerebral... ¿O se tomó la receta que le administraba a quienes querían morir dignamente?

Sea como sea, colocho una de sus agendas feministas que me regaló y me envuelvo en el cálido manto de su recuerdo en el intenso perfume de nardos del altar, y del café y los pandebonos que horneó para nuestro último encuentro en el paraíso. Y al pie de la agenda las calaveritas con su nombre y el de Jorge. Por cierto, no tengo fotografías de los tres...



Las noticias de los meses en que escribía estas páginas me llenaban de ilusión, a pesar de quienes niegan la existencia de la guerra o el conflicto político armado en el paraíso y rechazan las negociaciones y los acuerdos, a pesar de los nuevos atentados, los nuevos enfrentamientos y los nuevos asesinatos, se instalaba una mesa de diálogo, los guerrilleros declaraban un alto al fuego en diciembre, se firmaba un acuerdo sobre tierras, la guerrilla reconocía su responsabilidad con sus víctimas, se aceptaba la participación política de los insurgentes, se declaraba otra tregua navideña, se producía un acuerdo sobre el narcotráfico, se declaraba un nuevo cese al fuego, había acuerdo sobre el desminado de los campos sembrados con minas antipersonales, se acordaba una comisión de la verdad, la guerrilla declaraba un alto al fuego y el gobierno la suspensión de los bombardeos contra los alzados en armas, el presidente del paraíso y el comandante de la guerrilla se daban la mano, se producía un acuerdo sobre justicia y víctimas, se pactaba un cronograma para el desarme...

¡Viva la paz!

¡Viva la paz, carajo!



Ahora «Se oye el rumor de un pregonar que dice así: el yerberito llegó, llegóooo...».

Traigo yerba santa pa' la garganta,
traigo keisimón pa' la hinchazón,
traigo abrecaminos pa' tu destino,
traigo la ruda pa' el que estornuda,
también traigo albahaca pa' la gente flaca,
el apasote para los brotes,
el vetiver para el que no ve,
y con esta yerba se casa usted. Yerbero...o...

(«El yerbero moderno», Néstor Mili)

¿Y p'al el alma, yerberito? Dame una yerba, por favor, yerberito, una yerba p'al alma...

Como Joe, Simón, José Juan y quién sabe cuántos más, Francisco terminó enredado en el narcotráfico. No murió con una bala en el cuerpo; simplemente, el corazón calló después de una vida muy dura, aunque llena de ilusiones y de alegría... Francisco era un gran amigo, un buen hombre, un bacán, medio perdido al final, pero un bacán, y un buen hombre. Estoy seguro de que nunca le hizo daño a nadie. Cuando lo conocí ya tenía fama de ser un verraco para ciertas tareas indispensables para la causa revolucionaria, como dotar de auténticos pasaportes falsos a los exiliados que habían ido a parar al paraíso huyendo de las dictaduras militares del Sur o de los excesos y extravagancias ideológicas del viejo continente; hacía cédulas de identidad y títulos académicos, y en algún

momento fabricó «de los verdes», que, por cierto, me propuso distribuir en mi nuevo paraíso; me los daba a mitad de precio para que yo me quedara con la otra mitad. Me encanta recordar su cara cuando le dije que no y le conté con placer a qué me dedicaba, ¡y su respuesta!: «No, hermano, ¿o sea que usted se va a pasar toda la vida frente a un tablero?».

Yo supe que Francisco había ido a parar a la cárcel, y que a su compañera también la habían detenido, porque supuestamente era su cómplice. Yo quería saber cómo había sido, y con «El Preso» (Álvaro Velázquez) de fondo, con Fruko y sus tesos:

¡Oye!
¡Te hablo desde la prisión!
Wilson Manyoma, Borgoña.
¡Y dice!:

En el mundo en el que vivo
siempre hay cuatro esquinas,
pero entre esquina y esquina
siempre habrá lo mismo;
para mí no existe el cielo,
ni luna ni estrellas,
para mí no alumbra el sol,
para mí todo es tinieblas...

Con varios rodeos, y dos tequilas, le pregunté a Mariana: «Si quieres, contame, si no, no: ¿Cómo y cuándo se empezó a torcer Francisco?». Y después de unos segundos de silencio: «¡Él siempre fue torcido! ¡A él siempre le gustó lo torcido!». Y estalló en risas. «Yo lo conocí aquí, en el barrio; había una barra inmensa, la Gallada de la Chicharra, unos guerreros terribles; se enfrentaban con los de la gallada de la Lechuza y con los del Círculo y armaban unas batallas... Por aquí se reunían, ve».

En sus ojos y en su voz sigue presente el amor. Me contó que lo quiso mucho, aunque la vida a su lado había sido muy dura; que

ahora la vida le estaba pasando factura, pero que no se arrepentía de nada. «A veces me pongo a pensar que tantas cosas que viví con Francisco me hicieron daño, con todo y lo que lo amé... Y me separé amándolo, pero era imposible vivir con el miedo de que pasaran más cosas».

Ay ay ay ay qué negro es mi destino...

Ay ay ay ay todos de mí se alejan...

Ay ay ay ay perdí toda esperanza...

«La vida con él fue muy difícil. A mí todavía me duele lo de la cárcel».

Mariana se deprimió cuando lo dejó; después le apareció un cáncer en los riñones y tuvieron que extirparle uno; pero quería seguir viviendo y sacar adelante a sus dos hijos. Dice que ahora está bien, esperando la jubilación y viajando por todos lados. «A lo mejor te visito, Marius». Y retoma el relato entre risas: «A Francisco le gustaba todo lo chueco; ahí donde hubiera algo chueco, ahí estaba él. Al final, le pudo eso, porque era adicto; aunque delante de mí, jamás. Yo jamás lo vi con vicios. Sabía, claro; yo me encontraba los paquetitos en los bolsillos y la tiraba; se enverracaba, pero yo botaba todo lo que me encontraba.

»¿El socialismo? Él se hizo socialista en la universidad. En ese tiempo estuvo bien, juicioso; él era el que hacía los chuecos que la izquierda necesitaba. ¿Te acordás de Leonardo? Francisco era el que le hacía los pasaportes, los sellos, las visas y las firmas, a él y a todo el que necesitara algo; porque Francisco era el que sabía adónde ir y con quién hablar y cuánto costaba cualquier vuelta.

»A mí me da risa; era chévere que hubiera alguien que pudiera ayudar a los compañeros; ¿qué tal Leonardo, que llegó corriendo, volado? Leonardo nos ayudó un día que nos allanaron. Nos recibió en su casa; esa vez nos pegaron una allanada... Buscando las armas esas que la guerrilla se robó del Cantón Norte. ¡Qué susto más verraco! Aunque ahí no había nada, nosotros no teníamos

nada qué ver; ¡pero todo el mundo se nos escondía! En el mismo edificio vivían León y Vladimir, pero no nos volvieron a abrir las puertas de sus casas, mirá, y eso fue muy duro. Yo no tengo claro cómo entró Francisco al negocio ese —me dice, y guarda silencio. De pronto reconsidera—: Bueno, sí, más o menos, creo: Francisco era el hombre más habilidoso con las manos que yo he conocido en la vida. Si se cerraba una puerta o una caja fuerte, él sabía cómo abrirlas, con esa paciencia y esa minucia que lo caracterizaba. Un día, un amigo le dijo: “Mirá, arreglame unos zapatos, pero no los vas a dañar, porque son finísimos, y con ellos me voy a ir, no te los vas a tirar, porque son carísimos”. Y le arregló los benditos zapatos. Y ese muchacho pasó. Y así pasaron mil, de verdad. Y todo el mundo se enriqueció, menos él. Después hizo maletas: dobles fondos y dobles lados. Armaba los paquetes con una prensa de empastar libros, y también arreglaba los instrumentos musicales... Así empezó, con su habilidad manual.

»Fue después cuando yo vine a entender muchas cosas que me sucedieron. Por su tallercito pasó un mundo de gente... La gente que no te imaginás: alcaldes, políticos de izquierda y derecha, músicos, pilotos, curas, militares, reinas de belleza, deportistas... Apenas llegaba alguien, yo me salía rapidito, antes de que Francisco me dijera: “Mirá, ve, andate, que vos me espantás la clientela”. Como yo era el ogro... Todos los muchachos de por aquí terminaron en esa vaina. En estos días me saludó uno. ¿Pero vos quién sos?, le pregunté, yo no te conozco. “¿Vos no te acordás de mí?”. Venía de pagar veinticinco años en Estados Unidos, canoso, arrugado, acabado. Claro que todos hemos envejecido, pero ese pobre... Casi todos los muchachos de las tres galladas terminaron en eso, en la cárcel, o muertos. Un montón. Así empezó Francisco, mirá...».

¿Y cómo se metió en la producción? «Ah... Con otro amigo, químico; él ya murió, ¡y nunca lo agarraron! Él le enseñó a hacer heroína —la coca fue sólo al principio—. Ahí fue la caída. En el apartamento, con un horno microondas. La coca y la heroína se

pueden preparar en un microondas, mijo. Otro que andaba en eso fue uno al que le decían El Guapo; él era guerrillero, amigo del Simón, que también estaba metido en la vaina esa. Sí, claro, el Simón también andaba en eso, y lo mataron los narcos... Él salió de mi casa y se fue a un hotel a ver a los del Cartel B; me encargó que le comprara una bicicleta para su hijito, y a los dos días supe que lo habían matado allá, por deudas. Eso fue horrible. Ellos se dedicaban a negociar; les encargaban mercancía, y ellos la conseguían. Yo no sabía que andaban en eso. Los narcos son muy delicados en sus negocios.

»Una vez vino El Guapo muy disgustado y preocupado, y me preguntó: “¿Aquí estuvo el Simón? Nunca más, nunca más lo volvás a recibir. ¿Me entendés? Nunca más. Cuando venga, dejalo entrar y sacalo por la ventana de atrás, y que no regrese nunca”. Mirá, los tipos tan amables que habían venido a buscarlo días atrás, unos hombres tan educados, tres muchachos tan queridos... Cuando les abrí, me dijeron: “Ay, señora, buenas tardes. Dios la proteja. ¿No anda por aquí Simón?”, eran los sicarios.

»El Guapo le advirtió a Simón cuando supo que había ido a mi casa: “Ve, con Mariana no te metás, no volvás a su apartamento; dejala en paz. Si volvés a buscarla, ve, hífueputa, te mato yo mismo”. Debía plata. Él había citado a los tipos esos para arreglar, pero no ajustaba toda la plata... ¡Qué pesar! No, ya no andaba en la izquierda, nadie anda en la izquierda ya. De toda la gente que vos conocés nadie anda en la izquierda, nadie anda en nada. Bueno, tal vez dos o tres; Ernesto, por ejemplo; él tiene un negocio de alimentos y cada tanto me llama para que apoyemos a fulano al senado o a la cámara, por la izquierda, claro; pero a mí me da pereza. Yo ya no quiero saber nada de política. Yo no le cargo un ladrillo más a nadie. Estos verracos suben y se vuelven emperadores y se olvidan de todo y de todos. Yo ya estoy mamada...».

A Mariana la detuvieron, por ser química, pensaban que estaba metida en el negocio, y el juez le propuso que confesara para soltar a Francisco. Salió limpia; la restituyeron en su trabajo y si-

guió impartiendo sus clases como si nada hubiera pasado. Luchó y luchó y la fiscalía tuvo que liberarla. Fue de las primeras personas en ganar una tutela por faltas al debido proceso. El fiscal encontró su expediente y las pruebas que un funcionario, no se sabe por qué, había escondido. «Todo mi proceso fue la cosa más terrible de la vida, me cuenta, yo ni siquiera tenía una investigación. Me tocó porque Francisco fue el primer productor casero de droga que cayó, en un laboratorio casero, con un par de hornos microondas, mirá. Ellos estaban arrancando, solos, por su cuenta. Luego empezaron a caer todos: los aventaban los grandes narcos.

»A él lo venían siguiendo; a mí me mostraron fotos suyas entrando y saliendo de los almacenes expendedores de insumos químicos. Los últimos días había visto gente rara por la casa: un pordiosero tirado ahí todo el día; unos tipos podando el árbol del andén; unos muchachos escarbando la basura, desyerbando, en movimientos raros; pero el Francisco se burlaba de ellos, mirá, pasaba y decía en voz alta: “¡Pero ve estos hifueputas cómo trabajan!”.

»El día que nos detuvieron, yo llegué del colegio y serví el almuerzo; Francisco y el niño se quedaron dormidos y yo me fui a hacer unas vueltas. Al regresar, un niñito que era una picadura me dijo: “Mire, señora, unos tipos se subieron al techo de su casa”. Me imaginé que era un allanamiento y le dije al Francisco: “Mirá, güevón, pasa esto”, y él tranquilo. Salimos de compras y cinco minutos después de regresar nos cayeron y encontraron esas vainas en el desván. Francisco se puso rojo. No decía nada, sólo repetía “Todo eso es mío. Todo eso es mío. Todo eso es mío”.

El juez y el representante de Derechos Humanos hicieron constar que yo no tenía nada qué ver, que contra mí no había ninguna investigación ni orden de captura. Pero uno de los policías agarró mi diploma y dijo: “Tranquila, usted sólo va un rato y luego la sueltan”. ¿Un rato? ¡Año y medio! ¡Año y medio de llorar todos los santos días! Si llovía, lloraba porque mi niño tenía frío; si me iban a visitar, lloraba, y si no, también. Las presas me enseñaron todas

esas canciones y cantantes de despecho; y lloré y lloré con ellas. Aprendí a quererlas y a considerarlas».

Ahora continúa Saoko:

Condenado para siempre,
en esta horrible celda,
donde no llega el cariño
ni la voz de nadie.

Aquí me paso los días,
y la noche entera,
sólo vivo del recuerdo
eterno de mi madre.

Ay ay ay, sólo espero que llegue,
ay ay ay, el día que la muerte,
ay ay ay, me lleve a estar con ella.
Al fin así cambiará mi suerte...

(«El preso», Álvaro Velázquez)

Francisco sufrió terriblemente porque no soltaban a Mariana; hizo un proceso abreviado, se declaró culpable y explicó que ella no tenía nada qué ver; pero quién sabe por qué envolataron su expediente y el asunto se complicó. El niño se quedó con la abuela materna.

Mariana cuenta que María Cristina y José los visitaron con frecuencia y fueron muy solidarios. José les ayudó para que los nombraran maestros en la cárcel, y les mandó pupitres, computadoras y libros. «Mucha gente no quiere a José, pero con nosotros fue muy chévere. Francisco salió muy mal de la cárcel, envenenado, enojado con todo el mundo, y lleno de rencores. Puso un tallercito para ganarse la vida arreglando electrodomésticos; pero de pronto supe que estaba volviendo a esa vaina. Un tipo de esos empezó a

buscarlo. Yo le pregunté al tipo ese que si pasaba algo, y me contestó: “Sí, mi señora, pero nada que ver con usted, tranquila”. ¿Usted cree que yo me iba a quedar ahí, Marius?». Lograron pagar la deuda, pero Mariana ya no quiso saber nada de él; mandó a pintar su viejo apartamento y se fue con su hijo.

«Al final, Francisco se dedicó a cuidar a la mamá, que estaba muy enferma; y en esas andaba cuando le dio el ataque al corazón».

Ay que solo estoy,
sólo me espera la muerte,
ay que solo estoy,
¿cuándo cambiara mi suerte?

¡Otra calaverita de colores rotulada Francisco, carajo!



La luz matinal, los gorriones e internet me traen de nuevo noticias de Belén:

Querido Marius: Mis tres hijos viven la infancia; una me mira cuando escribo, la otra lee y el menor juega. ¡Tres partos! Los tres mucho más guapos que su madre y todos hacedores de infancia: ver el mundo, empezarlo, pelearse por su sitio, llorar por las cosas pequeñas, reír por las importantes... Entender las relaciones: «Mamá, ¿las hojas y las hojas de papel se llaman igual porque vienen todas de los árboles?»». Confieso que la edad de tu hija me deja loca, ¿cuántos tienes tú? Si me hubieras preguntado creo que hubiera dicho sólo cinco o seis más que yo, ¡pero ahora no me salen las cuentas! Por supuesto, espero que no te haya pasado lo mismo y, en caso de haberlo pensado, me hayas calculado muchos menos que tú...

Estuve en Machu Picchu hace unos años y lo hice con personas con las que ya entonces, y después más, había recorrido un largo camino de amistad y comprensión del mundo... Caminito desde las chabolas de Madrid en las que vivían Carmen y Lola cuando nos encontramos. Habíamos estado juntas en Lima trabajando sobre esa violencia/ paz/miseria de la que ya te he hablado, y después nos regalamos la subida como premio. Algunas cosas tardan años en calarnos y, como dice Joaquín Sabina, es mejor no volver al lugar donde has sido feliz, al menos (digo yo) hasta que esa felicidad haya calado totalmente. Entonces, cierro los ojos y le presto atención al recorrido que hace en mis adentros aquella felicidad, y cuando esté ya por todo adentro volveré a Machu Picchu... ¡A por el sol!

Entre tanto, partir y llegar. Esta vez es sólo unos pocos días, y después Guatemala, La Paz, otra vez Perú, Brasil... Partir y llegar. Mi familia me aguanta, como pueden, me quieren, les quiero, persiguen la libertad de cuerpo, de palabra, de pensar... Libertad en la que me construyo, y yo persigo las tuyas. Así es amar: partir, llegar, permanecer... La utopía de la libertad. Y qué sería de nosotros sin la utopía...

Ya se acaba esta visita. Te envío la conclusión que leí durante nuestra última sesión de trabajo; allá te muestro el video con la participación de los miembros de los talleres. ¿Y sabes por qué? Porque me has estado acompañando estos días... ¡Ahora nos preparamos para bailar!

Besos. Belén.

¡Nos vemos el domingo! Llegaré desde atrás, para que te voltees a encontrarme... ¡Y cerraremos el círculo! Caminan besos...

Belén.



Otro viaje recuerdo, y otra separación; pero esta vez fui yo quien decidió —impulso más o menos consciente e improvisado— la partida y el rumbo sin norte hacia el norte de mi primitivo paraíso, donde brillaban el sol, el viento, las amplias y coloridas sonrisas y faldas de las indígenas wiwas y wayúus, la arena, la sal y las olas del mar. Quizás en este recorrido y en este tiempo mis caminos empezaron a cruzarse y a definirse con claridad en mí, de manera inconsciente, quizás, y entonces empecé a tomar forma y empecé a ser quien iba queriendo y aceptando ser.

Luego de que mis padres me llevaran consigo a la capital interrumpiendo abruptamente mis primeros pasos por los senderos de mis sueños, en plena pubertad, la militancia por la revolución en el paraíso, el inicio en el teatro y quizá mi primera ilusión adulta de amor, viví prácticamente encerrado en su casa, sin amigos ni familiares, atento a mis hermanos menores, intentado en vano sacar a mi madre de su reclusión física y mental, tratando inútilmente de acercarme a mi padre, acompañándolo los sábados y durante las vacaciones en sus recorridos en busca de la chatarra que esperaba convertir en plata y oro, y buscando la manera de pasar los domingos haciendo cualquier cosa, solo, sin dinero, con mi madre encerrada en su cuarto y en su mente, muerta desde hacía mucho de tristeza, de dolor de cabeza y de rabia, mi padre alejado, mis hermanos a la deriva y yo buscando un gobernalle.

En el colegio me divertía resolviendo problemas de matemáticas y física, y construyendo argumentos que demostraban alternativamente la existencia o la inexistencia de Dios. Intenté crear un grupo de teatro y montar una obra dramática del absurdo, pero

yo estaba aislado y perdido en la gran ciudad, como los personajes en su pícnic en el parque, y no tenía la formación suficiente.

Mi compañero de banca resultó ser un primo a quien no conocía, y ese encuentro alimentó mi ilusión de acercarme e integrarme a la familia paterna, cosa que no logré nunca; ni con él ni con sus padres y hermanas, ni con mis medio hermanos, con quienes lo intenté hasta el cansancio durante mucho tiempo. Entonces aprendí que, realmente, la hermandad explicada por la sangre común y la idea de la felicidad familiar *per se* eran sólo un hermoso y discutible cuento, y una gran puesta en escena que muy pocas veces se puede representar más o menos bien.

A mi padre lo acompañé —cuando él lo necesitaba, en su incapacidad de estar solo— en sus correrías por los depósitos de chararra y maquinaria de segunda, en los exquisitos almorzaderos populares, en uno que otro restaurante más o menos elegante, en las tiendas de los barrios y en algún bar. Entonces aprovechaba los recorridos en el jeep y le preguntaba todo lo que podía sobre sus hermanos, sus medio hermanos y mis abuelos, qué sentía por mi abuelo Marco Antonio, qué había sentido cuando mi abuela los abandonó y se fue con él, con el empleado de mi abuelo; le pregunté por mi madre, por qué no se había casado con ella, por qué tenía dos mujeres y dos casas, si era feliz, y si pensaba que sus mujeres y sus hijos lo eran.

Él me contestaba con esfuerzo, y con la ayuda de una caneca de aguardiente o de whisky que sacaba de la guantera; aun así, hubo ocasiones en que llegué a sentirlo cerca, conmovido, auténtico. Pero más allá de esos escasos, breves e intensos momentos, siempre mediados por el alcohol, nunca logré una real relación filial. Y en el trabajo sólo fui un empleado más del patrón, mi padre.

Nunca recibí un gesto solidario suyo, y cuando intenté, ilusionado, hacer negocios con él sufrí, como cualquier cliente, su ser comerciante, su viveza, su picardía y su ser ventajoso; de esta manera, a un alto costo económico y afectivo, entendí para siempre las leyes matemáticas, éticas y sentimentales del comercio y el ca-

pitalismo: ganar, ganar más y ganar más y más, no importa cómo, no importa a costa de quién ni de qué.

No sé si lamentarlo o no, pero no pude corresponderle el día en que percibí su interés por mí, más allá de que, en realidad, me invitaba a ser protagonista de una comparsa, un ancestral rito masculino en el cual él también había sido iniciado como el supuesto protagonista del momento.

Aquella vez, al final de la noche, la noche en que debería ser iniciado como macho, casi al amanecer, viví la mayor humillación y la mayor pena que haya sentido en mi vida; sin ánimo de dramatizar o buscar ningún tipo de empatía, sin retórica alguna, de verdad. ¡Pobre de mí si pretendiera hacer retórica o manipular con las pinturas que muestran los laberintos del alma! ¿Cómo decirlo, cómo explicarlo, cómo entenderlo? Quizá sólo contándolo, «como va», creo, simple y llanamente.

Esa mañana mi padre me preguntó si yo ya había estado con una mujer, y a pesar de que le dije que sí, por la noche me llevó a una obscurísima cantina y quiso contratar una puta para que me desvirgara; pero a mí, aunque apenas estaba descubriendo la sexualidad, no me interesaba el contacto con las mujeres a través de la prostitución sino del amor, en la más pura y luminica comunión con el ser amado y deseado que ya intuía; además, la única mujer que me llamó la atención en el bar esperaba a su hombre.

A punto del vómito, completamente borrachos, al llegar a casa, mi padre me confesó que no se había casado con mi madre porque cuando la conoció no era virgen, y me llevó ante ella para que corroborara que él decía la verdad. No olvidaré nunca ni la expresión del rostro ni las lágrimas ni los ruegos de mi madre implorándole que se callara... Tampoco olvidaré la voz de mi padre recitando en la sala cada vez que bebía «La casada infiel» de Federico García Lorca:

Y yo que me la llevé al río
creyendo que era mozuela
pero tenía marido.

Fue la noche de Santiago
y casi por compromiso.
Se apagaron los faroles
y se encendieron los grillos.
En las últimas esquinas
toqué sus pechos dormidos,
y se me abrieron de pronto
como ramos de jacintos.
El almidón de su enagua
me sonaba en el oído,
como una pieza de seda
rasgada por diez cuchillos.
Sin luz de plata en sus copas
los árboles han crecido,
y un horizonte de perros
ladra muy lejos del río.

Pasadas las zarzamoras,
los juncos y los espinos,
bajo su mata de pelo
hice un hoyo sobre el limo.
Yo me quité la corbata.
Ella se quitó el vestido.
Yo el cinturón con revólver.
Ella sus cuatro corpiños.
Ni nardos ni caracolas
tienen el cutis tan fino,
ni los cristales con luna
relumbran con ese brillo.

Sus muslos se me escapaban
como peces sorprendidos,
la mitad llenos de lumbre,
la mitad llenos de frío.
Aquella noche corrí
el mejor de los caminos,
montado en potra de nácar
sin bridas y sin estribos.
No quiero decir, por hombre,
las cosas que ella me dijo.
La luz del entendimiento
me hace ser muy comedido.
Sucia de besos y arena
yo me la llevé del río.
Con el aire se batían
las espadas de los lirios.

Me porté como quien soy.
Como un gitano legítimo.
Le regalé un costurero
grande de raso pajizo,
y no quise enamorarme
porque teniendo marido
me dijo que era mozuela
cuando la llevaba al río.

Poco después, en las vacaciones de fin de año, un día mi papá me insultó porque supuestamente yo le había contestado mal a un cliente, y azotando el auricular contra el inane cuerpo del teléfono y mi oído me dijo que yo era un pendejo que no servía para nada. Entonces llamé a José, su obrero, el mecánico y guachimán del taller, y saqué el negro teléfono de la oficina para que lo contestara él; cerré las puertas y las ventanas; le entregué las llaves y le pedí que le dijera al patrón que ahí le dejaba su puto trabajo de

mierda. Y me fui a mi casa, feliz, disfrutando del cielo azul, del amarillo picante del sol y del aire fresco que a media mañana corría y calentaba la muy fría sabana andina.

Le conté a mi madre lo sucedido, y mi decisión de recorrer el país en autoestop. La pobre se quedó sin palabras; aunque no tenía ni idea de qué se trataba, no estaba de acuerdo; pero ante la firmeza de mi resolución sacó los pocos billetes y monedas que tenía y una bolsa donde metí un pantalón, dos camisetas y tres pares de medias, y me indicó la ruta del bus que me llevaría desde el sur donde vivíamos hasta la salida de la ciudad, en el extremo norte. La verdad es que, en los hechos, mi madre siempre fue muy respetuosa, solidaria y amorosa conmigo.

Un par de horas más tarde empecé a caminar por la interminable carretera con mis quince años a cuestas; miraba con insistencia hacia atrás y hacia adelante, haciendo la señal para que me llevaran rumbo al Océano Atlántico. Había decidido buscar el mar, pues aunque el paraíso estaba a tres horas del Océano Pacífico y había visto partir de paseo a mi padre y a varios de mis familiares hacia él, yo no lo conocía. Ahora iba en su búsqueda al extremo norte del país, al punto más distante de mi casa. Quizá tenía prisa y ansiedad, pues no me detuve en muchas ciudades, pero gocé del paisaje, de la charla con los conductores que me acogieron en su casa rodante, de ser capaz de superar el miedo de la separación y la ansiedad de no saber qué vendría con la distancia, el tiempo y el viaje, y, ahora me doy cuenta, del intenso diálogo interior que ya desde entonces me habita, y de la íntima seguridad con que me busco y me abandono al caminar, solo o acompañado, por esas mismas carreteras o por otras.



Ana María pone a cantar a Richie Ray:

Siento una voz que me dice:
Agúzate que te están velando.
agáchate que te están tirando,
y yo pasaría de tonto si no supiera
que uno debe estar mosca por donde quiera,
y es por eso que yo digo de esta manera,
que ese individuo no sabe en qué se metió. ¡Ajá!

(«Agúzate», Richie Ray y Bobby Cruz)

El relato de Mariana cambió radicalmente la historia que yo conocía de Simón. ¿Cuál es la verdadera y cuál la falsa? ¡Vaya a saber! Simón era un tipo muy inteligente. Siempre pensé que llegaría a ser uno de los grandes historiadores y políticos del país; de hecho, ya había empezado a impartir clases en la universidad cuando lo conocí en mis primeros años de militancia; era dirigente de una de las tantas tendencias trotskistas y tenía la pinta del típico intelectual de izquierda. Nosotros nos cruzamos con él y su organización porque cuando nos separamos del sector electoral del partido nos propusimos unir los distintos grupos socialistas y el suyo coincidía con el nuestro en la idea de la Revolución Permanente, la necesidad de la IV Internacional Comunista y el rechazo a la participación electoral. Por eso emprendimos una larga serie de reuniones, prolongadas y meticulosas discusiones y redacción de propuestas, suspendidas

urgentemente dos o tres veces por algunos conflictos personales entre él y Tatiana —una camarada nuestra que era su amante—, por quién sabe qué líos o discusiones amorosas o ideológicas.

Un sábado a mediodía, al salir del Cineclub San Fernando creado por los amantes de la pantalla grande, escritores y críticos, Andrés Caicedo, Luis Ospina, Carlos Mayolo y Ramiro Arbeláez con la complicidad de muchos otros, un lugar donde confluíamos gozosos y sin distingos los jóvenes, los militantes de izquierda, los jipis, los amantes, los amantes del cine, la literatura, el arte, la rumba, la salsa, el rock, el alcohol y la marihuana, vimos, entre divertidos y horrorizados, que Tatiana sacaba una pistola de su pequeña cartera de mano y le apuntaba a Simón mientras le disparaba una tras otra imprecación coronadas por la frase «Te amo, hifueputa, te amo; pero te voy a matar, hifueputa».

Pasamos largos e intensos días aclarándole a Simón y a su grupo que se trataba de un asunto personal, que no había ninguna declaración de guerra ni conflicto político alguno, que las cosas debían quedar ahí, con algún llamado de atención, y que «necesitábamos continuar el proceso de integración entre las dos organizaciones, camaradas».

Pero no aceptaron; nos pidieron nombrar una comisión para representar a Tatiana en el Consejo de Guerra que se le seguiría por traición y por atentar contra su líder, el camarada Simón. Preocupados, escogimos a dos de los maestros más serios y maduros de nuestra organización para que intervinieran a favor de su vida y les hiciera comprender a nuestros hermanos socialistas que las peleas entre nuestros camaradas eran sólo un amoroso asunto personal. Después de muchísimas horas de argumentos, contra argumentos, reflexiones y llamados a la tolerancia, «por el bien del proceso de integración», aceptaron con la condición de que uno de nuestros dirigentes se encargara de hablar seriamente con ella y le advirtiera que no se podía volver a acercar a menos de cincuenta metros de su líder; porque si no, la iban a ajusticiar. Felizmente, Tatiana, quien vivía contando muerta de la risa su his-

toria con Simón por todos los pasillos de las universidades del país, decidió irse becada a cursar una maestría al exterior, y hoy es una connotada académica, narradora y editora feminista.

La última vez que yo vi a Simón fue un viernes en la noche, cuando se me ocurrió pasar a saludarlo y charlar sobre los detalles de nuestra asamblea fundacional del día siguiente. Primero se asomó por una rendija entre las cortinas; después sacó la cabeza por la puerta entreabierta de su apartamento, que sólo dejaba ver el humo compacto de más de veinte personas reunidas en un cuarto de ocho metros y medio cuadrados, y me dijo: «Perdón, Marius, estamos discutiendo algunos detalles para mañana. Nos vemos en el Congreso de Integración». No llegaron a la reunión ni enviaron representante o mensaje alguno, y sólo supimos por la prensa, sorprendidos, y con temor, que esa madrugada habían anunciado la fundación de un nuevo grupo guerrillero con una bomba contra el imperialismo yanqui en las oficinas de una aerolínea norteamericana.

Tiempo después supe que Simón estaba negociando armas con los capos del Cartel B y se había querido pasar de listo, y que los patrones, que no perdonan, aprovecharon su ser conquistador y se lo encomendaron a una despampanante catalana para que lo sedujera y lo ejecutara. Yo me había hecho la ilusión de que al menos había muerto feliz, dormido, después de un intensísimo y placentero polvo, ilusionado con la compra de armas para su guerrilla, y no con la angustia de la tortura y la muerte en manos de un par de sicarios cobradores: «Pagá, hifueputa, o te quebramos. ¿No tenés toda la plata? ¡Tené, hifueputa, pa' que aprendás a no gastarte lo que no es tuyo!: ¡PAM! ¡PAM! ¡PAM!

Lo cierto es que amaneció con tres tiros en la cabeza y uno en el perineo en un hotel de la capital del centro de operaciones del Cartel B, que su hijito se quedó huérfano y su mujer viuda. ¡Otro huérfano y otra viuda! ¿Cuántos? ¿Cuántos más? ¿Qué sabemos de ellos? ¿Qué responsabilidad tuvimos en el proceso de sus desgracias? ¿Qué debíamos hacer por ellos? ¿Qué hicimos o hacemos por ellos?

La viuda del Negro, por ejemplo, cansada de luchar para criar a sus tres hijos, trabajando aquí y allá para medio sobrevivir, se fue a Estados Unidos, con algún apoyo familiar, como millones de hermanos que abandonan ilusionados el paraíso, como canta Daniel Santos:

Sale, loco de contento con su cargamento
para la ciudad, ¡ay!, para la ciudad.
Lleva en su pensamiento todo un mundo
lleno de felicidad, ¡ay! de felicidad.

Piensa remediar la situación
del hogar que es toda su ilusión, sí...

(«Lamento borincano», Rafael Hernández)

Raquel se llevó al hijo del Negro y dejó los otros dos con la abuela. ¿Cuántos hemos sido criados en nuestro gran paraíso por las abuelas? Cuando el hijo decidió continuar su búsqueda vital más al norte, la viuda, sola, cansada de la eterna espera de la visa, de esconderse, de hacer trabajos desagradables, y de soñar llorando que un día regresaría con las manos repletas de dinero y de regalos al paraíso, volvió para ocuparse de su hijo adolescente y tratar de ser feliz.



Entonces Celia se suelta con su tumba'o:

Esa negrita que va caminando,
—Úrsula atraviesa la sala mirándome
a los ojos y extendiéndome la mano—
esa negrita tiene su tumba'o,
y cuando la gente la va mirando,
ella baila de la'o,
también apreta'o,
apreta'o, apreta'o.
La negra tiene tumba'o,
azuca', azuca',
y no camina de la'o.
Si quieres llegar derecho,
mejor camina de frente
para que no haya tropiezos...

(«La negra tiene tumba'o», Fernando Osorio y Sergio George)

Úrsula está jubilada y se dedica a rumbear, a leer, a la pintura, a la salsa, a la danza, y a pasear por todo el mundo. Me dicen que está escribiendo un guion para una película autobiográfica, pero que se encuentra bloqueada porque no logra un hilo conductor satisfactorio y tiene una historia secreta de amor que no sabe si contar o no; también me dicen que quiere visitar mi nuevo paraíso, pero que siempre se arrepiente a última hora. «Qué raro, me

digo, a mí nunca me ha dicho nada...». Y cuando le pregunto, me contesta: «Es un sueño, Marius, pero si un día me decido, te cuento, y te busco, y te cuento, de esa no te escapás, ve», y ríe a carcajadas.

Yo la recibiría con mucho gusto, sola o acompañada, pues la quiero como a pocas personas en mi vida. Además, pienso, así es probable que me cuente su secreto.

Esa negrita que va caminando (...)
esa negrita tiene su tumba'o,
y cuando la gente la va mirando...

Con Celia a todo volumen, coloco la blanca calaverita de azúcar de Simón, y la de Andrés, y la de Carlos, y la de Luis...

Ay, por el camino del sitio mío,
un carretero alegre pasó,
en su tonada que es muy guajira, y muy sentida alegre cantó (...)

Me voy al transbordador,
a descargar la carreta,
me voy al transbordador,
a descargar la carreta,
para llegar a la meta
de mi penosa labor...

(«El carretero», Guillermo Portabales)

Mi historia con Jorgito y Laura, así como la guitarra y la voz de Portabales, traen a mi memoria a mi admirado Abelardo cantando. Abelardo fue un camarada cuya presencia e historia nunca podré olvidar. No sé nada de sus primeros años, sólo que fue cura, o estuvo a punto de tomar los hábitos, no sé bien. Siempre me impresionaron su capacidad intelectual, su rigurosidad y su bon-

dad; para mí era un líder político y moral nato, muy distinto a nuestros mundanos y contradictorios dirigentes. Trabajaba durísimo en la elaboración, la crítica y la corrección de nuestros documentos políticos, sin descuidar nunca el cuidado amoroso de sus numerosísimos hijos y su mujer.

La última imagen que tengo de Abelardo es la que me pintó Flora, y no sé cuánto la he modificado con el paso del tiempo y su reconstrucción: un predicador en los autobuses urbanos de la capital pronunciando duros y amorosísimos discursos escépticos sobre la crisis política y moral del país y la humanidad; un predicador con prendas muy desgastadas y muy limpias; un predicador de mirada directa y bondadosa que al terminar sus discursos buscaba la puerta de salida del bus separando con delicadeza las manos de quienes pretendían darle una moneda creyéndolo loco o mendigo. Un predicador cuya voz fue disminuyendo, disminuyendo, disminuyendo...

Me cuentan que al final de sus días intentaba con desespero gritar, pero sólo salían angustiados gemidos inentendibles. Las venas de su garganta se expandían a punto de reventar, como sus angustiados y llorosos ojos. ¡Tenía tanto qué decir! ¡Tenía tanto por enseñar y aclarar! ¡Pero nadie oía nada! ¡Nadie escuchaba nada! ¡Nadie oye nada distinto de lo que ya sabe o cree saber! ¡Nadie escucha nada diferente de lo que ya ha escuchado y cree! ¡Nadie quiere saber nada de nada, ni de nadie, nadie quiere saber las verdades de nadie, mi querido Abelardo, ay!

Mi muy querido amigo y maestro Abelardo murió de un cáncer terrible que empezó por la garganta y le comió todo el cuerpo en un año. Yo lo conocí cuando llegó al paraíso; aunque vio la primera luz allí, había vivido gran parte de su vida en la capital dedicado a las palabras de Dios, a la educación y a la militancia política. Regresó al paraíso porque se enamoró perdidamente de Brígida, y ella quería vivir en su tierra. Decidido a vivir el amor a plenitud, Abelardo se separó de su primera mujer, renunció a su trabajo y emigró para emprender una nueva vida en el paraíso.

Sonrío y siento que me ilumino al recordar que Abelardo y Brígida se presentaron en mi casa en Navidad con un tazón transparente de desamarga'o, exquisito y colorido dulce de cítricos, brevas y papaya, clavos de olor, pimienta dulce, canela y ají dulce, azúcar y agua, verdes, amarillos, naranjas y cristales; buñuelos, arequipe y natilla, cultivando la tradición regional. Tampoco puedo olvidar que años después tuve que abandonar a la carrera mi casa porque no pude soportar la convivencia con ellos.

Abelardo tenía tres hijos de su primer matrimonio, y con Brígida engendró otros tres. Fuimos buenos amigos durante los años que coincidimos en el paraíso, pero después de que lo abandonaron casi no volví a saber nada de su existencia. Abelardo me recomendaba lecturas para mi formación política, así como textos literarios, la *Biblia* y los evangelios canónicos y apócrifos, y en algún momento empezó a sugerirme libros sobre el amor, el amor libre, la pareja abierta y el poliamor, un tema que no tenía interés alguno para mí.

En cambio, me atrajo muchísimo su decisión de irse a vivir a la montaña, en una vereda situada a una hora de la ciudad; para nosotros era muy divertido visitarlo, pues las reuniones se convertían en un verdadero día de campo donde todos comulgábamos discutiendo el devenir de la Revolución Socialista, recolectando las verduras, cocinando y lavando los platos, con un comunitario espíritu habitado por Tolstoi, Gordon, Borojov, Lenin, Fromm y el jipismo.

Un día lo encontré solo y muy triste; por más que le pregunté qué le pasaba no obtuve respuesta alguna. Un par de semanas después regresó Brígida, pero ni el ánimo de Abelardo ni el espíritu de la alegre casita de campo volvieron a ser los mismos. Se dijo que Abelardo y Brígida tenían una pareja abierta y que ella se había enamorado y se había ido con José de Jesús.

Entonces la lista de temas de nuestras discusiones entre camaradas y amigos en las cafeterías, los bares, las discotecas y los moteles se amplió con las ideas y las prácticas de Barry, Sanger,

Gove, Goldman, Cleyre, Kollontai, Wollstonecraft, Sartre, Beauvoir, Ginsberg y un largo etcétera. Abelardo hablaba de las relaciones amorosas del futuro, de la importancia de trascender la posesividad, el egoísmo y el machismo burgueses, del enriquecimiento individual y colectivo a través de los múltiples encuentros y relaciones sexuales y amorosas. Brígida, en tanto, hacía fama de mujer fácil. «¡Claro, marica —me dice indignada Úrsula—, si los hombres practican el sexo libre o tienen varias mujeres, con o sin teorías que los avale, nadie los califica, nadie les dice nada; pero si es una mujer, no la bajan de puta, así sean ellos mismos los que se acuestan con ellas o desean acostarse con ellas o las obligan a acostarse con ellos!».

En algún momento me plantearon la posibilidad de compartir mi casa con ellos, mientras conseguían una, pues, con el incremento de los asesinatos y las desapariciones de izquierdistas, líderes populares y sindicalistas a manos de los grupos paramilitares, tenían miedo de seguir viviendo en la montaña, tal como sigue sucediendo medio siglo después. Mi compañera y yo aceptamos de buen grado; pero un par de semanas después enloquecíamos con el olor a marihuana, cerveza, mierda y orines que se iba tomando la casa, y con el rotundo rechazo a cualquier insinuación o charla sobre la necesidad o la conveniencia de hacer el aseo, «eso son ideas y prácticas pequenoburguesas, represivas y castrantes», Marius, me decía Brígida.

En una ocasión vi salir precipitado a un amigo común de su cuarto. Después me contó consternado que Abelardo lo había invitado a hacer el amor con Brígida. «Tranquilo, no pasa nada; a mí me da gusto su placer».

Como en esos días me entregaron el apartamentico de interés social que habíamos adquirido mi mujer y yo, decidimos trastearnos ese mismo fin de semana, aunque no estuviera terminado. Yo seguía queriendo y admirando a Abelardo y a Brígida, y entendía sus ideas; pero no las podía vivir, ni me interesaban, y aún hoy me causan un desasosiego inmenso. Para mí el sexo es maravilloso,

con amor y sin amor; pero cuando se produce bajo el manto del milagro del amor, uno y otro individuo se potencian, se hacen un único uno universal, impulsa a crecer a los dos seres, los pone en el vacío de la eternidad, de la nada, de la pérdida de sí en el otro, de la disolución de la conciencia, de la pulverización de los dos en el universo, en Dios, para quienes creen en él, en el verdadero paraíso; y, así, cada ser humano es la totalidad, y es él, y es el universo, y es él y el universo, y si no logramos percibirlo, si no logramos descubrirlo y gozarlo, podemos seguir buscando la totalidad en la infinita, múltiple, diversa y rica humanidad. Yo he vislumbrado la sublime eternidad, y quiero volver a vivirla, y quiero vivir y ser eterno en ella y con ella.

Poco tiempo después, Abelardo y Brígida regresaron a la capital. Entonces ella se enamoró de un sureño que recorría el continente, y se fue con él, mientras Abelardo continuaba la crianza de sus seis niños. Yo no sabía que Abelardo era homónimo de un guerrillero, ni que por equívoco lo habían detenido y torturado hasta alcanzar el terrible y delicado límite entre la vida y la muerte. José Arcadio ríe nervioso y narra cómo Abelardo cuestionaba a sus torturadores, cómo les proponía debates, cómo les mamaba gallo, cómo los cotorreaba, cómo los vacilaba, cómo les tomaba el pelo, y cómo los hacía pensar, hasta el cansancio, o hasta que los representantes del bien y la justicia perdían la razón y lo golpeaban sin piedad, hasta la pérdida de la conciencia. De los edificios estatales supuestamente destinados a la impartición de justicia, el cuidado del bienestar de los ciudadanos y la rehabilitación de los presos salió sonriendo mi querido Abelardo, triunfante, pero tocado, enfermo y medio desconectado.

Brígida regresó, se enamoró de un indígena y se fue a vivir con él; primero al desierto, y después a la selva; con él tuvo otros tres hijos. ¿Es verdad esta historia? ¿Son reales estos relatos, son verdaderos? ¡Vaya a saber! ¿Quién podría determinar verazmente qué es verdadero y qué falso, qué es real y qué ficción? ¡Nunca reales y siempre verdaderos!, diría Antoine Marie Joseph. ¿O nunca ver-

daderos y siempre reales? Puede que en los detalles haya alguna diferencia entre el relato y la evanescente verdad; puede que los nombres y los personajes sean inventados o transfigurados, pero, en esencia, lo juro, para mí, en estas mis falsas memorias falsamente realistas todo es invención y todo es verdadero, todo es mentira y todo es real, tan real como la calaquita azucarada y colorida con el nombre de Abelardo que coloco en medio de mirra y copal, flores y libros.



De regreso a casa, en la madrugada, ansioso, sorprendido por la noticia de que Belén tuviera tres hijos, y con gran incertidumbre sobre el significado de la expresión «la familia» —no sé por qué nunca me imaginé que pudiera tener hijos y familia—, le escribo, sin atreverme a preguntarle nada al respecto:

Hola, Belén: Acabo de llegar, ¿y tú? Te mando mis teléfonos. En un ratito leo tus conclusiones y veo el video. ¡Qué ganas de conocer el trabajo que describes. Tu trabajo! Gracias por compartir tus escritos y experiencias conmigo.

Te cuento que anoche tuve un sueño extraño, y lindo: estábamos con tus hijos y mis hijas en un circo en el que el público formaba distintos animales con los globos que nos habían dado a la entrada; me sentí muy feliz cuando con un pase mágico las criaturas empezaron a despegarse de las manos que los habían forjado, y turpiales, cenizotes, cigüeñas y gaviotas, tortugas, estrellas de mar, delfines y ballenas, monos, ardillas, perros, zorras y coyotes, llamas, dromedarios, jirafas, osos, elefantes, iguanas, gatos y culebras, y centenares y centenares de animales volaron en sueños para integrarse con la estrellada noche y la vía láctea. A mí me hubiera gustado estar en tus sueños de anoche. ¿Cuál será el secreto del pase mágico?

Besos: Marius.



Las noticias sobre el proceso de paz en el paraíso —recuerdo que escribí apesadumbrado— me inquietan profundamente: parece mentira, pero crece el número de personas que se opone a los acuerdos de paz; unos cuantos y poderosos amigos de la guerra, las balas, la sangre y la tierra ensangrentada, para mantener y ampliar los feudos bajo su dominio, han desatado una enorme ola negra de temor y una tormenta gigante de exageraciones, mentiras y *fake news*, la principal: que los acuerdos de paz le entregan al comunismo internacional el país.



Obstinado que soy, terco que soy, después de haber sufrido un buen tiempo por haberme visto obligado a clausurar el festival cultural del paraíso en mi nuevo paraíso y la revista cultural del gran paraíso que fundé con mis amigos de la vieja célula partidista y coordiné durante una década, a los pocos meses quise insistir en la materialización de uno de nuestros sueños: una paradisiaca casa de la cultura latinoamericana, un espacio donde conversar, donde charlar, donde platicar, donde cotorrear, donde divagar, donde compartir nuevas viejas palabras y expresiones de nuestra lengua común, donde paladear nuestra gastronomía, nuestras artes, nuestras danzas, nuestras obras, nuestros sueños, nuestro ser...

Ante la imposibilidad de poner de acuerdo a mis paisanos para emprender un proyecto colectivo común, con mis escasísimos ahorros y la firma de doce pagarés compré muy barato un restaurante quebrado en un barrio central y concurrido de la capital de La Región más Transparente del Aire, con un hermoso espacio arquitectónico rectangular, sencillo, amplio y bien iluminado que me recordaba paradójicamente los circulares bohíos de guadua y palma del Pacífico, el Atlántico y el Caribe. Y me puse a trabajar como loco, alternando mis tiempos de maestro y editor con los de aprendiz de empresario, cocinero y mesero, entre doce y quince horas al día.

Soñando con ganar condiciones para la escritura, me dediqué a buscar y probar platillos, a colgar cuadros, a escuchar y programar música, a organizar espectáculos, exposiciones, talleres y lecturas, y a promover *La Casa Grande*, materialización en tres dimensiones de la revista nombrada así en honor de Álvaro Cepeda

Samudio, sus maravillosos compinches de Barranquilla y la cueva donde se reunían, en honor de *Casa Grande* y *Senzala*, en honor de la casa grande de la paz donde todos cabemos, en honor de la casa chica de mi madre, de sus sueños de una casa grande, de la casa grande y abierta de mi abuela, y de las numerosísimas casas grandes y chicas del gran paraíso.

En esa Casa Grande de mi memoria y de mis sueños recuerdo a la desaparecida Luz Adeny Ramírez y su cuerpo danzante en remolinos de blancos fulgores al ritmo de la música de Luis A. Calvo; las alegres y coloridas Estampas Colombianas de Lucy Garzón; el Festival del Tambor; los cueros, las danzas, los cantos y los espíritus de Lumbalú, Juan Guillermo Cubillos y Alix Mosquera; las clases de son, mambo y chachachá, guaracha, rumba y guaguancó, danzón, guajira y salsa de Gertrudis Pastrana con Xangó, Santa Bárbara, moros y cristianos, mojito y lechón; los cantos, danzas y poemas mexicanos y flamencos de Ángela Cuevas, Rafael Ruiz de Velasco y Gonzalo Ortuño; los tangos y las sambas de Carla Borgetti; las canciones de protesta de Gabino Palomares y Misael Ramírez; los conciertos de música latinoamericana y las interpretaciones de *Porgy and Bess* de Aída Magaña y Emilio Carsi; el homenaje a Pushkin de una poeta, pintora, chef y comerciante de armas; la imponente presencia de cuatro sacerdotes ortodoxos y un delicioso menú de vodkas, vinos, champaña y caviar del mar negro, *borshch*, *blini* y *pelmeni*, *pirozhki*, *pirogí* y ensalada de papa; los recitales y los moles, chiles, salsas, tacos, quesadillas y tostadas de Maricruz Patiño, Perla Schwartz, Leticia Luna, Inés Parra, Eurídice Román y Yoel Mesa; la lectura de Poemas de *Memorial de Casa* de Rodolfo Hinostroza, con pisco, tiradito, seco de atún y postre gratinado de frutas secas, almendras, queso y miel de panela; la poesía de Chilam Balam y Yolanda Massieu, con chalupas, cochito, bótíl, chirmol y chipilín; los recitales de Berenice Camacho, Raúl Díaz, Javier Cilveti, Francisco Zavala, María Elba Zermeno y Jorge Cervantes; los cuentos y los títeres de Giovanna Cavasola, Marilú Carrasco y Marcela Romero; los «Cuentos, Recetas y Otros

Afrodisiacos de Mujeres de Palabras»; la novela espectáculo de Felipe Galván con María Félix, Agustín Lara y Miguel Alemán en Acapulco y Puerto Marqués; el rock, los cuentos y los espectáculos de Perico el Payaso Loco y la Perra; los cuentos eróticos para trasnochados de Miguel Ángel Tenorio; los conciertos de arpa, zapateado, son veracruzano y rock de La Libélula y Los Indios Verdes, Gustavo Calzada, Cecilia Pérez, Sergio Medrano, Alexander Daniels e Ismael; los desayunos dominicales de Paty España por los perros callejeros; los cumpleaños de Isabel, Pepa, Charly, Laura, Toni y Rosa Jimena; la cumbia, el vallenato, el porro, el merengue y la salsa con ritmos y voces de Acere y Colombia Caribe, picadas de chicharrón, longaniza, lomo, morcilla, arepa'e huevo, papitas amarillas, patacones, buñuelos, pandebono, pandeyuca, aguardiente y jugos de lulo y maracuyá; las clases de tango y milonga de María Luisa Estévez, Don Vilorio, Gonzalo González y Jesús Martínez, vino, espagueti, ñoquis, masitas, choripán, torta pascualina, empanadas de elote y asados; los cursos de cine de Ignacio de Cerega y las lecturas comentadas de la *Biblia* de Rafael Mondragón; la cocina fusión de Jesse Sosa; los sancochos, mondongos y locros, ajíacos, mazamorras y pucheros, frijoles, asados y bandeja paisa, encocados, guayacos y menestras, muchines, cachapas y empanadas, buñuelos, casabes y tequeños, tamales, hallacas y arepas, secos, encebollados y arroces, ajíes, guasacacas y salsa de maní, corocoro, fanesca y asado negro, ceviches, guatitas y pabellón criollo, los patacones, tortitas de maíz y bollos, los arequipes, caspiroletas y plátanos maduros rellenos de queso y bocadillo de guayaba, exquisitos platillos de Colombia, Ecuador y Venezuela de Lucy y Adela; las recetas con sabor a Gabriela clavo y canela de Sonia Braga, Jorge Amado y Déborah, caipiríña, polenta y moqueca, feijoadada, tutu y quindim; Francisco y Martita, trabajadores y amigos con quienes comprobé con dolor en carne propia que los intereses de los trabajadores y los patrones, aunque pretenden ser amigos, humanistas, democráticos y socialistas, son irreconciliables.

¡Qué maravilla de experiencias y recuerdos! ¿Pero cómo no recordar también al señor que llegaba a las seis en punto de la tarde, se sentaba en la mesa central del salón y pedía una bandeja paísa y un agua de panela; hacía un par de ostentosos gestos de insatisfacción y poco después limpiaba el plato con una arepa, brillos de oro en la esclava, el reloj, la cadena, el anillo y el alma? No puedo olvidar la noche del viernes que llegó a las ocho y, en medio de un recital, contestó su celular y empezó a caminar y a gritar por todo el salón, ni el susto con que le pedí amablemente que se callara o se saliera, ni su grande, su grandísima y santa ira en los ojos y el cuerpo tenso y retenido.

¿Cómo no recordar el día en que un licenciado llegó a nombre de su patrón reclamando la propiedad de mi negocio? Entonces, asustado, con asombro, le expliqué por cuánto lo había adquirido y a quién, el número de pagarés que había cancelado y los que debía, y ante su pregunta de si estaba dispuesto a aclararle la situación a su patrón, le contesté «Claro», y al día siguiente, a las doce en punto del mediodía, vi cómo se estacionó un pequeño y llamativo Audi convertible del año frente a mi Casa Grande, y cómo se bajaron de él un hombre fuerte de unos sesenta años y una treintañera muy guapa y pequeña. Simultáneamente, atrás y adelante del convertible blanco, se estacionaron un par de grandes camionetas negras con vidrios polarizados, igualitos a los de las camionetas blancas desde las cuales asesinan hoy a los jóvenes que protestan en el Paro Nacional.

El patrón y su mujer me pidieron una picada y dos cervezas, y con amabilidad me invitaron a sentarme con ellos. De pronto, en medio de la charla sobre la comida, que les había gustado mucho, él me dijo que era el verdadero dueño de mi Casa Grande. Entonces volví a contar cómo había comprado el restaurante en quiebra, a quién, y cuántas letras debía. Me pidió que le mostrara las que había cancelado y le diera el número del teléfono del vendedor. Cuando se las fui a dar, me dijo que no había necesidad, que él me creía; que esa mierda de tipo había querido quedarse con

sus cosas cuando lo deportaron, y que ahora regresaba a recuperarlas como fuera; que el dinero no le importaba, que lo que le importaba era que le quisieran ver la cara de pendejo o blandengue.

Después del segundo aguardiente, el patrón contó que habían regresado con otros nombres, y que en la sucursal del cielo estuvieron a punto de matarlos; que por eso su mujer tenía esa cicatriz que le atravesaba la cara desde la barbilla al pómulo, el quemante e inolvidable camino de la bala que estaba dirigida a él, apenas visible gracias al excelente cirujano plástico que la había operado, porque «allá —me comentó orgulloso— tenemos los mejores médicos y cirujanos para poner, quitar, aumentar, adelgazar, subir y bajar labios, párpados, pómulos, mandíbulas, caderas, cinturas, tetas y culos, cambiar rostros y borrar cicatrices, por nada, por unos cuantos dólares, mijo».

Marcó desde su teléfono, «la última versión de los celulares» —me explicó orgulloso—, y colgó. En ese mismo instante apareció el licenciado del día anterior, a quien le dio el número que yo le acababa de pasar y le dijo que hablara y arreglara cuentas con el hifueputa ese.

Y mientras el licenciado amenazaba y puteaba a gritos al antiguo dueño de mi negocio, el patrón siguió contándome cómo se habían escapado en el paraíso de sus enemigos y de la cárcel, y cómo habían regresado, y los problemas que tenían en la educación de su pequeño hijo.

Después de cinco minutos de mentadas de madre y amenazas, el licenciado me pasó el celular, y el tipo que me había vendido, nerviosísimo, me dijo «qué pena, don Marius, con esta situación; pero, eso, para evitar problemas, es mejor que le pague las letras al patrón», quien me dijo al colgar que no me preocupara, que le cancelara cuando pudiera. Y siguió yendo a almorzar con su mujer durante varios días, hasta que, lo más rápido que pude, cancelé en su totalidad la deuda.

Durante ese tiempo «el patrón» me ofreció la compra de varios de los cuadros que tenía expuestos, pero nunca me hizo una

oferta concreta. También me invitó a rumbear con él, su mujer y una gran amiga de los dos; y ante mi cortés disculpa negativa, lamentándome «porque estoy casado y enamorado», me dijo que eso no importaba, pero no insistió.

Recuerdo que un día, poco después de cancelar la última letra, «el patrón» y su mujer desaparecieron. Y nunca más supe de ellos. Aún hoy me pregunto quiénes eran, quién habría podido ser su amiga y qué hubiera podido vivir si por curiosidad hubiera aceptado irme de rumba con ellos.

También guardo las muy amables palabras del paisano con apariencia de *yuppie* que una vez me ofreció mil dólares por cada isleño que invitara a trabajar en La Casa Grande, «gratis, no tienes que pagarles ni un peso —me aclaró—; lo que quieras: chefs, cantantes, músicos, actrices, modelos, bailarinas, damas de compañía, actores..., lo que quieras», para que pudieran entrar de forma legal al país y pasarlos como mojados al Norte, «todo legal, no te preocupes; nosotros hacemos la internación como se debe y luego desaparecemos los expedientes, tenemos gente adentro; tú sólo tienes que expedirles una oferta de trabajo», y me invitó a pasear y a pescar en las playas en el litoral del Pacífico, donde, «aquí, entre nos, hermano», tenía una flotilla de poderosas y súper rápidas lanchas.

¿Cómo no recordar al enorme y simpático supuesto ex militar colombo-israelí que llegaba en su Harley, a cualquier hora, a preguntarme con seductora familiaridad y ambigüedad, una y otra vez, hablándome de millonarios negocios en dólares, importaciones y exportaciones, armas y cursos especiales, por qué no hacíamos «bisnes» que verdaderamente dieran dinero en La Casa Grande y el desocupado jacalón vecino?

¿Cómo olvidar su desespero cuando llegó a preguntarme, a los pocos minutos de que yo hubiera cerrado el traspaso del negocio, si era cierto que lo había vendido, a quién, por cuánto y en qué forma me habían pagado, a qué me iba a dedicar, si pensaba quedarme en la ciudad, reclamándome por qué, si éramos ami-

gos, no le había contado, y por qué no le había dado mis teléfonos y mi dirección —el mismo tipo que años después, cuando estaba corrigiendo esta muy verdadera novela de un cualquiera—, me encontré en la farmacia de la esquina de mi casa y me volvió a pedir el número de mi celular; el mismo tipo que me encuentro cada tanto en Reforma, cuando salgo a caminar, el mismo que me pregunta cómo veo la situación política del Paraíso y por quién voy a votar, y por qué...

Y veo con admiración a la arrolladora y simpática artista vendedora de armas que se reía a blancas carcajadas de tequila y vodka de las armas y los helicópteros que le había colocado a las autoridades de Comala, Macondo, El Gran Sertao, Santa María, La Pampa, La Catedral y La Región más Transparente del Aire, arrebatándole el negocio a los más grandes y poderosos países productores y vendedores de armas.

¿Y cómo olvidar a la supuesta guerrillera que me pidió que le guardara por veinticuatro horas media tonelada de armas, compañero? ¿O a mi vecina, la guapísima exreina de uno de los tantos concursos de belleza de nuestros pueblos, y su modesto y floreciente restaurante visitado a diario por diplomáticos y ex diplomáticos, empresarios, militares, ex militares y paras, deportistas, magos, brujos y artistas de la farándula del paraíso y el nuevo paraíso?, la misma que desapareció de un día para otro abandonando el edificio que estaba construyendo, dejando colgada en la pared su orgullosa imagen con un expresidente caballista, el mismito que ahora da en sus tuits la orden de disparar?

Tampoco puedo dejar de recordar a la paisana cocinera y su hija militar que había tenido que salir corriendo del paraíso «perseguida por esos hifueputas guerrilleros» y ahora impartía cursos en la Tierra Caliente, tierra donde ahora florecen autodefensas y paramilitares, mientras esperaba el estatuto de refugiada con el apoyo de un diplomático del paraíso.

¿Cómo olvidar el día que me harté de este tipo de historias que nada tenían que ver con mi viejo proyecto vital y decidí mandar

mi Casa Grande al carajo y dedicarme exclusivamente a la docencia y la escritura, y puse el aviso «Se traspasa» y vi apearse de sus Harley al despampanante par de rubias vestidas de cuero negro que sin discutir me dieron en verdes y contantes dólares lo que pedía por el restaurante y me invitaron a irme de fin de semana con ellas al puerto? ¿Cómo no recordar que meses después las acribillarían mientras bailaban en el centro del salón, de la misma forma como habían asesinado a media docena de clientes y dueños en dos o tres restaurantes de la zona?

¿Cómo olvidar que en el mismo momento en que las dos gemelas, después de cerrar el negocio, salieron de La Casa Grande, mi casa grande, mi paraíso, y posaron sus hermosos culos en las Harley sonó el teléfono con la llamada en la que me avisaban que había ganado el concurso de oposición para integrarme como maestro investigador de tiempo completo a un proyecto universitario de izquierda en zonas populares de la capital?

Pego ahora los nombres de Luz Adeny Ramírez y Rodolfo Hinostroza en esos cráneos de dulce con que en mi nuevo paraíso recuerdan, convocan y rinden homenaje a los muertos.



Después de un encuentro de tres minutos en el aeropuerto, unos garabatos apresurados en un boleto del metro y alrededor de una treintena de correos electrónicos en el tiempo que Belén estuvo en el sur del gran paraíso, uno por cada despertar con los primeros trinos de los gorrones que se siguen resistiendo al gran monstruo gris y sus contaminantes rugidos, Belén y yo nos pusimos una cita a pocas cuadras de nuestras casas, pues además de coincidir en nuestro interés por contribuir a cambiar el injusto orden de las cosas, por los necesitados, por la educación y el amor por el arte, la poesía y las letras, por feliz azar vivíamos a veintiún minutos a pie en una ciudad con cuarenta kilómetros de extensión de sur a norte y treinta millones de habitantes...

Nos encontramos en uno de esos enormes y lujosos templos del consumo que rigen hoy el ritmo de las modernas ciudades y la vida de sus esclavos modernos con caras de felicidad. Después de esperar impacientes durante varios minutos, pues no habíamos precisado en cuál de los accesos nos encontraríamos, empezamos a caminar y charlar, nerviosos, ansiosos... Hablamos durante horas, deteniéndonos en el primer bar que aparecía cuando queríamos descansar o hidratar la garganta, yo con un tequila y una cerveza y ella con un *gin tónico*, hasta que, de pronto los bares comenzaron a cerrar uno tras otro y no tuvimos dónde sentarnos para continuar aquella furtiva mirada de reconocimiento prolongada por miles de palabras que hilaban las historias de nuestras vidas y el silencio que ocultaba nuestra ansiedad, nuestros deseos y nuestros sueños.

De pronto, con mis manos tomé su rostro y busqué sus ojos, y su alma, y me perdí en anagnórisis con el halo de la música de Compay Segundo:

Allá en la loma encontré
a una linda guantanamera...
Con su mirada hechicera.
Allí mismo me envolví.
Allá me decía así:
Quiéreme a mí, cielo santo,
quiero apagar con mi canto
este ardiente frenesí,
Guantanamera yo canto en el llano...

(«Yo canto en el llano», Francisco Repilado
y Lorenzo Hierrezuelo, Los Compadres)

Y mi memoria melancólica del morir dominical se vio desplazada esa noche por el deambular de nuestras inquietas y sonrientes manos y miradas por las calles y las esquinas de mi barrio, y por nuestras múltiples paradas ante algún semáforo o auto fantasmal, y por nuestros primeros, intensos y no furtivos besos, mis palmas en sus mejillas, su piel en la mía, sus brazos y sus manos en mi cintura y en mi espalda.

Y llegamos a casa, y entonces sentí el placer de las miradas y el runrunear de nuestros cuerpos buscándose al acceder al vestíbulo blanco, entre verdes plantas y madera cruda, y subimos las escalas tropezando a besos en los entrepisos, mis manos enredadas en su nuca y en sus cabellos, sus brazos y sus manos en mi espalda, y al cruzar el umbral nos reconocimos en la intensidad y los matices de la luz, las sombras y las líneas, en las imágenes, los volúmenes y los libros, en las plantas y las flores, en la música y la danza, y en la conciencia de la siempre viva presencia del otro en nuestro ser, y en la creciente conciencia del expandirse del uno y

del otro, y en la conciencia del perderse del uno y del otro, y en el saber de la expansión y la pérdida de ambos, y en el encuentro en el otro, y en la conciencia de la pérdida y la expansión de nuestros muy pequeños seres en el imperceptible e infinito universo en palpitante expansión.

Y empezamos a escuchar y a comentar nuestras canciones favoritas, tan distintas, y tan cercanas, y comenzamos a recordar nuestros poemas y nuestras imágenes y nuestros relatos favoritos, e iniciamos la lectura en voz alta de nuestros escritos, a leernos y a bebernos y a celebrar nuestras coincidencias, y a tomar conciencia de nuestras primeras diferencias, y empezamos a bordar gozosos alrededor de ellas, y fuimos iluminando palabras y oraciones, imágenes e historias, sensaciones e ideas, plazas y cruces, pórticos y zaguanes, salas y patios, jardines y alcobas, nuevos escenarios en los cuales circular, danzar y retozar, nuevas charlas, nuevas conversaciones, nuevas pláticas, nuevas discusiones, nuevas bromas, risas nuevas, nuevas explosiones en carcajadas, lágrimas nacientes y renovados y renovadores silencios y reencuentros.



Suenan los cueros, los alientos y los platillos, y vibra el cuerpo en movimiento de Pérez Prado bailando y dirigiendo su orquesta en su inigualable «Lupita»:

Uno, dos, tres, cuatro,
cinco, seis, siete, ocho.
¡Maammmbó!
¡Uh! Mambo. ¡Qué rico el mambo!

Y escucho y veo a José Arcadio bailando y cantando en el pasillo de la flota que nos traía de regreso del bello convento colonial que nos acogió para fundar nuestro Partido Obrero y emprender el proceso de fusión con otras organizaciones socialistas:

¿Qué le pasa a Lupita?
No sé.
¿Qué le pasa a Lupita?
No sé.
¿Y qué es lo que quiere?
Bailar.
¿Por qué ella no baila?
Su papá.
¿Qué dice su papa?
Que no.
¿Qué dice su mama?
Que sí.
Que baile Lupita.

Sí, sí.

Que baile Lupita.

Sí, sí.

Mambo, mambo, mambo.

Sí, sí, sí.

Desde la primera hasta la última silla y a lo largo del estrechísimo pasillo del autobús, cantábamos y bailábamos eufóricos recorriendo la oscura noche tenuemente iluminada por las estrellas y la luminosa cola de un cometa, pues ya teníamos el programa, ya teníamos la estrategia, ya teníamos la táctica y también teníamos prospectos de nuevos aliados o militantes para la Revolución Permanente. Pensábamos que sólo faltaba la unión de las numerosas agrupaciones socialistas dispersas para iniciar el triunfante proceso; pensábamos que con nuestra voluntad y tesón lo podríamos lograr; que aquellos grupos con quienes estábamos discutiendo coincidían con nosotros en la necesidad y la posibilidad de la integración de un nuevo partido de vocación unitaria; estábamos seguros de que los obreros, los campesinos y los trabajadores, todos, nos esperaban para escucharnos y seguirnos. Aunque, en realidad, nosotros iríamos tras ellos, camaradas, nos seguirían para dirigirnos, nos seguirían para seguirlos, nos seguirían para seguirse, a través de nosotros, tras sus verdaderos intereses, pues nosotros sólo éramos sus intérpretes, su voz, su conciencia, su encarnación, pues ellos hablarían a través de nosotros, camaradas...

Creíamos, lo dábamos por hecho, que si llegábamos al poder seríamos distintos; pensábamos que seríamos un selecto grupo de mujeres y hombres apasionados, desinteresados, íntegros, entregados al trabajo y al cambio social, a los desfavorecidos, a la construcción del nuevo paraíso...

¡Ay, cuánta candidez, camarada!

José Arcadio lucía radiante. El congreso había sido un éxito organizativo y político, su capacidad para conseguir financiamiento y organizar no tenía comparación y era grande su liderazgo. Nos

impactó, en especial, la delegación de una fracción de un grupo procastrista de pesadas botas, moteadas chaquetas verde olivo y barbas cuidadosamente descuidadas, pues nuestras posiciones sobre la lucha armada eran en aquel momento muy ambiguas. Es extraño, pero incluso en muchas de las personas de mayor fe democrática existe una gran atracción, y hasta devoción, por las armas, los uniformes, las voces de mando y los militares.

Yo no podré olvidar jamás esos días: después de doce horas de viaje hasta la capital nos esperaban dos camaradas que nos llevaron rápidamente a un autobús estacionado a un par de cuadras de la estación de la flota; allí emprendimos un recorrido de otras tres horas hacia un lugar desconocido que pronto se descubrió en su blanca belleza de muros de adobe y cal protegidos por techos de dos aguas con tejas de terracota en medio de verdes praderas regadas por una sinuosa quebrada: un monasterio agustino recoleto de equívoco nombre del siglo XVII.

Pronto nos instalamos por parejas del mismo sexo en las sobrias celdas de dos camas, una mesita de madera, un crucifijo, una ventana y un par de lámparas. Allí leíamos, discutíamos y comentábamos los documentos, los sucesos del encuentro y la situación del país, mientras llegaba la hora de las reuniones plenarias o de los alimentos, que tomábamos en el gran refectorio, en largas y rústicas mesas y butacas de tablones de madera, atendido por monjas a través de una pequeña ventana. En las pocas horas de descanso recorríamos maravillados los jardines y los alrededores en sobrio ambiente de recogimiento y trabajo.

Y aunque parezca paradójico que poco más de tres decenas de revolucionarios estuvieran discutiendo los pasos a dar para derrocar al sistema capitalista en un convento, en realidad, se trataba de algo apenas natural: las ideas de igualdad, justicia y ausencia de pobreza provienen de la religión: el retorno al paraíso original en plena igualdad ante los ojos de Dios... Numerosos revolucionarios salieron de las órdenes religiosas y en las organizaciones de izquierda pervive su espíritu. En el paraíso, en nuestro gran paraíso

y entre los busca paraísos del mundo es célebre la vinculación del cura y líder popular Camilo Torres Restrepo a la guerrilla castrista del paraíso, por ejemplo, y el cura español Manuel Pérez se convertiría años después en el máximo líder de otro ejército guerrillero. Recuerdo sonriendo que yo mismo deseé con fervor, entre los ocho y los diez años, ingresar a la iglesia para honrar a Dios sirviendo y ayudando a sus criaturas, y siento que en muchos sentidos hoy continúan presentes en mí sus amorosos principios y mandatos sociales.

José Arcadio estableció en la sinagoga sus primeros contactos con la izquierda, y pronto se vio participando en la elaboración de un periódico comunista para la comunidad judía, y cuando su joven profesor de literatura española, Enrique Buenaventura, descubrió que repartía el impreso, lo llamó aparte para pedirle que le ayudara a imprimir algunas octavillas comunistas, abriendo la puerta para la vinculación de José Arcadio a las Juventudes Comunistas.

En un viaje de un selecto grupo de líderes estudiantiles a la Unión Soviética, José Arcadio estableció contacto con un dirigente chino. Muy pronto varios de los cuadros bolcheviques armaron una disidencia y crearon el Partido Comunista Marxista Leninista pro chino, organizaron un congreso en el cual expulsaron a los comunistas pro soviéticos y formaron en sus cabezas un ejército revolucionario sin tener ni una aguja en el bolsillo... Luego conseguirían las armas y pasarían a la acción...

Los izquierdistas que no comulgaban con el Partido Comunista oficial se agruparon alrededor de esa disidencia, pero en ésta se gestó muy pronto una nueva división, ahora trotskista, que fundaría el grupo socialista al cual ingresaría yo pocos años después. José Arcadio hizo parte de la disidencia que igual de rápido se opuso a la participación electoral, y fue protagonista en la creación de una nueva rama, nuestro Partido Obrero, que también se dividió en varias tendencias...

José Arcadio era un connotado economista y profesor universitario, investigador, escritor y editor; al mismo tiempo, nuestro

líder era por tradición familiar y étnica un gran comerciante: creó en la capital del paraíso el primer negocio que integraba en un mismo ambiente libros, café, trago y baile; varios periódicos izquierdistas, entre ellos uno mensual que sintetizaba las noticias internacionales, y una editorial de arte; organizó, asimismo, numerosos y hábiles juegos financieros, y nunca tuvo problemas económicos.

Cuando José Arcadio regresó al paraíso, lugar donde sus padres habían decidido poner fin a su muy largo y añejo peregrinar desde la mítica Jerusalén, montó otro rumbeadero, cafetería y librería; en el antejardín de su negocio pasaba horas y horas jugando ajedrez, tomando tinto en las mañanas, cerveza en las tardes y whisky en las noches, envuelto por el refrescante aire que bajaba desde el Pacífico por las montañas andinas, conversando cual personaje de Mahfuz o Agnon con sus pantalones pendientes de sus muy notorias calzonarias.

Pero un día, no sé bien por qué, José Arcadio quebró, perdió el negocio, perdió su apartamento, perdió a su mujer —«mentiras, dice Úrsula, en realidad, él y su propio papá la transaron...»—, y tuvo que regresar a la casa materna, donde se dedica a leer y escribir mientras cuida amorosamente a su hermano afligido por un mal cerebral de toda la vida.

Pasados ya los ochenta años, José Arcadio sigue construyendo interpretaciones y teorías sobre el devenir económico y político del país, el capitalismo, el socialismo y la humanidad, sin dejar de imaginar y hacer negocios. Ahora está muy entusiasmado con el ecosocialismo; cree firmemente que la izquierda no ha sido derrotada y que, al contrario, los avances democráticos y sociales que vivimos en el paraíso y el gran paraíso son el resultado de las ideas y las luchas izquierdistas. Ríe, se divierte contando historias y se las ingenia para hablar de todo, menos de él.

Como José Arcadio, Camilo, Alejandro y unos pocos más siguen creyendo en la Revolución como el gran cambio de la propiedad sobre los medios de producción; los tres confluyen en el programa ecosocialista, y a diferencia de casi todos nosotros, Camilo

y Alejandro continúan recorriendo las universidades y los sindicatos tratando de ganar adeptos para la construcción del Partido que, ahora sí, éste sí, nos conducirá al verdadero paraíso.

Camilo, economista e investigador, se jubiló y vive con su mujer de toda la vida en el paraíso, adonde regresó después de habitar varios años la capital. Sus hijos ya se independizaron, y disfruta de su pensión y de la herencia familiar. Me cuenta con tristeza, suya y mía, que su hermano Adelino, otro de mis maestros, trató de tranzar a la familia en los negocios heredados, para nada, «para gastarse el dinero como un gran burgués, o un ensoberbecido nuevo rico o un narco cualquiera».

Alejandro terminó por fin su carrera interrumpida para irse como profesional de nuestra organización al Caribe, una decisión de la cual me sentí siempre culpable, pues pasó muchos años sin graduarse y tuvo que trabajar en cualquier vaina; en el mejor de los casos, como dibujante, sin derecho a firmar ni a cobrar como el gran profesional y artista que era. ¿Cómo pudimos estimular la «profesionalización» de algunos camaradas sin asegurarnos de que finalizaran sus estudios? ¿Cómo pudimos asumir la idea de la existencia de profesionales de la política?

Ahora Alejandro vive feliz, como José Arcadio y Camilo, diseñando y construyendo, y forjando una nueva relación amorosa.

Con tinta negra escribo Adelino en la frente de la nueva habitante de mi altar y lo recuerdo arengando sobre una mesa a la que se le doblan lentamente las dos patas y él se va deslizando sin interrumpir su discurso hasta llegar al suelo...



La historia que Laura hizo brotar de lo más profundo y oscuro del saco de los sucesos olvidados por mi conciencia trajo de la mano otra que había querido o necesitado olvidar porque, como la de Laura, me apena, me ruboriza, me duele y me confronta con mi historia familiar, con mi historia como niño y como hombre, con mi historia con mi madre y la paternidad, niño perdido que arrastra el pie atravesado entre dos reinos por el laberinto del jardín en flor, entre Eros y Tánatos, Cronos y Zeus.

En mi inconsciente y afanosa búsqueda amorosa, Áurea apareció como una isla a los ojos del náufrago en altamar y cubrió de rocío mi piel lastimada por el sol, la sal y la violencia familiar; calmó mi sed con el vital, el cristalino y refrescante líquido que me brindó en la delicada jícara de sus manos; nutrió mis sentidos con el perfume, los colores, la tersura, el sabor y el canto del jazmín, las buganvillas, la rosa y la flor de calabaza, mientras lloraba conmigo con las historias de mis hermanos muertos, arropándome con calidez y ternura. Pronto empecé a caminar gozoso y en paz tomado de su mano, conociendo lugares, contando historias, oyendo cantos y construyendo en feliz ágape un amoroso reino fraternal.

Pero ausente del misterio que nos hace quedarnos a sembrar y cosechar, confundido, empecé a escapar de aquel plácido reino poseído aún por la poderosa fuerza inconsciente que me impulsaba a seguir buscando con obsesión en la ardiente encrucijada el alimento para mi vacío, y en el fragor y el torbellino de la frenética actividad que desplegaba alrededor de la promoción de la cultura del paraíso, del diálogo entre las gentes del gran paraíso, de la búsqueda de la paz y de mi propio ser, en mis abandonos de aquel reino

plácido y fraterno, me atrajo poderosamente una enigmática pintora de familiar ascendiente paradisiaco.

Nuestros encuentros eran apasionados, furtivos, torrentosos, pero ausentes de paz y placidez. Yo no sabía por qué, pero de pronto sentía una muy primitiva y creciente angustia que me empujaba a salir corriendo, y aunque también sentía sus llamados y su tristeza, era incapaz de quedarme y anidar en ella, a pesar de su enigma, a pesar de sus cantos, y a pesar de sus pedidos. Entonces me mandaba a la mierda, con razón, quizás, y una muy espesa y gris tristeza se instalaba en los dos, acompañada a veces de enojo.

Solíamos coincidir en numerosos espacios regidos por la magia del arte y la música, o quizá buscábamos inconscientemente encontrarnos y reencontrarnos en ellos, y volvíamos a entregarnos sin conciencia al cada vez menos torrencial y enigmático fluir de la atracción. Así, un día nos dejamos de ver; pero una media noche, mientras escribía, el timbre de mi casa me sobresaltó y Juliette apareció más enigmática y radiante que nunca.

Pocas semanas después me despertó su voz al otro lado del teléfono: quería comunicarme que en su cuerpo acababa de germinar nuestra danza, que ya era una mujer mayor y esa era su última oportunidad de experimentar la maternidad, sin discusión alguna, sin tener en cuenta lo que yo sintiera o pensara o quisiera; y me pedía con vehemencia que dejara a Áurea y formáramos un hogar.

Yo no podía acompañarla en su ilusión, no me nacía acompañarla en su ilusión, no deseaba acompañarla en sus planes, me sentía incapaz de acompañarla en sus proyectos, tenía miedo y me sentía infeliz, miserable y culpable con ella y con Áurea, quien a pesar de intuir o saber lo que pasaba no me decía nada y no dejaba de expresarme su amor y su solidaridad, mientras yo sentía que la había traicionado y que era injusto, a pesar de haber hecho explícita la inexplicable ausencia del misterio en mí.

El rencor y la rabia florecieron de inmediato: me sentía violentado, engañado, traicionado, utilizado... Traté de decirle a Juliette lo que me pasaba; busqué la manera de hacerle entender que

no sabía por qué, pero en mí no nacía el deseo de formar ni un hogar ni una pareja con ella. Me atormentaba la imagen de mi padre, en un bar, con un whisky en la mano, tratando de explicarme por qué vivía con dos mujeres. Su recuerdo y su imagen trajeron con gran intensidad el dolor y la angustia de mi madre y mi niñez, una angustia y un dolor que había tratado de olvidar y retoñaban en ese momento con renovada fuerza en mi ser niño y mi ser hombre. Le conté que yo me había criado con la lacerante ausencia de la figura paterna y el pesado manto depresivo y rencoroso de una madre abandonada, y que no quería generar ni repetir ese dolor ni esa angustia. Le compartí mi plena y gozosa entrega como padre a mi hija —con sus respectivos problemas y contradicciones, por supuesto—, y mi deseo de vivir de esa manera la paternidad, en pareja, ilusionado, enamorado.

Claro que me daba perfectamente cuenta de que había sido un irresponsable y un tonto al no usar condón. ¡Un imbécil!, en realidad. Un inconsciente. En medio de la rabia y el dolor, sintiéndome acorralado, impotente y culpable, propuse la prueba de paternidad y recibí su natural e inmenso dolor y su natural y torrencial rabia. Entonces la oscura y gruesa capa gris terminó de cubrirme sellando mis labios, hasta que sólo quedó presente mi cuerpo, y Juliette me mandó a la mierda otra vez, parándose abruptamente de la mesa. Yo me quedé con mi perdida mirada infantil y mi conciencia recriminándome sin parar en el cafecito que daba a la ventana de mi apartamento.

Semanas después recibí una llamada suya en la que me comunicaba que se había hecho una amniocentesis. «Te felicito, me dijo, de todo lo que me planteaste, lo único que me preocupó fue el peligro por nuestra edad, y te cuento que viene una niña muy sana. ¡Te jodes!».

No volví a saber nada de Juliette, hasta el día en que nació Nicole y las fui a ver a la clínica, preso de muy intensos y encontrados sentimientos. Empecé a visitarlas, y a pesar de la conciencia del carácter complicado y conflictivo de nuestra relación, la incons-

ciencia y la fuerza del enigma nos condujo de nuevo a la danza de los cuerpos, pero mi ambigüedad, mi incontrolable angustia y mi deseo de salir corriendo se mantuvieron intactos.

Un día, después de tocar durante quince minutos a su puerta, una vecina se asomó a la ventana y me contó que ella y la niña se habían ido por un año al paraíso. Ni mi primera hija ni yo entendimos por qué se iba sin decir nada. Regresó poco más de un año después, y no recuerdo cómo nos volvimos a encontrar; lo cierto es que mi hija y yo reiniciamos nuestras visitas, casi siempre juntos. Pero un sábado fui solo y en vez de tirarme las llaves por la ventana, como acostumbrábamos, bajó tan radiante y enigmática como la medianoche en que engendramos a Nicole; me dijo que había dejado a la niña con su hermano, quien la quería mucho, y me invitó a pasar el día en un hotel. Me sentí tentado, pues aún latía la atracción, pero de pronto intuí que estaba a punto de repetir enfermiza y neuróticamente la historia, y me negué diciéndole que estaba enamorado. Se dio media vuelta. Azotó la puerta. Se cambió de casa. Y nunca más nos contestó el teléfono ni a mi hija ni a mí.

En vano, en varias ocasiones le envié mensajes diciéndole que quería ver a la niña. Durante un tiempo, a sus ocho años, Nicole me incluyó en una lista de correos generales sobre la ecología y los animales en peligro de extinción; yo le contesté tratando de establecer algún diálogo, pero nunca obtuve una respuesta personal. Poco antes de mi viaje al paraíso me encontré al hermano de Juliette y me presenté diciéndole que deseaba ver a la niña y establecer una relación con ella, que ese era un asunto pendiente en mi vida y quería afrontarlo. Me prometió hablar con su hermana, y a los quince días me dijo que ella no quería ningún tipo de contacto conmigo.

Inconsciente, de extraña manera, con muy pequeñas variantes, yo había engendrado una hija y la había puesto en el mismo triste escenario de un padre ausente y una madre abandonada y abandonadora, resentida y deprimida que yo había sufrido de niño.

Durante todo este tiempo me he preguntado el porqué de la poderosa atracción, la angustia, la necesidad de salir corriendo y la repetición, y sólo ahora, al escribir mis falsas memorias, entiendo más profundamente las inocentes e iluminadoras palabras sofocianas y freudianas de una amiga: «Marius, ¿te has dado cuenta de que tus mujeres se parecen muchísimo a tu madre?». Recuerdo que, sorprendido, le aclaré, tratando de decírmelo juguetonamente a mí mismo: algunas, sólo algunas... Y parcialmente...

Ahora caigo en la cuenta de que Juliette es la mujer que más se parece a mi mamá: su altura, su piel, sus ojos y sus cabellos son muy semejantes; pero es más impresionante el parecido de su carácter: ambas son hipersensibles y explosivas; las dos se enojan, gritan y lloran con facilidad; las dos convierten las palabras, el silencio y el abandono en filosas y lacerantes armas, y las dos son enfermizas, depresivas y víctimas. También caigo en la cuenta de que, como mi madre y Juliette, varias de mis amigas, varias de mis compañeras y varias de mis amantes rondan los límites del deseo bamboleándose en la maravillosa cuerda floja entre la locura y la cordura; lo que quiere decir que mi viaje, mi búsqueda y yo mismo deambulamos a tientas en esos lares.

¿Pero acaso esos linderos son claros? ¿Quién y cómo los puede delimitar? ¿Existe alguien que se pueda considerar cuerdo? Mientras pienso en esto rotulo una calaca con el nombre del hermano de Juliette.



En el refugio de la simbólica casa de la cultura latinoamericana que construí conocí a otro Santiago, un camarada de una de nuestras organizaciones hermanas en el sur del continente; él había vivido la etapa en la que nuestros partidos dudaban si optábamos por la clandestinidad y la lucha armada, posición más entendible en el sur, quizá, porque vivían el ahogo de la dictadura militar y sus atrocidades; era un niño bien de la clase media alta argentina que vivía feliz con su hermosa mujer y sus hijitos en una pequeña chacra; pero un día lo detuvieron y fue a parar a la cárcel de una de tantas de nuestras dictaduras militares.

Allí estuvo tres años, resistiendo y organizado con otros presos de izquierda, con la fuerza de la fe de que teníamos la razón, que había que cambiar el estado injusto de las cosas, con su paciencia, su gran habilidad artesanal y la esperanza de la visita familiar, posible gracias a la importancia de su familia en la región. No entendía cómo habían ido a parar tras las rejas él y sus cuatro camaradas de la célula; sólo se había salvado Roberto, el coordinador, un tipo al que admiraba y quería; un tipo que se fue a Perú y salió de allí después de dejar en la cárcel a toda otra célula que coordinaba.

Santiago me caía muy bien, y su delicada y amorosa mujer, y sus niños, juguetones, inteligentes, curiosos y sensibles, como todos los niños, y me encantaba contarles cuentos mientras se dormían, y los ayudé a instalarse y les mostré la ciudad y le presté mi computadora para que pudieran empezar a trabajar en la asesoría económica que Roberto había puesto para ayudar al gobierno del nuevo paraíso a valuar los centenares de empresas que fue vendiendo a precio de ganga a prestanombres de los gobernantes que

habían aprobado y dirigían la privatización y el desmantelamiento del estado de bienestar, o a sus amigos y socios, y siempre los sentí muy cerca, aunque pronto me di cuenta de que trataban a los trabajadores de mi nuevo paraíso de manera humillante, racista y clasista, y que los salarios que pagaban y las condiciones y los horarios de trabajo que imponían no eran tan justos...

Después, la vida, las diferencias de ingresos y las actitudes y maneras de vivir nos fueron distanciando más y más; ¿en dónde habrán quedado los intereses comunes por el cambio social y contra las injusticias?, ¿y cómo explicar la paradoja de haber luchado contra el sistema sobre explotador y antidemocrático de nuestros países y nuestras gentes y ser después uno más de sus operadores, y asumir una vida acumulativa, consumista, indiferente ante las injusticias sociales y rabiosamente crítico de los personajes, los gobiernos y las organizaciones que se proponen el cambio?

No se pueden poner calaquitas con el nombre de los vivos... Pero, como en este caso, tristemente, siento que he perdido a muchos camaradas que aún viven...



Ahora canta Rubén Blades la historia de una de sus figuras más emblemáticas, un personaje que me instala en los rumbos donde nací y pasé la niñez, vitales calles de obreros, zapateros, comerciantes, artistas, desocupados, policías, prostitutas y malevos:

Por la esquina del viejo barrio lo vi pasar
con el tumbao que tienen los guapos al caminar;
las manos siempre en los bolsillos de su gabán
pa' que no sepan en cuál de ellas lleva el puñal;
usa un sombrero de ala ancha de medio la'o
y zapatillas por si hay problemas salir vola'o,
lentes oscuros pa' que no sepan qué está mirando
y un diente de oro que cuando ríe se ve brillando...

Y mientras escucho la historia de Pedro Navaja recuerdo a viejos amigos y camaradas que fueron abandonando poco a poco su profesión, sus posiciones humanistas, sus principios éticos y políticos sobre la vida y la democracia.

¿Cambio ideológico? ¿Desespero, impaciencia, cansancio, pragmatismo, el aflorar de su verdadera esencia o, simplemente, una triste manera de asegurarse un salario y un relativo bienestar económico? ¿Desaforada búsqueda de riqueza y poder que la izquierda no les había podido dar? ¿Un deslumbramiento por las pequeñas muestras de riqueza y poder a las que tuvieron acceso gracias a las muy pequeñas, medidas y calculadas concesiones del sistema? ¿Una mezcla lentamente sazónada en el paso del tiempo, el conocimiento, la decepción y el reconocimiento y aceptación del

verdadero ser, más allá de los ropajes, las máscaras y los discursos? ¡Vaya usted a saber!

Me detengo en José, quien representa claramente a varios conversos de nuestra izquierda. Lo conocí el día que impartió una conferencia sobre el momento político del paraíso en mi primer seminario socialista. Me llamaron la atención su capacidad discursiva e histriónica, sus conocimientos y cierto tono autoritario que no supe o no quise ver bien y atribuí a su carácter sincerote, campechano y paternalista. Sin duda, era un referente en nuestra organización, siempre impartiendo cursos y seminarios, interpretando en el momento oportuno la coyuntura, «tirando línea» en un efectivo despliegue de gestos y palabras.

En la época en que llegó un dirigente trotskista del sur a promover la participación electoral a través de las alianzas y la construcción mediática de alguna figura sobresaliente, José se le acercó entusiasmado y se hicieron socios en varios proyectos y negocios político-culturales ideados para nutrir las finanzas de la organización y promover sus concepciones: una revista, un periódico, una imprenta, una librería, un restaurante...

Nunca nos preocupamos por reflexionar acerca de los límites y equilibrios entre las energías y las economías colectivas y las personales, las de la organización política y las de las empresas, las de los militantes, los socios y los empleados; ni sobre la necesidad de una política de transparencia. Después supe que existieron algunas diferencias y acusaciones mutuas entre los socios, y entre estos y los trabajadores, discordancias que, incluso, llegaron a dirimirse en los juzgados, y una que otra en algún bar o cantina de cuyo nombre no quiero acordarme. Lo cierto, me parece, es que allí no tuvimos en cuenta uno de los dichos populares preferidos de mi abuela y la sabiduría del pueblo: «Cuentas claras, chocolate espeso».

Después de la ruptura política en el seno de los socialistas y de mi viaje no volví a saber mayor cosa de José, pero siempre lo asumí como uno de mis maestros y puntos de referencia. Un día me

enteré de que había sido nombrado alcalde de una pequeña ciudad del paraíso; la noticia me produjo sentimientos encontrados: por un lado, pensaba, se reconocía la trayectoria académica, política e intelectual de un militante de izquierda; con seguridad, su labor sería un ejemplo de honestidad, eficiencia, buen juicio y buen gobierno, Sancho querido, y la gente tomaría conciencia de que la izquierda podía ser una alternativa seria; por otro, sentía temor de que pudiera ser «cooptado» por el poder. «¡Bah, puros prejuicios!», me contradecía, apenado porque se me pudiera ocurrir tal despropósito.

A los dos años me enteré con tristeza de que José había sido destituido por corrupto y se encontraba preso. Un amigo lo vio una madrugada en una esquina, con neblina, junto a un centenar de acusados de proxenetismo, estafa, chantaje, robo, estupro, prostitución, secuestro, asesinato y demás delitos y picardías, en pleno proceso, dormitando entre las vallas, los andenes y las paredes de los juzgados, a cielo abierto, atentamente vigilados por la policía, el ejército y sus perros, pues no había lugares suficientes en los repositos donde esperaban los millares de detenidos del paraíso la definición de su estado legal. Algunos camaradas me dijeron que todo había sido un montaje contra él, por izquierdista, y otros que no, que había algo de verdad en las acusaciones. Úrsula afirmaba, sin dudas ni matices: «Qué va, ese güevón nunca tuvo principios de verdad, sólo esperaba la oportunidad para enriquecerse, como tantos». Quizá la oportunidad sólo le jugó una mala pasada, o quizá sólo develó su verdadero carácter...

Lo que yo recuerdo no contribuye a aclarar ni la honestidad ni la transparencia con que José gestionó los asuntos de la alcaldía que lo llevaron a él a la cárcel y la imagen de los socialistas al piso, pero un amargo sabor de boca se instaló en mí en aquella ocasión en que me lo encontré a las puertas de «El Infierno», una discoteca afroantillana en el centro del gran paraíso, donde, luego de los abrazos de reconocimiento de rigor hablamos largo rato sobre los viejos camaradas y la situación política del país.

Al salir, José me contó eufórico que, a pesar de sus años y de su aspecto, él tenía mucho éxito con las mujeres. «Qué chévere», le dije, e intenté seguir con el tema del narcotráfico y sus cómplices empresariales, políticos, militares, religiosos, artísticos, académicos y ciudadanos; pero él no quería escuchar, sólo deseaba contarme la razón de sus éxitos con las jóvenes. Sus palabras me calaron muy hondo:

—Mira, Marius, yo sé que soy gordo y feo, y que ya estoy viejo, pero tengo mi corazoncito, mis encantos y mis amores. Con Aicardo, el alcalde de la ciudad que empieza del puente para allá, hicimos un pacto: yo le recibo las muchachas que le van a pedir trabajo y él acoge las que me lo van a solicitar a mí, «las buenas», claro; y así nos la pasamos bien y estamos seguros de que no nos pueden acusar de nada, porque hoy en día, con el cuentico ese del acoso...

—No entiendo.

—¿Eres tonto o te haces?

—No, de veras, no entiendo...

—¡Realmente eres tonto! Esas muchachitas salen con nosotros y a veces hasta se enamoran. Ahora mismo tengo una de veintiún años, ¡divina! Mira, y sacó de su billetera una foto de la joven en diminuto bikini. Y son felices con cualquier cosa que uno les dé. No sabes lo agradecidas que son...

Siguió contándome sus hazañas amorosas y quiso que nos tomáramos un whisky en el bar del hotel. Un par de horas después tuve que llevarlo a rastras hasta su habitación. Al poco de acostarme me despertó el teléfono: José estaba desesperado porque había perdido su billetera. Le aseguré que yo había visto cómo se la guardaba en el bolsillo izquierdo del pantalón al pagar, que después lo llevé a su cuarto, y que no había vuelto a sacar su cartera para nada. «Tranquilo, búscala», le dije. A la media hora me volvió a llamar, y media hora más tarde, y veinticinco minutos después, y a los quince minutos... Y así, hasta que caí en la cuenta de que dudaba de mí y lo mandé a la mierda y colgué el teléfono con rabia, pero luego tuve que descolgarlo porque seguía sonando.

Al día siguiente, muy temprano, me despertaron los golpes en la puerta: era José: «Perdón, Marius, perdón. La encontré en el baño. Seguro la perdí al volver a sacar la foto de mi niña». Ay, «...Pedro Navaja, tú estás peor, no estás en na...».

Sigue cantando Blades, y pregunto por José, y recojo varios fragmentos para el mural y rompecabezas de palabras con el que pretendo entender mi fugaz paso por la vida: se enamoró perdiéndamente de una de sus secretarías, una joven viuda de un pequeño mafioso asesinado por querer pasarse de listo con el patrón. Después anduvo desesperado por dinero, pues ninguno le alcanzaba para satisfacer las caprichosas necesidades de su dama; se divorció y trató de engañar a su mujer con los bienes que habían conseguido a lo largo de varias décadas de matrimonio falsificando su firma; soñó con ser gobernador y ministro, «para empezar», decía; traicionó sin contemplación a varios amigos y camaradas; mantuvo raras relaciones con ciertos personajes de dudosa calidad ética y humana; hizo extrañas, secretas y discutibles concesiones y alianzas políticas y personales; creó instituciones y cargos para acallar a los individuos, a los grupos, a los partidos y a los sindicatos amigos o críticos de su gestión, según sus planes; se apropió de la autoría de varios proyectos; le juró en vano a todo el que se encontraba que le daría trabajo y lo apoyaría; llenó la alcaldía con sus aliados y los familiares y amigos de la dueña de su corazón y de su bolso, única heredera de los pocos bienes que le quedaron; cobró el diez por ciento de comisión al asignar los contratos, para su bolsillo, o para las arcas del partido gobernante —del cual soñaba en convertirse en candidato—, según quién lo cuente; y decía, al borde de las lágrimas, que con él, por fin, la izquierda estaba alcanzando el poder...

«La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida, ¡ay Dios!». ¡Cuán equivocados de camino estábamos! ¿Verdad, José, verdad, mi querido Sancho?

«Al final, camarada», decía llorando, la ultraderecha fascista, aliada con la extrema izquierda, lo tumbó por izquierdista, con el

silencio de sus amigos, que lo traicionaron y lo dejaron solo porque no había querido darles todo lo que le pedían, «¡corruptos de mierda!».

José estuvo detenido tres años, y al poco tiempo de su salida murió de un ataque al corazón, por tomar con obsesiva frecuencia no una sino tres pastillitas azules, tratando de mantener el frenético ritmo sexual de su joven amante del momento.

Pedro Navaja, puñal en mano, le fue pa' encima,
el diente de oro iba alumbrando to'a la avenida (la hizo fácil),
mientras reía, el puñal le hundía sin compasión,
cuando de pronto sonó un disparo como un cañón,
y Pedro Navaja cayó en la acera mientras veía a esa mujer
que revólver en mano y de muerte herida a él le decía:
«yo que pensaba hoy no es mi día, estoy salá',
pero Pedro Navaja, tú estás peor, no estás en na'»...



• ¡Ay, qué tristeza más grande, qué desilusión!: en el afán y el orgullo del presidente del paraíso por trascender históricamente y ganarse el Premio Nobel de la Paz, y en la ilusa fantasía de los guerrilleros de que contaban con el respaldo del pueblo, decidieron ciega y torpemente someter a consulta electoral los acuerdos de paz...

¡Y perdimos!

¡Y menos mal que el gobierno no accedió a la convocatoria de una Asamblea Constituyente, como quería la guerrilla, pensando que tendría la mayoría y podría hacer un gran cambio revolucionario, lo que hubiera resultado totalmente al contrario, con el triunfo de la ultraderecha!

¡Pudieron más las mentiras, las exageraciones y el miedo que la ilusión por la vida y por la paz! ¡Qué horror! ¡Qué tristeza!



Y de nuestros cuerpos y espíritus gozosos surgieron el olvido del dolor, el recuerdo del gusto y el placer, las volátiles imágenes de nuestras vidas: la carta de amor que la pequeña recuerda en una botella mecida por las saladas aguas azules y la roja sangre roja hacia el ser amado, una sonora y envolvente danza de miradas y cuerpos, la amarilla siembra dorada de trigo, pan y amor, sonrisas, pechos y cabellera al viento; el colorido sembrar y cosechar con las toscas, torpes e inocentes, inexpertas y bellas manos de un niño en la muy húmeda y negrísima tierra, tomates, zanahorias, remolachas y lechugas, con su feliz habitar en vientos, lluvias y árboles que vibran alzándose hacia al cielo; un tronco cubierto de trémulas hojas brillantes de buenos deseos por la delicada mirada de una niña; el rumor del abrazo de bienvenida de la maternal brisa marina a quien se reconoce necesitado y gozoso de ella y extiende las manos, los antebrazos y los brazos tras larga travesía por sabanas, montañas, valles, páramos, lagunas, ríos, desiertos y playa; la delicada visión de una frágil cajita de cuerda, corazón mecánico del palpitante y rojo corazón, tras la cansada y sonriente piel vivida de la abuela de la niña heredera de sus sabios secretos; un niño que recuerda la risa de la omnipresente madre del padre ausente cuando lo bañaba, lo secaba, lo montaba a tuntún, lo vestía y le amasaba y horneaba poblados zoológicos de crujientes y dorados buñuelos; una niña que se busca entre los nombres y las imágenes de la buena, la guapa y la lista; un niño estremecido por la belleza del parque y los límites de la palabra que quiere hacer volar y no puede; una mujer que se ilumina en la placentera luz del parto; un niño conmovido por la delicada levedad y fragilidad

del huevecillo de gorrión en la palma de su mano; una madre que observa a su pequeño mientras escribe en la playa su nombre para las ballenas; la imborrable visión del granizo cubriendo un extenso rectángulo enmarcado por olorosos geranios florecidos; el dibujo de una sonrisa en la madre al descubrir que su pequeña ha aprendido a cuidar corazones; la comunión de un niño y una niña en un transparente, dulce y delicado papel en medio del jardín; el poderoso florecer de la tierna, sabia, valiente y protectora fuerza femenina en una niña asustada; el infantil beso que un niño roba en un patio pleno del perfume de las hojas, la flor, el fruto del mango y la llovizna que los despierta; una niña que inhala los olores de la muerte, el cementerio y la luna; un hombre que disuelve la muerte en el eco de las juveniles voces de los hermanos y los abuelos, rumor de hojas al fresco viento en una cálida noche de luna llena y titilantes círculos y líneas en imperceptible palpitación sobre el inmenso azul oscuro; los firmes, delicados y gozosos pies blancos pintados de negro en el largo caminar; la impetuosa e inoportuna irrupción del deseo en la víspera de la primera comunión; las aves de olor y color que vuelan cantando al nido que teje la mujer en flor; el largo y difícil forjarse para alcanzar el sueño de una vida feliz; el infinito amor y su memoria en la estación del tren; la sorpresa, el desconcierto, la inmovilidad y la torpeza del joven ante el pequeñísimo y frágil cuerpo de la hija recién nacida, sus llantos y sus risas; la plenitud de la hembra al amamantar a sus críos; un hombre que camina y sonríe con su pequeña a cuestas floreciendo en preguntas; el largo parir de una nueva vida, madre perra, madre vaca, madre animal que se ve parir, mujer que recuerda los cuentos y los cantos que canta, cuenta y habita en escuelas, descampados, vertederos, ciudades perdidas, corazones y oídos, madre y amante que amamanta; el animal cruce de miradas, olores y sabores callejeros en el centro del ser, sustantivos propios en la obscuridad de la noche; el placentero y envolvente roce de los cuerpos; el burbujeante fermento del deseo de plena e infinita comunión de la piel y las almas; la sonriente espera del milagro del reconoci-

miento en las miradas; tierna y amorosa boca que se traga al rojo sol y lo convierte en blanda luna blanca de cálidas y chispeantes luces líquidas; labios que absorben y se pierden en la luna, festiva erupción de ígneas lavas; eclipse total, grito y silencio, luz y sombra, principio y fin, vida, muerte y renacimiento; el puta hecho amor, mi puta, puta mía, mi amor, mi hembra, mi hombre, mi ser; el anhelante «¡Dime que me amas!», y el muy sonoro y creciente silencio: el gozoso germinar de las pieles: «¡Te amo!» «¡Te quiero!». Acompasado y rítmico tun, tun tun, tun tun tun, tun tun tun tun, tun tun tun tun, tun tun tun tun, tun tun tun, tun tun, tun de los corazones...

Silencio...

Callan las palabras

Sonríen los cuerpos

Trinan las almas

Colorido brillo sonoro del silencio

Inmóvil palpar del tiempo en movimiento



A Tania la busqué en la ciudad luz; tenía la fantasía de bailar con ella, pues nunca lo habíamos hecho y tenía curiosidad de saber cómo se movía con la música, pero se había tronchado un tobillo...

Se había separado y sus hijos ya eran independientes y eran felices; estaba informada de todo lo que pasaba en el paraíso y en el gran paraíso, en el país donde vivía, en Europa y en Oriente; coordinaba un par de grupos de estudio con jóvenes izquierdistas que la mantenían al tanto de lo que sucedía en las marchas; era lúcidamente crítica contra todos los partidos de izquierda de todos esos países; no votaba ni en las elecciones del paraíso ni en las del país donde vivía ni en las europeas; había organizado un grupo de apoyo a la causa kurda, estaba aprendiendo kurdo y mantenía su casa en una blancura, una frescura y un floreciente verdor exquisitos. Recordamos las anécdotas de los viejos tiempos y reímos sin parar, hasta que faltaban quince minutos para que cerraran el metro y salí corriendo como Cinderella, sin que se me cayera la zapatilla... Espero volverla a ver, que su tobillo haya sanado y que podamos ir a bailar.

En contraposición a José y a tantos, Carlos Ernesto no ha abandonado sus ideales ni sus principios ni su manera de vivir; se fue a la ciudad luz con su compañera y allá formaron familia, criaron a sus hijos, se desarrollaron en sus profesiones, se jubilaron y viven como la típica clase media media europea, con lo necesario, sin lujos, apoyando a sus hijos, pues también allá la vida para los jóvenes es cada vez más difícil. No quisieron volver nunca al paraíso, pero leen la prensa a diario y se mantienen informados sobre

la situación política, los movimientos sociales, los cotidianos asesinatos de líderes sociales y las enrevesadas esperanzas de que un día la izquierda logre superar las persecuciones, los asesinatos y sus propias limitaciones, contradicciones y divisiones, y sintonizarse con el país para lograr algún tipo de cambio. Al mismo tiempo, viven enterados de los movimientos sociales y políticos del país en el que están, y los de Europa, militan en la izquierda y participan en la construcción de un nuevo partido, su periódico, su televisión y sus redes sociales.

Carlos Ernesto soñaba con jubilarse para dedicarse de tiempo completo a la política, y así ha sido; desde que se pensionó, todos los santos días lee la prensa y se dedica a enviar y reenviar noticias, artículos y comentarios a todos sus amigos y conocidos, a participar en las reuniones del partido y en los mítines y marchas de los distintos movimientos y organizaciones sociales. Sólo de vez en cuando hablo con él, aunque no importa, yo sé que está bien cuando cada mañana abro mi *laptop* y entran sus correos en un español cada vez menos español.



Ahora quien canta es el inolvidable Cheo Feliciano desde el recuerdo, desde la nada o desde los cielos, da lo mismo:

Amada mía...

Grata sorpresa la que me has dado,
yo necesitaba un amor
y me has enamorado.

Amada mía...

Eres mucho más de lo esperado,
dulce mujer que había soñado:
yo soy todo de ti...

(«Amada mía», José Nogueras)

Y me instalo de nuevo en la paradisíaca fiesta sin tiempo del recuerdo. En el paraíso, después de medianoche, al ver que no llegaba Susan, me decidí a preguntar por ella. Hacía muchos años no la veía, deseaba encontrarla y saber de su vida en sus propias palabras; me intrigaba conocer lo que pensaban nuestros viejos camaradas de su poesía y de su trayectoria como funcionaria cultural y asesora de un presidente organizador de grupos paramilitares que asesinan a líderes sociales y masacran pueblos asentados en tierras muy ricas que suponen o quieren suponer aliados de la guerrilla. Sólo un par de viejos amigos comunes quisieron contarme, pero no estoy muy seguro de su objetividad...

Acerca de su obra, uno reconoció ampliamente, y el otro a regañadientes, la calidad de sus poemas, así como la fuerza de sus

palabras y de su presencia al leer; pero, decían, los premios se los habían dado por sus relaciones con los jurados y el poder cultural. En cuanto a su labor como secretaria de educación y cultura de la provincia —cargo que recibió gracias a un viejo militante izquierdista que había convencido a un gobernante del partido tradicional de que la incluyera en su equipo para aparentar pluralidad y ganar votos del centro y de la izquierda—, uno de ellos comentó: «Eso sí fue un verdadero desastre, hermano; no hizo nada. Nada de nada. A duras penas continuó con las dos o tres cosas que se han hecho aquí toda la vida. A los amigos, a los poetas y a los artistas conocidos no los recibía por miedo a que la acusaran de tráfico de influencias o parcialidad, ¡como si en este país todos los escritores, artistas y promotores no nos conociéramos! ¿Entonces a quién recibía? ¡A las amigas y los amigos del alcalde, del gobernador, del presidente, del gabinete y de las cámaras, a los amigos y las amigas de Doña Fulanita y Doña Perenceja, Doña Menganita y Doña Sutaneja, que han manejado la cultura de la región toda la vida! Si por casualidad un conocido suyo lograba superar el muro de obstáculos que impedían su acceso a ella, lo convidaba a un perro caliente con gaseosa en la esquina de su oficina para explicarle que no lo podía contratar porque podrían acusarla de abusar de su cargo».

«Pero eso sí —decía el otro—, le organizaba los cumpleaños y las fiestas familiares al gobernador, al alcalde, a sus señoras y a sus amantes, ¡y les pedía a los artistas que le colaboraran, que en esta ocasión sería gratis, pero que los invitaría al próximo congreso o festival oficial!».

También me contaron que en alguno de los salones del palacio de gobierno conoció a un funcionario que decía haber sido guerrillero, poeta, narrador, fotógrafo, publicista y catedrático, y que se casó con él. Cuando cambió el gobierno, ella y su esposo montaron una empresa de asesoría comunicativa y política, social, educativa y cultural, y continuaron trabajando con el ultraderechista exgobernador que llegaría a ser presidente del país.

Si el jefe quería hablar de la problemática del café, ellos se encerraban a leer, resumir y escribir, y gracias a su gran biblioteca personal, la Biblioteca Nacional, de la cual eran vecinos, internet y una extensa red de colaboradores e informantes, le armaban un dossier completísimo que entregaban puntualmente en su oficina, impreso, en archivo digital, sintetizado en apretadas e iluminadas tarjetas de lectura o en forma de discurso. De igual manera, si se trataba de los Derechos Humanos o de la Historia del paraíso o del PIB o de Picasso, Botero, Cervantes, Neruda o García Márquez, o de Beyoncé, Boos o Justin Bieber, de un partido político, la Comunidad Europea, la guerrilla, una masacre, el más reciente Premio Nobel o un líder social.

Susan y su esposo también eran diestros en elaborar breves, concisas y precisas biografías de cualquier personaje, incluido su pasado ideológico, económico, religioso, político, amoroso o sexual, sin olvidar una pormenorizada lista de sus preferencias y debilidades. El suyo era un trabajo tan necesario para los gobernantes y tan bien remunerado que llegaron a formar un gran equipo de investigadores profesionales con tan buenos salarios que dos o tres maestros universitarios abandonaron su carrera académica para dedicarse de tiempo completo a la nueva empresa.

Un cambio aparentemente radical en las ideas dominantes en el nuevo gobierno los dejó sin trabajo y tuvieron que rondar por las universidades, las editoriales y las ONG buscando clases, asesorías y contratos, y crearon una ONG más para defender los derechos humanos de los policías, los militares, los paramilitares, los terratenientes, los empresarios y los políticos que los financian, «injustamente acusados y denigrados, víctimas del brutal terrorismo de izquierda»; pero otro cambio de gobierno les permitió regresar a los pasillos del palacio de gobierno y los obligó a ir cambiando sutilmente su discurso.

Susan y su esposo viven felices con su apartamento en una zona chic de la capital, con sus dos coches del año, con su casita de campo en uno de los pueblitos de moda que rodean la ciudad, con

su tiempo compartido en las playas más visitadas del gran paraíso, con su pequeño yate en el más glamoroso puerto turístico del Caribe, y con unas accioncitas en la compañía de petróleos; pero no todo ha sido un lecho de rosas en su brillante carrera, como diría algún personaje de telenovela: en una ocasión pasaron un buen susto, cuando asesoraron «de todo a todo» a un político famoso, primo hermano de un narco, de un obispo y de un exgobernante en su campaña para el senado: eslogan, imagen institucional, papelería, fotos, tarjetas de invitación, mantas, carteles y tarimas, discursos, mítines y público, entrevistas, ruedas de prensa e inserciones, fiestas públicas, partidos de fútbol, reinados de belleza y corridas de toros, almuerzos, picadas, comidas y cenas, acompañantes de todos los sexos, culturas, edades, tamaños y colores...

¡Y el muy cabrón, como no ganó, no les quiso pagar el 75% pendiente de la cuenta! Ni siquiera pudieron verlo cuando fueron a visitarlo al país del centro del gran paraíso donde fue nombrado embajador por el nuevo gobierno de su primo. Nunca más quiso recibirlos ni les pasó al teléfono. ¡Y como si fuera poco, un día les mandó a decir que si seguían jodiendo les iba a quebrar el culo!

A pesar de algunos pequeños inconvenientes como el anterior, Susan me cuenta que es realmente feliz, que nunca imaginó poder contribuir tanto al desarrollo de la región y el país, que su esposo y ella han dejado de escribir y de pintar, pero que, en cambio, sus conferencias y textos periodísticos ayudan de manera significativa a la transformación, a la educación y a la creación de mejores condiciones de vida para los pobres, «lástima que ahora la gente está embobada con ese cuentico de la paz y de las negociaciones... Lo que hay que hacer es acabar con esos narcoterroristas de izquierda y sus aliados, con todos, con los alzados en armas y con los que andan por ahí disfrazados de blancas ovejas en los colegios, las universidades, las iglesias y los sindicatos hablando de la desigualdad y recogiendo datos de los secuestrables para los guerrillos esos. ¡Así fue como secuestraron a mi primo, carajo! ¿Y a ti te parece bien eso? ¿A ti te parece bien hacer la paz con esos hifueputas?».

¡No! No me parecen bien ni los secuestros ni los chantajes ni los boleteos ni los peajes ni los asesinatos de la guerrilla... Ni los asesinatos de los líderes sociales ni el asesinato o la expulsión de los campesinos de sus tierras ni que luego los asesinos o los expulsadores o los grandes terratenientes o los empresarios o los políticos se apropien de sus finquitas ni los falsos positivos ni los bombardeos a la población civil ni los bombardeos a los campamentos guerrilleros donde se sabe que están niños ni las masacres del gobierno y sus cómplices o socios o empleados paramilitares o narcoparamilitares. ¡No! ¡No me parece bien absolutamente ninguna de esas mierdas! ¡Por eso creo que es necesario un pacto por la paz, y respetarlo!, le digo; pero, tristemente, se interrumpió nuestra comunicación...



Despertan la piel, la voz y el recuerdo inmediato, y sonrientes vuelven al espacio y al tiempo, y con un cigarro, un café y un tequila se cuentan sueños y anhelos, soledades y compañías, placeres y dolores, certezas, dudas, aciertos y equívocos, seguridades y temores, bondades y maldades, honras y deshonoras, noblezas e infamias, amores y desamores, encuentros, desencuentros y abandonos, ángeles, serafines, quimeras, monstruos, querubines y diablos, y los músculos y las pieles y los sentidos y los labios y los corazones reinventan, reconstruyen y recorren el gozoso camino hacia la nada y el todo en la comunión de suaves y leves roces y contactos, intensas e interminables fusiones y estallidos...

Al día siguiente medito con la blanquísima luna llena iluminando a plenitud la negra noche que fenece en los primeros rayos rosáceos de la aurora y escucho el canto del zenzontle con la sonrisa y las voces de Belén, el cuerpo y el alma hechos un solo revoloteo de cantos, luces y ensueños... Y busco su sonrisa y la encuentro en el intenso brillo de las palabras y el palpitar del cursor:

Marius: ¡Qué bonito encontrarnos! ¿Verdad? Llegué a casa sana y un poquito más salva... ¡Porque cómo salvan las personas hermosas! Cumplí mi promesa esta mañana y amanecí con los niños a las 8:44, exactamente.

Desayunamos y jugamos todo el tiempo, y después nos dedicamos a coser, arreglitos para estar lindos en las vacaciones. Coser me gusta porque me hace pensar en mi abuela y en sus piernas viejitas, todavía fuertes para hacer marchar su Singer de los años treinta. Recuerdo cuando le dije que le había pedido a los Reyes

Magos (porque yo, por supuesto, todavía creo en los Reyes Magos) una máquina de coser: «Pero, hijita, ¡con lo atareada que tú estás en el trabajo! Eso son cosas de antes, ahora vosotros sois unos rebeldes...». «Entonces, abuelita, será mi rebeldía a la rebeldía!», respondí. Y los Reyes Magos me trajeron una máquina de coser... Ahora los niños se divierten en el patio. He charlado con mi madre, recién llegada a la ciudad donde nací; también con una amiga que tiene mal de amores, ¡y ahora te escribo por bien de amores! Gracias, Marius, por haberte volteado... La vida está llena de misterios, y este es uno... ¿Te he dicho que me gustas? ¿Me muerdes el labio, por favor? ¿Y cuántos años dijiste que me echaste?

Sólo puedo contestarle un par de días más tarde:

Hola, Belén: Sigues en mi piel, en mis labios, en mi ser... ¡Qué lindo encontrarte! Me alegra que les hayas cumplido a tus hijos y que estén felices. Dejaste olvidado tu aparatito mágico musical; aquí te lo guardo. Yo tuve un largo día de descanso: Recordar mis días en la playa, donde estuviste presente todo el tiempo, a pesar de los miles de kilómetros: ¡El mar...! «En el mar, la vida es más sabrosa, en el mar, te quiero mucho más...». ¿Compartiremos algún día el mar? Dormitar, leer, escribir, hacer algunos trámites por internet, recordar, volver a sentir y sonreír, y tratar de eludir las dudas y dejar atrás la nascente inquietud, me digo en voz baja...

Van muchos besos: Marius.



Me voy a servir un trago y escucho con atención a Bienvenido Granda:

Se cansa el uno,
se aburre el otro,
del pugilato para vivir;
no valen trucos,
no valen cuentos,
en este mundo no hay porvenir...

Y en el jaleo del pugilato,
me estoy quedando con el mandil...

(«Pugilato», Sonora Matancera)

Entonces recuerdo a Jacobo, otro viejo camarada y buen amigo. Digo camarada y se me vienen a la mente las palabras de Úrsula: «¿Jacobo camarada, Jacobo izquierdista? ¿No te parece raro que toda la vida haya trabajado en el gobierno siendo de izquierda?». ¿Y eso qué importa?, pregunto. Yo siempre vi a Jacobo como uno de nuestros mejores cuadros, como uno de nuestros pocos hombres que sabía cómo funcionaba el sistema por dentro, un hombre clave para cuando conquistáramos el poder.

Jacobo había sido uno de los más brillantes jóvenes de izquierda, dotado de gran inteligencia, buen lector, con una memoria de elefante, una capacidad analítica envidiable y buen orador. Su padre había sido un notable economista y un auténtico liberal, y tengo la sensación de que también era un masón muy reconocido;

siguiendo la tradición familiar, se vinculó desde muy temprano a los masones y al partido tradicional y fue ascendiendo en la jerarquía burocrática hasta llegar a ser secretario en dos mandatos distintos. Al retirarse, le encargó a sus viejos compañeros y subalternos que cuidaran a Jacobo, y éstos lo protegieron, le dieron a conocer todos los ritos, las maneras y los secretos del ministerio, lo iniciaron y le indicaron la forma de moverse en la política oficial como pez en el agua. ¡Y Jacobo resultó tan buen alumno y tan buen funcionario que se mantuvo en los ministerios durante el mandato de cinco gobiernos distintos!

Alguna vez fue nombrado subsecretario, y nadie entiende cómo no avanzó más, pues era íntimo amigo de todos y cada uno de los ocho ministros que ocuparon el despacho, y de algunos mandatarios. Úrsula, que tiende a exagerar, incluso a mentir, creo, cuando alguien le cae mal, sostiene que fue por mujeriego y por su adicción al alcohol y a las drogas; otros amigos, en cambio, dicen que en el gobierno siempre se conoció su condición de izquierdista y que, a pesar de tenerle gran confianza por la figura enorme de su padre, por el peso de la masonería, por su formación profesional, por su ecuánime experiencia, capacidad y personalidad, desconfiaban de la evolución que pudiera tener si le daban más juego político y llegaba más alto.

A mí me contó Jacobo que era una tontería pensar en la posibilidad de trascender ciertos niveles jerárquicos, «nuestra aristocracia nunca se va a permitir un riesgo de esa naturaleza, Marius. Y a mí lo que en realidad me interesa es la pintura. Lo único que deseo es la jubilación para retirarme a una finquita que compré en las faldas de la cordillera para ponerme a pintar. Yo tuve que trabajar en esa vaina para mantener a la familia, para darle educación a mis diez hijos, para asegurarme una vida decente en la vejez y, ¿por qué no?, para conocer desde muy cerca cómo funciona el sistema». Y así fue, Jacobo conoció el sistema político del paraíso como muy pocos, vivió bien y sus diez hijos terminaron sus estudios y son profesionales exitosos.

Bueno, no todos los hijos de Jacobo terminaron con éxito sus estudios, ni sólo tuvo diez. Aquella ocasión en que yo me lie a golpes con mi padre, Jacobo me abrazó y me dijo: «Tranquilo, Marius, tranquilo. Deja eso, no sabes lo que me duele tu pelea con tu padre; yo sentí cada uno de los puños que le pusiste en la cara. Nunca le he contado a nadie nada de lo que te voy a contar... Yo tuve un par de hijos por fuera del matrimonio... Y los vi muy poco. La última vez que me encontré con Jacobito, me reprochó que lo hubiera tenido en esas condiciones, que no hubiera estado cerca de él, que no hubiera podido charlar conmigo, con tantas cosas que tenía para contarme y discutir con su papá... Por eso tu pelea con tu padre me caló tan hondo... Yo no tenía ni idea de que mi hijo anduviera en la guerrilla... Un fin de semana murió en una toma de un cuartel militar. Si yo hubiera sabido, habría intentado convencerlo de lo difícil y de lo infructuoso de ese tipo de acciones... Era un lindo muchacho, sensible, crítico, lleno de ideales, romántico... Quizá mi imagen y la de mis amigos influyeron en él, quizá deseó superar nuestros límites, mi diletantismo, como me reprochaba con dolor».

Cuando le llegó a Jacobo la jubilación, en vez de ponerse a pintar, montó su despacho en el paraíso y se dedicó al derecho laboral y a brindarle asesoría a los políticos jóvenes de la región, mientras en su cabeza, a veces en voz alta, al calor de los tragos, formulaba interesantísimos proyectos de murales «con un estilo fusión de la pintura de Rivera, Orozco, Siqueiros, Guayasamín, Débora Arango y Botero»; también soñaba con escribir sus memorias, «Uf, tengo tantas cosas que contar, Marius, tantas cosas que he vivido y presenciado!», una historia de la izquierda del paraíso, una novela y un poemario, pinturas y libros que yo esperé con ilusión hasta el día de su muerte, de un ataque al corazón.

Úrsula insiste en que yo soy muy ingenuo e idealizo: «No todo lo que brilla es oro, Marius. Cuando Jacobo entró al ministerio, me invitó a bailar; estuvimos coqueteando un tiempo, hasta que me pidió que le ayudara a conocer a toda la gente del ministerio

y le contara cosas de su vida laboral. Yo no quise, por supuesto, y le dije: “No, doctor, búsquese a otra persona, yo no soy sapa”, y no quise volver a salir con él». ¿No será que estás exagerando o que tenés tusa?, le dije, y me contestó con rabia, casi con odio: «¿Exagerando? ¿Tusa? ¡Pendejo!».

A falta de fotos, o de un libro suyo, o de una pintura, le busco lugar a la calaverita llamada Jacobo...



En Puerto Rico la gente goza más,
el jala jala sabroso de verdad,
y a todo el mundo quiere jalar pa'lla,
que jala jala pa' vacilar (...)
El jala jala para gozar...

Bobby Cruz y Richie Ray cantan su «Jala Jala», y yo me olvido de la muerte y del dolor; y enseguida bailo a lo loco con Jarabe de Palo y Celia:

A lo loco es una frase que está de moda,
que está de moda,
y se escucha en todas partes,
y a todas horas, a todas horas;
es la frase preferida de la buena sociedad,
y aunque usted no se lo crea,
contagiado me dirá: a lo loco...

(«A lo loco», Pau Dones Cirera)

Al sentarme, recuerdo sonriente la sentencia de Eliécer, uno de mis maestros y dirigentes: «Nuestra ciudad es un bailadero con obispo», para definir el inconsciente frenesí con que buena parte de nuestra gente se entrega media hora a la semana y cinco minutos al día a Dios y al rito religioso para perderse el resto del tiempo, inconsciente y sin culpa, en la rumba, el alcohol, las drogas, el dinero, las compras y la idolatrada y esclavizante imagen de un cuerpo dibujado con bisturí o en interminables sesiones de fisicocul-

turismo, con los carteles de los artistas y modelos famosos del momento, los mismos cuerpos, los mismos culos, las mismas tetas, los mismos labios, los mismos pómulos, las mismas caderas, las mismas cinturas, los mismos bíceps, los mismos tríceps, las mismas espaldas en cualquier parte del mundo —si la operación no les sale mal...—, cuerpos sin historia, sin memoria, sin personalidad, sin pensamiento propio, ante la cruda y violenta situación que soportamos, cuerpos dibujados a cuchilla y hambre, dolor y sacrificio estériles, cuerpos despojados de cualquier ilusión personal, ideológica o social, cuerpos olvidados de sí mismos y de los principios éticos...

Conocí a Eliécer en la universidad, en sus cursos de estética y filosofía; además de profesor, era uno de nuestros dirigentes. Serio, puntual, inteligente, crítico y riguroso; abogado defensor por convicción de los trabajadores, de sus derechos y de sus sindicatos; un profesional reconocido por todo el gran abanico conformado por la gente decente del liberalismo y la izquierda, incluso por la gente decente de la derecha, que la hay.

Con gusto y admiración, evoco una de mis discusiones con Eliécer sobre la táctica a seguir en el juego democrático por el gobierno de la universidad, en la eterna y fratricida lucha interna en la extensa gama de «izquierdistas auténticos» que pretendíamos ser todos; en esa ocasión, ante mi información y argumentos, cambió su apreciación y su postura pública sin pretender imponer su autoridad de maestro o dirigente.

En el día, Eliécer transitaba entre su casa, la universidad, su despacho, los sindicatos y los juzgados; en las noches, después de impartir sus clases, se reunía con sus amigos a tocar la guitarra y a cantar boleros en una vieja casona vecina al claustro; y los fines de semana, religiosamente, se iba para la pequeña finca que le había comprado al padre, de quien heredó el gusto por los libros, la música y el campo, porque en el paraíso amamos la tierra, esa hermosa y fértil paridora de riqueza y pobreza, de alegría, violencia y dolor.

Esa finca a la vera de donde la cordillera se alza magnífica sobre el valle le dio muchos placeres y muchos dolores de cabeza, los comunes del campo, el cultivo y la cría, pero ninguno como el que lo obligó a abandonarla y a vivir la más dolorosa y angustiante crisis y decepción de su vida: el mayordomo tenía un hijo a quien Eliécer apoyó para que estudiara y contribuyó a formar recomendándole y prestándole libros, charlando y discutiendo con él, aconsejándolo.

Ese muchacho se vinculó a la guerrilla y en un momento dado empezó a negociar con bazuco, mortal estimulante adictivo, mezcla de coca, cemento, bicarbonato o permanganato; después se dedicó a la extorsión y al secuestro, y un día secuestró al hijo de Eliécer...

Eliécer encaneció mientras iba desesperado de un lugar a otro buscando dinero y contactos para ubicar y rescatar a su hijo: se puso en comunicación con gente cercana a la guerrilla; le contó a algunos líderes sindicales, a ciertos dirigentes de izquierda y a dos o tres conocidos de extrema derecha de la región, porque la práctica del secuestro no es privativa de la izquierda; pero no logró nada, nadie sabía nada, nadie sabe nada en esos casos, Eliécer, mientras tanto, consiguió dinero prestado y tramitó su cesantía de más de veinte años de trabajo académico en la universidad para pagar por el regreso de su hijo.

Es muy fácil decir que el secuestro es uno de los mayores crímenes contra el ser humano, tan fácil como sustentar que se secuestra por hambre o un ideal humanitario o una ilusión revolucionaria; pero sólo quienes han sido secuestrados o son familiares o amigos de las víctimas saben de verdad lo que es el inmenso dolor y la infamia del secuestro. En medio del dolor y de la angustia insoportables, en el proceso de las negociaciones, Eliécer creyó reconocer una voz y alargó la conversación hasta que pudo identificarla: era la misma voz del hijo de su mayordomo, el muchacho a quien él había apoyado para que estudiara, el mismo a quien había contribuido a formar, el mismo jovencito con quien había

dialogado durante tantas horas y tantos kilómetros de caminos, veredas y trochas... ¿Alguien se puede siquiera imaginar lo que es eso, lo que puede sentir uno con una traición así?

Al reflexionar sobre el porqué se torcieron tantos camaradas y sobre el momento en que se torcieron, comenté que uno de nuestros grandes errores fue el no habernos ocupado nunca de abordar la formación ética, la discusión sobre los principios humanistas, sobre los derechos humanos, sobre lo que estaba bien y lo que no estaba bien, sobre lo que se valía y lo que no se valía y, sobre todo, lo que estaba mal; dábamos por hecho que por ser nuestros compañeros, por ser de izquierda, teníamos una ética común... «No se veían torcidos porque las ideologías no los dejaban ver», remató Eliécer, quien tuvo «la suerte» de que le devolvieran a su pequeño después de haber pagado por la liberación, pues muchos en el paraíso no volvieron a ver a sus seres queridos secuestrados, a pesar de haber pagado; pero nadie pudo nunca devolverle la muy grande y significativa parte de la esperanza y la alegría que había perdido...

Como si fuera poco, por aquellos días Eliécer tuvo que soportar que varios de sus amigos más cercanos lo traicionaran por sus intereses económicos o de poder en los procesos políticos al interior de la universidad. A pesar de todo, Eliécer sigue pensando críticamente desde la izquierda; a pesar de todo, continúa asesorando a los trabajadores y sus sindicatos, y gracias a esto ha reforzado su vínculo con la escritura y el pensamiento. ¡También hay gente que se mantiene en sus sentimientos, ideas y principios básicos!

Por supuesto, Eliécer no pudo volver a la finca; pero se consiguió una tierrita en otros rumbos y hacia allá peregrina religiosamente, hacia la madre tierra, como sus ancestros, como todos nuestros ancestros, a desmontar, a sembrar y a cosechar, a recibir el día con el canto de las aves, a ver crecer unos pocos animales, a leer y a rasgar la guitarra entonando boleros y bambucos en el atardecer.

Le pregunto a mi viejo amigo y maestro por el rumbo del paraíso, por la situación de la izquierda, por el estado de la lucha

obrero y sindical. Después de su frase sobre el gran bailadero con obispo que es nuestra ciudad, y nuestro país, continúa: «A veces creo que soy muy injusto, pues me he automarginado... Vivo muy ensimismado en lo que estoy escribiendo. Suena un poco dramático, pero siento que me queda poco tiempo, que me apremia el tiempo y necesito concretar mis proyectos de escritura: tres novelas, un libro de poemas que he estado trabajando en los últimos veinte años y un libro de ensayos... Aunque a veces me pregunto para qué... Pero es una necesidad de vaciamiento. No sé si tendrán valor o no; no sé si se publicarán o no...

»Las asesorías sindicales, eso sí que está triste, eso se acabó. La clase obrera está ahí, sigue habiendo clase obrera, los obreros están ahí, pero a los sindicatos los despedazaron. Y uno nota toda esta cosa de la hipermodernidad en los obreros: están en el consumo, despolitizados, desideologizados, son líquidos, para utilizar el término de Bauman, en sus relaciones con los compañeros: 'Yo vengo por lo mío', un individualismo muy duro. Los dirigentes sindicales antiguos, como no entienden lo que está pasando, viven muy decepcionados con sus jóvenes compañeros y con la vida...

»El despacho ha tenido un declive inmenso; cuando yo empecé a ejercer asesoraba treintaicinco sindicatos independientes y hoy sólo quedan tres. A los sindicatos del sector industrial prácticamente los desaparecieron; han cerrado muchas plantas y han vendido o reconvertido otras, y a los obreros los despiden por cualquier cosa. Mirá, algunos de los trabajadores llegaban a la oficina después de caminar hasta dos horas porque no les alcanzaba para el bus, después de haber tenido un buen nivel salarial... Y yo tenía que darles para el pasaje... En el sindicato tal sólo quedan doce afiliados, y no sé cómo no los han acabado...».

Eliécer me contó que una noche lo despertaron tres dirigentes sindicales que le pidieron llorando que fuera a la sede porque necesitaban hablar urgentemente con él. Querían consultarle si se mantenían en la lucha. «Nosotros somos los capitanes de este barco, y el barco se hunde, pero nosotros nos quedamos hasta el

final...». La empresa había cerrado, había ido liquidando y negociando con todos los trabajadores, de acuerdo con las condiciones de la ley, y sólo quedaban ellos, que se resistían, dudaban y no sabían qué hacer. «Y yo tuve que decirles: “Arreglen, no hay nada más que hacer”. Eso es muy verraco».

«Hannah Arendt, en una entrevista, dijo que el signo de la política en el siglo XX “es la unión esencial de la política y el crimen”, y aquí en el paraíso es así. Y lo más verraco es que la gente no ve, no quiere ver, ¡y le importa un carajo!». Y entonces comentamos lo que dicen los periódicos, las revistas y la gente, que uno de los gobiernos anteriores, por ejemplo, fue un gobierno de un capo del crimen, con negocios de sus familiares parapetados en las oficinas gubernamentales, que sus ministros y representantes en el poder legislativo fueron una vergüenza, con claros nexos con los narcos y los paramilitares, que se han violentado las instituciones, que no se respetan los derechos humanos, que varios de sus miembros y dirigentes fueron a parar a la cárcel pero los están sacando con dinero y prebendas... Que los pocos gobiernos regionales en manos de la izquierda no sólo pecan por ineficiencia sino por corrupción, en el mejor de los casos, cobrando porcentajes sobre los contratos... Y que no pasa nada, la capacidad de protesta se ha ido por el suelo, y la impotencia es absoluta. No hay nada qué hacer...

«La lógica de la política cierra los ojos ante la crítica de los medios; los fines pueden ser preciosos, la defensa de la democracia, la seguridad nacional, el socialismo, la igualdad, etcétera, y por ellos se acepta cualquier medio, “el fin justifica los medios”, “la combinación de todos los medios”... Imagínate el daño que le hizo a la izquierda y al país la famosa combinación de todas las formas de lucha... Por esa razón, nosotros, que éramos unos ilusos, nos fuimos quedando por fuera de esas lógicas, porque esas lógicas eran terribles... La generación nuestra está desaparecida...

»La paz que se está negociando ahora es un gran negocio —me decía—, porque le están echando el ojo a las tierras de los Llanos, la Orinoquia y el Amazonas... No te imaginás el negocio que

están haciendo, son miles y miles de hectáreas; porque ellos piensan a largo plazo, a treinta años, cuando ya la guerrilla no exista, y las están comprando a huevo, y no hay nada qué hacer: ¡Tierra a la vista!».

Sí, digo, la guerra y la paz son un gran negocio, no sólo para los países y empresarios que venden armas, los países desarrollados del primer mundo... La paz es ahora el gran negocio de las tierras y el agua, y el de los minerales, y el de la niñez, y el de la juventud, y el de la gente, y no les importa irrespetar los principios humanistas ni al ser humano ni a las comunidades ni a las etnias ni a los campesinos ni la tierra, mucho menos las especies animales o el equilibrio ecológico... En el paraíso, la guerra y la paz han sido siempre un gran negocio para la aristocracia de siempre, que las administra esperando el mejor momento para su eterno gran negocio de las armas, la tierra, el agua, los minerales y los recursos naturales...

¿Sólo en el paraíso? No, qué va, en todo el mundo, donde en pleno siglo XXI vivimos numerosos conflictos armados o guerras en Aceh, Afganistán, Anjouan, Argelia, Assam, Birmania, Cachemira, Cáucaso Norte, Chad, Chechenia, Colombia, Congo, Costa de Marfil, Daguestán, Eritrea, Etiopía, Filipinas, Georgia, India, Indonesia, Ingusetia, Irán, Israel, Jammu, Kabardia-Balkaria, Kenia, Liberia, Libia, Macedonia, Magreb, Malí, Marruecos, Mauritania, México, Nepal, Nigeria, Ogaden, Osetia, Pakistán, Palestina, Papúa, República Centroafricana, Sahel, Senegal, Sierra Leona, Siria, Somalia, Sri Lanka, Sudán, Tuareg, Uganda, Ucrania, Yemen, Yibuti...

No estoy seguro de que se puedan poner calaveritas colectivas, pero no queda remedio, y coloco una calaca grande con la etiqueta Movimiento Obrero, y otra más: Líderes sindicales asesinados, y otra más: Víctimas de las guerras...



De mi primer liberador caminar desde el centro de la enorme y fría capital al paraíso caribeño recuerdo las constantes e ilusionadas alusiones al paso del Libertador Simón Bolívar, desde el puente donde libró la batalla final de la independencia hasta la quinta donde perdió la guerra definitiva contra la enfermedad, la decepción por la ingratitud y la muerte, pasando por los escenarios de numerosas lides ideológicas y amorosas, ¡qué impresión la imagen viva y la necesidad de un liberador!; y al camionero que no me dejaba dormir recordándome que había aceptado llevarme a cambio de que le hablara sin parar para no cerrar los ojos mientras ascendía y descendía por los más oscuros y abismales precipicios, intensa y angustiosa lucha por no dormirme... También recuerdo al cebollero que me pidió ayudarlo a descargar el camión antes de tomar la ruta prometida que me permitiría avanzar unos cuantos kilómetros en mi camino al mar, el intenso ácido de la cebolla que empezaba a descomponerse, la carga de decenas de bultos, el regreso al atardecer a la misma ciudad de la que habíamos partido en la madrugada y su promesa de que al día siguiente sí iríamos en mi ruta; a la hermosísima niña que me invitó a un eterno y paradisíaco café que estaba condenado a terminarse para siempre en algún momento próximo por mi torpeza al no pedirle la dirección, cerrando definitivamente cualquier posibilidad de continuar nuestra gustosa, incipiente y vacilante comunicación, niña que busqué infructuosamente cuando volví después de cincuenta años al pueblito aquel, pues la cafetería estaba cerrada y no encontraba su rostro en ninguna de las mujeres que se paseaban por sus calles y parques al ritmo de la brisa y un eterno paseo de

vallenato y cumbia; la visita a un colegio público cuyos hermosos pasillos, techos y balcones, jardines y árboles en flor me hicieron recordar el mío en pleno paraíso, y desear mi permanencia en él; al joven jipi que cantaba una y otra vez *Oh mammy, mammy blue* y me enseñó la posada en cuyo gran patio se enfilaban decenas de literas en las que se podía dormir por unas cuantas monedas, cuidándose de calzar las patas delanteras de la cama en los zapatos, hacer de la ropa y la bolsa una almohada e ir al baño con todo en las manos para que no se los fueran a robar; al soldado que me dejó dormir en la hamaca del patio del pequeño cuartel pueblerino con la advertencia de que no me fuera a parar sin anunciarme en voz alta y sin recibir autorización, pues me podrían disparar pensando que era un guerrillero; al preso que me invitó a desayunar a su casa mediante un breve recado a su hermana, y las franjas de luz, sombra y penumbra que se filtraban por el techo de madera y palma en el gran comedor vacío que enmarcaba la enigmática belleza de la iluminada y solitaria joven; mi gran susto cuando me encontré una coral muerta en medio del ardiente asfalto negro de la carretera y la rocé suavemente para verle el vientre y ella se retorció veloz hacia mi tobillo; mi inmersión en las cristalinas y frías aguas descendentes de las alturas y la amibiasis heredada para siempre; las enigmáticas y soberbias indígenas morenas cubiertas en volátiles y sutiles mantas azules y naranjas, el arrullo del viento y el rumor de las olas con que me recibió el Atlántico en mi primera cita con la infinita mar infinita que me envolvía marcando indeleblemente mi memoria y mis sentidos; el camino hacia el gran río acompañado por el mar, su arrullo y su aliento; la conciencia del ser en medio del pintoresco y sonoro coro del antiquísimo mercado persa que pervivía en la plancha del ferry, camiones, ciclas, buses, motos, caballos, carretas, asnos, gallos, cabras, perros, butifarras, bollos, arepa'e huevo y humanos; el encuentro con tres jóvenes aristócratas capitalinos en la playa, el caminar con ellos hasta una de las casas más ricas de nuestra Cartago caribeña, frente al primitivo, colorido y cantarín mercado de negros y mulatos

sobre palafitos y rústicas canoas de madera; su homofóbico asalto al pobre gay que pensaba disfrutar del batallón de blancos guapos, con mi cobarde y silenciosa complicidad; el atronador regaño y censura de mi abuela al llegar al paraíso, y su negación a llevarme al médico, a pesar de los intensísimos retortijones y diarrea: «¿Quién lo manda a andar de renacuajo paseador sin cuidarse, pendejo!».

Eterno y cíclico caminar entre el nostálgico dejar atrás, el muy festivo placer del descubrimiento y la renovada ilusión fundacional hacia el pasado.

Son numerosos los viajes que recuerdo en esa ambivalencia extrema, pero ahora descubro con satisfacción que hoy viajo más tranquilo y puedo gozar mejor el plácido placer del descubrimiento y del redescubrimiento, solo o acompañado, no importa, sin la sensación de miedo, abandono, nostalgia e incertidumbre que me acompañó toda la vida. «¡Que esté lejos aún el encuentro con la parca para conocer y reconocer la inmensa tierra con más libertad!», pienso, pero sonriendo caigo en la cuenta de que en mi viaje por la utopía del amor sigo sufriendo en el temeroso adiós del abandono, la nostalgia y la añoranza de la mano del ser amado perdido...



Belén pasó por su moderna cajita musical y me llevó de regalo un libro para niños, *El Pájaro del Alma* de Mijal Snunit, ilustrado por Francisco Nava:

Hondo, muy hondo, dentro del cuerpo habita el alma. Nadie la ha visto nunca, pero todos saben que existe (...) Dentro del alma, en su centro, está, de pie sobre una sola pata, un pájaro: el Pájaro del Alma. Él siente todo lo que nosotros sentimos. Cuando alguien nos hiera, el Pájaro del Alma vaga por nuestro cuerpo, por aquí, por allá, en cualquier dirección, aquejado de fuertes dolores. Cuando alguien nos quiere, el Pájaro del Alma salta, dando pequeños y alegres brincos, yendo y viniendo, adelante y atrás.

Cuando alguien nos llama por nuestro nombre, el Pájaro del Alma presta atención a la voz para averiguar qué clase de llamada es ésta. Cuando alguien se enoja con nosotros, el Pájaro del Alma se encierra en sí mismo silencioso y triste. Y cuando alguien nos abraza, el Pájaro del Alma (...) crece, crece, hasta que llena casi todo nuestro interior (...) Hay que escuchar atentamente al pájaro. Porque sucede que el Pájaro del Alma nos llama, y nosotros no lo oímos. ¡Qué lástima! Él quiere hablarnos de nosotros mismos (...) Por eso es conveniente, ya tarde, en la noche, cuando todo está en silencio, escuchar al Pájaro del Alma que habita en nuestro interior, hondo, muy hondo, dentro del cuerpo.

En la última página de mi ejemplar me sorprendieron las letras y los dibujos trazados con lápiz: «Mi Pájaro del Alma (el pájaro de las ilustraciones en una sola pata) dice: Te amo (las dos flores de las ilustraciones trenzadas en corazón), Marius/Belén».

«¡Qué casualidad!», pensé cuando recibí el álbum del Pájaro del Alma: durante un año de mi vida me había dedicado a leer y a contar los sábados y los domingos en las mañanas las historias de los libros del Fondo de Cultura Económica en los hogares para niñas y niños huérfanos o muy pobres de la Región más Transparente del Aire, y *El Pájaro del Alma* era uno de sus favoritos. Al terminar de releer la historia, profundamente emocionado, compartí con Belén mi experiencia. Entonces, sorprendida, me contó que había estudiado pedagogía, y que en ese proceso había descubierto su gusto por la narración oral, la lectura de poesía en voz alta y el trabajo con los niños.



«Uh ah, uh ah, uh ah...», aparecen Pete «El Conde» Rodríguez y «Micaela». Úrsula retiene con suavidad y firmeza mi mano en la suya y me invita a permanecer en la pista:

Uh ah, uh ah, uh ah, uh ah.
Uh ah, uh ah, uh ah, uh ah.
Ayayay, Micaela se botó,
que se botóoo, que se botóoo.
Ayayay, Micaela se botó.
Cuando yo bailé con ella,
Micaela se botó...
y el boogaloo bailó,
yo sé que ella es candela,
y cuando yo bailé con ella,
atrás me dejó.

Micaela cuando baila,
el boogaloo arrebató,
toda la gente la llama
la reina del boogaloo...
El boogaloo bailó,
y mucho lo gozó,
happy baby, happy mama,
mi bombóoo...
Uh ah, uh ah, uh ah, uh ah.
Uh ah, uh ah, uh ah, uh ah...

Rendido, sudando, busco una silla, me tomo un trago, me seco con mi inseparable paliacate, vuelo mentalmente a mi nuevo paraíso y le cuento a Úrsula que estoy enamorado y que me muero del susto; que quiero aprovechar esa circunstancia para hacer terapia, y que lamento no poder hacerla con Hipólito, ese gran maestro, filósofo y terapeuta nuestro. Entonces me mira con rabia y desprecio, y me dice: «¡Vos sí sos ingenuo, Marius, y tonto!, ¡por no decirte pendejo! Idealizás a la gente, y mantenés esa imagen idealizada en tu cabeza, y no la cambiás aunque la realidad te muestre lo contrario. ¡Gran terapeuta y maestro? Un farsante y un misógino; inteligente, sí; culto, sí; buen pensador, sí; buen escritor, sí; pero un misógino de mierda y un verdadero farsante; es más, ¡un verdadero hifueputa!».

—¿Pero cómo podés decir semejante barbaridad? Yo sé que nunca te gustó, que nunca le comiste cuento; pero de ahí a decir que es un farsante, un misógino y un hifueputa... Hipólito formó en serio a un montón de gente en el marxismo, leyendo y discutiendo a fondo con ellos *El Capital*, y ha formado a una buena cantidad de terapeutas, estudiando sistemáticamente las *Obras Completas* de Freud y trabajando religiosamente en el consultorio tres veces por semana.

—¿Ah, no? Oí, güevón, oí, oí, y luego hablás: Hace poco hubo un escándalo el tenaz; salió en toda la prensa nacional y en uno que otro diario latinoamericano, por si no me creés. Una de las hijas de Hipólito escribió un testimonio y lo mandó a todos los suplementos y revistas culturales del país. Resulta que un día se encontró por casualidad a una mujer que había sido íntima amiga de su mamá; entonces le pidió que le contara cómo era ella, cómo se habían conocido, qué cosas habían vivido juntas, pues al quedar huérfana a tan temprana edad no tenía una imagen suya, sólo la de algún par de fotografías. «¿Huérfana? ¿Cómo huérfana? —le dijo la señora—. Tú no eres huérfana. Tu madre está viva. ¿Qué te ha contado tu papá? Tu mamá está viva, vivita y coleando en una ciudad del centro del paraíso. Si quieres, si te atreves, ven conmigo y te la presento. Le encantaría volver a verte».

La hija de Hipólito no lo podía creer. Desde muy niña había vivido con la idea de que su mamá había muerto de cáncer, según le había dicho su padre... ¡Y ahora resultaba que estaba viva! ¡No podía ser!

Su mamá, una mujer de la aristocracia capitalina, culta, inteligente y con gran curiosidad intelectual, inició una terapia con Hipólito, un brillante joven del centro de Europa que se había puesto de moda en la alta sociedad del paraíso. Contra los principios básicos de cualquier terapia, paciente y terapeuta iniciaron una relación amorosa y continuaron con el tratamiento.

Quién sabe por qué, Hipólito consideró que era necesario romper ciertos esquemas y normas clásicos de la terapia, ya que en algunas ocasiones las particularidades del paciente y el proceso así lo exigían, explicaba —según Úrsula (¡vaya a saber de dónde sacó esa idea!), Hipólito tomó estas decisiones arrobado por una de las corrientes del tantrismo—. Parece ser que llevó a su mujer a diversas casas de cita de la gran ciudad, desde las más elegantes y costosas hasta las más pobres, desde aquellas en las que el comercio del amor era practicado con dignidad, orgullo y placer, sin ningún sentimiento pecaminoso, hasta aquellas en las cuales era vivido como algo ruin y degradante.

Al principio sólo observaban el movimiento del lugar, la forma de vestir y de entrar de los clientes, lo que bebían, lo que pagaban, sus peticiones, el tiempo que se demoraban en las habitaciones; incluso llegaron a establecer conversaciones de interés meramente profesional con varios de ellos, primero, y de amistad después; con el tiempo, Hipólito propuso que miraran lo que sucedía en los cuartos, y, por último, quiso que cada uno de ellos hiciera el amor tanto con los clientes como con las prostitutas y los servidores, y que uno mirara y luego le contara al otro lo que sentía y lo que pensaba, para superar así la posesión y los celos egocéntricos.

Pronto el alcohol y las drogas dejaron de ser un ingrediente de la fiesta y se convirtieron en protagonistas; «hay que experimentarlo todo a fondo», decía el maestro. Su compañera tuvo miedo

de la evidente decadencia a la que estaban llegando, se cansó, y no quiso continuar el peculiar tratamiento. Hipólito reaccionó con violencia, y ella decidió separarse. Pero el maestro la amenazó con contarle a su familia y a los amigos la clase de vida que habían llevado, y sólo aceptó separarse si le dejaba la niña. Quién sabe por qué, pero la mujer aceptó y él se llevó a la pequeña y le contó que la mamá había muerto de un cáncer fulminante. Le dijo que él no había querido que viviese todo ese terrible proceso de la agonía, la muerte, el velorio y el entierro. Y desde entonces llevó con la hija frescas y coloridas flores al cementerio durante años, semana a semana...

Cuando la niña se reencontró con su madre, Hipólito desapareció misteriosamente. Úrsula me dijo que no era cierto, que Hipólito se había jubilado, había dejado el paraíso y había regresado a su país de origen, muy deteriorado por la pena y el alcoholismo. «Por último, advirtió, por si no te queda claro, era un egocéntrico que sólo se ocupaba de sí mismo y de su imagen. Mirá —me soltó con rabia—, cómo será que uno de sus muchos hijos tuvo que treparse a un árbol durante varios días, como en un cuento de *Las mil y una noches*, sin comer ni beber ni hablar con nadie, vomitando, orinando y cagando desde las alturas, hasta que tu gran maestro y terapeuta tuvo a bien acercarse y pedirle que bajara y hablaran. Sólo así accedió el muchacho. Sólo así pudo reclamarle unas cuantas cosas. ¿Seguís pensando que es un gran maestro, un gran sicoanalista, un gran filósofo y una gran persona, ¡pendejo!?».

Yo pienso, yo creo, y quiero creer, que está equivocada, que debe ser la historia de algún otro sicoanalista o sicólogo o charlatán, y no la de Hipólito. Como yo no podía creer semejante cuento, le pregunté a varios de sus colegas. Ninguno había escuchado esa historia, que consideraban fantástica. «Eso parece un mal cuento de una enamorada sicótica o de algún colega envidioso que quiere desprestigiarlo o el de cualquiera de esos sicólogos de pacotilla que quieren desconocer el sicoanálisis; además, Hipólito se murió hace ya varios años», me dijo uno a quien yo respeto mucho. «¿CÓ-

mo podés creer esas vainas, Marius?», me cuestionó otro. «¡Ni se te ocurra contar esa mierda!», me dijo otro. «¡Qué raro! Quién sabe, me contestó otro más; muchas veces, en esa época, el sicoanalista no tenía terapia de control...». Y yo no puedo poner la calaquita de Hipólito, ni sus libros, porque al fin de cuentas no sé si está vivo o muerto ni si es él o el otro...



Henry Fiol repite una y otra vez conmigo, con la misma tristeza que me causan algunas de mis historias «La juma de ayer»:

Quiero matar un capricho
que tengo en el corazón,
voy a coger un jalao
con tremendo vacilón;
búscame una cuchara,
una botella y un cajón
pa' formar un parrandón
y así matar el capricho
que tengo en el corazón (...)

La juma de ayer ya se me pasó,
esta es otra juma, que hoy traigo yo...

Y pienso cómo el alcohol tiene el poder de llevarnos suave y delicadamente por los parajes más alegres de nuestro ser, cuando estamos contentos, cuando nos sentimos satisfechos, cuando nos abandonamos a la vida sin miedo, y cómo nos puede sumergir en los abismos más profundos y oscuros del alma y del ser cuando estamos mal, cuando estamos adoloridos, cuando estamos resentidos, cuando tenemos una pena o cuando nos invaden y nos oprimen el miedo y la angustia...

La extraña y seguramente falsa historia de Hipólito me lleva a la del Padrecito, a quien conocí cuando me integré al equipo de

un político mexicano decente que pretendía una candidatura presidencial, en una labor educativa de promoción de la lectura y el libro y apoyo a las personas que vivían en situación de calle, en especial a los niños y los jóvenes. El Padrecito fue convocado porque dirigía varias casas hogar para niños de la calle y era muy reconocido y admirado por su personalidad, su trabajo y entrega.

Cuando lo conocí, me cayó muy bien su manera franca y directa de hablar, de exponer sus ideas y límites, así como su independencia y dignidad ante los funcionarios públicos. La siguiente vez que nos vimos, el Padrecito me dio una gran lección: propuso que nos reuniéramos en una de sus oficinas, a las diez de la mañana. Anunció que tendría café y galletitas y nos preguntó si queríamos algo más. Yo, por joder, por provocar, le dije que si era posible un carajillo. Él me contestó que claro, que con qué lo quería. Entonces, por seguir jodiendo y midiéndolo, le dije que me encantaba con coñac o armañac. Se rio y me dijo: «Eso sí no, Marius, yo soy español, así que te lo daré con un buen brandy». Yo pensé que sólo me estaba cotorreando, como se dice en mi nuevo paraíso; pero al llegar a la reunión, en punto de las diez de la mañana, tenía la cafetera humeando, una cajita de galletas danesas y un XO. Ahora era yo quien reía, dándole las gracias, y cuando quise contarle que yo había dicho eso por joder, me dio una leve palmada en la espalda y me dijo: «Yo sé, Marius, yo sé, tranquilo; y yo lo hice para que tú puedas ver quién soy yo».

Nos hicimos grandes amigos y recorrimos las calles de la gran ciudad hablando con los vendedores ambulantes, con los niños trabajadores de la calle, con los niños mendigos, con los teporochos, los chemos, los lanzallamas, los malabaristas, los vendedores de periódicos, los cuidacoches, los ladronzuelos y, en fin, con esa gran cantidad de personas que ante la falta de educación y oportunidades, ante el desempleo, se rebuscan la vida al aire libre, entre humo, coches, motos, bicicletas y acelerados e indiferentes transeúntes, sin seguridad social, escondiéndose de la policía que los persigue, los extorsiona y en muchas, muchísimas, ocasiones abusa de ellos.

Un día el padrecito nos invitó a su misa dominical de medio día, el horario preferido de mi abuelo y mi papá para la liturgia, justo antes del almuerzo y los toros. Me sorprendió que la capillita, en plena zona de prostitución, vecina a la Cámara de representantes, estuviera a reventar de mujeres de todas las edades, sobria y elegantemente vestidas; asimismo, el respeto, la calidez y la claridad de su sermón.

Un domingo lo invité a almorzar, después de la misa, y nuevamente me sorprendió, no sólo por la forma como disfrutaba de los alimentos y como los regaba generosamente con vino, sino por su historia sobre cómo se había hecho sacerdote: «Una noche de verano y luna llena, Marius, yo estaba tirado en la playa con mi novia, contemplando el cielo, feliz, con gran placidez, y ella me preguntó que cuántos hijos pensaba que podríamos tener. Entonces, Marius, no sé bien por qué, como si me hubiera iluminado Dios, pensé en la vida tan miserable que me esperaba: bien casadito, con una casita bien puesta y cuidando a mi mujercita y a mis dos o tres hijitos, mientras en el mundo millones de niños pasaban hambre y vivían en la calle. Con lágrimas en los ojos, ahí mismo, le comuniqué que no nos casaríamos, que acababa de decidirme por la iglesia. Y me hice sacerdote.

»Y me vine a servir a Dios a América, no porque en Europa no hubiera pobreza o niños en la calle, sino por la infame y extrema situación de aquí. Al llegar me di cuenta de la importancia de los luchadores para la gente pobre y los niños, y como yo había practicado la lucha olímpica en mi juventud, decidí presentarme en el ring como “El Padrecito Callejero”. Así llamé la atención, me gané un buen dinero y tuve una gran respuesta de la gente cuando empecé a hablar de mi misión con los niños de la calle. Y así pude fundar varios de mis hogares y mi organización.

»La parte más difícil, Marius, fue mi trabajo en Garibaldi, la Plaza del Mariachi, rodeada de hoteles de paso, expendios de drogas, prostitutas, chulos, teporochos y niños y niñas abandonados o prostituidos. Yo iba, las contrataba y me las llevaba a un hotel.

Al acostarnos, en la misma cama, ellas estaban a la expectativa de qué les iba a hacer; yo me daba cuenta de su curiosidad y les decía: “Nada, mi niña, duérmete conmigo; yo soy tu padre y tú eres mi niña —o mi niño—, y entre un buen padre y una niña o un niño no hay amor carnal, sólo es posible el amor verdadero”. Y así saqué a muchas niñas y niños de la prostitución y me los llevé a mis casas».

¡Increíble!, pensé, y le pregunté si era cierto, si no tenía, de verdad verdad, la neta, aquí entre nos, ningún trato sexual con ellos; y él, mirándome directamente a los ojos me juró que no. De pronto, al cuarto para las cinco, después de la comida y el tercer brandy, se paró, agradeció, y dijo que tenía una cita con sus niños en la plaza de toros. Brindamos con el último brandy y salió corriendo. Yo me quedé dormido, profundamente conmovido, confundido, pensativo...

Yo mismo había presenciado cómo lo detenían en la calle para saludarlo, una y otra vez, hombres y mujeres de distintas edades, siempre con una expresión cariñosa y agradecida en los rostros. Él me iba contando: «Ese hombre estuvo en tal hogar y ahora tiene su taxi y su familia y es feliz». «A ese chico lo saqué de la drogadicción; yo he sacado a muchos». ¿Cómo?, le pregunté, Entonces se arremangó la camisa y me mostró sus fuertes brazos llenos de cicatrices: «Yo les digo: “Mire, mijo, si usted se sigue quemando el coco con esa mierda de las drogas, yo me quemo el brazo, y me lo seguiré quemando hasta que usted deje de meterse esa mierda en el coco. Así, mira”». Y apretó fuertemente el cigarro encendido contra la piel, y brotó un olor insoportable a vellos y carne chamuscados. Con la horrorosa presencia de aquel olor que me apartó de los asados por un buen tiempo, me explicó: «Es lo que yo llamo terapia de choque, Marius. Funciona. No siempre; pero funciona bastante bien».

El padrecito me daría otras lecciones: un amigo de una novia, viejo militante maoísta que había trabajado en las tierras indígenas del sureste —futuro escenario del moderno levantamiento

indígena del Ejército Zapatista de Liberación Nacional—, para entonces un alto funcionario de gobernación, en un ejemplo más del nunca claro tránsito de ciertos o presuntos izquierdistas a los gobiernos tradicionales, y de la relación de sectores del gobierno con los movimientos populares o de izquierda, me pidió que le llevara al padrecito una niña caribeña muy linda, retenida en inmigración por un asunto de papeles y algún delito menor; la joven lo había conmovido, decía él, hasta el punto en que solicitó autorización para que la dejaran pasar una noche en su casa sin tener que dormir entre tanta gente mala, y me pidió que intercediera con el padrecito para que la admitiera en cualquiera de sus hogares; de esa manera, me dijo, la niña podría solicitar la libertad, bajo la custodia del padrecito. Él se encargaría, me aseguró, de recogerla y acogerla en su apartamento los fines de semana.

Yo se la llevé al padre, quien accedió a entrevistarla con la condición de que yo no estuviera presente. Después de media hora salió el padre y me llevó aparte para decirme: «Marius, yo no la puedo recibir. Yo tengo aquí toda clase de niñas, muchas de ellas muy maleadas, como sabes; pero la compañía de ésta les haría daño». Cuando intenté que me explicara, me detuvo: «No te digo más, tú me conoces. Ésta no tiene remedio, Marius. Está perdida. Lástima, con lo hermosa que es, parece una reina».

Otro día, en un encuentro preparatorio del día de la madre con los trabajadores callejeros, después de sus oraciones iniciales, nos contó que un campesino se detuvo en una ocasión ante una plasta enorme de boñiga y la recogió con sumo cuidado; entonces su compadre le preguntó, burlándose: «¿Y para qué recoges esa mierda, eres tonto?». El campesino, sin hacer caso de las burlas, metió un dedo en la plasta, luego otro, y después un tercero, y los cinco, hasta el fondo; aquello apestaba cada vez más, pero él seguía escudriñando. De pronto, sacó el puño apretado y cubierto de mierda fresca con un objeto agarrado con firmeza. Abrió la mano, lo limpió con cuidado y apareció el intenso brillo de un diamante. «Así son ustedes, se dirigió a los callejeros, en su interior brilla un

diamante. Sólo se trata de encontrarlo». Yo miraba extasiado los rostros sonrientes de los callejeros.

Cuando le hablé de los gamines del paraíso, me dijo que en la primera oportunidad iría a ver qué podía hacer por ellos; un día me llamó a preguntarme qué quería que me trajera del paraíso; pero no alcancé a recibir su regalo: por la prensa me enteré de que había muerto de un ataque al corazón en el mostrador de embarque... «¡Salud, padre!», pensé al mover la copa de brandy español en mi mano derecha, inmerso en el suave aroma del café colombiano...

Siempre he contado estas historias para destacar su exótica bondad y entrega; pero un día uno de mis compañeros de una ONG en la que trabajaba en un taller de periodismo y una revista con niños de la calle me invitó a platicar y a que nos tomáramos una cerveza:

—Tú admiras al padrecito, ¿verdad, Marius? Si quieres saber la verdad, si quieres conocer a ciencia cierta quién es el padrecito, acompáñame, y te cuento.

Y en la fría tarde, ante el cristalino tequila y la oscura cerveza me dijo:

—¿Nunca has oído que el padrecito era un pedófilo?

—Seguro, pero eso son cuentos, la gente es muy envidiosa y morbosa, le contesté.

—No, qué va; si yo te presento a uno de los niños de los que abusó, ¿me creerías?

—Claro que sí...

—¡Aquí lo tienes!: Yo soy uno de esos niños. Te lo juro, con el cuento de que era mi padre y me iba a sanar, abusó de mí. ¿Y quieres que te cuente otra historia o prefieres quedarte con tu imagen romántica de ese tipo de gente? ¿Te acuerdas de Gaspar, el que trabajó con nosotros en aquella otra ONG? Pues acaba de morir de sida y hay varios niños infectados...

Cuando le conté estas historias a Belén, me comentó, incrédula, que era posible, que la gente podía tener diversas personalidades y facetas, que el padrecito podía ser un buen hombre y ayudar a los

niños de la calle y al mismo tiempo podía estar mal. Pero días después, al leer mi novela, indignada, me dijo que era injusto que el único personaje de una ONG que aparecía en ella fuera un pedófilo, que alguna gente tendía a desconfiar de las ONG y de la autenticidad de sus motivaciones, y que con esas historias... Y cuando una amiga de la citada organización leyó uno de los borradores de estas falsas memorias me dijo que era muy raro, pues ese cuate nunca le había contado nada de eso, y no se dejó ver nunca más...

Coloco en el altar una taza con una máscara de lucha libre, un escapulario, el mismo que utilizó el joven actor de *La virgen de los sicarios*, una taza de café y un trago de brandy, y brindo con el padre: ¡salud!

Ahora Rubén Blades narra y canta «Maestra vida», con luz de luna llena:

A tu escuela llegué sin entender por qué llegaba,
en tus salones encuentro mil caminos y encrucijadas,
y aprendo mucho y no aprendo nada.

Maestra vida, camará, te da, te quita, te quita y te da,
te da, te quita, te quita y te da.

Paso por días de sol, luz y de aguaceros,
paso por noches de tinieblas y de lunas,
paso afirmando, paso negando, paso con dudas
entre risas y amarguras buscando el porqué y el cuándo.

Maestra vida, camará, te da te quita, te quita y te da,
te da, te quita, te quita y te da.

Maestra vida, de injusticias y justicias,
de bondades y malicias, aún no alcanzo a comprenderte,
maestra vida que seguro no perdonas,
voy buscando entre tus horas el espejo de los tiempos
para ver tus sentimientos y así comprender tus cosas...



Durante el proceso de escritura de mis muy verdaderas memorias y falsa novela me encontré con mi amigo Valentín, quien dejó el paraíso cuando otro amigo le comentó que la guerrilla lo iba a secuestrar; él mismo había participado en la discusión en la que se determinó secuestrarlo, decía, a pesar de que Valentín era socialista y de vez en cuando apoyaba económicamente a distintos grupos de izquierda, lo que no les importó, porque, de todas maneras, dijeron, ese tipo era un burguesito esnob con mucho dinero y lo que daba eran apenas unas limosnas insignificantes para él.

Valentín salió corriendo del paraíso, le encargó a su abogado que vendiera todo y se fue a darle la vuelta al mundo en veleros, trenes y burro, visitando a cuantos amigos o amigos de amigos o amores se encontraba en los lugares por donde pasaba. Cuando se cansó de ir de un lado para otro, decidió instalarse en Nueva York y dedicarse a visitar museos, galerías, salas y salones de concierto, restaurantes y bares, a ofrecer fiestas en las que reúne el *jet set* mundial con dandis, personalidades de izquierda y guerrilleros, ecologistas, feministas y animalistas, escritores, músicos y artistas, a signar y promover la firma de cuanto comunicado o carta de protesta y denuncia le llega a sus cuentas de correo, en francés, inglés, alemán, italiano y español, a proponer modificaciones en un tono cada vez más radical, a defender irrestrictamente los regímenes de izquierda y los que se autodefinen como de izquierda, y a participar religiosamente en al menos un mitin diario —donde se desgañita echando cada vez su discurso más radical— y a leer y planear meticulosamente la novela que va a escribir sobre

la revolución latinoamericana, con un Romanée Conti Grand Cru, una tabla de quesos, embutidos y exquisitos y olorosos panes recién horneados.



Hubiera preferido no incluir a mi nuevo paraíso entre los países que viven actualmente en conflicto y entre las naciones que han sufrido el oprobio de los ajusticiamientos extrajudiciales y las masacres; y me duele tener que incluirlo, porque también es mi país, porque las regiones, las gentes, las historias y las culturas mesoamericanas que fui conociendo y queriendo poco a poco también son mías, y porque me siento parte de ellas, y de él; ¡y me duele!, porque su gente me acogió y me permitió encontrarme, y me estimuló a crecer, y me permitió crecer y realizarme con ellos, porque es un país de personas e instituciones que me adoptaron formal e íntimamente, y porque mi paraíso y mi nuevo paraíso y nuestro gran paraíso son uno solo para mí.

Me duele constatar la plena pertenencia de mi nuevo paraíso a mi gran paraíso violento; me duele corroborar que aquí también sufrimos las mismas desigualdades, las mismas injusticias, la misma corrupción, la misma ineficiencia oficial, la misma violencia, la misma violencia contra las mujeres, la misma violencia contra los gays, la misma violencia contra los niños y la misma violencia contra los ancianos que en el paraíso y en el resto de nuestro gran paraíso. Me duele porque al llegar me hice la ilusión de que mi nuevo paraíso no era así, porque me había hecho la ilusión de que, si de pronto llegaban a existir esas miserias humanas, sólo se trataba de una excepción...

Me duele, digo, porque a los más de dos millones de muertos de la Revolución y los 250 mil de la Guerra de Castas en Yucatán se suman hoy el asesinato y la desaparición de los 43 jóvenes normalistas en Ayotzinapa y la veintena de ajusticiados en Tlatlaya en 2014, porque sesenta y seis de cada cien mujeres han sufrido agre-

sión física, psicológica o sexual, porque miles de migrantes son maltratados, porque mi nuevo paraíso es uno de los lugares más peligrosos del mundo para los periodistas, pues los asesinan; me duele porque estas ignominias alimentan la enorme lista de asesinatos, desapariciones y masacres, y ponen en evidencia la injusticia, la ineficiencia y la impunidad; me duelen los litros y litros de pegajosa e imborrable sangre roja y de cristalinas lágrimas vertidas por la infame desigualdad social, la falta de democracia, la corrupción, el peso de las armas y la influencia del narcotráfico en el gobierno, en la iglesia, en la policía, en el ejército, en los partidos políticos, incluidos los de izquierda, ¡ay!, en la sociedad, y en nosotros mismos, como en el paraíso, como en nuestro gran paraíso todo, como en toda la tierra.

Aquí puedes darle vuelta a la página, Úrsula, y no enterarte, o hacerte la que no sabes, no ves o no entiendes, aquí puedes pretender borrar o desconocer estos oprobios, pero, como en los casos anteriores, nadie los podrá borrar de la realidad ni de la Historia ni de mi novela ni de mis memorias...

Me duelen los setenta mil asesinatos o ejecuciones extrajudiciales perpetrados entre 2006 y 2012, ¿cuántas más al día de hoy? Me duelen las masacres de Aguas Blancas, Chilpancingo, La Coprera, Tlatlaya y Ayotzinapa...

Me duelen en el alma Abel García Hernández, Abelardo Vázquez Peniten, Adán Abrajan de la Cruz, Alexander Mora Venancio, Antonio Santana Maestro, Benjamín Ascencio Bautista, Bernardo Flores Alcaraz, Carlos Iván Ramírez Villarreal, Carlos Lorenzo Hernández Muñoz, César Manuel González Hernández, Christian Alfonso Rodríguez Telumbre, Christian Tomas Colón Garnica, Cutberto Ortiz Ramos, Dorian González Parral, Emiliano Alen Gaspar de la Cruz, Everardo Rodríguez Bello, Felipe Arnulfo Rosas, Giovanni Galindes Guerrero, Israel Caballero Sánchez, Israel Jacinto Lugardo, Jesús Jovany Rodríguez Tlatempa, Jonas Trujillo González, Jorge Álvarez Nava, Jorge Aníbal Cruz Mendoza, Jorge Antonio Tizapa Legideño, Jorge Luis González

Parral, José Ángel Campos Cantor, José Ángel Navarrete González, José Eduardo Bartolo Tlatempa, José Luis Luna Torres, Jhosivani Guerrero de la Cruz, Julio César López Patolzin, Leonel Castro Abarca, Luis Ángel Abarca Carrillo, Luis Ángel Francisco Arzola, Magdaleno Rubén Lauro Villegas, Marcial Pablo Baranda, Marco Antonio Gómez Molina, Martín Getsemany Sánchez García, Mauricio Ortega Valerio, Miguel Ángel Hernández Martínez, Miguel Ángel Mendoza Zacarías, Saúl Bruno García y sus compañeros, y sus amigos, y sus familiares, y Atyozinapa, y México, y Nuestra América... «¡Todos somos Atyozinapa!». «¡Vivos se los llevaron, vivos los queremos!».

Y me duelen los migrantes del centro del paraíso que sufren hambre, segregación, chantajes, violencia y acoso, niños, mujeres y hombres que dejan sus casas tras el sueño de una vida mejor en el imperio del norte y mueren en el camino o son vejados o tienen que resistir hacinados en inhumanos campamentos ante las infames murallas que levantan los gobiernos que generan la miseria por la cual tienen que salir de sus paraísos...

¡Y me duele que sigan sin aparecer los desaparecidos y sus asesinos! ¡Y me duele en el alma que las autoridades no hayan descubierto ni castigado a los culpables! Me dolió cuando los asesinaron, y años después, cuando hice las primeras correcciones de mis falsas memorias, y me sigue doliendo hoy, en plena pandemia por el coronavirus, cuando pretendo hacer la última corrección de esta muy falsa novela y continúa sin saberse la verdad y continúan sin resolverse los casos y los culpables materiales y sus jefes siguen sin ser juzgados...

Una vez más, sólo una calaverita de azúcar para los miles de niños, jóvenes, mujeres y hombres ultrajados, asesinados y desaparecidos, con un camioncito y una muñeca, y una casita de juguete y una escuelita de juguete y un hospital de juguete y un pasaporte de juguete y unos billetes de juguete, y un par de lágrimas de verdad...



¿Cómo descubrió Belén su afición por la narración oral y los cuentos para niños? En un encuentro organizado por la comunidad religiosa de su barrio, donde daba sus primeros pasos en el camino de su búsqueda interior y del sentido de su vida, vinculada a la necesidad de promover activamente el cambio social, tomó un taller con una de las mejores narradoras de las tierras de Hispania, y preparó con un amigo la narración de un cuento a dos voces, y gustó tanto su número que los invitaron a presentarlo en muchos de los *café-concert* y las pequeñas salas de la capital, siempre a tope.

Un día llegó a ver el espectáculo una pareja que trabajaba en una organización cuyos planes y labor se centraban en el apoyo a las familias en extrema pobreza, en especial en la educación, y la invitaron a que contara cuentos en una jornada de actividades de verano en una ciudad perdida muy pobre. A la narradora de cuentos le encantó que sus nuevos amigos formaran bibliotecas de calle y que promovieran la lectura, la escritura, la música, el teatro, los títeres y la pintura, y que no sólo se dedicaran a reforzar el trabajo escolar, como suele hacerse.

Durante esos dos meses llegaba muy temprano a las casas de cartón, plástico y lata diseminadas en las afueras de Madrid, entre maquinaria y autos descompuestos y abandonados, restos de animales y bandadas de buitres, millones de envases, periódicos y revistas, electrodomésticos, máquinas viejas y relojes descompuestos, plásticos, cartones y vidrios rotos, telas, prendas y zapatillas rotas, pan, carnes, legumbres, huesos, grasas, embutidos, frutas y flores en descomposición, clasificados, amontonados o dispersos

en el monte; organizaba con sus compañeros los libros, los materiales, las lecturas, los ejercicios de escritura, los cantos, los bailes y las demás actividades creativas de los talleres; al terminar, preparaban los alimentos, y después de comer, a más de cuarenta grados de temperatura, iban a divertirse trabajando con los pequeños en la modesta biblioteca al aire libre que bajo un colorido toldo, a punta de juegos, pinturas, pequeños dramas, muñecos, escenarios, escenografías y trajes creados con basura, poemas, cuentos, cantos y risas, sonrisas y alegría dejaba la tierra y remontaba el vuelo.

Al terminar ese verano le propusieron que continuara trabajando en las bibliotecas de calle, y después la invitaron a formar parte de la organización, y desde entonces ha dedicado su vida a formar y animar espacios de lectura en los barrios más humildes de Europa, África, Asia y América, a organizar con sus gentes proyectos educativos y pequeñas empresas productivas, a reflexionar, a cultivarse y a crecer recreando e inventando viejos y nuevos universos, descubriendo, aprendiendo y disfrutando de la riqueza de sus gentes y sus culturas, siendo testigo de la toma de conciencia, el autodescubrimiento y el enriquecimiento que sus niños y jóvenes hacen de su sensibilidad, su inteligencia, sus conocimientos, su fuerza, su belleza y sus sueños, caminando y trabajando con quienes así lo quieren por un largo sendero que parte de este mundo desigual e injusto hacia su transformación.



¡Si por la quinta vas pasando! (...)
Si por la tarde las palmeras
se mueven alegres,
la noche está esperando...

No hay cañaduzal que se esté quieto,
y quiere que lo piquen
pa'que se vuelva aguardiente...

No hay nadie que se quede en casa
un día en la caminata...
¡Pa'gozar la cabalgata...!
Y usted amigo que viene de lejos,
agarre pues la suya...
¡Que se me vuelve pendejo...!
¡Y fiesta...!
¡Y rumba!
Y rumba que es la feria de la caña
¡Y fiesta...!
Y rumba
que es la feria de la caña...

(«Cali ají», Jairo Varela)

C antan los niches, y alegran la charla y el baile, y hacen olvidar las penas y el dolor... ¡Un bailadero con obispo, sí señor! Salomón me pregunta por Juan Adonís. Le cuento que sigue escribiendo, que ha tenido éxito y es reconocido como un buen nove-

lista, cuentista, poeta, periodista y editor. Sus libros se vendieron mucho en una época y ahora se reeditan y se vuelven a vender por montones, eso dice. Salomón me recuerda que se llegó a decir que Juan Adonís era el sucesor natural del maestro, y yo vuelvo a escuchar a Juan Adonís, y sonrío, y recuerdo que recién llegué a mi nuevo paraíso se la pasaba publicando diatribas contra él: «¡Hay que matar al maestro! El maestro no nos deja ser. Ocupa todos los espacios de los periódicos, las revistas y la crítica, ¡todo! ¡Todo lo ocupa el maestro! El maestro es omnipresente. Como Cronos, ahoga a sus hijos, se come a sus hijos, no les deja aire a sus hijos, se traga a sus hijos... No nos deja respirar, no nos deja ser...». Sus diatribas se hicieron célebres en mi nuevo paraíso, en el paraíso y en nuestro gran paraíso.

Sonrío y recuerdo que cada vez que publicaba algo Juan Adonís salía ansioso de la imprenta a plantarse a las puertas de la casa del maestro para entregarle un ejemplar dedicado y preguntarle qué le habían parecido sus artículos y sus libros anteriores... También recuerdo que son célebres sus entrevistas, sus libros sobre la vida, la literatura, el cine, el periodismo, la ideología del maestro, y las crónicas de sus encuentros con él, falsas, inventadas, engrandecidas, exageradas, según muchos periodistas y escritores, amigos y enemigos, absolutamente verdaderas, según él...

Ahora Juan Adonís se pasea por mi nuevo paraíso, mi paraíso original, el gran paraíso y algunos lugares del viejo mundo impartiendo conferencias sobre la genialidad, la generosidad, el magisterio y la actitud paternal del maestro recién muerto, y sobre su estrecha y ejemplar amistad.

Úrsula sonríe sardónica mientras hablo de Juan Adonís, y cuando cierro la boca cuenta una historia sorprendente; según ella, a Juan Adonís lo mandaron a cubrir una de tantas guerras en el paraíso central. Como nuestro escritor y periodista vivía vanagloriándose de haber sido trotskista y pro guerrilla, de su portentoso físico y de haber recibido formación militar en una de tantas guerrillas continentales, entre los pasillos y los escritorios de la universidad,

el periódico y la agencia de noticias donde trabajaba lo consideraron como el más indicado para tan peligrosa y clave misión.

El céntrico hotel de la ciudad del centro del paraíso era un hervidero de periodistas de todo el mundo a la caza de noticias. Cuando les informaron que a cincuenta kilómetros se estaba librando una de las últimas batallas contra la dictadura, todos salieron volando con sus chaquetas, sus cámaras, sus grabadoras, sus libretas y sus lápices. Todos, menos Juan Adonís, que de pronto sintió una jaqueca y una diarrea las hifueputas, y se quedó en el cuarto de su hotel oyendo la radio, hablando con todo el mundo y despachando intensas y vívidas crónicas desde el frente de batalla, acostado sobre el piso, debajo de la cama, para esquivar las posibles balas...



En medio de la fiesta, de pronto, Úrsula me sirve un whisky y me pide que la acompañe al balcón porque quiere contarme un asunto muy importante para ella, y «quizás para ti», me advierte, con una mirada rara. «Quiero confesarte algo, aunque me da pena, y pienso que te podés molestar: siento una rabia la hifueputa cuando me contás que estás enamorado; siempre he sentido rabia cuando me contás tus conquistas, tus amores y tus decepciones; y siempre lo he disimulado, y te confieso que me duelen mucho tus fracasos amorosos, y no paro de preguntarme por qué nunca quisiste intentar con alguien que te amara de veras, en vez de andar con una y otra de esas viejas que sólo piensan en ellas; ¿por qué carajos no te buscás alguien que además de hacer el amor rico con vos te dé tu lugar, el lugar que necesitás, alguien que te respete y te admire, alguien que sea tu cómplice y te acompañe a todas tus vainas políticas y a todas tus locuras, a tus encuentros familiares, a tus juegos y a tus fiestas, que esté siempre a tu lado, que te ayude a realizar tus planes, que te respalde en las buenas y las malas, que te apoye, alguien incondicional que te sirva de pilar y remanso, ¡güevón!?

»Además, güevón, también te quería reclamar, porque nunca te has preocupado por saber cómo me siento, cómo estoy, qué pienso, qué me gustaría hacer, qué planes tengo, de quién es la hija que tuve... Sí, ya sé; sí me preguntás, como a todo el mundo, formalmente; ¡en el fondo te importa un carajo, te importo un carajo! ¡Todo el mundo te importa un carajo! Y me invitás a México formalmente, ¡como a todo el mundo! Y me llenás de abrazos y te quiero y te extraño, ¡como a todo el mundo! ¡Engreído! ¡Ego-céntrico! ¡Egoísta! ¡Macho de mierda!».

Me quedé anonado, triste, y sólo acerté a abrazarla cuando se le escurrieron un par de lágrimas. ¿Sería verdad lo que decía? Yo no me había dado cuenta...

La inesperada y violenta confesión de Úrsula y su cuestionamiento me dejaron inmerso en un sentimiento de culpa muy grande, invadido de preguntas... Su dolor me sacudió y me conmovió, dejándome confundido, pensativo... Y sin darme cuenta empecé a preguntarme, mientras la veía llorar y llorar en los brazos de nuestra querida amiga Ana María, con un whisky en el pecho y otro en la mano, qué derecho tenía yo de hurgar en la vida de los demás, y a santo de qué insertaba y mezclaba en mis falsas memorias, en mis mentiras e inventos algunas partes de sus historias, arbitrariamente seleccionadas, deformadas, inventadas o reinventadas, con qué derecho incluía no sólo los episodios luminosos sino aquellos oscuros y claroscuros, si no los conocía bien, si no sabía bien a bien qué sentían ni qué los motivaba ni qué era cierto ni qué era falso, no sólo en sus relatos sino en los mismísimos míos. A santo de qué, si ni siquiera era consciente de los límites entre lo real y la ficción en lo que a mí mismo me atormentaba o divertía, en lo que a mí mismo me enorgullecía o apenaba...

Y entonces supe que si pretendía ir a fondo, si pretendía vislumbrar el real fondo y la real verdad novelesca, de verdad verdad, en la construcción de mis falsos recuerdos y memorias, en la redacción de mi falsa novela memoriosa, debía incluir los muy reales y falsos recuerdos y memorias obscuras de Marius, mi personaje y narrador, historias que necesitaba contar a partir de los relatos y las imágenes de mis amigos y conocidos para develar mi propio ser a través de los suyos, sin condescendencia alguna, sin auto complacencia alguna... Si quería al menos acercarme a la veracidad en esta falsa ficción narrativa, tenía que contar también mis debilidades verdaderas e imaginarias, mis reales e imaginarias miserias, mis insoportables monstruos imaginarios y reales, porque uno suele mirar más o menos objetivamente el lado amable de la faz luminosa del alma de los demás sin olvidar sus facetas oscuras

y oscuras; pero cuando se trata de la cara y del corazón propios es frecuente que uno pierda la objetividad y el equilibrio y se ins-tale y se regodee de manera parcial ya sea en los alegres prados iluminados con llamativos colores por la luz, o en los terribles y tormentosos dominios del profundísimo negro y las obscurísimas sombras sin fondo.

Y entonces lo vi, me vi, esculcando los bolsillos de su padre, mi padre, para extraerle unas cuantas monedas, y lo vi, me vi, con los ciegos, ansiosos y torpes ojos y manos en la fantástica y enigmática cartera de la madre en pos de imaginarios y dolorosos secretos inventados por la adolorida y solitaria mente, y lo veo, me veo, padeciendo la lacerante envidia que nos devoraba ante la exclusión de la pequeña pandilla de los niños de la cuadra donde mi abuela y mi abuelo Marco Antonio habían construido su refugio, y me veo avergonzado aceptando el dulce que compraba mi cómplice silencio, y me veo carcomido por la pena y el miedo al apropiarme de los pocos centavos recaudados para la rifa de un simple y fantástico yoyo girador que yo mismo había organizado para tener unas pocas y tintineantes monedas qué gastar en el recreo de la escuela, y quiero los bolsillos plenos de billetes de mi vecinito, y me siento miserable intentando chantajearlo, y me veo naufragar en el deseo en el mismísimo día de mi primera y única verdadera comunión con Dios, descubriendo que la pasión es ciega y primitiva, y me veo, niño, dejándomela mamar por unos pocos pesos en el asqueroso baño de una sucia terminal de transportes, y me veo apenado y angustiado por el tamaño de mi pene, y me veo metiéndoselo a cualquiera sin amor, y me veo participando pasiva y silenciosamente en el robo a un gay seducido y engañado en un asfixiante cuchitril de algún puerto del caribe, y me veo con pena y culpa en el infinito e insaciable deseo adolescente, y me veo miserable por mis intentos de satisfacer mi deseo sin nombre y sin rostro y sin cuerpo y sin alma con las empleadas del servicio o del almacén o con cualquier mujer, en un bus, en una calle, en un parque o en un oscuro callejón, y me veo adolorido al percibir el

muy intenso, interrogante y amargo dolor en los ojos de un conocido a quien engañábamos su esposa y yo, líquida y pastosa mezcla de ansiedad, deseo, culpa y traición, y me veo en el frío y lento terror de las ciento veintiún vueltas del minuterio debajo de la cama de mi amante mientras su exmarido, hecho el monstruo que los celos y la costumbre dictan, se preguntaba pistola en mano dónde podría estar ese hifueputa que era yo, y me veo culposo, con desazón y comezón en el cuerpo y en el alma al llegar a casa después de mis infidelidades, y me veo y me siento ansioso interrogando tras la verdad que supongo y creo a ciegas, y me veo durante las tres larguísimas horas que duró el intenso, incontrolable y eterno deseo de matar a mi padre a puños, con mis propios puños, y me veo arrepentido y adolorido por haberle dado una nalgada a mi pequeña hija para que dejara de llorar, y me veo, ya mayor, culposo e insatisfecho, descubriendo el intenso deseo largamente oculto y reprimido de fundar una familia de numerosos hijos, habiendo interrumpido la sagrada vida engendrada inconscientemente por mí mismo en el deseo y el placer animalesco, y me veo perderme y esclavizarme y fallecer de angustia y pánico cervales por las mil y una bestiales cabezas del monstruo de los celos, y me veo morir de imaginarme abandonado y engañado, y me veo temeroso de no ser aceptado, y me veo y me siento apenado deseando el reconocimiento que no recibí de mi patriarcal familia autoritaria...



Daniel Santos se impone al ruido de la discusión y acalla la voz de Úrsula:

En el juego de la vida,
juega el grande
juega el chico,
juega el blanco
y juega el negro,
juega el pobre
y juega el rico.

En el juego de la vida,
nada te vale la suerte,
porque al fin de la partida
gana el albur de la muerte.

Juega con tus cartas limpias,
en el juego de la vida,
al morir nada te llevas,
vive y deja que otros vivan.

Cuatro puertas hay abiertas
al que no tiene dinero:
el hospital y la cárcel,
la iglesia y el cementerio...

(«En el juego de la vida», Raymond Mundito Medina)

Úrsula me comenta al oído: «Esa es una de las canciones que cantaba Melquiades cuando recorría en bicicleta el paraíso...». El feliz rostro sonriente de Melquiades me ilumina y aparece caminando por los pasillos de las residencias universitarias, tarareando y fumando marihuana. Melquiades era la alegría viva, y volaba en su ciclo de las fábricas donde vendíamos el *Poder Obrero* a su trabajo, de su trabajo a las discotecas, de las discotecas al río, del río a la montaña, de la montaña a las pistas de atletismo, de las pistas atléticas a las bancas de los parques, de las bancas a las celdas de la policía, de las celdas de la policía a la casa de su madre, de la casa materna a la de su compañera, y del hogar familiar a las discotecas, sin orden ni horario alguno, jugando, fumando, cantando, pedaleando y sonriendo.

No puedo olvidar la noche en la que al salir de La Habana Dancing Club Melquiades me propuso subirnos por el arco del puente que dividía la ciudad. «Listo», le contesté. Y cuando puse los pies en el pavimento me retó de nuevo: «Ahora metámonos al río...». «Va», le contesté, dudoso, porque las cristalinas aguas del siglo XIX eran entonces espesa y carmelita caca. Y al salir bautizados, con los primeros rayos dorados en el rostro escucho: «Marius, ¿juegas ajedrez?». «Sí». «Entonces te invito a desayunar y a jugar una partida en mi casa». Menos aún podré olvidar la cara de asco de su mujer cuando nos abrió la puerta del hermoso apartamento volcado sobre el parque de enormes ceibas y samanes y aparecimos convertidos en hombres nuevos por el milagro renovador de las carmelitas aguas del antiguo y cristalino río transformado en cloaca por el desarrollo...

¡Mucho loco, ese Melquiades! ¡Cómo lo quería! ¡Y cómo lo quiero, y cómo lo recuerdo!, aunque ahora me cuesta un montón verlo y visitarlo... Así como lo describo, así lo dejé cuando decidí tomar aire y abandonar el paraíso. Supe que había estado recluido un tiempo en el manicomio, que recorría los cafés y los bares preguntándole a la gente qué quería decir inmarcesible, rebuscando adjetivo de nuestro anacrónico himno, «a ver, vos, decime ¿qué

quiere decir inmarcesible?», que había escrito un cuento buenísimo sobre su encierro y que se ganó un premio internacional con él, y que tocaba con varios grupos callejeros de la región. Después supe que andaba por las calles del paraíso predicando sobre la inminencia de la segunda llegada de Cristo y la necesidad de la paz y la reconciliación. Luego, que andaba sucio y desdentado por las paradisíacas calles impartiendo bendiciones y pidiendo limosna para un bareto.

Durante mucho tiempo no volví a saber nada de Melquiades, y al preguntar sobre él una y otra vez me contaron que pasaba largas temporadas en el manicomio, y que cuando lo daban de alta lo llevaban a casa de su madre, quien le hacía prometer que se portaría bien y le advertía que sólo así lo dejaría salir a cualquier parte, acompañado, claro... Un día Melquiades se enteró de que yo estaba en el paraíso y le pidió permiso a la mamá, y con la promesa necesaria abandonó el cuartito del jardín trasero de la casa y se me apareció sonriendo y dándome bendiciones en la ventana. ¡Ay, mi Melquiades, cómo me duele tu triste sonrisa!

¿Se podrá poner calacas por tanta gente que se quebró en esta sociedad de mierda?



Al incorporarme, cuando el ruido callejero apaga los trinos y ariego las palmas, recuerdo la voz de Cheo Feliciano: «Amada mía... Grata sorpresa la que me has dado, es que yo necesitaba un amor, y estoy enamorado...». Y escribo:

Hola, mi Belén querida: Acabo de leer tu emocionante balance: Me gustó mucho, me permite conocerte más y creer más en ti y en tu trabajo, ¿será posible «más»? Es un texto apasionado, inteligente, cálido, auténtico y respetuoso con la gente. Me siento orgulloso de ti y de conocerte.

Lo del «único» camino y lo de la unión me parecen un tanto discutibles, no porque no crea en esos valores, sino porque la vida me ha enseñado, no sin resistencias, lo reconozco, que, quizás un poco cristiano, hay que insistir más en la aceptación de quienes van por rutas diferentes a las nuestras, y en la riqueza y la viabilidad de los múltiples caminos y vidas... En fin, quizás es sólo una cuestión de matices y, si no, no importa; podremos discutir, ¿verdad? ¿Y los hijos, y el trabajo, y la poesía?

He empezado a leer tu poemario, y me gusta, me gusta mucho, aunque al principio estaba un poco desubicado y perturbado. En cuanto al «puto azul», sí, hay cosas, símbolos, palabras y situaciones que por tan valorados, repetidos o usados parecieran perder su peso, su valor, su brillo... Pero, a pesar de todo, tu azul, como el del mar, como el de Darío, como el del pájaro que buscan Til y Tilo son bellos; bellos, digo, a pesar del discutible desgaste de las palabras, de la repetición y del «puto».

Van besos azules: Marius.



Celio, Willy y la Sonora Matancera continúan rolando:

Vive la vida hoy,
aunque mañana te mueras (...)
Amigo sirva una copa,
que este cantor los convida,
y aunque a ustedes no les importa,
voy a contarles mi vida (...)

Vive la vida hoy, aunque mañana te mueras...

(«Vive la vida hoy», Lino Frías)

Aunque trato de vivir cantando la lección de Celio, Willy y la Sonora, cada tanto me asalta un viejo temor que a ratos toma la forma de un coctel de nostalgia y soledad, y temo sucumbir en el momento y los recuerdos, pero después de un rato, a veces días, sin saber cómo ni por qué, vuelvo a respirar normalmente y vuelvo a tararear: «Vive la vida hoy, aunque mañana te mueras...», y recuerdo al gran Netzahualcóyotl:

¿Con qué he deirme?
¿Nada dejaré en pos de mí sobre la tierra?
¿Cómo ha de actuar mi corazón?
¿Acaso en vano venimos a vivir,
a brotar sobre la tierra?
Dejemos al menos flores.
Dejemos al menos cantos.

Y no sé por qué viene a mi memoria la historia de mi vieja amiga Justina y su hijo Tomás. Ella se enamoró perdidamente de un guerrillero, se fue a la montaña con él y nunca más supimos nada de ninguno de los dos. Varios años después me la encontré por casualidad en el hospital donde nació mi hija, pero no contestó a mi saludo, y cuando insistí me dijo molestísima: «¿Usted quién es? No lo conozco. Hágame el favor de no molestarme». Y Como insistí, me gritó: «Déjeme en paz, ¡no me joda!». Entonces asumí que estaba equivocado.

Un día, María Antonia, quien nos había ayudado a cuidar a mi hija en la niñez, me invitó al cumpleaños de su hijo adoptivo y me contó que una señora con quien había trabajado se lo había encargado porque ella tenía que hacer un viaje muy largo, y que cada tanto venía a verlo y se volvía a ir con lágrimas en los ojos. María Antonia lo crio como a sus otros dos hijos y terminó por asumirlo como propio. Yo había aceptado ser el padrino de sus hijos y asistí a varios de los cumpleaños de los tres, hasta que abandoné el paraíso.

Otro día, en las celebraciones de las fiestas patrias de mi nuevo paraíso, me encontré a Justina, y en la alegría del reencuentro le conté la anécdota del hospital; ella sonrió y me dijo que sí, que ya le habían dicho que tenía una doble en el paraíso, y me sacó a bailar una cumbia sin hacer más alusión a la anécdota de su otra.

Un par de semanas después, Justina me invitó a celebrar el cumpleaños de Tomás al Bosque de Chapultepec, haciendo nuestra esa bella costumbre festiva de los habitantes de mi nuevo paraíso que usan sus parques para celebrar con frágiles, coloridas y volátiles piñatas de barro y papel, dulces, frutas y juguetes, exquisitos platillos, aguas de frutas y tequila, amigos, versos y música popular,

Estas son las mañanitas
que cantaba el Rey David
a los muchachos bonitos
se las cantamos así:

Despierta, mi bien, despierta,
mira que ya amaneció,
ya los pajaritos cantan,
la luna ya se metió...

en medio de centenarios árboles, flores, ardillas y trinos. Cuando Justina me presentó a su pequeño hijo me quedé anonadado: ¡se parecía muchísimo al niño adoptivo de María Antonia!

Llamé a María Antonia, mi comadre, y me contó lo que la mamá del niño le había dicho cuando fue a recogerlo, que su padre había muerto en un accidente; pero Tomás tenía otra versión, que sus padres eran guerrilleros, que su padre había muerto en un combate con el ejército y su madre había terminado por abandonar la guerrilla, bajar del monte y regresar al paraíso por su hijo, a quien no veía hacía ya bastantes años. Entonces no eran los mismos, aunque sus historias se parecieran, acepté.

Justina me contó que había tratado de hacer su vida en varios países del centro del paraíso y que terminó por instalarse en La Región más Transparente del Aire, donde el viejo partido gobernante por más de sesenta años mantuvo una ambivalente y sagaz política representando el papel de oponente al gran imperio del norte y de protector hermano mayor de los países del gran paraíso, y de los partidos y los militantes opositores a los regímenes dictatoriales, jugando al intermediario, apoyando y ofreciéndole asilo a los insurgentes y ayudando como válvula de escape a mantener el *statu quo* que el imperial hermano del norte iba necesitando y definiendo en cada momento.

Yo vi cómo, con gran decisión, fuerza e inteligencia, luchando, trabajando y estudiando, Justina culminó sus estudios profesionales, se incorporó a la vida ciudadana en programas sociales del Estado, se mantuvo ligada a la vida cultural y política del paraíso y terminó de criar a Tomás; pero la separación temprana de la madre y el hijo les dejó para siempre una dolorosa huella en la piel, en los ojos, en los oídos, en el gusto, en el olfato y en el habla, una

profunda herida del alma que me gustaría ver cicatrizada, como me gustaría sentir cicatrizada de una vez por todas la mía y la de mi familia... ¡Pero qué difícil! Parece imposible... Quizá sus heridas, y las mías, y las del paraíso, puedan ir cicatrizando poco a poco, con el tiempo... Quizá las podamos olvidar a ratos, mientras tanto, pienso, lo mejor sea aprender a vivir con ellas... «Vive la vida hoy, aunque mañana te mueras...», canto mientras escojo una calaverita que represente al papá de Tomás.

La historia de Justina y Tomás hizo que recordara a María Camila, cuya vida había seguido a lo largo de varios años. María Camila se enamoró perdidamente de uno de nuestros camaradas del sur y se fue a disfrutar con él los generosos y espirituosos jugos de su tierra. Como su compañero estaba muy cerca de la línea guerrillera trotskista, muy pronto, al calor de la pasión amorosa y política, se vincularon a la lucha armada contra la dictadura, tuvieron un hijo y vivieron felices un tiempo; pero un día uno de los camaradas en prisión no resistió más la tortura y confesó dónde vivían sus compañeros de célula, que de inmediato fueron allanados, torturados y detenidos por los militares.

A él lo mataron en un supuesto enfrentamiento que nunca existió, pues los vecinos lo vieron salir rodeado de militares con las manos en alto; a ella la metieron a uno de los muy negros palacios secretos de la verdad torturada y al niño se lo dieron al comandante de la misión, que no podía tener hijos.

Cuando María Camila tuvo la suerte de salir con vida se fue al viejo mundo, después de indagar infructuosamente en las dos riberas del gran río plateado durante varios meses por su hijo. Gracias a sus enormes deseos de sobrevivir y contar su historia, se hizo escritora y sus novelas tuvieron éxito. Entonces se dedicó a recorrer el mundo hispano presentando y promoviendo sus libros y la editorial que la cobijó. En una de sus presentaciones sintió una fuerte atracción por la mirada fija de uno de los jóvenes que la escuchaban. Hablaron un rato sobre el origen de la historia de su novela, basada en la trágica vida de una pareja guerrillera en la

resistencia contra la dictadura. A María Camila le costaba trabajo despedirse del joven, pero la representante de la editorial la sacó de allí jalándola del brazo, pues tenían una cena.

Nuestra antigua camarada había tratado de quitarse de la cabeza el encuentro con aquel muchacho, pero su expresión infantil regresaba con fuerza a su cabeza, y se la tomó de manera obsesiva cuando le presentaron el itinerario de la gira de presentaciones de su tercera novela en el sur de nuestro gran paraíso, y como si lo esperara comprobó con alegría que el joven estaba sentado en la primera fila. Cuando la representante de la editorial le puso la mano en el brazo creyó descubrir que la mirada del muchacho era la misma de su viejo compañero asesinado, pero rechazó la idea y no se quiso decir nada.

Después de aquella presentación y una nueva charla establecieron contacto por correo electrónico; de pronto, luego de varios meses y decenas de cartas, relatos familiares y fotos, el joven le dijo que si estaba dispuesta a someterse a un examen de ADN en su próxima ida al sur. María Camila tomó el primer vuelo que pudo y los dos comprobaron conmovidos que eran madre e hijo. María Camila continúa escribiendo y presentando sus libros, su hijo descubrió que quería ser escritor, a pesar de haber estudiado finanzas, y se puso a escribir una novela autobiográfica.

La historia de María Camila trajo a su vez a mi memoria la de Libertad, una joven científica que acababa de conocer. Libertad era hija de un par de militantes de nuestros sueños que se habían ido a las tierras del gran cantor de nuestro gran paraíso para apoyar al primer socialista electo del continente, pues cuando los militares dieron el brutal golpe con el beneplácito del imperio del norte, se exaltaron de indignación y no vacilaron en hacer parte de la resistencia; pero fueron descubiertos y tuvieron que asilarse en la embajada de uno de los países hermanos, con gran disgusto del embajador.

La mamá de Libertad estaba embarazada, y como el embajador se negó a prestarle ayuda, tuvo que irse por su cuenta a un hospital público. Los milicianos llegaron hasta la propia sala de

operaciones, asistieron al parto y le pusieron guardia permanente en la puerta. En el agobiante encierro, la señora descubrió un día la infantil y compasiva mirada de un joven soldado; conversó con él muchas veces, y su relación se volvió familiar, a tal punto que el muchacho dejó de «acompañarla» al baño, como tenía ordenado, y ella pudo ver a través de la ventana a su suegra merodeando por la calle. Consiguió papel y mandó un par de revoloteantes avioncitos mensajeros informándole a su compañero cuál era el mejor día de la semana y la mejor hora para escapar, previa danza angustiada de la señora en el pavimento tras la volátil paloma mensajera de papel al ritmo caprichoso del viento.

El padre de Libertad aprovechó un descuido de los escoltas del diplomático y uno de los días señalados se subió a la limusina, le puso no muy delicadamente los cuatro dientes de un tenedor de plata en la garganta al señor embajador y ordenó que lo llevaran al hospital, donde recogió a su compañera, que se había escapado por la ventana y había bajado del primer piso al antejardín por el muro divisorio de la propiedad con la niña amarrada a la espalda, como lo hacen ancestralmente las mujeres nativas de nuestro gran paraíso.

Después de recorrer varios países del centro continental e insular del paraíso, Libertad, su hermano y sus padres se instalaron en La Región más Transparente del Aire, donde Libertad se formó y alterna integralmente su profesión y el apoyo a los movimientos sociales e indígenas del país.

«Pos ni modo», pienso, tendré que poner otra etiqueta colectiva, esta vez a una gran calavera de azúcar adornada de múltiples colores: Víctimas de las dictaduras de nuestro gran paraíso, y pido a La Casa Grande el platillo casagrandiano que inventamos para los días de conciertos, con tangos, pasillos y rancheras, cumbias, sones y joropos, bolero, salsa y *bossa nova*, danzón, guaguanco y guaracha, merengue, bachata y mambo, reguetón, samba y vallenato, pop, rock y *jazz* latino...



Vuelvo a consultar el correo y me emociono, y recuerdo una frase de una canción que se escuchaba en la época de mi adolescencia, una cancioncilla que siempre me pareció —y me sigue pareciendo— tonta: «¿Será el amor?». «Marius: Me acuerdo mucho de tu sonrisa. Leo tus miniaturas, y los otros poemas también. Me gusta descubrirte. Te beso. Belén».

Y contesto de inmediato: «¡Y yo te imagino conmigo en el mar, los pies descalzos, la piel tostada y la sonrisa de brillos sobre el azul turquesa, qué guapa y seductora!». Me encuentro una vez más ante la computadora, con el dorado del sol rayando y matizando el negro de la noche y los trinos saludando a la vida, esperando a que la pantalla me ilumine con el mensaje de Belén. Pronto encuentro las letras Times New Roman, doce puntos, que me dicen:

¡Con pareértelo a mi vuelta me parecerá suficiente! Aunque no las tengo todas conmigo... Esta mañana me he caído en las escaleras y ahora temo un moratón de los importantes... Veremos mañana.

A mí también me encantaría nadar contigo en el mar, y después disfrutar de la piel salada y tostada. También me encanta pensar en el mar... Me parece que pienso más grande. ¿Qué pensaban los caribes, los chibchas, los mayas y los aztecas del mar? ¿Se sabe? ¿Tú sabrás? ¿Y qué piensas tú del mar? Tu libro está lleno de mar. ¡Qué algo tan increíble nos ha regalado la Tierra!

Admito que lo del único camino está muy mal argumentado en mi texto, pero intentaré hacerlo mejor cuando nos veamos, y verás que lo de aceptar compartir destino sí que es el único, des-

pués vienen los caminos y estos sí que son muchos. Cuando nos veamos, bueno, suponiendo que te apetezca que nos volvamos a ver, intentaré explicarme mejor.

Besos. Belén.

Rápido respondo:

¡Uy, ahora somos hermanos de sueños en el encuentro de caricias y golpes de olas y arena! Espero que todo esté bien y sigas disfrutando de tu trabajo, tus hijos y tus sueños, y ellos de ti... He leído muy poco sobre la relación de nuestros pueblos nativos con el mar; me impresionó saber, por ejemplo, que los caribes unieron el sur, el centro y el norte de nuestro gran paraíso cabalgando el mar en frágiles y ágiles canoas, en rico comercio de palabras, chiles y otros vegetales, pinturas, negros y dorados, y más me impresionó experimentar en Tulum la maravillosa arquitectura de los mayas ante el Caribe, sus frescos e imágenes —tristemente ilegibles para mí— que le rinden culto al mar y le cantan con admiración, agradecimiento, respeto y placer, guiando a sus creadores para que eviten sus peligros. Cuando estás allí sientes la belleza de Natura y la maravilla del arte que busca eterna e inútilmente alcanzarla: no puedes dejar de ir, ¿volumos juntos por el mar Caribe algún día?

Besos y abrazos, enormes, mientras llegas...



Después de la gran sorpresa y decepción en el paraíso y el mundo por la pérdida de la consulta sobre el fin de la guerra, el gobierno del presidente Juan Manuel Santos, Premio Nobel de la Paz, encontró una fórmula para aprobar los acuerdos, pero, en realidad, ya estaban seriamente heridos, y para medio salvarlos hubo que ceder en muchos puntos claves a los intereses guerreristas de los opositores que habían ganado la consulta. Después, sólo la unión de los partidarios del acuerdo podría salvarlo, si se juntaban para las elecciones presidenciales que se avecinaban, pero no, no se unieron...

En las dos ocasiones me quedé muy tristemente dormido en la hamaca, viendo las noticias, con un transparente tequila en la mano y muchas lágrimas transparentes en el alma, al lado de mi cafeto, mi plátano y mi bambú, mi cactus, mi frailejón y mi palmera, mi buganvilia, mi rosa, mi gardenia y los infantiles trinos de unos pichones entre las ramas del arbusto del balcón...

¡Aunque parezca mentira, los partidarios del acuerdo por la paz no fueron capaces de unirse! ¡Mierda! ¡Por sus miopes, intolerantes y egoístas intereses! ¡Y volvimos a perder! ¡Y volvieron a ganar la mentira, el miedo, la muerte y los enemigos de la paz, ellos sí unidos y promoviendo la división entre los pacifistas! Y entonces medio paraíso se volvió a cubrir por el desconcierto, la tristeza y la depresión... ¡Y las lágrimas siguieron rodando en el paraíso con la vida de los campesinos, los líderes sociales y los exguerrilleros pactantes!

¡Y ahora el formal presidente ganador, y el real presidente tras bambalinas, y sus jefes guerreros de ultraderecha hacen todo lo

posible por «volver trizas» —frase que pasará a la historia junto a los nombres de sus ejecutores— los acuerdos, como dicen ellos mismos, y seguir engordando y ensangrentando impunemente sus carnes, sus carteras y sus fincas, mientras se encomiendan a Dios y la Virgen...

Y una vez más los cínicos gobernantes faltones de siempre, los cínicos terratenientes faltones de siempre y los cínicos aristócratas faltones de siempre, y los cínicos ricos faltones de siempre —no todos, es cierto, los de siempre—, apoyados en algunos militares y en sus ejércitos de paramilitares, traicionan y desconocen lo pactado ante la comunidad internacional, se niegan a implementar las mínimas reformas agrarias y democráticas acordadas ante la comunidad internacional y se niegan a proteger a los exguerrilleros y los líderes sociales, con subterfugios legaloides o haciéndose los de la vista gorda, haciéndose los que no saben quiénes están detrás de los pistoleros que ellos mismos organizan, financian y ordenan para asesinar a los líderes sociales y a los exguerrilleros...

Lo siento, Úrsula, lo siento querido lector, aunque estas páginas pretendan ser sólo una novela, son, también, mis falsas memorias, y lo que digo es la pura verdad, y la puedes corroborar consultando periódicos y revistas nacionales y extranjeros, así como los informes de distintas oficinas y funcionarios de Derechos Humanos y la ONU...



Úrsula, nerviosa, pero sonriente, parte a la cocina, donde se había recluido un buen rato después de su inesperado y apasionado reclamo, regresa con unas empanadas y un jugo de lulo para mí, me abraza y se queda pensativa. Niega quién sabe qué con la cabeza en levísimos y repetidos movimientos que van de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Me mira profunda e intensamente a los ojos y me pregunta si fulano era mi hermano. Yo siempre me había preguntado qué relación podría tener con el tristemente célebre guerrillero y asesino de más de 200 camaradas, trabajadores, campesinos, indígenas y estudiantes reclutados por su frente en el paraíso, por convencimiento ideológico o por miedo, porque no tenían nada más qué hacer, o porque estaban desempleados y les ofrecían un salario mínimo, entre 120 y 150 dólares. ¡Ve tú a saber!

Fedor había vivido en el mismo pueblito donde vivió mi abuela y yo pasé parte de mi niñez. De estirpe militar, «El Monstruo», como lo apodaron presos de terror quienes vivieron de cerca su fanática y despiadada locura político-religiosa, había sido un líder estudiantil de izquierda del colegio de bachillerato cuyas esbeltas palmeras yo observaba extasiado desde la tienda de mis abuelos. Casi puedo asegurar que yo le vendí cigarrillos en varias ocasiones, y que es probable, por algunos rasgos físicos semejantes y las muy enredadas y largas historias amorosas —no necesariamente de amor— de los hombres de mi familia y buena parte de mis paisanos, que pueda ser mi tío, mi primo o mi hermano; pero, en realidad, no tengo ningún dato o dicho confiable, ningún documento escrito o fotográfico que corrobore esa impresión, y lo más probable es que sus apellidos sean apócrifos.

En cambio, no puedo negar que su historia pudo ser la mía, como la de tantos, ni que mi devenir pudo ser el suyo, como el de tantos. Hipersensible a las injusticias y a la violencia, transitó por los caminos de Dios sin que éste o sus representantes pudieran darle respuesta verbal ni fáctica a sus fervientes reclamos y peticiones sociales y políticas. Tomó entonces rutas más terrenales hacia la concreción del paraíso soñado y se hizo comunista. Impaciente y radical, transitó por los duros senderos que conducían a los altos cielos coronados de bruma y frío en las cimas de las inclementes montañas y selvas tropicales. El idealista, romántico, alegre, inteligente y sociable muchacho se acercó a las altas jerarquías de la organización, se ganó su confianza, se encargó de las finanzas y al muy poco tiempo se volvió huraño y prepotente con los guerrilleros de base.

Como no era bueno para echar trocha ni vivir a la intemperie, fue trasladado a la luminosa selva de cemento capitalina. Allí se entusiasmó sobremedida con las noticias de los espectaculares métodos de las guerrillas urbanas del sur contra las dictaduras militares y se fascinó con el éxito mediático y militar del grupo guerrillero que surgió en las principales ciudades del paraíso para resarcir el usurpado triunfo electoral de un viejo general golpista de renovado discurso popular, y propuso la reconversión de la tradicional fuerza guerrillera campesina en urbana. Como su propuesta resultó minoritaria, decidió fugarse con varios millones de pesos y crear un nuevo ejército guerrillero.

Acosado por su impaciencia, el aislamiento, el insomnio, la marihuana, la persecución del ejército y de sus antiguos camaradas, que lo condenaron por divisionista y aliado del gobierno, empezó a ver infiltrados por todas partes, y comenzó a torturar hasta la muerte a sus hombres para que confesaran. Finalmente, fue detenido y condenado a muchísimos años; pero al poco tiempo fue ejecutado por orden de la justicia revolucionaria guerrillera en la cárcel.

Ejecutados por el fanatismo y la locura guerrillera, dice en la frente la calavera mediana que coloco en el extremo izquierdo de mi altar, y avivo el incienso y sacudo las flores, para que no llegue el olor a pólvora.



«Me lo dijo Adela», canta Bobby Capo,

me lo dijo Adela (...)

Doctor: mañana no me saca usted la muela,

aunque me muera de dolor;

doctor mañana no me saca usted la muela,

aunque me muera de dolor,

porque dicen que anoche lo vieron

con un tremendo vacilón,

porque dicen que anoche lo vieron

con un tremendo vacilón.

¿Quién te lo dijo nené?

Me lo dijo Adela,

me lo dijo Adela (...)

Si yo agarro a Adela,

si yo agarro a Adela,

por chismosa, la voy a matar...

(«Me lo dijo Adela», Otilio Portal)

Enrico me pregunta de nuevo por Remedios, «aprovechando que se fue ese hifueputa», me dice sin cuidarse de ser oído, mientras agarra una empanada, pero Feliciano lo escucha, se detiene, vacila, y continúa. Yo le cuento las últimas noticias y le digo que vaya a verla, que se decida, antes de que lo tenga que llevar en silla de ruedas o tengan que pasar la luna de miel en un ancianato.

Le cuento que Remedios vendió muy bien su hotel, que su hogar para animales creció y adquirió fama; que cada rato la entrevistan y hacen reportajes sobre su refugio en la prensa, la radio y la televisión; y que decidió ampliar su paraíso montando un centro de investigación sobre las especies y la ecología de la zona. También le cuento que su hijo es feliz y trabaja en distintos campos de la cultura.

Enrico me apremia, quiere saber de la vida sentimental de Remedios. «La verdad, yo no sé mayor cosa, le contesto. Siempre he preferido mantenerme al margen de ese aspecto de su vida... Además, lo miro con complicidad y le confieso: ¡a mí nunca me ha gustado ninguno de los güevones esos que ha tenido de novios! Yo la veo plena y feliz, le digo, con su trabajo como empresaria, con su familia y con su labor ecológica y social; como nosotros, ha buscado el amor, pero creo que ya no le interesa mucho esa vaina».

Le prometo a Enrico que le contaré a nuestra querida Remedios nuestro pacto, y su inquebrantable amor por ella, aunque intuyo, le aclaro, que Remedios lo sabe perfectamente desde entonces. Enrico sonríe, y yo con él; pero su expresión se transforma y su asco me indica que Feliciano ha regresado. «¡Este güevón no entiende!», dice, y se retira chocando con rabia el hombro del recién llegado.



Pasan varios días y la pantalla permanece sin noticias de Belén. Entonces, ansioso, me atrevo a preguntar de nuevo: «¿Dónde anda mi Belén?: Te extraño: Marius».

Al día siguiente coinciden sus palabras, los trinos de los gorriones, la leve luz ascendente de los rayos del sol, el resplandor reflejo de las enormes paredes de vidrio de los rascacielos que no alcanzan a tapar el cafeto, el plátano, el maíz, el agave, el rosal, las azaleas y las veraneras de mi balcón:

Aquí: «El guerrero construye el castillo con sus propias manos; si quiere ser feliz, debe partir de las tierras conocidas y construir su lecho de madera olorosa y resistente, cortada por él, tallada con la fuerza de sus dedos, lubricada con el sudor de su cuerpo en tensión, y una que otra gota de sangre, hacerla cómplice de sus sueños; sólo allí su princesa podrá olvidar el lecho materno y el olor del padre».

Yo también te extraño, Marius. Besos. Besos.

Entonces le digo: «Veámonos. ¿De dónde sacaste esa cita? Me recuerda varios versos y líneas...». Y me contesta:

Los coloco a mi lado mientras escribo el último párrafo, mirando a la máquina. He quedado como una tonta, prendada. Es muy

hermoso: lleno de tierras en las qué quedarse, y de las qué marchar... Para leer en voz alta.

Gracias, Marius bonito.

Estoy feliz. Llego mañana al DF. ¿Nos vemos el viernes? ¿Y me cuentas un cuento?



A punto de arribar al último sendero del recorrido por las imágenes, las historias y las personas que se abren paso en mis obsesivos recuerdos, surge el de un par de viajes muy recientes, en realidad sólo un par de etapas de mi único viaje hacia la paz del encuentro con mi terrenal cuna...

Después del inconsciente diálogo a golpes al que me había conducido mi padre —en estridente eco del suyo—, violenta comunicación a la que yo había accedido con inconsciente rabia, después de mi exilio, intenté tres veces reunirme con él para pedirle perdón y sanar al menos uno de los costrosos surcos de nuestra ancestral herida.

Para mi fortuna, las tres madres mujeres de mi vida habían intercedido una y otra vez ante mi padre por mí; para mi fortuna, él había sufrido en carne propia la muerte de mi abuelo sin recibir su perdón por golpearlo cuando le gritó una y otra vez en medio del patio del taller donde trabajaban que su madre era una puta, hasta que un empleado logró salvarle la vida al pobre anciano de mi abuelo al arrancarlo de la furiosa danza de patadas de su hijo, mi padre; para mi fortuna, digo, mi padre accedió a que nos reuniéramos en una de mis visitas al paraíso original.

Ya no recuerdo bien qué nos dijimos, ni importa; pero para nuestra suerte quedó claro en el alma de ambos que nos perdonábamos y que nos queríamos —sin que supiéramos bien a bien qué quería decir cada una de esas palabras—, a pesar de nuestras historias, de nuestras diferencias, de nuestros dolores y de nuestras violencias. A partir de ese día renovamos nuestros escasos y breves pero intensos diálogos sobre los padres, los hijos y las mujeres, el

amor, la vida, el dinero y la vejez, al calor de un tequila, un whisky o una cerveza y la comida favorita de los abuelos, en medio de las aguas de un río, en una cancha de tejo, un juego al sapo o ante unas cartas de póker, con el mutuo cuidado de no acercarnos demasiado a ciertos límites verbales o étlicos.

Por esos breves encuentros y una que otra llamada me fui enterando de la triste evolución de su vida, de la decadencia de su negocio y del abandono de su penúltima mujer y de su hija, que yo pensaba era la menor, del apoyo y el trabajo que le dio uno de sus hijos, del seguro que le dio otro, de las constantes discusiones con ellos por la semejanza de sus personalidades y la coincidencia del culto al dinero, del creciente deterioro de su próstata y sus riñones y su mayor y dolorosa conciencia de la natural y ontológica soledad del ser humano, de su refugio en casa de mi tía, de las atenciones y desatenciones de mi tío, de sus discusiones, de su reciente afición por el tango, y de su creciente decadencia física en el imperio de una inmensa tristeza.

Para su último cumpleaños hice coincidir un viaje mío al paraíso con el aniversario y pude celebrarlo junto a mi madre, mi hermana, mis sobrinas, mi tía y mi mujer, y pude decirle en voz alta que lo quería y que admiraba su lucha y su ser trabajador. Sólo me quedé con el remordimiento de no haberlo llevado esa noche al salón de tango que le gustaba, por el cansancio, por el temor a los efectos del alcohol y al muy probable encuentro con una vieja y furtiva pasión juvenil tanguera.

Mi padre le tenía pánico a los consultorios y a las clínicas, ni qué decir de las cirugías. Recuerdo que una vez lo operaron de las amígdalas y nos citamos en el centro de la capital y yo le llevé con los pocos centavos que tenía una cajita de chocolates y le di ánimo. Tal era su miedo que dejó que su próstata creciera y creciera y creciera y que la retención afectara sus riñones, a tal grado que andaba con pañales, teniendo que soportar que mi tío, su hermano, se burlara de él diciéndole «el mión». Mi tía lo llevó al médico, que le ordenó una intervención de urgencia, y poco antes de

que lo operaran pude hablar con él y tratar de infundirle calma. Pudimos despedirnos con cariño, deseando y pensando que todo saldría bien. Pero los cirujanos decidieron que era necesario operarlo del corazón antes, y ahí se quedó en la mesa, sin darse cuenta de su viaje al temido infinito.

De esta manera, creo, el difícil camino entre los dos culminó en paz y pude exaltar sus cualidades sin eludir la dificultad de nuestra relación ante mis seres queridos, mis amigos y mis alumnos en una carta que fue leída en su entierro, al que no quise asistir para no afrontar la hipocresía, la retórica verbal, física y espiritual, los discursos y los abrazos, y los siento y los quiero y los tan bueno que era, que se acostumbran en esas tristes ocasiones, ni los conflictos que se presentaron por la presencia de sus mujeres, en especial por el muy inoportuno y sombrío peso de la de mi madre.

Y felizmente pude terminar de confirmar que todo había quedado en paz entre los dos por mi reacción cuando supe, años después de su muerte, que había vendido un par de molinos míos sin darme el dinero y sólo sonreí con la convicción de que, en el fondo de mí, ya lo sabía, y que, ni modo, así era él, y así son muchos más padres y familiares de los que uno se atreve a imaginar o aceptar. ¡Salud, viejo!

El otro camino central en mi tránsito por la vida, sin duda, fue el de la relación con mi madre, un transitar que tuvo varias y muy distintas etapas: empezó con un amor inconmensurable e infinito, idolatría total donde el universo y ella eran uno solo para mí, y una muy grande empatía con su constante dolor y humillación. Luego vinieron el enorme dolor y la también inconmensurable tristeza por mi expulsión y la ausencia, y por la conciencia de mi abandono, de nuestro abandono, el mío y el de mis hermanos, y el suyo...

Después, una intensa, larga e infructuosa lucha por hacer que tomara conciencia, porque cambiara, se independizara, dejara de ser víctima, dejara de quedarse en su papel de víctima y se separara del golpeador de mi padre, para que dejara de sufrir y recibir

tantos golpes y humillaciones a su lado, golpes y humillaciones físicos y morales, como los sufridos por tantas mujeres y lo femenino... Después una larga toma de distancia física y afectiva, un largo sendero marcado por la indignación, la impotencia y la rabia ante sus continuas quejas y su pasividad, ante sus reincidentes perdones, sufrimientos y humillaciones.

Y, ¿por qué no? Quizá, claro, inconscientemente, Sigmund, porque no había optado por mi propuesta para que dejara de sufrir, y porque se había mantenido siempre al lado del hifueputa de mi padre, mi odiado y querido y admirado y rechazado padre.

A cuatro mil kilómetros de distancia, sólo la llamaba tres o cuatro veces al año, y cuando viajaba al paraíso la veía pocas veces, porque tenía poco tiempo, así, al menos, lo vivía yo, con angustia y culpa. Y soy consciente de que, atravesando y superponiéndose a estas largas etapas, he vivido un larguísimo período en el que he buscado inconscientemente sus cualidades en las mujeres de las que me enamoro, su belleza física, su elegancia y buen porte, su mal genio, sus silencios, su incapacidad de expresar el amor verbal y físicamente, y su distancia afectiva.

Hace un tiempo, y quizá como resultado de la pugna entre el dolor latente y el deseo de sanar escudriñando en el alma de los recuerdos, de mi mayor conciencia en esa búsqueda, en ese desmalezar, harto de mis temores, harto de mis resentimientos y harto de mis neurosis, intenté pasar cerca de ella sus últimos años trayéndomela a mi nuevo paraíso, como dictaban los cánones familiares y culturales, «primero la madre», para hablar con ella, para que me contara su vida, para entenderla, para aprender a quererla de nuevo, para que el amor y sus expresiones resurgieran; pero después de una dura charla a la que no me había atrevido nunca sobre su responsabilidad y su papel en su dura y triste vida —para mí ella había sido siempre sólo una víctima del hifueputa de mi padre, su monstruoso victimario—, y después de su desafiante respuesta: «sólo falta que me pegue, ¡pégume!», poniéndome la mejilla, como hizo muchas veces con mi padre —sólo que él le soltaba un

cachetadón, y yo no, felizmente, aunque ganas no me faltaran—, me declaré incapaz de convivir con ella con cierto grado de aceptación y paz, y acordamos que regresaría al paraíso.

Pero llegó al paraíso y regresaron las discusiones, las agresiones, las ofensas, los insultos y los golpes con mi hermana, y revivieron los morados y los violetas en los brazos. Entonces tuve que viajar de urgencia y acordar con las dos que lo mejor era que viviera en un hogar para personas mayores. Y sólo después de un buen tiempo, poco a poco, pude volver a acercarme a ella con cariño, y poco a poco pude tratar de entenderla y aceptarla, sin ninguna historia de por medio, aprendiendo a controlarme ante sus ataques de ira y odio, ante sus ofensas, ante sus muy hirientes y desafiantes palabras, primero, y después ante su desprecio y su silencio lacerantes y crueles que me transportaban en un instante a la impotencia infantil. Entonces, poco a poco, empecé a llamarla con más frecuencia, por gusto, y por responder a sus peticiones; una vez al mes, al principio, cada semana, dos veces por semana, y al final casi todos los días.

Aceptación: ¡qué palabra más fácil de decir, y qué camino más difícil de recorrer! ¡Cómo me cuesta aceptar!, lo que no nos gusta, claro. ¡Qué tontería y qué arrogancia!

Entonces pude escuchar las quejas y los lamentos y los dolores que estaban detrás de su ira y de su odio, sin tratar de que me contara nada, sin tratar de entender nada, sin sentirme impotente, angustiado, adolorido o enojado, en general, no siempre... Realmente su vida ha sido dura, decía en una versión anterior, y corrijo, realmente su vida fue muy dura, no me queda la menor duda, por los maltratos y humillaciones de mi padre y su familia, por la temprana e inexplicable muerte de sus dos jóvenes hijos, mis hermanos, por los achaques de la vejez, por su inmensa soledad, y sobre todo por cosas que debieron suceder en su niñez y en su juventud, tan duras y dolorosas que se ha negado (se negó) tajante y sistemáticamente, con rabioso celo, a contarme, absolutamente nada, acerca de sus primeros años de vida.

Y cuando empezaba a aceptarla y enternecerme de nuevo, y a quererla como cuando era niño, y cuando había podido empezar a acompañarla y a quererla en paz, y cuando empezaba a construir muy lentamente un diálogo con muy pocas palabras, un incipiente y limitado diálogo nunca antes vivido entre los dos, aceptando, simplemente, el cariño y la realidad de que en nuestras vidas hay muchas cosas incomprensibles e inmodificables, empezó a perder la memoria y la razón... y murió...



Yo siempre había soñado encontrar a mi Dulcinea, mi niña, mi mujer, mi amiga, mi compañera, mi amante, mi amor, un ser con quien perderme en el infinito del amor, señora de mis ilusiones, señora de mis sueños, señora de mis pensamientos, señora de mi alma, señora de mis proyectos, señora de mis andanzas, señora de mi cuerpo, razón de mi sinrazón... Y había andado tras ella por los verdes valles, por las extensas llanuras y las muy altas montañas; por la dorada arena, el azul de la mar, los ríos y las lagunas; por el muy frío gris de las ciudades y por el muy colorido lienzo de los pueblos, deseando encontrarla en cada encrucijada, creyendo verla por doquier, necesitando intensamente toparme con ella...

Y nunca pude imaginarme siquiera que cuando ya me había hecho a la idea de que las dulcineas sólo existen en el extenso, rico y albo universo del milagro de la pulpa vegetal hecha hoja, que cuando creía reconocerme fatigado por el paso del tiempo, que cuando había aceptado que esa búsqueda ya no tendría final feliz y que ese dorado y dulce tesoro se quedaría como otra utopía sin realizar en mi vida, un único reflejo de pupilas nos permitiría a mí y a otra buscadora del amor reconocernos en inmotivada, fortuita, natural, feliz y risueña anagnórisis en un caleidoscópico juego de espejos y reflejos que nos reinventaría gozosamente, grado a grado y giro a giro, en la eternidad del ardoroso instante.

Si bien yo era el mismo y aún me podía reconocer, cada imperceptible movimiento del caleidoscopio era un nuevo sueño, y un nuevo descubrimiento, y un nuevo nacimiento, y un redescubrimiento y un renacimiento, y yo era un caballero andante dispues-

to a desfacer entuertos, a liberar a los galeotes, a propiciar amores, a descubrir la ínsula de Barataria y a construir paraísos con su muy soñada Dulcinea, su dueña y señora, mi dueña y señora.

Y entonces, de golpe, «hay golpes en la vida...», recordé los pequeños hijos de Belén y sus constantes alusiones a la familia, y la presencia invisible y sorda de su marido y compañero de sueños y organización, y sus constantes temporadas en el exterior, y cierta inquietud, y una sola sombra larga se apoderó de mí.

Y trato de escapar del abrumador peso de la conciencia del destino y sus retos, y del impetuoso desasosiego que me invade y me refugio en la voz de Daniel Santos, quien canta por mí y me ayuda a huir de la intolerable y sofocante carga que me invade de pronto:

Dos gardenias para ti,
con ellas quiero decir:
te quiero, te adoro, mi vida.
Ponle toda tu atención,
que serán tu corazón y el mío.
Dos gardenias para ti,
que tendrán todo el calor, de un beso...

(«Dos gardenias», Isolina Carrillo)



Vuelven Richie Rey y Bobby Cruz a mis oídos:

Amparo Arrebato la llaman
siempre que la ven pasar;
esa negra tiene fama de Colombia a Panamá.
Amparo enreda a los hombres
y los sabe controlar.
Amparo Arrebato la llaman,
la negra más popular.
Amparo Arrebato la llaman
siempre que la ven pasar (...)
Oh, que esa negra es sandunguera,
nadie lo puede negar...

Y con Richie y con Bobby regresa Feliciano, y es evidente que ahora es éste quien retador choca a propósito con Enrico, que contesta de inmediato: «¿Qué te pasa, hifueputa?», poniéndose en guardia. Siguen los insultos, pero intervenimos con rapidez para evitar los golpes. La preocupación se apodera de los rostros, la pista se queda solitaria, el equipo de sonido calla y se forman corrillos que empiezan a discutir sobre el incidente, asociando las viejas discusiones teóricas e ideológicas al carácter y la biografía de los protagonistas.

En medio de la discusión, el alba comienza a pintar los farallones y se hace el silencio para que las aves canten. Y en el silencio exclama Úrsula: «¡Vámonos para Juanchito, como en los viejos tiempos!».

P'a Juanchito me voy,
a pescar al río.
Oye que yo me voy a Juanchito,
a pescar al río,

contestamos todos en coro, y vuelven Richie, Bobby y Amparo. Ana María ofrece café y discutimos brevemente el regreso al gran kiosko de luces de neón, palma y guadua de los viejos tiempos. Yo salgo a las once de la mañana para la capital de regreso a mi nuevo paraíso, y decido pasar de una vez por mi maleta a la casa de mi tío Pedro, quien me abre, molesto porque no llegué a dormir ni a desayunar; pero su mujer me ofrece oportunamente el último café con pandeyuca, buñuelos y pandebono, bien calentitos, y nos despedimos con cariño y tristeza.

Al desprenderme del abrazo, veo los ojos tristes y llorosos del tío y siento lágrimas en los míos, y una tristeza infinita. Sería la última vez que lo vería pleno. Poco después, mientras corregía estos muy falsos recuerdos, memorias y novela, le descubrieron un cáncer de pulmón y lo fui a ver al hospital; su mirada era triste, desconcertada, interrogante, algo rabiosa, como la de mi abuela, su madre, la última vez que la vi. Esa noche lo entubaron y ya nunca más volvió a ser mi tío. Yo le hablaba al oído sin saber si me escuchaba o no, y le mecía los cabellos pensando en lo mucho que me enseñó y en la importancia de su afecto en mi niñez y en la vida. A los pocos días de regresar a mi nuevo paraíso recibí la llamada que me anunciaba su muerte, como él me había anunciado tantas veces las muertes de mis seres queridos. Y entonces mi tío pasó a vivir exclusivamente en mi memoria y en la de los seres que lo conocieron y lo quieren. ¡Salud, tío, con el tequilita que tanto nos gusta!, tú con sal y limón, yo derecho.

Afuera, los viejos camaradas cantaban divertidos «A Juanchito me voy, a pescar al río...».

Y ahora sus fotos, las que le tomaron y algunas de las que él tomó, enriquecen el altar, con tequila y cerveza, Edith Piaf, Georges Brassens, Charles Aznavour, Georges Moustaki, José Alfredo Jiménez, el Trío Matamoros y la Sonora Matancera...



Y vuelvo a la eterna fiesta de mi paraíso original: danzamos eufóricos hasta las diez de la mañana, cuando el gerente del kiosko nos dijo: «Se acabó la fiesta, muchachos». Bailamos la última pieza en un gran círculo en cuyo centro íbamos saltando uno por uno hasta formar un solo cuerpo que se movía rítmica y amorosamente. Y terminó. Se apagó la música. Se fueron apagando las luces, mucho después de que la rosácea aurora hiciera su aparición, y me despedí de cada uno de mis viejos amigos y camaradas entre abrazos, bromas, carcajadas y lágrimas. Úrsula esperó hasta el final, me abrazó muy fuerte, y me prometió una vez más, con los ojos acuosos, visitarme y contarme un secreto.

En los pocos kilómetros que separaban al kiosko del aeropuerto, con el eco de la salsa y las voces de los amigos, solo, en el taxi, me lamento por las noticias que la radio me trae de los nuevos muertos y desaparecidos, y porque mi propuesta de reagruparnos no tuvo ningún eco, salvo alguna condescendiente sonrisa o palmada en la espalda... Cuando le pagué al taxista —en ese momento ya un amigo más—, que me ha llevado y traído durante mi estancia en el paraíso, me miró por el retrovisor fijamente a los ojos y me dijo: «Un momento, Marius. Recíbame este regalo, por favor —y me extendió un sobre—, son fotografías; ya no tiene sentido que yo las tenga. Véalas antes de irse». Intrigado, lo observo tratando inútilmente de reconocerlo; abro el paquete para comprobar qué contiene y decido verlas mientras espero el embarque. Se trata de un centenar de fotos de todos nosotros y de algunos otros compañeros de la izquierda de nuestra época en distintas reuniones, marchas, mítines y fiestas. En ellas pude ver el sutil y alado paso

del tiempo que me niego a aceptar, desde la juventud a la vejez, así como su mortal corporeización en el vacío de la muerte, y volví a instalarme en el reino del recuerdo y la nostalgia.



En buena parte del vuelo recordé al tío Pedro, hermano de Pablo, mi padre, quien fue en realidad un luminoso padre alternativo en mi pobre, triste y oscura vida familiar de padre ausente y autoritario; mi tío me invitaba a pasar algunos fines de semana con él, y yo, a los siete u ocho años, con el apoyo de mi madre, tomaba el bus y atravesaba solo toda la ciudad para la cita en la fuente de La Rebeca, en la tradicional carrera séptima de la fría y lluviosa capital, y entonces recorriamos parques, galerías, museos y pueblitos, subíamos a Monserrate a pie, aprendía a jugar ajedrez, a leer y a ver pintura, escultura y fotografía, íbamos al teatro y al cine, caminábamos por la ciudad, mirando, observando y preguntando en permanente diálogo.

En las charlas con él, con sus enseñanzas, descubrí y desarrollé mi sensibilidad social y artística; escuché a Fidel Castro, supe de Camilo Torres, charlé con los trabajadores en huelga y me hice de izquierda; con sus cartas recorrí los países socialistas, Europa, París 68, Estados Unidos y México, y alimenté la curiosidad, el deseo y el placer de viajar. Con su ejemplo, en su última relación amorosa, he aprendido a reconocer cómo deseo una relación de pareja, y cómo se construye.

Gracias a su empatía y su actitud irreverente y cuestionadora pude regar la semilla desacrilizadora y antiautoritaria en mí, aunque me costó mucho trabajo empezar a liberarme del duro autoritarismo familiar, que suele conducir a la destrucción, la parálisis o la impotencia a buena parte de sus miembros, y al ejercicio brutal del autoritarismo a otra buena parte, por la inmensa necesidad cerval de reconocimiento que conlleva, por la negación del otro,

por la incapacidad de reconocer al otro, a las mujeres, a los gays, a los menores y a los viejos, exigiéndoles y desconociéndolos, imponiéndose como modelos y ejemplos inalcanzables.

Felizmente, en los últimos años logramos superar el espíritu de competencia que conlleva el autoritarismo patriarcal, un sentido competitivo que fue creciendo a medida que yo iba conociendo, experimentando, aprendiendo y siendo, gracias al gran cariño, agradecimiento y admiración que siempre le tuve, y gracias a su cariño, su empatía y su esfuerzo; felizmente, ¡qué maravilla!, pudimos mantener y profundizar nuestro diálogo, nuestra amistad y nuestra complicidad en respeto, tratando de mantener en la raya la competitividad y el autoritarismo.

¡Cómo me dolía ir percibiendo los estragos del paso del tiempo, el avance de las enfermedades heredadas y la inevitable aproximación de la muerte reflejada en sus ojos ansiosos de vida; cómo me duele reconocer la anagnórisis con la muerte en sus pupilas, en su mirada de asombro, miedo y rabia!, la misma expresión de mi abuela la última vez que la vi, repito...

Tuve la fortuna de tener ese gran personaje cerca, trabajador, gozón, jugador y amante del buen fútbol y el tenis, sensible, apreciador de los frutos de la tierra y del hombre, irreverente y libérrimo; recuerdo sus pasos y reconozco en ellos significativas lecciones vitales: un día, muy joven, se cansó de su vida como burócrata bancario y aceptó reemplazar a un amigo que se había enfermado en el último momento antes de partir a una visita de un año en los países socialistas, gracias a su amistad con uno de los dirigentes del grupo político de tendencia maoísta que se disolvió mientras ellos andaban formándose política y militarmente en el mundo socialista, dejándolos a la deriva; nunca me olvidaré de sus relatos y descripciones del viaje, en especial de uno: estaban en una gran mesa en Pekín, con las máximas autoridades comunistas chinas, y se aburría con los engolados discursos en chino traducidos al español engolado y los circunspectos discursos en español traducidos al circunspecto chino, cuando sintió una piquiña en el pie; en-

tonces se agachó, y en ese momento se le ocurrió quedarse debajo de la mesa desamarrándole los cordones a varios de los circunspectos militantes de los dos países y los numerosos representantes de las naciones hermanas del gran paraíso, amarrándolos de nuevo con los de los zapatos de los vecinos, ¡cómo se reía recordando las caras de los muy serios funcionarios y el rostro de pavor del comisario del paraíso al final de la cena! ¡La pata izquierda de uno amarrada a la derecha del otro!

Cuando regresó al paraíso ya no se pudo adaptar y decidió viajar a Europa; entonces se buscó un barco de carga y viajó como ayudante, lavando platos y pisos; se instaló en París, trabajando en lo que cayera, como tantos latinos, lavando platos en los restaurantes y tirando a la basura, bien envueltos, los cortes de carne que sus cómplices recogían de los botes para la cena. Una noche de fin de año conoció a una rubia norteamericana que sufría la dominación de un árabe; se enamoraron y vivieron el 68 parisino y viajaron por el continente. Ella le regaló una cámara y él encontró en ese regalo su oficio, su pasión y su sentido de vida.

Con una colecta en la que participaron Gabo y otros artistas y estudiantes, rodó una película con fragmentos de las puestas en escena del TEC, grupo de teatro de su amigo Enrique Buenaventura, quien lo invitó a presentarla en Los Ángeles, adonde asistían a un encuentro de teatro latino. Entonces viajó de París a Chicago a casarse con su compañera, atravesaron todo el país en bus y tren, de norte a sur y de oriente a occidente, y viajaron invitados a La Región más Transparente del Aire, en donde se quedaron, pues se hizo amigo de Laco, el gran narrador, cuentero, domador de serpientes y actor chiapaneco, quien le ofreció trabajo con grupos de teatro campesino por todo el país, y recorrió las tierras de Cuauh-témoc, el de los pies quemados, Netzahualcóyotl, el sabio poeta e ingeniero, Juan Preciado, el buscador del padre y Artemio Cruz, padre y padrone.

Presos de las contradicciones entre las ideas libertarias del momento y las sempiternas ideologías y prácticas machistas, en el

muy machista escenario latino, después de tener un hijo, su mujer y él debieron separarse, a pesar del amor, el dolor y la tristeza. Entonces regresó al paraíso y se realizó como fotógrafo y maestro de fotografía, hasta que el puto cáncer del pulmón se lo llevó.

Me duele recordar que en un momento nos distanciamos mucho, al lamentable punto en que la rudeza de las palabras y los gestos incitaban a los golpes, como sucedió en muchas familias, porque se dejó envolver por el embrujo autoritario del gran líder de la extrema derecha terrateniente y narcoparamilitar del país. Pero, felizmente, después de un tiempo, reconoció, como muchos, el talante antidemocrático, corrupto y violento del lúcido cabecilla y orador con porte de cura acusado de liderar y armar a los paramilitares y ordenar numerosísimos asesinatos, en el vano e hipócrita intento de tapar el pasado familiar mafioso y la necesidad de correr y correr los alambrados.



Con el Cerro que Humea y la Mujer Dormida a la vista, grises fumarolas sobre blanquísimas nieves en medio del cielo azul y un sol radiante, tomo consciencia del intenso dolor que me aquejó toda la noche en mi última fiesta en el paraíso, y al ir al baño por séptima u octava vez, en pleno descenso entre nubes carmelitas de esmog, con el fuerte impulso de orinar y defecar, un retortijón tras otro, caigo en la cuenta de que llevo más de veinticuatro horas sin poder hacer ni una cosa ni otra.

La vecina del pasillo había terminado por pedirme que cambiáramos de lugar, pues me paraba casi cada media hora y estaba cansada y molesta. Yo pensé que la dieta del paraíso, rica en harinas y grasas, aguardiente y cerveza, escasa en verduras y fibra, me estaba pasando la cuenta, y con la emoción de la llegada y la intensidad del reencuentro con Belén, las infructuosas visitas al baño habían pasado a segundo plano...

Después de nuestro último abrazo y su último cigarro, la paradera y el crudo dolor de vientre impusieron su dolorosa realidad y me vi obligado a salir del cuarto a llamar a mi amigo Fernando para que me recetara algo contra el estreñimiento. Salí a hurtadillas, doblado de dolor; compré los laxantes que me ordenó y me los tomé convencido de que en una o dos horas podría descansar; pero no fue así y pasé la noche en vela, entre dolores y escalofríos.

Al día siguiente mi amigo me mandó un supositorio, que me puse con cierta resistencia y asco. Como el dolor era insoportable, tenía el estómago hecho un balón y sudaba a mares, decidimos por fin ir a urgencias. Allí me sacaron una muestra de sangre y me pusieron una dolorosa sonda por la uretra; la vejiga se desinfló,

pude ir al baño, y pude descansar, y me mandaron a casa. Sin embargo, a las pocas horas estaba igual de jodido. Como ya había llegado el atardecer y aún tenía la esperanza de que todo pasaría pronto, volví a padecer la larga noche en vela con retortijones, inflamación del estómago y escalofríos.

A la mañana siguiente, con un dolor nunca antes experimentado en mi vida, tuvimos que regresar a urgencias: otro piquete para la toma de sangre y otro más para insuflarme medicinas; sólo que ahora el imbécil que me pinchó no lo sabía hacer y metía y sacaba y metía y sacaba la aguja en una diminuta vena del dorso de la mano; otros decímetros de dolorosa sonda por la uretra, otro doloroso enema intestinal, de nuevo el hifueputa dolor —¡no hay sinónimo que valga!—, y el anuncio de que me quedaría en el hospital al menos una noche, pues tenía que esperar al gastroenterólogo, al urólogo y el resultado de los estudios.

Esa madrugada viví una pesadilla terrible: Belén me había dejado solo mientras me hacían un análisis. Los médicos la llamaban y la llamaban y la llamaron durante dos horas para pedirle una autorización y ella no aparecía por ningún lado. Me dijo que no era cierto, o que quizá se había quedado dormida... ¡Qué dolor, qué desespero, qué angustia y qué sentimiento de abandono!

El gastroenterólogo pensaba, como el médico general, que tenía un tumor en el estómago, y se les notaba en la cara la preocupación; había que evaluar si me hacían las dos operaciones una tras otra. El urólogo consideraba que me tenía que operar de la próstata, pues estaba inflamadísima, había tapado la vejiga, y ésta había obstruido el intestino.

¿Operar la próstata? ¡Mierda! ¿Cómo? Aunque yo había dicho al llegar que sufría de un crecimiento benigno de la putísima glándula, no pensé jamás que ella fuera la causante del taponamiento general que estaba padeciendo. ¡La próstata! ¡Sólo faltaba que en el momento en que estaba enamorado como nunca en mi ya larga vida lo había estado y vivía una vida sexual plenísima, a pesar de mis sesenta años, se acabara todo por culpa de la putísima esa!

¡Mierda! ¡Solo faltaba eso! ¡Tanto tiempo sacándole el cuerpo a la puta operación esa!

Sí, ya sabía que estaba creciendo la muy puta, y por eso me estaba tratando, y por eso me hacía los análisis cada seis meses; pero los síntomas eran muy leves: si bien el chorro tenía menos fuerza y orinaba con más frecuencia y en menor cantidad, no sufría de infecciones ni me tenía que parar por la noche para miccionar —¡qué fea palabra!, por no repetir orinar—, orinar, orinar, orinar y no poder orinar, no poder orinar, no poder orinar, orinarse, no poder, orinar, orinarse, orinarse... Sólo una vez en muchos años había tenido que apretarme el pene para no mearme en los pantalones, aunque dos o tres veces estuviera a punto, ¡y en la calle! ¡Carajo!

Además, querido lector, qué pena, querida lectora, tengo que contarlo, cuando el antígeno prostático empezó a subir tuve que acceder a que me metieran el dedo al culo para descartar el cáncer; ¡sí, ya sé queridísima amiga lectora que los hombres nos vemos patéticos cuando contamos estas vainas y no sabemos o no tenemos en cuenta lo que ustedes sufren en los consultorios, pero eso no quita el puto malestar que sentimos, ni el que sienten ustedes, claro!

Y cuando tuve que acceder al tacto rectal, que así llaman eufemísticamente al procedimiento de mierda, decía, tuve, además, que experimentar la humillación de un puto médico del Instituto del Seguro Social de los Trabajadores del Estado del hospital de la Colonia Doctores que trataba mal a todo el mundo y me mandó a callar cuando quise preguntar o explicar algo. ¡No se imaginaba el hideputa con quién se estaba metiendo!: Le pregunté dónde había estudiado y si sabía de la existencia de los derechos del paciente, de los derechos humanos, en general, del derecho a la libre expresión, en particular, del derecho a preguntar, del juramento de Hipócrates, y le hice sentir, en definitiva, que era un verdadero hifueputa, que lo era. Y el tipo, muerto de odio y prepotencia sólo me contestó: «¿Ah, sí? Ahora verá. ¡Bájese los pantalones y

póngase boca abajo, de pie, inclinado, en esa camilla! ¡Ahora va a decirme todo lo que tengo que saber!». Y ante mi mirada y mi inmovilidad: «¿Ah, se niega a dejarse hacer el tacto rectal? Entonces firme ahí». Y firmé, claro, diciéndole con la mirada ¡hí fue puta! ¡Mejor chingate a tu puta madre y a tu puto padre por el culo, marica! —perdón por las culeras palabras misóginas y homofóbicas, claro, ¡qué pena!, pero así son las groserías y la lengua, y las tengo que usar, mientras la humanidad las cambia, o cambia...

No me quiero distraer, pero tengo que contar que cuando me quejé en la clínica me miraron con expresión de «¡qué tonto, no sabe que aquí son así las cosas?», y me mandaron con el director, quien se negó a escucharme y me mandó a escribir una queja y a depositarla en un buzón, el buzón de la doctora corazón, el programa que oía mi madre, pensé, una queja que, por supuesto, hasta ahora no ha tenido respuesta, ni tendrá... Cuando le conté a mi médica familiar me dijo indignada que ese señor llevaba años maltratando y humillando a los pacientes y que no había nada que hacer.

Bueno, al fin de cuentas tuve que pagar el equivalente a dos meses de salario mínimo para que me metieran el dedo al culo y descartaran el cáncer de una manera decente. El médico me dijo que si los síntomas no aumentaban —como no lo habían hecho—, era probable que no tuvieran que operarme, razón que sumada a mi estado de éxtasis permanente hacía que la noticia de la operación por el taponamiento del estómago a causa de la obstrucción de la vejiga por la inflamación de la putísima próstata esa me cayera del culo.

Resultó que el urólogo estaba casado con una paisana y nos explicó muy amable y profesionalmente que esa operación hoy en día no era como antes y que no había riesgos de incontinencia ni de impotencia, y que la erección y el orgasmo se seguían produciendo, «¡uf!», descansé, sólo que con la desaparición de la expulsión del semen... «¿Que qué?». «Tranquilo, Marius, el orgasmo y la eyaculación están relacionados, pero no son lo mismo». «¡Mier-

daaaa! ¡Mierdaaaa! ¡Mierdaaaa!» «¡Mierdísima próstata!» «¡Putta, putísima vida!» «Pero, ni modo», pensé, cagado del susto. «Pero te voy a mandar un tratamiento y si reaccionas bien no tendremos que operar, por ahora... Nos vemos en tres días para quitarte la sonda y ver si reaccionas».

A casa, adolorido, pensativo, preocupado, examinando los distintos escenarios de mi relación con Belén después de la operación, observándola y escuchando sus declaraciones de amor y sus explicaciones sobre los múltiples caminos y posibilidades del placer sexual, más allá de la penetración... ¡En realidad, qué largos se hacían los minutos y las horas y las noches y los días! ¡Y qué incómodas la puta sonda y la puta bolsa con orines! Y adolorido me fui quedando dormido.

Al despertar, Belén trataba de calmarme, somnolienta. ¡Qué reconfortantes sus palabras y abrazos! Sus abrazos y sus palabras fueron relajándome y le di un tierno beso, y luego otro, y otro no tan tierno... Y de pronto, ¿cómo era posible?, fui sintiendo que se me erizaba la piel y que el pene, a pesar de la sonda y el dolor, se iba levantando, primero perezosamente y después con brío, y los besos se fueron prolongando en el tiempo y en la intensidad, y el deseo y la piel nos arroparon en un solo cuerpo, y la recorrí con mis manos y mis labios y mi lengua y mi piel y mi amor, y mi pene crecía y la puta sonda me recordaba que estaba enfermo y que no podía seguir, pero seguía, y mis labios y mi lengua merodearon las islas de sus imponentes pezones, húmedos y erectos, y mi boca envolvió su seno izquierdo y luego su seno derecho haciendo que cada uno de sus pezones recorrieran mis labios, mis dientes, mis encías, el cielo de mi boca, las paredes internas de mis mejillas y mi paladar, y de nuevo mis labios en sus pezones y mi pene a reventar, «mi amor, cuidado, que te lastimas», «no importa, el placer envuelve el dolor», pienso, y recorro su vientre y bajo por sus vellos y lamo sus labios y me introduzco en ellos y me regocijo en su clitoris, primero con los labios, después con la lengua y muy suavemente con los dientes, y siento sus convulsiones, y me detengo

y vuelvo a empezar, y vuelvo a detenerme y a empezar, mis dedos con saliva y sus líquidos recorriendo sus pezones, y vuelvo a detenerme y vuelvo a empezar, y vuelvo a detenerme y vuelvo a empezar, y la escucho jadear, y de pronto un estallido, un grito inmenso que estremece mi cuerpo y el universo entero, y reímos, y sus ojos brillan como la primera vez, y me pregunta si me lame y si me chupa, y me lame eternamente, y recorre mi glande, y se detiene en el sensible hilo que une la cabeza con el resto del cuerpo, y me estremezco y me pierdo en el interminable gemido y el grito eterno en que vivo desde que nos conocimos. Y con los últimos estremecimientos me volví a dormir, y cuando desperté la observé, sonriente, plácidamente dormida a mi lado. Y me volví a dormir como hacía años no lo hacía. Al abrir los ojos, con dolor, la sangre alrededor de la boca del pene, en la sonda, la bolsa y la orina me hicieron recordar mi cita en la mesa de operaciones.

¿Las chuzadas para la toma de sangre, las inyecciones de las medicinas, las introducciones de la sonda por la uretra para vaciar la vejiga y la cánula por el culo para vaciar el intestino me dolieron como nunca antes en mi puta vida me había dolido nada por tanto tiempo? ¿Pues no tienen ni idea de lo que me dolió en el culo y en el recto y en el alma y en el ego la introducción y el meneo y el pellizco del grande y grueso instrumento con forma de pene con que me hicieron la ecografía transrectal y la toma de tejido prostático para descartar el cáncer y determinar el tipo de intervención!

Juro que en esos ocho días estuve a punto del llanto varias veces y que otras tantas gemí de dolor y sentí el llanto en los ojos, en el alma y en el cuerpo, sin retórica alguna.

Con la buena noticia que reiteraba que no tenía cáncer, me alistaron para la operación: nuevos exámenes, radiografías y tacs; todo bien, incluso el corazón, ¡pero de nuevo tenían que aplicarme un enema! Y así me vi por cuarta vez en una mesa de operaciones, con más tensión que nunca, pues las intervenciones para la circuncisión y la bizquera me las habían hecho en la niñez y en-

tonces no sentí que corriera peligro de perder nada, y aunque en la operación de la hernia inguinal había estado nervioso, eso no se comparaba con el pánico que sentía por la posibilidad de quedar incontinente o impotente. ¡Ay, mi Belén! Ahora recuerdo su amorosa sonrisa al despedirnos a través de la pared de vidrio que aislaba la sala.

Un nuevo chuzón, de lado, y en posición fetal, un pequeño piquete y un leve ardor entre las vértebras, ¡y a volar! Hasta que, de pronto, voy despertando con el rumor de la salsa y varios médicos y enfermeras alrededor y una pantalla en la que se veía moverse vertiginosamente una especie de latiguillo de múltiples brazos de intensos colores fosforescentes de discoteca. El urólogo me saluda y me cuenta que estamos como en la mitad de la operación y que todo va bien, y me pregunta que si me gusta la música que está sonando, y entonces le pido «Los caminos de la vida» (Omar Geles, Los Diablitos):

Los caminos de la vida
no son lo que yo pensaba,
no son lo que yo creía,
no son lo que imaginaba...

Y entonces llamo a Celia para que me ayude a salir de la mesa de operaciones:

Se oye el rumor de un pregonar
que dice así: el yerberito llegó...
y con esta yerba, se casa usted...
Azúcar...

(«El yerbero moderno», Néstor Mili)

Y pienso en la voz grave y sensual de Belén y sigo con Celia y la Sonora:

No sé qué tiene tu voz que fascina,
no sé qué tiene tu voz tan divina,
que en mágico vuelo le trae consuelo a mi corazón...
Tu voz se adentró en mi ser...
Tu voz que es tañer de campanas al morir la tarde...
tu voz que es gemir de violines en las madrugadas...
es el divino poder que tienes mi bien para enternecerme...

(«Tu voz», Ramón Cabrera)

Y luego

Ay, no hay que llorar...
No hay que llorar
que la vida es un carnaval
y es más bello vivir cantando...

(«La vida es un carnaval», Víctor Roberto Daniel)

Y de pronto terminaron la operación y la fiesta. Y recorrí los silenciosos pasillos del hospital hasta mi cuarto, donde me esperaba Belén.

Pasaron varios interminables días con la sonda y la bolsa, hasta que la orina dejó de salir con sangre y me las quitaron, y pude por fin orinar normalmente. ¡Qué felicidad, y qué descanso! Pero una duda me acosaba, y sentía una pena enorme por pensar en eso, y no me atrevía a expresarle mi inquietud a nadie.

Salimos del hospital y sin consultar le pedí al taxista que antes de llevarnos al puerto adonde había decidido ir a recuperarme, nos acercara a una cantina: ¡tequila, cerveza, tacos al pastor, tacos dorados, tacos de birria, tacos de barbacoa y tacos de sobrebarri-ga, o suadero, como dicen en mi nuevo paraíso, y guacamole, y más tequila!

Y al despertar de la siesta, cuando el sol se ponía en el infinito pintando de rojos, rosas, naranjas y amarillos la enorme gama de azules a medida que penetraba la mar, la piel de mi muslo rozó la erizada tez del muslo de Belén y se produjo de nuevo el milagro del amor y el estallido y el unísono grito de placer.



Ya no tengo espacio en mi sala ni en mi corazón para el oloroso, colorido, sonoro y doliente altar de muertos que he venido montando, no caben una calaverita más, ni una foto más, ni una lista más, ni un trago más, ni una comida más, ni un disco más, ni una calaca de papel picado más ni un ramo de cempaxúchitl más ni uno más de gardenias ni un incienso más ni una vela más, pero debo agregar las calaquititas de mis queridos y admirados Jimena González, Juan Gustavo Cobo Borda, William, el del Bar de William, Lourdes Grobet, el Loco Viera y Auxi...

Y los de algunas de las nuevas víctimas: desde el primero de enero de 2016, hasta principios del 2019, ahora lo digo en modo impersonal para que suene más objetivo, menos repetitivo, menos quejumbroso y menos escandaloso, querido lector, fueron asesinados 566 líderes sociales y exguerrilleros que habían dejado las armas y se habían acogido a los acuerdos de paz en el paraíso, decía en los primeros días del 2019...

Y hoy 5 de febrero del 2019, a las 6:30 de la mañana, mientras corregía una vez más estas falsas memorias, en Bugalagrande, Valle del Cauca, asesinaron al trabajador de Nestlé, Brayan Ceballos...

Y al día de hoy, mayo del 2019, han sido asesinadas 837 personas, 702 líderes sociales y 135 excombatientes de las FARC, contados desde enero del 2016...

Y hoy, fines de junio del 2019, mientras corrijo de nuevo estas falsas memorias en forma de falsa novela, la suma de exguerrilleros asesinados asciende a 140...

Y hoy, 14 de abril del 2020, en plena pandemia del coronavirus que paraliza a todo el mundo menos a los asesinos, sus jefes, sus

cómplices, sus cómplices pasivos, sus financiadores, sus ideólogos y sus voceros, que siguen matando y mandando a matar y ocultando los asesinatos y a los asesinos, ya han sido asesinados 777 líderes sociales y cerca de 200 exguerrilleros que le apostaron a la paz...

Y hoy, 29 de abril del 2020, la prensa del paraíso registra que, en los últimos días, en plena pandemia, han sido asesinados varios líderes sociales más, entre ellos, Alejandro Llinás, Teodomiro Sotelo Anacona, Andrés Cacimance Burbano, Mario Chilhueso, Jesús Albeiro Riascos Riascos, Sabino Angulo Advíncula, Hugo de Jesús Gildarlo López, Weimar Arará, Humberto Solís y Armando Montaña...

Y hoy 30 de abril se conoce la noticia de que en la noche del 29 asesinaron a Álvaro Narváez Daza y a tres de sus familiares: María Delia Daza Rodríguez, Cristian Narváez Daza y Katherine López, de 15 años...

Y hoy 4 de mayo a Carlos Andrés Sánchez Villa; y hoy, 16 de mayo, asesinaron en Cali al líder social y ambientalista Enrique Oramas, y con él la cifra de líderes sociales asesinados en 2020 llega a 200...

Y hoy 19 asesinaron al defensor de derechos humanos Aramís Arenas...

Y hoy, 29 de mayo, la iglesia católica denuncia que han sido asesinados Alexander Parra, Rafael Zapata, Imel Flórez Forero, Belle Esther Forero, Albeiro Gallegos, Duver Esneider Solano, Olga Lucía Hernández y Wilson López Galvis, en Meta, Guainía y Guaviare...

Y hoy 8 de junio asesinaron al líder social Edison León Pérez...

Y hoy, 14, fue asesinado el excombatiente de las FARC Mario Téllez, quien le había apostado a la paz...

Y hoy, 19 de abril del 2021, han asesinado a más de 900 líderes sociales desde 2016, 100 en 2020; y han asesinado a 276 excombatientes firmantes de la paz desde el primero de diciembre del 2016 hasta el 28 de febrero del 2021; y han desaparecido a 571 personas desde que se firmó el acuerdo de paz; y en 2020 hubo 91 masacres con 381 muertos; y hoy, 23 de abril del 2021, se conta-

bilizan 30 masacres y 108 víctimas; y hoy 23 de agosto, 65 masacres y 237 muertos...

Y hoy domingo 25 de abril, en medio de la silenciosa y oscura noche, otras dos masacres, justo cuando llego a estas líneas: una en Andes y otra en Sonsón, Antioquia, masacres que ocupan un ínfimo espacio en una revista semanal que las oculta o minimiza, como oculta o minimiza la responsabilidad de los asesinos y sus representantes gubernamentales...

Y sí, querido lector —sí, nuevas listas de asesinados y masacres, y referencias históricas, que puede saltarse, y que incluyo porque son parte de mi sentir y de mi vida, del sentir y el vivir de mi narrador, del sentir de mis personajes, porque es parte de la realidad de mi relato de ficción...—: hoy en el paraíso seguimos sumando asesinatos de luchadores sociales y exguerrilleros traicionados y asesinados como fueron traicionados y asesinados José Antonio Galán y los principales jefes militares comuneros tras la firma de las Capitulaciones de Zipaquirá (1782); como fuera traicionado y asesinado el dirigente liberal Guadalupe Salcedo en los años cincuenta del siglo XX; como fuera traicionado y asesinado Jacobo Prías Alape, el Charro Negro, en los inicios del Frente Nacional (1958-1974); como fuera traicionado y asesinado el exmilitante del M-19 Carlos Toledo Plata (1984), después de acogerse a la amnistía del presidente Belisario Betancur; como fuera traicionado y asesinado el dirigente guerrillero Oscar William Calvo del EPL, junto a Alejandro Arcila y Ángela Trujillo después de firmar los acuerdos de Cese del Fuego y Diálogo Nacional con el presidente Belisario Betancur (1985); como fuera traicionado y asesinado el líder del M-19 Carlos Pizarro después de haber acordado la dejación de armas con el gobierno de Virgilio Barco (1990)...

Y sí, querida Úrsula, y sí, querido lector, perdón, por las repeticiones... Pero no soy yo quien repite en mis falsas memorias de mi verdadera novela, es la realidad la que se repite, terca, obstinada, en chorros de sangre y carretadas de muertos, y se repite y se repite y se repite sin fin en ríos de sangre y pilas de muertos... E indiferencia...

Y en esta insufrible cadena sinfín de traición, asesinatos y sangre, de vidas perdidas, de vidas truncadas, de vidas cercenadas, una vez más, repito, aunque no quiera repetir, los mismos mezquinos gobernantes de siempre, los mismos mezquinos terratenientes de siempre, los mismos mezquinos empresarios de siempre, los mismos mezquinos narcotraficantes de siempre, y los mismos mezquinos aristócratas de siempre, con sus ejércitos de militares y paramilitares, se niegan a negociar la paz con los guerrilleros del ELN, quienes, una vez más, con los infiltrados que tienen adentro, con su torpeza política, su falta de realismo y de visión política, su sectarismo y su falta de respeto por su vida y por la vida de la gente común y corriente, por la vida de la naturaleza, les hacen el juego a los enemigos de la paz, a los vendedores de armas, a quienes corren y corren las cercas, a quienes engordan y engordan sus cajas y sus cuentas, volando oleoductos, secuestrando y asesinando, asesinando, por ejemplo, en un imperdonable atentado a una veintena de pobres jóvenes pobres que hacían un curso para trabajar en la policía y poder llevar el pan a sus hogares...

¡Ay, y la paz? ¿Cuándo? ¿Y cómo?

Y ahora me veo obligado a agregar un párrafo, un párrafo más de asesinatos y violencia, como si no bastara con todo lo que ya hemos vivido y sufrido, porque el 28 de abril de este 2021 se abrió un nuevo capítulo de la violencia y la infamia en mi paraíso, el de los muertos, los desaparecidos y los torturados por participar en el Paro Nacional: ese día los jóvenes, los más pobres y quienes nos solidarizamos con ellos salimos a marchar en el paraíso y en varias ciudades del mundo contra la impunidad que ha solapado a los asesinos y los violentadores de los protestantes de los últimos dos años, contra una reforma hacendaria y una reforma a las pensiones que descargaban nuevos impuestos sobre las espaldas de los más jodidos, parece mentira, parece un relato de horror, pero es verdad, los jóvenes se levantaron en el Paro Nacional para protestar, y el gobierno, en vez de negociar, los atacó violentamente y causó alrededor de 80 muertos, 3789 casos de violencia policial,

25 víctimas de violencia sexual y 1649 detenciones arbitrarias, y decenas de jóvenes murieron y otras decenas de jóvenes perdieron un ojo, y en distintos momentos hubo más de un centenar de desaparecidos, y varios de ellos aparecieron torturados y cercenados en las calles, los potreros, los ríos y los basureros... Y no es ficción, y no es mentira, hay centenares de videos que dan cuenta de este horror, y un informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos...

Y en el 2021 fueron asesinados 145 líderes sociales y defensores de derechos humanos... Y en el 2022 van asesinados 89 líderes sociales y 21 exguerrilleros que firmaron la paz y entregaron las armas... Y en el 2021 hubo 78 masacres con 292 muertos... Y en el 2022 van 44 masacres y 158 asesinados...

Y en el gobierno del avatar del innombrable (2018-2022) fueron asesinados 957 líderes sociales y defensores de los Derechos Humanos, y 261 firmantes de los Acuerdos de Paz, y 313 masacres con 1 192 asesinados...



Pero, parece mentira, querido lector, de verdad, parece mentira, parece un final feliz de un cuento de hadas, pero es verdad, lo juro, de pronto, después de muchísimas décadas soñando con que se acabara el oprobio, el hartazgo con los asesinatos, la corrupción, el robo de tierras, el machismo, el racismo, el clasismo, la desigualdad y la impunidad, ¡la mayoría de la sociedad decidió cambiar y votó por el cambio, decidió que el monstruo se fuera a dormir, y nos aprestamos a construir un nuevo país!

Después de varios intentos, después de perder el plebiscito por la paz, después de volver a perder las elecciones contra quienes representaban la continuidad de la guerra, la corrupción y la injusticia centenarias, la mayoría de los habitantes del paraíso votamos por una opción que agrupaba a mucha gente de la izquierda y mucha gente decente de los partidos tradicionales del centro y la derecha, incluso, cansados de la corrupción, la violencia oficial, el asesinato de líderes sociales y exguerrilleros que optaron por la paz, cansados de la desigualdad, la injusticia y la impunidad, una opción que agrupó no sólo a variados sectores políticos sino a distintos grupos sociales, regionales, étnicos, sexuales y culturales, un frente que representaba la hermosa y rica y vital diversidad del país... Ganamos con un frente amplio encabezado por quienes nunca habíamos tenido la oportunidad de gobernar...

Y, así, en la Plaza de Bolívar, nos reunimos festivamente los luchadores sociales, los pobres, los segregados, los maltratados, los violentados, las víctimas, los negros, los indígenas, los mestizos, los mulatos, los jóvenes, los gays, los trans, los soñadores, cantando, saltando, palmeando, bailando, danzando, tomados de la mano,

esperanzados en el cambio y la paz, en un cálido torbellino de sol revoloteando en medio de miles y miles de polleras, sombreros, cachuchas, boínas, pañuelos, velas encendidas y grilletes rotos, abrazos y besos, tambores, flautas, chirimías, guacharacas, acordeones, maracas, piano, palmas y palomas blancas en alegres vuelos cristalinos en coloridos prismas...



Y vuelvo a mis falsas memorias y a mi muy verdadera novela, pues tengo que acabarla antes de que la vida me imponga otro nuevo capítulo: con los primeros trinos y rayos del sol, recuerdo, me suelto suavemente de los brazos de Belén... Medito, preparo mi cafecito, pienso en mi ya largo viaje, consulto mi correo y encuentro varios mensajes de mis amigos y camaradas preguntándome cómo me había ido en el regreso y cuándo pensaba volver para preparar otra fiesta. Sonrío, y pienso que en la rumba siguiente, si aún no hemos terminado nuestro viaje, podríamos discutir si montamos una gran casa-fiesta-ancianato para que vivamos en ella todos los viejos amigos y camaradas que hayamos sobrevivido y vayamos arribando a la ancianidad, y me pregunto si seríamos capaces de compartir armónicamente, si seríamos capaces de superar nuestras viejas rencillas y diferencias ideológicas, nuestros caracteres cada vez más difíciles, cada vez más intolerantes, cada vez más neuróticos, y nuestras decepciones, y nuestras miserias...

¡No estaría mal, me digo, vislumbrando los senderos que me propongo recorrer, si es que sobrevivimos al coronavirus, que si no pudimos crear nuestra utopía socialista, al menos pudiéramos construir un pequeño paraíso colectivo para la vejez!

Y me imagino un nuevo capítulo con las interminables discusiones en nuestro ancianato postmilitante sobre el uso del tapabocas, las vacunas y la coyuntura nacional y mundial, si participamos o no en las elecciones, si, en una nueva pandemia, hacemos caso y nos quedamos en casa o si hacemos uso de nuestra libertad y espíritu insurrecto y contestatario y salimos a provocar y

escandalizar, si tomamos una decisión conjunta o dejamos en libertad a cada uno de los huéspedes... Y me imagino la difícil toma de acuerdos sobre la manera de decidir, si por mayoría o por consenso, y qué hacer con las minorías, y sus obligaciones y derechos; sobre las habitaciones asignadas a cada quien, en orden ideológico, cronológico, económico, de estatura o belleza, o del tamaño del pelo, los órganos, los miembros o la inteligencia, o por la importancia, o por el currículum, o por la fama de cada quien; o sobre la música, o sobre la dieta, o sobre el menú o la decoración; o sobre el sexo y las parejas en las casas de adultos mayores, ancianatos u hogares de la tercera edad; o los tiempos en el baño, o los programas de televisión, o las películas, la discoteca, la biblioteca, los libros y su clasificación, o la hora de acostarse, levantarse o comer, o los horarios de las visitas o las pretensiones de ponernos uniforme, y sus características, o la veracidad de cada una de nuestras anécdotas, o el sentido de nuestros sueños, o si debemos hacer terapia, individual o colectiva, psicoanalítica, clásica o lacaniana, conductista, cognotivista o cognitivista, gestalista o funcionalista o constelacionista, o sobre la manera de celebrar nuestros cumpleaños, o de organizar nuestros sepelios, compañero. «¡Nada de compañero, camarada!». «¡Nada de compañero ni camarada, ese es un lenguaje del siglo pasado!».



*Falsas memorias del paraíso o verdadera novela
de la muy real y muy falsa vida de un cualquiera*
de Mario Rey

fue impreso en noviembre del 2022 en los talleres de la
Universidad Autónoma de la Ciudad de México, San Lorenzo 290,
col. del Valle, alcaldía Benito Juárez, C.P. 03100, Ciudad de México.

Tiraje: 500 ejemplares bajo demanda.

Cuidado de la edición: José Ángel Leyva y Felipe Vázquez.

Diseño y formación: María Luisa Martínez.